Alfon Mulet



Mucho jaleo

Alfon Mulet

Mucho jaleo

Copyright © 2023 Alfon Mulet

Primera edición: 2023

Imagen y diseño cubiertas: Héctor Ramos

Edición y corrección: Estefanía Blanco

Sello: Independently Published

ISBN: 9798870624853

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión de cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).



Aquí encontrarás canciones que harán que vivas
todavía más este jaleo de historia, tal y como lo hice yo.

Instagram: @alfonmulet
Tiktok: @alfonmulet

Para Cristina.
Espero que cuando te dejemos leer esto, (dentro de más de veinte años) tu vida sea un jaleo mínimamente ordenado.
Si ves que la cosa se pone difícil, me avisas.

1
De Hackney a Malasaña

¿Te has despertado alguna vez con esa sensación de que algo pasa, pero no sabes qué es? Como si a diez mil kilómetros de ti, en Lima, una niña hubiera roto una reliquia familiar en casa de sus abuelitos y tú hubieras interiorizado la rabia de la abuela, el miedo de la nieta, la apatía del abuelo y el hartazgo de los padres en un cóctel de emociones que ríete tú del *Pisco Sour*. Pues a ver, para resumir, así lleva ella desde que llegó a Londres hace ya un año. Se lo ha pasado bien, ¿eh? No me malinterpretes. Está contenta. Bueno, contenta a medias. El agua de Londres le deja mejor el pelo que la de Valencia y eso siempre está bien. Y, a ver, en un año ha podido hacer básicamente lo que le ha salido del higo y eso también está siempre muy bien. ¿Que quería coger un bus a Bristol en medio de la semana? Pues metro hasta Hammersmith, allí se compraba un billete y listo. Ojo, que igual al final en vez de Bristol le apetecía más Portsmouth. Pues allá a donde su higo le mandase. Fíjate, quizá hasta acabara en casa, tumbada en la cama, viendo cualquier documental sobre Lady Di y comiendo chocolatinas derretidas de Cadbury. Porque en asuntos de chocolate, es de clichés.

Quizás una mañana le apetecía ir a perderse en Shoreditch y comerse unos donuts artesanales. Allá que iba ella. O, no sé, ¿y si una noche le entraba la perra de deambular por el SOHO sin rumbo fijo? Pues tacones y *p'alante*. Igual hasta una tarde cualquiera le entraban ganas de tatuarse una florecita en una nalga. Pues maravilloso, transbordo en Moorgate desde el trabajo y North Line hasta Camden Town, que allí conoce a un tatuador que está como un queso.

Y es que, en asuntos de chicos, la cosa ha sido aún mejor. Porque no ha tenido que dar explicaciones a nadie de por qué ha hecho lo que ha hecho o de por qué no ha hecho lo que no ha hecho. Ni a sí misma. Esa ha sido su parte favorita. Porque, imagínate que trabajas codo con codo con un francés que es muy francés. ¿Sabes lo que te quiero decir? Elegantón, un pelín estirado, atractivo, que no guapo, y delgado pero fibrado. Un poco borde, pero borde tipo Marsella, no borde tipo París. A los bordes tipo París mejor los dejamos estar. Pues tú coqueteas. Risitas por aquí, risitas por allá. Unas copas al salir de trabajar y unos cuantos besitos tontos. Franceses, por supuesto. Si te apetece rematar la faena, la rematas. Si no te apetece, porque no, coges y tiras para casa. Y ya mañana será otro día y volverás a Shoreditch a comprar donuts y a flirtear con el que hace los donuts. Que está bien bueno y besa aún mejor. Y eso que los ingleses tienen fama de no besar bien.

Pues así ha transcurrido este año en su vida. Una mezcla perfecta entre pasar lo máximo

posible de cualquier tipo de situación de responsabilidad y estar todo el rato con el nudito en el estómago sabiendo que algo no va bien. Mucho de libertad, pero poco de relajación. Porque, al final, algo la atormenta. Y ella lo sabe. Por eso ha evitado por todos los medios hacer amigos que hablen español. ¿Que se ha ganado enemigos en toda España y media Latinoamérica? Sí. Pero da igual. Todo ha sido inglés, inglés y más inglés en su cabeza. Dicen que los sentimientos se expresan mejor en tu lengua materna. Así que, *thank you very much, London.*

Y ahora mismo, ahí está, pasando sus últimos minutos de vida londinense apoyada en el alféizar de la ventanita de su habitación mirando hacia la infinitud de la calle que ha llamado su hogar todo este tiempo. Parece la protagonista de una comedia romántica británica de los 90. Si fuera así, un Hugh Grant cualquiera se la llevaría a su mansión victoriana a las afueras, a desentenderse del mundo y vivir de la nada. A dedicarse al desenfreno, el buen comer y las risas. Porque el humor inglés es mucho humor inglés. Pero Hugh no va a aparecer, lo va a hacer algún inmigrante indio conduciendo un Uber. Ella cargará su equipaje en el maletero y recorrerá Londres una última vez hasta la estación Victoria. Allí, trenecito a Gatwick y ¡PUM!, Madrid.

Sorbe un poco el moco y después se suena con un pañuelo de papel.

«¿Hará tanto frío en Madrid?».

La calle está tranquila, ni rastro de su Uber. Ni de Hugh, claro. Que casi que mejor. No puede caer en las garras de otro tipo bravucón y sexy que la lleve al lado oscuro. El de sentir más de lo que se puede permitir y dejarse llevar sin miedo. Eso ya no. Está terminantemente prohibido.

Se gira y mira a Yago, que duerme muy profundo, acurrucado y tapado hasta la cabeza con dos mantas y un nórdico.

«¡Por favor! Que no haga tanto frío en Madrid».

Yago va a heredar su cuarto. Su cama minúscula. Su ventanita. El rodapié desconchado y el armario torcido. El encanto de una habitación imperfecta que la ha hecho muy feliz.

Mira el reloj y, cuando levanta la mirada, lo ve llegar. Su Uber. La matrícula lo delata. Ahí está. El octavo jinete del Apocalipsis dispuesto a llevársela de allí.

Ve cómo el conductor aparca. Sale del vehículo y busca el número de su bloque. Lo encuentra y sigue su mirada. Sabe en qué piso vive porque ha puesto la dirección completa. Cuando el conductor está a punto de llegar hasta ella con los ojos, cierra la ventana y se tira al

suelo.

—¿Carlota? —murmura Yago. Ella corre hasta él y lo arropa.

—Duerme, duerme.

Yago no pone objeciones y se tapa más aún.

Le empieza a vibrar el móvil. Es el conductor. No lo coge. Lo deja vibrar hasta que deja de hacerlo. Se pone la chaqueta y se enrolla una bufanda inmensa alrededor del cuello. También se pone un gorrito y no contesta al teléfono hasta la tercera llamada. Siempre dice que con los hombres hay que hacerse la dura. Con todos.

Mientras el conductor le habla, ella responde con monosílabos y frases hechas. Coge el maletón, se carga una especie de mochila de acampada a la espalda y se cuelga el Longchamp del brazo izquierdo. Se despide del apartamento con la mirada. Del suelo enmoquetado, hasta el del baño. De las molduras en el techo y las paredes color amarillo cerumen. De la cocina desvencijada que se pone perdida con mirarla. De los desayunos *express* porque llega tarde a trabajar y de las duchas aún más *express* por falta de agua caliente. De las borracheras con Susana y Ruslana, sus compañeras de piso ucranianas, alcohólicas y maravillosas. De la rata que a veces campa a sus anchas por todo el lugar y la tela de araña que hay encima de la nevera. Todo nostalgia. Asquerosa nostalgia.

Sale de allí arrastrando la maleta a duras penas. Cierra la puerta y se detiene un segundo para tomar oxígeno. Ya está sofocada y aún no ha bajado los cuatro pisos sin ascensor que la separan del Uber. Oye algo dentro del piso, alguien corretea hasta la puerta. Se abre. Es Ruslana. Solo lleva puestas unas bragas de Snoopy y una camiseta tan desgastada que casi se transparenta. Mira a Carlota, contrariada. Después, a su maleta.

—*Wherrre arrre you going?*

—*Back to Spain.*

—*Gucci no more?*

La ucraniana frunce el ceño. Se lo piensa un segundo y la envuelve en sus brazos. Se separan y Carlota se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Su móvil vuelve a sonar.

—*You can finish my Jägermeister bottle* —dice obviando deliberadamente al conductor, que debe de estar hartito ya.

—*I finished it thrrree days ago*, señorita.

Le lanza una mirada tierna y se recoloca la mochila sobre los hombros. Se le cae el bolso. Sin pensárselo dos veces, Ruslana lo recoge y tira escaleras abajo. Carlota la sigue rezagada cargando con el grueso del equipaje.

—*Back to Valencia?* —le pregunta mientras baja dando saltitos de escalón a escalón.

—*No, Madrid. Remember my friend Borja?*

—*The Ethan Hawke in Before Sunrise lookalike?* —Carlota se ríe y asiente.

—*He's hot.*

—*And gay.*

—*I always forget about that.*

Al llegar a la calle el conductor les pone mala cara, coge las cosas de mala manera y las lanza dentro del maletero. Ruslana le da a Carlota el bolso con algo más de delicadeza. La envuelve entre sus brazos por tercera vez. Esta vez, por el frío, le clava los pezones en el pecho. Cuando Ruslana quiere separarse, Carlota se lo impide.

—*There's something I need you to do.* —el conductor las mira impaciente y la ucraniana frunce el ceño, pero no se aparta—. *Yago will give you all the info.*

—*But who is Yago?* —pregunta la otra absolutamente contrariada.

—*Your new roommate.*

—*Fuck it, Charlota, so mysterrrious. Always mysterrrious.*

Es entonces cuando Ruslana entiende de qué va el asunto, se separa de ella y sonríe con gesto perverso.

—*Can I keep one?*

Carlota asiente con complicidad.

—*Goodbye, Charlota. And stop being mysterious!* —se despide por fin la ucraniana, con los ojos chispeándole de felicidad.

Se monta al coche y la ucraniana cierra la puerta. Se despiden con la mano. Adiós a Ruslana, adiós a Susana. Adiós a Kingsland Road. Adiós a todos. No sabe si los volverá a ver. Sospecha que no. Mira el móvil. Son las diez y media. Borja le acaba de escribir.

¿A qué hora llegas?

Y se agobia. Mete el móvil en el bolso y centra la mirada en las calles de Londres. Ve su reflejo en el espejo retrovisor. Tiene ojeras. Pero le brilla la piel. Las pequitas que decoran su nariz se iluminan con cada rayo de sol. Se atusa un poco la melenita rubia y saca las gafas del bolso. Se las pone. El trayecto dura veinticinco minutos. Veinticinco minutos de no querer pensar, pero acabar pensando. De pintarse las uñas a escondidas sabiendo que el conductor está oliendo el esmalte y no para de girarse para pillarla. De saber que Borja la va a cuidar y que Madrid va a recibirla con los brazos abiertos, aunque no consiga entenderse a sí misma mudándose allí. De despedirse del barrio, de su Hackney, de los edificios bajos, grafiteados y viejos, de las tiendas cutres y los andamios que prometen un futuro menos decadente.

De añorar Valencia.

De recordarlo a él.

Ahí está el problema. Como si no lo recordara todo el tiempo, como si el hijo de la grandísima puta no se hubiera comprado una parcelita en la mejor zona de su cerebro y hubiera edificado con ladrillo y hormigón, a prueba de terremotos mentales. Pero ella está decidida a sacar su bola de demolición y arrasar con todo y, si eso implica no pisar Valencia, no ver a su abuela Juana y hacer malabares para encontrarse con sus amigos en zonas de no conflicto, que así sea. Carlota siempre ha sido radical como un corte de pelo arriesgado, como un huelguista muy enfadado y como el subidón que te mete una droga cuando entra en tu organismo.

Andreu la invitó a mudarse con él y así volver a Valencia, a casa. Pero esa casa está invadida, repleta de recuerdos, hasta arriba de sentimientos, imposible de ser transitada sin pensar en él, y no lo quiere hacer, aunque no pueda evitarlo. Él se queda en el pasado. En la vida que tenía antes de Londres. Allí está bien, en Valencia. Donde ella no piensa volver. Donde comenzó su huida.

Cuando quedan cinco minutos para llegar a la estación, con el corazón latiendo como los oídos después de una noche de mucha fiesta y mucho alcohol, saca el móvil para distraer la mente. Desliza el dedo por la pantalla, desplazándose foto a foto y vídeo a vídeo por Instagram. En principio, poca cosa interesante más allá de restaurantes nuevos, destinos turísticos recónditos y sonrisas falsas. Pero aparece un *post* que llama su atención. El enésimo festival de música *indie*, con los mismos de siempre, en junio y a un ratito en coche de Valencia. En cartel, el grupo que tiene a ese cantante tan guapo del que Borja (y media España homosexual) está enamorado; la chica de la voz tan dulce y melodiosa que le encanta a Fiona; Vetusta Morla que, aunque seas un pureta del *indie* menos comercial, como lo es Andreu, te vale…

¿Cómo de lejos de Valencia tiene que estar para que no sea peligroso? ¿Cuántos kilómetros harían falta para que su corazón no explote al entrar en contacto con la ciudad de sus amores? ¿Qué le pasaría si volviese a tocar con sus pies, aunque solo fuese la puntita, la tierra de su pasado?

Cierra Instagram, huyendo del festival como lo hace con todo, y le responde a Borja.

A las 17:30.

Ya está en Victoria. Sale del Uber con el esmalte aún húmedo. Sonríe al conductor, él no responde igual. Antes de entrar en la estación, se gira y respira Londres por última vez como la protagonista de comedia romántica que cree ser. Ya no hay marcha atrás. De Hackney a Malasaña. Y a ver qué pasa.

2
Mariposas

Borja tiene un don, uno de esos que no sirven para nada, pero que le ayuda a explicar el porqué de las cosas. Con dieciséis años, cuando no le apetecía relacionarse con mucha gente ni salir de fiesta, se dijo a sí mismo que era porque padecía enoclofobia, que es el miedo a las multitudes. Buscó los síntomas en internet y se quedó tranquilísimo, cumplía con cada uno de ellos y, si no era así, se convencía de tenerlo y listo. Años después, cuando las barras de los bares y las pistas de discoteca se convirtieron en su segunda casa, celebró por todo lo alto haberlo superado. «¡Me he curado!», le decía a todo el mundo. ¿Fueron la ginebra, el tequila y Pitbull el tratamiento perfecto? Por aquel entonces, había empezado a estudiar marketing para sorpresa de muchos y, para sorpresa de nadie, la cosa no salió bien. Así que, entre chupito y chupito, decidió que tenía déficit de atención, que era lo más lógico teniendo en cuenta que no lograba concentrarse en clase ni tenía el ánimos de ponerse a estudiar. Fue en el segundo año de carrera cuando decidió dejarlo y dedicarse a su auténtica vocación: la arquitectura. Y cuando empezó a irle bien, volvió a celebrar. «¡Me he curado!», dijo otra vez.

Pero lo que le pasa ahora es aún más serio. Es muy grave. Es muy complejo.

Tiene alexitimia.

Déjame adivinar, no tienes ni idea de qué es eso. Es normal, eh. No sufras.

Lo bueno de estos trastornos autodiagnosticados es que no le impiden en absoluto hacer vida normal, por eso ahora mismo corre y hace aspavientos. Tranqui, no es que le esté dando un jamacuco fruto de su alexitimia, es que ha quedado a la una y media y... ¡es la una y media! ¿Qué se supone que hace uno cuando ha quedado a una hora exacta? Intenta llegar a esa hora. Pero ¿qué está haciendo Borja a la una y media? Cerrar la puerta del sótano de mala muerte en el que vive mientras se pone la chaqueta. Vive acelerado, ¿es posible que padezca de impuntualidad?

Antes de salir se ha arreglado bien el pelo, ese *look* a lo Ethan Hawke en *Antes de Amanecer* no se crea solo, así que se ha pasado más de media hora en el baño peinando cada mechón con mucho tesón. Se ha puesto sus vaqueros de la suerte, los que le dibujan un culo perfecto.

Está nervioso. Y lo está por una razón. Hoy, después de un mes desaparecido de su vida, vuelve a verse con el cántabro. ¡Una nueva cita! Ya sabes, un número alto de citas es síntoma de una vida sentimental sana. Así que ha decidido darle una segunda oportunidad y volver a quedar con él. No es que desapareciera porque no le guste, le encanta. Le encanta mucho.

—Es el primero que me gusta de verdad desde Lucas.

Se lo dijo a Fiona hace unos meses cenando en un restaurante coreano en Valencia.

Entonces, ¿qué pasa? ¿Por qué desapareció? ¿A qué viene tanta tontería? Resulta que no siente cosas. Ya sabes, en la barriguita. Porque, como es lógico, si no hay mariposas en la cuarta cita, no es el amor de tu vida. Y entonces es mejor dejarlo, porque aquí no se ha venido a perder el tiempo. Y el amor de tu vida no te puede pillar teniendo citas sin sentido por todo Madrid. Porque esos son difíciles de encontrar y Mercadona aún no los vende. Pero, claro. La otra noche, mientras se bebía hasta la última gota de la última botella de un bareto en Lavapiés, tuvo una revelación. La figura del cántabro se le presentó como una aparición mariana y él, devoto que es, se sintió llamado por Dios nuestro señor en forma de norteño guapo. Como Macarena García en *La Llamada*, pero sin números musicales.

«Si me gusta… ¿por qué no darle la oportunidad?».

Una revelación bastante lógica, ¿verdad? Uno no puede ir por ahí confesando que aquel chico es el primero que le gusta de verdad desde su ex, del que estuvo locamente enamorado, para después dejarlo en la estacada a la primera de cambio. Así que echó mano de su ingenio y utilizó el típico «he estado súuuuper ocupado». Y vuelta al ruedo. El cántabro picó y aquí estamos.

Sale de casa y echa a andar sabiendo muy bien su destino. Recorre la ciudad con soltura, sin echar mano de ninguna aplicación de mapas, porque se conoce Madrid. Lleva ya casi tres años viviendo allí. Se marchó de Valencia en busca de una vida mejor. Bueno, mejor desde luego que no, pero sí con más opciones. Vaya, que quizá su calidad de vida haya empeorado «mazo», pero habrá que agradecer toda la variedad de oportunidades que ofrece Madrid, ¿no?

Tiene un trabajo bonito en un estudio de interiorismo en Lagasca. La oficina también es bonita y todos los que trabajaban allí son bonitos. Casi como en Abercrombie, pero más sofisticado. ¿Gana dinero? Lo gana. ¿Ahorra algo de ese dinero?... «¿Qué es ahorrar en realidad?», les pregunta a sus padres cada vez que lanzan la pregunta contraria. Vive en un piso curioso. Un sótano color pastel, que él mismo ha apañado bastante bien. De no ser porque desde allí no se ve la calle, sería perfecto. Y ya sabes lo que se dice: ¡la perfección no existe! No es cuestión de abusar. Pero claro, por muy sótano que sea, está en Palafox, en pleno centro, en la

esquinita con la Plaza de Olavide y a nada de la Glorieta de Bilbao. Y eso no lo mejora ni todo el sol del mundo entrando por la ventana, ¿no?

Se pone las gafas de sol porque, aunque haga frío, el sol luce. Baja Fuencarral hasta Velarde y ahí toma la Corredera Baja de San Pablo hasta Don Felipe, y después Molino de Viento hasta su destino. En el camino, le escribe al cántabro.

Llego en nada, he tenido un problema en casa. Sorry!!

Lo bueno de este tipo de mentiras es que, como todo el mundo las dice, nadie pregunta después. Como la de estar muy ocupado después de haber desaparecido sin más, cuelan porque son ya excusas universales.

Llega al restaurante, fatigado y agobiado, pero llega. Le pidió al cántabro que reservara en un Lamucca. No es lo más original, pero está rico. Es como un terreno seguro, una zona neutral en la que los platos son sencillos y no dan pie al conflicto de tener que debatir qué se pide o qué no se pide.

Recorre el local con los ojos. Todo entero. Mesa a mesa. No ve al cántabro. Son las dos menos cuarto. Mira el móvil, no le ha contestado al mensaje, pero tiene el doble *tic* azul.

—¿Buscas a alguien? —le asusta un camarero. Se gira para mirarlo.

—Sí, tenemos reserva para dos. No sé si él ha llegado ya.

—¿A nombre de...?

—Miguel, se llama Miguel.

El camarero frunce un poquito el ceño. Borja empieza a tener calor y se quita la chaqueta.

—¿Miguel qué más?

Ahí le ha pillado. No lo sabe o quizá lo haya olvidado. De hoy no pasa que se lo aprenda. Le sonríe otra vez al camarero.

—Es un chico moreno, así como... cántabro.

El camarero arruga la frente y entorna los ojos.

—¿Es una cita a ciegas? —le pregunta con tono condescendiente.

—No, no. ¡Qué va! ¡Es la quinta ya! —responde orgulloso—, pero hace tiempo que no nos vemos. Ambos hemos estado muy liados.

Eso último preferiría no haberlo dicho. Se genera un silencio incómodo. Él sigue sonriendo, el camarero mira su lista de nombres.

—Lo tengo en la punta de la lengua —dice sacando la lengua y señalándosela.

—¿Estás seguro?

Por supuesto que no lo está, pero eso no se lo va a decir.

—Sí, prueba con Bustamante.

El camarero pone los ojos tan en blanco que casi le dan una vuelta entera.

—Hay más cántabros que David Bustamante. Lo sabes, ¿no?

Parece que la situación empieza a hacerle hasta gracia, pero Borja siente el peso del bochorno sobre sus hombros.

—Entonces, ¿no es Bustamante?

—Me temo que no. ¿Estás seguro de que era aquí? Hay seis Lamucca.

—Sí, es aquí. Vivo en Palafox y…

—¿Qué es eso?

—Una calle, casi en Olavide.

—Ni idea, soy de Móstoles.

—El caso es que le dije que en Lamucca de Almagro no porque está demasiado cerca de mi casa y, aunque el de Fuencarral está más cerca aún, es el más nuevo y aún no lo he probado, pero vaya, que no había sitio. Y bueno, el resto ya pillaban muy lejos, así que le dije que este, el de Pez. ¡Y aquí estamos! ¡Zona neutral!

El camarero ya no sabe qué más decir. Ese último discurso lo ha dejado tocado y hundido. Borja se percata de que ha enmudecido.

—Prueba con Revilla. Miguel Ángel Revilla.

—Ese es el presidente de Cantabria.

—Pero tú no sabes si es su hijo.

El camarero no puede evitar reírse. Muy alto. Borja se pone colorado y su sonrisa se vuelve tímida. En ese momento, su móvil empieza a vibrar. Lo saca del bolsillo del pantalón.

—¡Es él! —exclama aliviado enseñándole el móvil.

El camarero levanta los brazos en señal de victoria. Se fija en el móvil y mira a Borja contrariado.

—¿Miguel Julio? Aquí no tengo a ningún Miguel Julio.

—No, lo tengo guardado así porque lo conocí por mi ex compi de piso, Julio.

El camarero dice «ah» sin emitir ningún sonido. Borja coge el teléfono.

—¡Miqui!

—Si te retrasas más, acabaré con toda la cerveza del restaurante. ¿Dónde estás? —pregunta con acento norteño.

¡Hay que ver lo poco que valoramos esos acentos! Borja se pone tontorrón de escucharlo. Se ríen. El lo hace mirando al camarero.

—Estoy aquí dentro, no te encuentro.

—Estoy en la terraza. Hace solazo.

—¿En serio? —Se vuelve a reír—. Salgo ya.

Y cuelga. El camarero le observa curioso.

—Está fuera. Tendría que haberlo imaginado, a la gente del norte les das un rayito de sol y ya se creen que están en Ibiza en agosto. ¡Gracias por tu ayuda!

Se da media vuelta y se va. Sigue abochornado, así que lo hace muy rápido. El camarero lo detiene.

—Miguel Díaz de Castro.

—¿Perdona?

—Así se llama tu... amigo.

—¿Díaz de Castro? Qué apellidos se gastan en el norte, ¿no?

Entonces, es el camarero quien se da media vuelta y se va.

Borja sale y busca al cántabro. Lo encuentra rápido, ha llegado con tanta prisa que no se ha percatado de que estaba ahí, al lado de la puerta, esperándolo.

Entonces, sonríe. Le sonríe a su pelo rizado y negro como el carbón despeinado a la perfección. A su sonrisa amplia y honesta. A su hoyuelo en la mejilla. A sus ojos, casi más carbón que su pelo, rodeados por unas pestañas largas y rizadas. Y a su camiseta de Ralph Lauren. Tiene un montón de muchos colores, camiseta y caballito. Las compra en todas partes: El Corte Inglés, Amazon, tiendecillas *vintage* de Velarde, aplicaciones de venta de ropa de segunda mano, etc. Son su uniforme de sábado, entre semana va con traje. Hoy, como hace frío, lleva una sobrecamisa de pana. Por muy norteño que sea, algo de frío siente.

El abrazo que se dan es un poco excesivo en intensidad y en duración. «¡Pero qué bien huele el cabrón!». Ese abrazo lo ruboriza entero, desde arriba hasta abajo, cada poro de su cuerpo se activa, se le eriza la piel, se le suben las comisuras, se le nubla el cerebro. Es un abrazo por el que bien vale dejarse de tonterías y volver con todo.

—Demasiado tiempo sin vernos, Borja.

Él no contesta, solo sonríe apoyando con suavidad la cabeza sobre su hombro. Le encanta de verdad de la buena.

«¡A la mierda las mariposas!», piensa.

No tardan mucho en sentarse y lo hacen uno frente al otro, como las parejas que acaban de empezar y aún no han encontrado sus manías, sus fobias y sus costumbres.

—¿Mucho frío? —pregunta el cántabro divertido mientras Borja se abanica con la carta. Por los nervios, claro.

—Un poco, ¿no? —Y en un despiste se la roba y empieza a abanicarse él.

—¡Eh, que hay dos!

—Me ha gustado más esta.

El tonteo ha llegado para quedarse, bienvenido sea.

Se piden alguna cerveza más y comparten todos los platos. Incluso, en un momento de espontaneidad poco visto en él, Borja le ha robado la cerveza y se la ha acabado de un trago. Hablan de la vida en este mes desaparecidos. Borja le cuenta su último proyecto en el curro y Miqui le habla de la escapada que hizo con sus amigos de Santander a Ámsterdam, bizcocho de marihuana incluido. Rememoran aquella cita en El Retiro a la que el cántabro fue de resaca máxima y se lamentan porque finalmente no fuera en Fallas a Valencia a vivirlas desde dentro con un valenciano.

—El año que viene vendrás —dice Borja, y lo verbaliza como un presagio, como un deseo real.

Durante todo el rato sus comisuras están en alza, como si se hubieran quedado enganchadas en posición sonrisa y no hubiera forma de hacerlas bajar, ni aunque quisieran. Y hacen eso que hacen las personas que se gustan mucho: no paran de mirarse.

—¿Cómo está Julito? —pregunta Miqui cuando les sacan el postre, que también van a compartir.

Julito es la razón de esa comida, de las cuatro citas anteriores y de que Borja esté obsesionado con encontrar las mariposas. Julio y Miqui trabajaban juntos, antes de que al primero le diera una neura y dejara el trabajo. Los presentó una noche de cenas de Navidad de empresa en un bar de Ponzano. Había lucecitas y gorritos rojos, había gente muy borracha y había mucha química. A Borja le encantó desde el primer momento y Miqui solo tuvo ojos para él hasta que se despidieron.

—Se supone que bien, se fue el viernes del piso.

Y Julito es también, en parte, la razón por la que Carlota se muda a Madrid. Si es que hay alguna razón detrás de esa decisión.

—¿Cómo? —El cántabro está sorprendido, tanto que devuelve el trozo de tarta que se iba a comer al plato.

—Eso no es lo mejor.

Miqui lo mira expectante y divertido y a Borja se le pone cara de tonto. Entre ellos se dispara una lucha de miradas, de pestañas batiéndose, de mejillas sonrojadas y de palpitaciones subiendo en intensidad. El embobe es real.

—¡Va, Borja! ¡Dímelo! —consigue decir Miqui.

—Se va a vivir a Boadilla.

—¿Estás de coña? —dice perplejo.

—Te lo juro. Me dijo que estaba muy agobiado en Madrid, que le iba a dar algo si seguía así y que necesitaba un cambio de aires. Que allí tiene piscina, pádel y gimnasio…

—Y que para sobrevivir va a tener que vender sus órganos.

—Pues con la mierda de vida que lleva no sé yo si le darán mucho.

—Tiene pinta de que muy poco.

Borja conoce a Julio de Valencia, de las noches de botellón universitarias. Hasta llegar a Madrid nunca había visto su cara a la luz del día porque eran amigos de fiesta. Para él, para Carlota, para Fiona y para Andreu. Todos igual. Es un tipo peculiar, ¿quién si no iba a preferir vivir en un sótano antes que en un piso normal? Y fíjate también, ha entendido mucho antes que Borja las desventajas de vivir en el centro si tienes que hacerlo bajo tierra. Que quizá Boadilla le vaya a fulminar el sueldo, pero al menos verá luz, sol y personas por la ventana, y no se le fulminará la vida.

—No nos veíamos desde tu cumpleaños —dice Borja rompiendo el silencio en un momento incómodo cuando ya están vagando por las calles de Malasaña.

—Lo sé…

—Me lo he pasado muy bien, Miqui. Bueno, siempre me lo paso muy bien.

Se ponen tontorrones y al mismo tiempo sus cabezas, las de ambos, empiezan a volar. A dudar, a preguntarse, a ilusionarse…

—¿Te estás despidiendo ya?

—Debería, en cuarenta minutos tengo que estar en el aeropuerto recogiendo a Carlota.

Miqui pone el brazo sobre su hombro de forma tímida pero segura. A Borja se le eriza la piel, ¿serán las mariposas?

—¿Te dejó Julito la habitación preparada?

—Qué va, la limpié ayer por la tarde. Quien espero que esté preparada es ella.

—¿Crees que no lo está?

—Es una persona complicada.

Miqui lo aprieta contra él y Borja apoya la cabeza contra su hombro.

Pasan un rato en silencio, caminando como si fueran los novios más novios del barrio. Borja se siente bien, se siente en paz. A la segunda iba a ir la vencida, lo tenía claro.

—¿Cuándo fue mi cumpleaños? —Y con esa pregunta ambos vuelven a la realidad.

—¿El cinco de marzo?

Miqui detiene el paso y ambos se paran, justo debajo del cartel de la calle del Tesoro. Borja apoyado contra la pared, Miqui justo delante de él, cubriendo casi por completo el espacio que los separa.

—Correcto, eres bueno. —Traga saliva y se muerde el labio—. ¿Qué día es hoy?

—Ocho de abril. —Borja babearía si no fuera indecoroso, pero tenerlo tan cerca está hasta mareándolo.

—Bonito día.

—Sí, ha salido el sol. Huele a primavera. Es verdad que algo de frío hace, aunque tú no lo notes... —Sí, se ha puesto nervioso, evidentemente—. Pero en general, sí, muy buen día.

Miqui lo mira divertido.

—¿Intentamos que no vuelva a pasar tanto tiempo hasta que nos volvamos a ver?

Algo dentro de Borja se mueve. ¿Las malditas mariposas? ¿Son ellas?

Miqui se le acerca aún más, muchísimo. Le viene un poquito de olor a cerveza y a *Sauvage* de Dior. Ha llegado el momento, lo va a hacer. Quiere besarlo, no ha querido nada tanto desde hace mucho tiempo. El cántabro cierra los ojos y Borja siente su aliento sobre su boca.

Pero va y no. No lo besa.

Hace lo que siempre hace. Lo abraza. Esquivando el beso por quinta vez. Lo abraza fuerte, quiere una explosión de mariposas en su estómago. Pero, aunque las sienta cerca, se vuelven a desvanecer.

Treinta y cinco minutos después, Borja llega al aeropuerto y Carlota espera en la cinta de equipajes su maleta y su mochila. El vuelo no ha ido mal, pero vaya, tiene el don de dormirse en el avión. Aunque el vuelo sea horrible y las turbulencias asusten al más valiente, ella duerme como un bebé. Ahora está nerviosa, sabe que ya no hay marcha atrás.

Borja también sigue nervioso. Quiere besar a Miqui, de verdad. Quiere hacerlo como si su vida dependiera de ello. ¿Por qué no puede?

Carlota se intenta relajar. «Todo va a ir bien», se dice. Su maleta ya ha salido, solo falta la mochila. Borja aprovecha la espera para escribirle a Miqui. No sabe por dónde empezar. Quiere ser breve, pero al mismo tiempo se muere por explicarse, aunque no se entienda ni él mismo.

Carlota echa a andar ya con todo su equipaje encima. Rebusca entre las fotos del carrete de su móvil, sabe exactamente cuál quiere encontrar.

Lo sabe porque es la única que no borró de él.

La encuentra.

La mira.

La borra.

Borja encuentra las palabras y manda el mensaje:

> ¿Quedamos entre después de hoy y antes del sábado que viene?

El cántabro no tarda en contestar:

> Te tomo la palabra.

Mira el móvil y sonríe y, cuando levanta la mirada, ve a Carlota llegar. La saluda levantando el brazo, pero ella ya lo ha visto y corre hacia él.

—¡*Welcome to* Madrid, preciosa!

Se funden en un abrazo. Un abrazo que, sin pretenderlo ninguno de los dos, es reparador. Es un abrazo familiar. Se sienten en casa y se sienten protegidos, o algo así.

—¿Ha habido beso esta vez? —son las primeras palabras de Carlota cuando se separan.

Borja se encoge de hombros.

—Borja, cariño…

—¡Ya lo sé! No me riñas nada más llegar.

Ella niega con la cabeza y él se cuelga su mochila sobre los hombros.

—Es mi alexitimia.

—¿Qué coño es eso? Contigo ya me pierdo.

—Lo leí en internet. —Ante esa frase, Carlota no puede evitar levantar una ceja y fruncir el ceño—. Es una patología real, la tenemos una de cada diez personas. Básicamente es un trastorno que me impide amar.

Carlota se queda en blanco. Total y absolutamente en blanco. No se esperaba semejante gilipollez.

Tú tampoco, ¿verdad?

—Borja... Cariño... Precioso... ¿tú me quieres?

—¿Qué mierda de pregunta es esa?

—¿Me quieres o no?

—Pues claro que te quiero, Carlota.

—Pues entonces, no tienes la *lexatina* esa o como se diga.

En el viaje en metro a casa, Borja enumera todas y cada una de las razones por las que le encanta el cántabro, desde sus pestañas rizadas hasta su sentido del mundo. Le cuenta a Carlota la gracia que le hace todas esas veces que lo pilla atontado mirándolo y tiene que girar la cabecita como un perro para hacerlo reaccionar. Le recuerda, porque esto ya se lo contó haciendo una videollamada hace unos meses, lo bien que se lo pasó en su cumpleaños y la buena pareja que hacen. Además, es que también le parece un chico de lo más interesante, quiere que le enseñe el norte y él quiere hacer lo propio con el este. Le apetece todo con él, todo y más. Y no se olvida de lo bueno que está, claro. Pero no puede besarle, su cuerpo lo evita, la vida le pone la zancadilla.

Llegan a Palafox y Borja ha cambiado de tema. Ahora habla de Madrid, de lo guay que es Madrid, de lo divertido que es todo, de lo bien que se lo van a pasar y de las ganas que tiene de empezar esta nueva vida juntos. Carlota asiente y sonríe. Sin duda, mudarse con Borja ha sido la elección correcta, Madrid también lo va a ser.

Conoce el sótano porque ya ha estado unas cuantas veces, así que no se asusta por la falta de luz ni por lo apretado que está todo. La entrada y el salón son el mismo espacio, y en la cocina, que está abierta, hay un pasillito con las dos habitaciones y el baño. Nada más que ver. Tampoco se sorprende por lo mono que está todo. Conoce bien a su amigo, sabe que, por muy sótano que sea, se negó a vivir en la caverna infernal que era aquello cuando Julito vivía solo. Así que quitó el lila de la pared y lo pintó de blanco, puso algún que otro espejo para dar sensación de amplitud, colocó alguna alfombra, se recorrió el barrio buscando arte para las paredes y compró velas con olor a »vida en el exterior», como si el olor de las florecillas silvestres entrara por las ventanas de Madrid en los pisos normales.

—Va a venir ahora el hijo del casero a traerte tus llaves —le informa Borja mientras la mira deshacer su maleta tumbado en su nueva cama.

—¿Qué le ha pasado al casero?

—Le dio un infarto. Se recuperó, pero está aún haciendo una vida más relajada. Así que de momento se encarga Fran.

Y Fran llega a los quince minutos, con ropa de deporte, la frente sudada y las llaves de Carlota en la mano.

—¡Bienvenida a Madrid! —lo dice con acento de madrileño de verdad, de chulo de la capital—. Perdona las pintas, he aprovechado para correr un poquito antes de venir. Tocaba

quemar los excesos de ayer y prevenir los de esta noche. Me dijo Borja que tú también corres.

—Sí, me ayuda a liberar endorfinas —responde ella como una tonta mirando los brazos bien definidos del hijo del casero, los ojos bien azules del hijo del casero y el paquete que se le marca en las mallas al hijo del casero.

—Bueno, gracias por traer las llaves, Fran. Si necesitamos cualquier cosa, te avisamos, ¿vale? —corta Borja apresurado.

—Ya sabes, Borja. Disponible veinticuatro horas. —Les guiña un ojo y se pierde escalera arriba.

—No me habías dicho que estaba tan bueno —dice Calota cuando ya han cerrado la puerta.

—Fíjate, no me había dado ni cuenta.

Y en ese sótano empiezan Borja y Carlota su nueva vida mano a mano. El alexitímico y la fugada. Pinta bien la cosa.

3
El enigma

Hace unos meses abrió en Marqués del Turia, en pleno Eixample, una cafetería rosa. Pero rosa, rosa. Tan rosa que solo de entrar ya te cambia el humor y te pones cursi. Tan rosa que hasta la comida y las bebidas son rosas. Tan rosa que parece las oficinas centrales de *Barbie*. Tan recalcitrantemente rosa que cuando sales te cuesta ver los demás colores. Parece una suerte de refugio antiaéreo ideado para chicas, diseñado para gustar a las chicas, decorado para emocionar a las chicas y sangrar sus tarjetas de crédito con perspectiva heteropatriarcal. Pero qué buenas están las tortitas. Cada mañana y cada tarde el local se llena de cotilleos, de voces, de risas enlatadas. De estereotipos, de falserío y de emoción desorbitante. De grupitos de amigas de toda la vida que disfrutan tomando té rosa y siendo amigas de toda la vida, de siempre y para siempre. Y Fiona tiene de eso. El grupete de siempre, las chavalas del pasado, del presente y del futuro. Sus amigas así, a bocajarro, porque es lo que son. Y, claro, les gusta el rosa, les gustan los cotilleos y les gusta que les sangren la tarjeta de crédito.

Y había mucho que contar.

Ali es la más precoz de todas, siempre lo fue, y cuando ha llegado lo primero que han visto las más puntuales, Fiona entre ellas, ha sido su inmensa panza a puntito de caramelo. Lleva embarazada por lo menos diecinueve meses, de ahí que tenga la barriga cerca de explosionar, cargada con un bebé que será el primero del grupo. Y ella, como no puede ser de otra manera, está eufórica, feliz, ilusionada, emocionada, extasiada y ansiosa por ver la carita de su bebé. ¿Su sueño? Ser madre. Y lo va a conseguir, ¿no es maravilloso? Ya otra cosa es que no sepa si el padre es el hombre al que le dio el sí quiero en aquella ceremonia preciosa en el Huerto de San Vicente o el tío con el que folló detrás de un contenedor una noche de fiesta en el Puerto hace exactamente nueve meses. Pero que no cunda el pánico. Si ella no recuerda mal, total llevaba seis cubatas encima, se parecía a su marido. Que, si una pone los cuernos sin precaución, lo hace bien.

Luego está María José, que acaba de aterrizar de las Maldivas, donde ha acabado su luna de miel que empezó en Japón. Está cansada perdida porque tiene *jet lag*. Eso no evita que esté utilizando la lengua por encima de sus posibilidades para contar con pelos y señales cada detalle

de su viaje tras la boda. Cantidad de coitos incluidos, con sus posturas y su todo, que el bebé de Ali necesita un amiguito y que venga pronto porque «tía, ahora ya, lo próximo es que te hagan un bombo». Pero quiere tomárselo con calma porque Óscar y ella, que tienen una relación sana, afianzada y de verdad, quieren disfrutar de su vida de casados por un tiempo. Así que las amigas le dan seis meses.

Todas se ríen, qué gracia todo. Y qué ricas están las tortitas.

Sandra se casa después del verano y no puede estar más nerviosa. Ella, que nació para eso, para casarse, para celebrar la fiesta del siglo llena de extras sin sentido, que poco tienen que ver con el amor y mucho con las apariencias. Porque ahí lo que se va a celebrar es que ella, la Sandri, ha encontrado un árbol en el que ahorcarse por siempre y para siempre. Da igual el novio, lo importante es la boda. Así que el tal Juan Carlos, o Juan Luis, o Jose Carlos, o Jose Luis, acata secretamente, sabedor de que esa no será la última boda de la Sandri y que él es un mero actor de reparto en la película de la historia de su novia, con la que va a hacer el papelón de su vida hasta que un infortunio falsamente inesperado los haga separarse y cagarse en los muertos de quien les dijo que contratar a un DJ de Ibiza era buena idea.

Marta y Ángela tienen poco que contar y por eso son, por detrás de María José, las que más hablan. Que si citas por aquí; que si este me gusta pero no; que si aquel está bien, pero no me cuadra. Que si a este otro no le gusto, pero a mí me encanta. Que si el ex de Marta ha vuelto a las andadas, pero sin contar que en realidad fue ella la que anduvo primero. Pero se hace la digna, aunque se lo tiró bien tirado hace un par de días en su cama, que es la misma en la que él se follaba a todas las demás Martas mientras Marta debía ser una única Marta en singular. Apasionante.

Y luego está ella, claro. El enigma. Porque, escucha, ella vive de alquiler con Mario en Ruzafa porque es joven, es valenciana, es moderna y es lo que toca. Un poco de Ruzafa antes de empezar tu vida de verdad, Ruzafa como el último polvo antes de la vicaría. Y eso debería de estar cerca, ¿no? Porque justo hoy, ella y Mario cumplen nueve años de amor. Y sus amigas lo tienen claro, la suya será la próxima boda después de la de septiembre. Sandra corta la conversación rápido, no vaya a ser que se hable de una boda que no es la suya. Fiona lo agradece y se acaricia el cuello por encima del pañuelo de seda que se ha puesto de forma estratégica alrededor. Unos bonitos topos de colores para camuflar el topo de color morado que ella luce en el cuello. Sus amigas se escandalizarían fijo, por mucha guasa que tuviera que lo hagan, y no está Ali para escándalos con el bombo que luce.

A las siete y media en punto levantan el campamento que se han montado en el paraíso rosa y se va cada una a casita, a seguir con sus vidas de colores que tan felices las hacen. A seguir soñando con sus bodas, sus bebés y sus lunas de miel. Aunque a la pobre Marta le espera una sorpresa súper agridulce en nombre de «no es por ti, es por mí. Quiero explorar otras posibilidades, otros mundos». Que en el lenguaje real viene a ser que lo que el chico quiere es comerse otros coños y que se la coman otras Martas.

De vuelta a casa, a Fiona le tiembla el párpado, le va como una moto. Si su párpado fuera una persona real, el diagnóstico sería claro: Parkinson. Qué raro, ¿no? Si a ella le va todo genial, le encanta su vida, ¿por qué ese párpado temblando como si su dueña tuviera algún tipo de estrés, algo de ansiedad? Todo va bien, muy bien. Mucho se ha cuidado de que así sea, de llegar a los veintinueve teniéndolo todo. Todo, todito, todo. Carrera, novio, trabajo, piso en alquiler en Ruzafa, buenos amigos y un perrito salchicha en el horizonte. Todo siguiendo el orden correcto y natural de las cosas, porque Fiona es ordenada desde siempre.

Llega a casa y está sola, Mario se ha ido a hacer no sé qué cosa que ella no tiene ni idea de qué es, pero que él le ha explicado miles de veces. Así que se quita el pañuelo, que se lo ha apretado tanto que casi muere estrangulada y se mira el chupetón en el espejo. «¡Válgame el señor, qué grande es!». Qué bestialidad, qué cosa más de quinceañera. Qué poco ella.

La temperatura perfecta para darse una ducha que no dañe la piel está entre los 37º y los 38.5º, ni más ni menos. Y la piel hay que cuidarla siempre. Y el pelo también. Y cada detalle de tu cuerpo, porque es tu templo, por eso se enfadó tanto cuando le hizo semejante cardenal en el cuello.
A Fiona le gustan las duchas largas porque bajo el agua restaura su cuerpo y lo pone a punto. Siempre las empieza con un termómetro que se lleva hasta de viaje y las acaba con un buen chorro de agua fría, por eso que dicen de que es bueno para la circulación. Cuando sale, se embadurna de buena crema y se seca el pelo. No hará falta que diga que, antes de secar, se echa el potingue necesario para que no se dañe. Todo en la vida de Fiona sigue un sistema, ordenado, preciso e ineludible. Y lo que hace con esa marca en su cuello es hidratarla bien, para que se cure pronto y no se ahogue debajo de todas las capas de maquillaje que se va a tener que poner después.

Fiona nunca ha sufrido una turbulencia innecesaria. Ella tiene la vida perfecta y la vive con la comodidad de saberse tranquila. Y relajada. Y feliz, ¿no? Ella es feliz porque sería injusto

no serlo. Es agente inmobiliario y gana bien. Vive en un piso que también está bien en la zona más de moda de Valencia. Cena fuera de casa entre dos y tres veces a la semana y, cuando llegue a su hogar el salchicha que completará su gran familia feliz, su pisito se llenará de aún más amor. Además, ha logrado un hito que poca gente de su edad logra: navegar su vida de la mano de la misma persona durante nueve años seguidos. Nueve. Uno tras otro. Toda su veintena. Enterita, ¿eh? Y eso es digno de celebración. Y de bragas y sujetador nuevos también. De encaje, pero encaje del bueno. Ella es fan del encaje desde siempre y lo suele adquirir en cualquier tienda de ropa «*fast food*» de la Calle Colón. Sin embargo, para una ocasión tan especial toca estrenar el conjunto lencero definitivo. Es color burdeos. El sujetador realza sus pechos y tiene unas perlitas decorativas en el centro. Y el tanga es elegante y escaso. Y tiene las mismas perlitas en la parte trasera. Una delicia, vamos.

Sobre su piel, y su conjunto, rocía un poco de Nina Ricci y se viste. Una buena blusa de seda, un buen escote y sus vaqueros de la suerte que, como a Borja, le dibujan un culo de escándalo. Una vez vestida, un par de *sprayazos* más, los botines y lista. Melenaza en una coleta medio deshecha, algo de colorete y para fuera.

En el salón la espera Mario, que ha llegado hace un rato. Sus nueve años. Todos y cada uno de ellos sin excepción.

—Estás preciosa.

—Tú no estás nada mal, caballero.

Y después viene el beso de rigor. Tierno y suave, dulce como los de las primeras veces, pero maduro porque sus labios ya se conocen lo suficiente. Una muestra de estabilidad en forma de beso. Un beso con esos labios que son su hogar. Esos labios finos de Mario, esos labios que tanto ha besado, que tan bien se conoce. Se para un momentito a observarlos bien, podría pintarlos si supiera pintar, cada grieta, cada curva, todo.

Y salen de casa a celebrarlo como toca. Pasean de la mano por el barrio, y la ciudad, como si fueran uno el trofeo del otro, un trofeo concedido por esos nueve años ininterrumpidos de vida juntos. Él lleva pegada en la cara una sonrisa de orgullo, de realización, de «qué bien lo estoy haciendo» que no puede con ella. Y a ella el párpado le vuelve a temblar con tanta fuerza que en un momento del paseo se lleva la mano al ojo para intentar calmarlo, pero nada. Pone su cara de póker, que tan bien aprendida tiene, y a seguir. Cenan en Raro, que rico. Y que apropiado.

Fiona y Mario se conocieron a finales de 2013 cuando ella y las amigas de toda la vida celebraban el cumpleaños de María José. Ella cargaba con una tarta de *fondant* inmensa y él

cenaba en el mismo restaurante con sus padres y su hermana. Se chocaron en el baño y a él le salió un nosequé de dentro que le hizo hablar con aquella chica alta de cabello caoba. Pero pasaron muchos meses hasta que, en abril de 2014, empezó todo de verdad. Él, como el caballero que es, le pidió salir y un año después estaban en París celebrando su primer aniversario. Clichés que tiene que cumplir uno cuando está en la veintena temprana y enamorado.

Los aniversarios de 2016 y 2017 los celebraron volando por Europa para presumir de amor. Nunca nada tan romántico como hacerlo subidos a la Torre Eiffel, pero Milán y Cracovia tenían vuelos baratos. Así que el primer año comieron carbonara entre los canales de Navigli y el segundo sufrieron entre barracones en Auschwitz sintiéndose muy afortunados de tenerse el uno al otro, y de no haber sido judíos en la Polonia nazi.

En 2018 se mudaron al pisito de Ruzafa, así que ese año y el siguiente se quedaron en casa como una premonición de lo que iba a ser 2020. Ahí, por sus huevos, se quedaron sin salir, como tú, como yo y como todos. Eso sí, celebraron haciéndose unas románticas PCR mutuamente. Romanticismo pandémico lo llamaron.

Para 2021 salieron a cenar, pero con tanta restricción volvieron pronto a casa y pegaron un polvo de campeonato, o un campeonato de polvos. Un no parar, quién diría que llevaban ya siete largos años juntos. Eso sí, les sirvió para no sufrir la sequía de los meses próximos con la intensidad que deberían haberla sufrido.

El año pasado volvieron a viajar y lo hicieron con presupuesto de adultos. Cruzaron el Atlántico y se plantaron en Nueva York una semanita de lo más cuqui y calórica. Y como diría un buen europeo, de lo más artificial. Por lo de todos los rascacielos ahí puestos en lugar de iglesias románicas y calles empedradas, eh. No pienses mal, que nadie está llamando a Fiona y Mario artificiales, con lo que se quieren ellos.

Cuando vuelven a casa empieza el festival del cortejo. Mario se pavonea y ella le sigue el rollo. Se hace la interesante, pero no mucho. Porque le apetece, pero quizá no. Cede después de un breve tira y afloja, ese típico jueguecito que a veces hacemos para echarle chispa al asunto. Aunque el resultado final siempre es un beso. Ella le pone toda la pasión que le sale, él toda la que tiene. Por el pasillo, hacen un camino de prendas de ropa como el de las baldosas amarillas hasta Oz. Pero a ella el párpado le vuelve a temblar cuando lo que debería temblarle son las piernas, ¡maldita sea!

En la cama siguen los besos, cada vez más intensos. Mario juguetea con el conjunto lencero y se pone durísimo mirando los pechos de su novia apretados. Ella aprovecha que lo tiene entretenido amasando y chupándole las tetas para estirar el brazo y regular la luz de la lamparita que tienen encendida. Cuanto más tenue, menos peligro de que se le vea el chupetón si se le corre el maquillaje.

—Estás muy húmeda.

Y sin decir más, hunde su cabeza entre los muslos de Fiona como un animal. Ella lo deja hacer y piensa en todas las cosas que no debería haber hecho y había hecho. En todas las marquitas que vinieron antes de la que tapa el maquillaje. Se desinhibe, por fin, con su párpado y su novio entregados a la acción. Se propone disfrutar de la lengua de Mario. De los besos de Mario. De las caricias de Mario. De los nueve años de Mario. Le devuelve el favor haciéndole una mamada de campeonato, saboreándola bien, jugueteando con sus huevos. Cuando él no puede más, la coge en volandas, se la coloca encima y la penetra sin pensarlo. Lo hace como un caballero, pero como uno que está cachondo perdido y cegado por sus hormonas. Cabalgan juntos, mueven las caderas al mismo ritmo, se gozan por última vez.

Huele a polvo de despedida. Huele a traca final.

Los gemidos de Fiona se intensifican conscientes de lo que esto significa. Gime muy alto. Como si se le fuera la vida en ello. Pero, claro, la vida se le va en ello. La vida con Mario. Se ha olvidado de su párpado en algún momento y nadie ha visto el chupetón. Suponemos que el maquillaje ha hecho bien su trabajo. Un trabajo preciso y adecuado. Tan preciso y adecuado como el que hizo el dueño de la boca que la dejó marcada con ese gigante cardenal. Y es que, no sé si te habías percatado de la situación, pero no fueron los labios y lengua de Mario los causantes de semejante pintura rupestre en su cuello. Fue otro. Un cualquiera, uno de tantos. El enésimo encargado de ayudarla a evadirse de su aburrida y controlada vida. Como si fuera un *hobby*, una afición semanal que la lleva a acostarse con quien sea, pero si es guapo mejor, con el simple hecho de sentir que su vida no es la sucesión de hitos aburridos que es. Ella sigue siendo la chica ordenada de siempre, así que solo puede ser uno por semana. Hasta para ser infiel es meticulosa la tía.

Por la mañana, Mario es el primero en levantarse. Prepara un desayuno maravilloso en la mesa de la cocina, ideal para lo que está a punto de pasar. Espera a Fiona sentado frente a su obra maestra del amor culinario. Del zumo de papaya, las tostadas de pan de centeno, el aguacate a rodajas y el pavo bajo en grasas. Ella saldrá a las nueve y media en punto. Es su hora de los domingos. Por la ventana sigue entrando el sol.

—Buenos días.

Fiona entra en la cocina ya vestida, pañuelito en el cuello incluido. Mario no se sorprende, aunque sea raro.

—Te he hecho café. —Con sus ojos dirige la mirada al bodegón de desayuno que cubre la mesa.

—Gracias, cielo —consigue decir Fiona cuando se percata de todo lo que hay sobre la mesa. Coge el café y empieza a beber mirando a un punto fijo. Mario se sienta frente a ella.

—¿Has dormido bien?

Ella levanta la mirada después de dar un último trago al café.

—Mario, creo que me voy a ir a vivir fuera una temporada.

—Perdona, ¿qué?

—Sí, estoy un poco agobiada con la vida. Necesito reconectar.

—¿Reconectar con qué? No entiendo nada.

—Te entiendo, yo tampoco me entiendo del todo.

—Pero…

—Creo que es lo mejor, alejarme un tiempo para ganar perspectiva.

—¿Me estás dejando?

—¡Qué va, tonto! Estoy haciendo esto por nuestro bien, saldremos mejores —al decirlo no lo mira a los ojos, no vaya a ser que le pille la trola.

Media hora después, cuando ha conseguido medio convencerlo de que es lo mejor, cuando le ha dejado claro que ella está tan perpleja con su decisión como él, ha cogido su bolso y una maletita de viaje que llevaba teniendo preparada desde hace dos semanas, escondida en un altillo, y se ha marchado de allí. Él se ha quedado impactado y anonadado, con el cerebro echando humo, intentando hacer las conexiones neuronales necesarias para poner algo de lógica en todo aquello. Para entender cómo se pasa del jolgorio de la noche anterior a esto que acaba de pasar.

No es un adiós, es un hasta luego. No es un «lo dejamos», es un «me voy de casa, a ver qué pasa». Los nueve años ya son nueve años y un día, quién sabe cuántos días más quedarán. Dejarlo hoy no es una opción, quizá mañana, quizás en un mes. Quizá se casen, quizá, quién sabe.

Fiona sale a la calle rumbo a casa de Andreu, el temblor del párpado ha bajado. Espera que su amigo esté despierto porque lo que le apetece ahora es ducharse. Mete la mano en su bolsillo y se asegura de llevar su termómetro. Ahí lo tiene, todo va a ir bien.

4
Cacas del amor

Que te dejen es una mierda. Una mierda gigante, apestosa y nauseabunda. Una mierda de esas que cuando sale duele, pincha, escuece, que te deja con dolor un tiempo. Un mierdón, una amargura.

Pues bien, Andreu es un mierdas. Un experto en escatología de primera orden, un dejador en potencia. El cacas del amor. Una persona experta en rupturas, un hombre con la única misión de romper corazones, aunque no tenga nada del típico rompecorazones. Es un romántico en realidad, un tonto del romance. ¿Un imbécil? No diría tanto.

Lo que le pasa a Andreu es que encuentra pegas en todas y cada una de las chicas con las que sale. Peguitas varias, a veces insignificantes, otras verdaderamente poderosas. Su primer beso fue a los dieciocho, recién salido del pueblo, con cara de pardillo y sintiendo que aquellos labios lo bautizaban como un hombre hecho y derecho en la gran ciudad.

Desde aquella primera vez se han sucedido otras muchas primeras veces con decenas de chicas. Algunos besos no significaron nada, otros significaron más, ninguno lo hizo tanto como el primero de todos, aquel beso de ensueño en la Malvarrosa con el sol poniéndose y los últimos «chunda chunda» de la hoy desaparecida Ánimas Puerto resonando de fondo.

De esos otros besos, algunos llegaron a más. Con Mónica se dio muchos, pero tenía tres gatos y Andreu una alergia horrible, así que a los seis meses le tuvo que decir adiós. Mítica fue Lorena, que tenía las tetas bien gordas y era un sol. No duraron mucho, lo que en principio era una bendición se convirtió en una agonía y Andreu descubrió que las tetas le gustan más manejables.

Su relación más larga fue con Ali. Sí, sí. Has leído bien. Ali, la del bombo; Ali, la que no está 100% segura de quién es el padre de su hijo; Ali, la amiga de Fiona. Esa Ali. Salieron durante dos años. Dos largos y eternos años en los que hubo mucho de gritar y poco de amar. Como el Rosario de la Aurora acabó el tema, fue él quien la dejó, obvio.

También estuvo aquella morena que no sabía pronunciar la erre; la Erasmus de tercero que se volvía a Portugal a final del cuatri; la de Teruel que era vegetariana, tan vegetariana que no comía salchicha, ya me entiendes; y la pelirroja que solo le interesó porque era pelirroja. A Sara, la del trabajo, la dejó con la excusa de lo poco profesional que era que una empleada se liara con su encargado, aunque se siguieron liando después de forma muy esporádica en los probadores. La primera vez que utilizó el «no eres tú, soy yo» fue con Martina, esa chica que conoció una noche lluviosa en las Fallas de 2017. La última, de momento, va a ser ahora mismito.

Han quedado a dar un paseo mañanero por el Parque de Cabecera, ella ha llevado dos termos con café y él dos galletas de Juliet que curan todas las penas. Chico listo. Han caminado, han jugado con algún que otro perrete madrugador, se han reído y, al final de todo, se han sentado en un banco solitario. Andreu ha esperado a que ella se metiera el último trozo de su galleta en la boca para soltarlo. Es un profesional.

—No es culpa tuya, soy yo, que soy lo peor.

El subidón de azúcar ha hecho que la chica de turno haya sobrellevado mejor la despedida. La anestesia de glucosa ha hecho su función. Un jodido experto el chaval, ¿eh? Ella se ha ido con buen sabor de boca y él con la conciencia tranquila. Un *win-win* absoluto.

La realidad de Andreu es que es un hombre criado en la creencia de que las películas de amor son de verdad. Que Julia Roberts, Sandra Bullock, Meg Ryan, Rachel McAdams o Kate Hudson son más que actrices, son la encarnación cinematográfica de la aspiración definitiva. Que él es un Matthew McConaughey cualquiera, un Tom Hanks de la vida, el Ryan Gosling del momento, un Hugh Grant de manual.
Tiene buena escuela, buenos referentes, buena labia. Sabe de lo que habla, pero no sabe bien lo que hace. Porque aquel primer beso que se dio aquella madrugada en la playa lo cambió todo, lo marcó para siempre.

En casa tiene un proyector, se lo regalaron sus padres hace unas navidades. Lo utiliza como arma de construcción masiva para hacer que las chicas caigan rendidas a él. Una buena cena, un buen vino, una buena peli y todos felices hasta que la pega de turno sea demasiado y él tenga que cortar.

Vive convencido de que, tarde o temprano, vivirá su propia peli de amor. Su propia historia de romance. Pero cree que sucederá con la primera chica a la que besó, con esa chica que ha idealizado todos estos años. Con la mujer con la que ha creado un futuro en su mente y toda una trama que Hollywood compraría sin dudar.
Él cree fervientemente en la existencia del concepto de »la persona». Como si al nacer nos la hubieran asignado y tuviéramos que pasar el resto de nuestra existencia o bien buscándola o bien disfrutándola si la encontramos pronto. Y cree haberla encontrado ya. No solo lo cree, está convencido hasta lo más profundo de su ser de que la vida se la ha dado. Y aquí es donde la cosa se pone difícil. Como debe ser, ¿no? No hay película de amor sin conflicto. Andreu es un cliché

con patas. Y su persona es rubia, claro. Y se acaba de mudar a Madrid. Y es una de sus mejores amigas. ¡Qué liada!

Mientras vuelve a casa, deja su mente volar alto, tan alto que cuando llega al portal, no ha visto a Fiona que lleva haciéndole gestos con la mano desde hace bastantes minutos.

—¿*Walk of shame?* —pregunta ella como saludo antes de darle un abrazo.

—Mejor *walk of breakup.*

—¿No me digas? —dice con una falsa perplejidad—. ¿Qué ha pasado esta vez? ¿Tenía los pies muy grandes? ¿Roncaba como un demonio? ¿Se va a mudar a Vietnam?

—Ja, ja, muy graciosa —responde mientras saca las llaves de casa del bolsillo, sin fijarse en la maleta que lleva su amiga—. Ha pasado que la cosa no iba a ninguna parte, mejor cortar antes de que sea demasiado tarde.

Qué sabio, Andreu. ¿Has oído eso, Fiona? «Mejor cortar antes de que sea demasiado tarde». Aunque, claro, para ti ya es demasiado tarde, ¿no?

—¿A qué se debe esta grata visita? —pregunta cuando ya están entrando en casa.

—Tenía ganas de verte.

—Nos vimos el jueves.

—¿Te aburro?

—No, tonta, era broma. —Y después le da un beso en la mejilla. Ella deja la maleta con disimulo al lado de la puerta y se sienta en el sofá. Andreu saca dos cervezas de la nevera. Quizá sea pronto, pero Fiona no hace ascos y él necesita una.

—He decidido irme de casa —suelta a bocajarro.

Andreu casi se atraganta con la cerveza ante tan abrupta revelación.

—¿De qué casa?

—Pues de mi casa con Mario, Andreu. ¿De qué casa va a ser?

—Pero no sabía que estabais mal.

—Y no lo estamos. O quizá sí. Pero… —Para un segundito para pensar—. Pero hoy me he despertado y he pensado que esto es lo mejor. Ya sabes, para ganar perspectiva.

—¿Perspectiva de qué?

—Pues de la vida, no sé, de mi vida en general.

—A ver que me aclare, ¿lo habéis dejado?

—¡Qué va! Seguimos juntos, pero no revueltos.

Se han acabado las primeras cervezas demasiado rápido, pero quizá sea demasiado pronto para una segunda.

—Vale, ¿pero tú estás bien?

—Maravillosamente.

—Eso me tranquiliza.

—El caso es que me he quedado en la calle, claro…

Se miran a los ojos y se entienden rápido, después ella lleva sus ojos hasta la maleta y él, por fin, la ve.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras.

Fiona se va a la ducha y Andreu aprovecha para sacarle unas sábanas limpias y sacar algunos trastos de la habitación de invitados que desde hoy se convierte en «la habitación de Fiona». Los Dioses del romance no entendieron su petición, no era esta amiga la que se tenía que mudar con él, era la otra. La rubia peligrosa que ha adoptado a Madrid como su nuevo hogar, se ha ido trescientos kilómetros más lejos de lo que tocaba. Pero no pasa nada, todo pasa por algo. Carlota está de vuelta en España y Andreu tiene la sensación de que, por fin, después de más de diez años de amistad, ella va a abrir los ojos y va a darse cuenta de la obviedad más obvia de todas. Que él ha estado ahí todo este tiempo, que él es el Hugh Grant que ella esperaba.

—¡Andreu! —grita Fiona desde el baño—. ¿Tienes mascarilla para el pelo o algo?

—¡Mañana compramos sin falta!

Siempre mañana. Mañana será otro día. Mañana Carlota se dará cuenta de que también está enamorada de él. Mañana Fiona dejará a Mario. Mañana, mañana, mañana…

5
Está guapo

Es lunes. El lunes más lunes de su vida. El de la nueva vida de Carlota Merino. ¿Sabe qué le depara esta nueva aventura? No, no lo sabe. Pero, chica, a por todas. Lleva sus Levis 501, un jersey de cachemir rojo y la chaqueta de pelo sintético que se compró la primavera pasada en el Zara de Oxford Street. Y calzado cómodo, claro, porque lleva desde las nueve de la mañana rocanroleando la ciudad.

Y se ha perdido, obvio.

Porque se le dan bien muchas cosas, muchísimas. Es buena escondiendo sus sentimientos, la mejor procrastinadora del amor que vas a conocer nunca; es increíble evitando conversaciones incómodas, una diosa; es de ese tipo de personas que nunca pone el foco en su vida, que nunca recibe consejos, porque no se da el caso, pero siempre da los suyos, porque siempre se da el caso. Claro, ella en sí ya es un caso.

Pero, vaya, lo de orientarse y ubicarse, fatal.

Lleva toda la mañana callecita arriba, callecita abajo. Y además, de forma literal. Porque en Madrid, a diferencia de Valencia, las calles suben y bajan. Así que, entre adoquines, cafeterías, tiendecillas *vintage* y mucho *moderneo*, ha echado sus primeras horas sola en Madrid. Desorientada, sí, pero contenta. Entre los edificios bajos de Malasaña y esa sensación extraña cuando uno llega a Madrid de como si, sin quererlo ni saber cómo, uno ya viviera allí. Una extraña que no puede evitar el sentimiento de familiaridad que no la abandona. Le apetece conocer la ciudad más allá de los restaurantes, los bares y los locales de fiesta que ha frecuentado en las visitas que ha hecho en la última década. Está en ese momento del idilio en el que quiere saber todo. Conocer todo. Abarcar todo. Poco a poco, Carlota. Todo llegará. Todo sin excepción.

Aprovecha la desorientación para comprar cosas extrañas. Útiles e inútiles: un cronut en un local pequeñito de Augusto Figueroa, porque tiene hambre y los cronuts buena pinta; unos filetes en una carnicería vegana en la calle Pelayo, porque lo de antes ha sido un pecado mortal y hay que compensarlo; una bolsita de esas de maya para hacer la compra en una tienda *random* de

Fernando VI, porque se la ha visto a una chica estilosísima por Bárbara de Braganza y ha sentido envidia; y claro, la bolsita en sí misma hay que llenarla y los filetes no ocupan suficiente espacio. Así que ha añadido una buena barra de pan al pasar por delante de una panadería chiquitita en Gravina; una camiseta de deporte bien ajustada, o sí, del local más moderno de Espíritu Santo; unas postales y unas pajitas de bambú, quién sabe para qué, en una tienda monísima de la Plaza de San Ildefonso; y ha rematado la faena con girasoles. Que, como todo el mundo sabe, son las flores más adecuadas si vives en un sótano.

Ha quedado a comer con Borja cerca de su trabajo. En Flavia. Un italiano de esos bien decorados que tanto le gustan a su amigo. Tiene pinta de ser caro, pero no quiere deprimirse. Es su primer día en Madrid. Va a hacerlo bien. Se deja llevar. Que vale que no tiene una fuente de ingresos, pero tiene ahorros. Y si Ruslana hace bien su trabajo, los euritos no tardarán en empezar a llegar. Puede darse unos días sabáticos de adaptación. Reencauzará su vida, lo promete.

En los subterráneos de la ciudad hace calor. Mientras espera el metro en San Bernardo, se quita la chaqueta. Tiene suerte, cuando entra en el tren puede sentarse, es buena hora.

Siempre le ha divertido mirar a la gente del metro. A su abuela Juana le hacía mucha gracia inventarse historias. Jugar a adivinar la vida de los transeúntes. Cuando Carlota era pequeña, jugaban a hacer eso mientras caminaban por la calle. Las historias eran bastante inocentes, a veces hasta fantasiosas. Pero todas felices, siempre. En la adolescencia dejaron de hacerlo a viva voz, ella se sentía ya muy mayor y la abuela entendió que el juego había acabado cuando su nieta se puso el primer tampón. Aunque siguió haciéndolo en su mente. La cosa se tornó más turbia porque las historias empezaron a tener dimensión y a depender de su estado de ánimo. Mucho desamor, mucho alcoholismo, abundancia de drama innecesario, pero con tintes felices porque, si se metía mucho en la historia, al final cogía cariño a los protagonistas. Ojo, las historias seguían siendo fantasiosas, pero del tipo de fantasía de una película de David Lynch. Una noche le confesó a la abuela que seguía haciéndolo. Le intentó quitar hierro al asunto, aunque vio cómo se le hinchaba el pecho y la puso más contenta que nada. ¡Hay que ver lo que echa de menos a la abuela Juana!

Y ahí está ahora, en el Metro de Madrid imaginando historias. Tiene sentados delante a dos ancianitos bien agarrados. Lo fácil sería pensar que llevan enamorados desde la posguerra. Sin embargo, Carlota cree que se conocieron por Tinder hace unos meses. Por eso están tan agarrados. Probablemente llevarán viudos mucho tiempo y han reencontrado el amor el uno en el

otro de la manera más inesperada y en el momento más raro. Además, ella lleva una trencita. Demasiado coqueta si llevaran cincuenta años casados, ¿no crees?

¡EL SEÑOR LE DA UN BESITO EN LA MEJILLA!

Carlota va a morir, porque si algo le genera ternura son los ancianos. Desea que les vaya bien y que despierten de todas las siestas que echen, que a esa edad nunca se sabe. Se bajan en Alonso Martínez y ella les sonríe antes de que salgan del vagón. Ambos la miran extrañados. No se les puede culpar.

Le quedan dos paradas. Quiere más historias. Mira a su alrededor para buscar la siguiente. Dos paradas le dan para un microrrelato.

No obstante, la vida tiene otros planes y otros relatos. Y es muy cabrona. El giro argumental se viene intenso y fuerte. Apoteósico y con mala baba.

Él está ahí.

El motivo de su nudo en el estómago, la razón de su huida, la causa de que sea una expatriada de su tierra. Cómo es el destino, ¿eh? Tú te pones en plan Thelma sin Louise, con el objetivo de no volver a pisar tu casa para no encontrarte con él, y la vida te lo planta en el metro en tu primer lunes en Madrid. ¡Olé ahí!

El susodicho la ha visto nada más entrar. Mientras ella imaginaba fantasías de ancianos *tinderianos*, se ha mordido todas las uñas de la mano derecha de lo nervioso que se ha puesto. Ella se queda mirándolo en estado vegetativo durante más segundos de los que debería. Él, apoyado en la puerta, no aparta sus ojos de ella.

Está guapo.

Vaqueros pitillo que se nota que ha cortado él mismo para que le queden tobilleros. Camiseta gris. *Bomber* granate. Y unas Reebok muy desgastadas. Carlota las reconoce porque se las compró con ella. Tiene el pelo más largo, o eso le parece. El flequillo le cae sobre las cejas. Le queda bien.

Sí, efectivamente, está guapo.

No deja de mirarla. Con aquella mirada con la que la miró por última vez aquella noche en la que todo se acabó. Carlota no puede evitar devolverle la mirada, por mucho que prefiriese no hacerlo. Ninguno dice nada ni hace nada. Pero sus miradas están cerca de empezar una guerra. El corazón le late tan fuerte que no descarta que se le salga del pecho, el cuerpo se le ha paralizado casi por completo. Quiere no mirarlo más, pero no puede. Porque ya lleva demasiado tiempo obligándose a no hacerlo. Él no pestañea, ella lucha por hacerlo.

Se va a bajar en Colón. Hasta Serrano, que es donde tiene que ir, son cinco minutos andando. Se levanta, coge su malla llena de cosas y va hasta la puerta. Nota la mirada de él posada en su nunca. Su plan es no girarse, tiene que ser fuerte. Va a correr hasta la puerta y salir en cuanto se abra. La idea es correr como si huyera de algo. Que, claro, es lo que pasa. Que está huyendo de algo desde hace más de un año.

Ese »algo» está guapo. Por si no te había quedado claro. Y, en efecto, lo ha vuelto a mirar, no ha sido tan fuerte.

Le da al botón cuando el tren para. No se abre la puerta. Le da otra vez. Nada. Le da diez veces seguidas, como una posesa. Se abre. Corre. Huye. No mira atrás porque no hace falta. La mirada de él está ya impregnada en su pensamiento como una mancha de vino tinto en un mantel. Sigue corriendo. En su cabeza intenta engañarse y se dice que corre porque llega tarde. Pero no, correr es de cobardes. Y por eso corre, porque lo es.

Su cabeza lo vuelve a confirmar. Está guapo.

Corre mucho. Incluso al salir del metro. Por si acaso. No por si la sigue, lo duda. Ella está en modo huida. Cobarde al cuadrado.

Se detiene cuando su cuerpo deja de sentir un miedo mortal al saberse lejos. Y, claro, no sabe dónde está. Hay un edificio extraño a su derecha. Bastante feo en comparación con los edificios señoriales que lo rodean. Tiene una bandera alemana. ¿Ha llegado a Berlín? Le encantaría, pero no. Es la embajada. Le vibra el bolso.

—¿Dónde estás? —Borja no suena muy contento.

—En Alemania.

—¿Qué?

—Bueno, vale. Me he desorientado un poquito y me he perdido.

—Por favor, dime que has salido de casa.

—Que sí. Estoy en la calle… —Se fija en que tiene el letrero con el nombre de la calle a pocos pasos y se acerca—. Fortuny.

A Borja le da igual dónde esté, solo quiere que llegue ya. Tiene una hora para comer y volver.

—Te pido lo que me dé la gana. ¿Qué quieres beber?

—Una cerveza, por favor.

Sin despedirse, cuelga y Carlota vuelve a correr. *Maps* le dice que está a trece minutos andando. Ella sube la apuesta a siete. Corriendo, claro.

Al final tarda once. Borja está sentado al fondo. Con su camisita y las gafitas que solo usa para trabajar porque queda más moderno y muy bien peinado. Ella está sudada y con cara de haber visto a un muerto. Claro, es que ha visto a un muerto. Al zombi de su pasado de vuelta a la vida.

—¿Dónde está la cerveza? —dice como saludo con voz ahogada.

—He convertido el alcohol en agua. Milagrito a la inversa. Paso de que me des envidia, que yo no puedo y luego tengo que volver a trabajar. Hoy se bebe agua.

Lo que le faltaba. Agua. Lo que necesita es una cerveza, una buena dosis de alcohol, juguito de cebada para el *shock*.

—¿Estás bien? Te noto alterada.

—Estoy de perlas. Emocionadísima con esta nueva ciudad. He hecho unas compritas hoy. —Esto último lo dice señalando a la bolsa de malla con todas sus adquisiciones.

—¿Has comprado girasoles? Cariño, vivimos en un sótano.

—Bueno, quedarán monos hasta morir. —Intenta rebajar la cara de psicópata que cree que está poniendo—. ¿Se come bien aquí?

—Es la primera vez que vengo. Me lo recomendó el sábado Miqui.

Borja parece nervioso. Mira alrededor todo el rato sin fijarse en Carlota en ningún momento. Sin mirar la bolsa de malla cargada de inutilidades.

—¿Habéis hablado hoy?

—Qué va. Tenemos una relación muy *chill*. No hay agobios.

—Sí, tan *chill* que no hay ni besos.

—Cállate.

—Me echabas de menos. —Y se mete un buen trago de agua en el cuerpo.

—¿Estás buscando curro o qué? —pregunta obviando el comentario de su amiga.

La ha pillado desprevenida por completo. Durante unos segundos lo mira fijamente buscando algún tipo de explicación a esa pregunta o buscando la mejor manera de responder. La camarera les sirve el primer plato. *Vitello tonnato*.

—¡Está buenísimo! —exclama Carlota llenándose la boca hasta que no cabe nada más.

—No me vas a contestar, ¿verdad?

Y vuelve a llenarse la boca entera de atún.

—Entiendo que no.

—No te preocupes por mí, soy una chica con recursos. —Y se mete una buena tenedorada de *Vitello* en la boca, sonriéndole a Borja con los carrillos bien llenos.

Sin embargo, él ya no la mira. Mira al fondo y sonríe. Se hace el sorprendido. Pero actúa fatal. Carlota se gira y ve a un chico trajeado acercándose. Borja se levanta con cara de bobo. Es el cántabro y Carlota es espectadora en primera fila de ese abrazo tan intenso que se dan, se siente incómoda y todo. Cuando se separan, el cántabro le mira fijamente a los labios. Todos sabemos a la perfección lo que significa mirar los labios de una persona mientras se tiene una conversación y todos sabemos lo que quiere Miqui de esos labios que mira tan atento. Hablan un ratito, ajenos a todo lo demás. Carlota observa la escena mientras come, como si fuera invisible.

«¿Me habrá traído aquí porque estaría él?»

Ambos se ríen como si fueran tontos.

Se confirma. La ha llevado allí porque estaría él.

Ellos siguen a lo suyo. Siguen con las sonrisas tontas, con la conversación tonta y actuando como tontos. Carlota intenta centrarse en su comida para no pensar en lo que ha pasado en el metro, aunque ha comido con mucha ansia y tiene el plato vacío. No quiere darle vueltas, pero tiene la cabeza hecha una noria.

«¿Qué hace él en Madrid?», «¿qué hacía en el metro?», «¿por qué estaba tan guapo?», «¿qué cojones hago yo ahora?». Porque, claro, ella se ha venido a Madrid huyendo. No puede permitirse vivir huyendo dentro de su ciudad de huida.

—Bueno, soy imbécil. No os he presentado. —Borja coge con brusquedad a Carlota por el brazo y la levanta sacándola de su ensoñación. Sin dejar de mirar al cántabro, obvio—. Esta es Carlota.

—¡Hombre! Qué bueno ponerte cara. —Se dan dos besos—. Yo soy Miguel.

Carlota corrobora lo que Borja dice siempre. Huele que te cagas y qué maravilla de pestañas, son hipnóticas.

—¿Ya instalada?

—Casi, casi.

—Tienes al mejor anfitrión.

Borja casi se desmaya al escuchar eso y Carlota queda otra vez fuera de la conversación y se transforma en un florero decorativo. Le gusta el cántabro. Es mono, es majo, es guapo. No entiende qué pasa con Borja. Pero vaya, ella tampoco está para dar consejos de amor, aunque los vaya a dar de igual manera. Es muy osada. Se queda allí de pie totalmente desconectada de la conversación. Cuando Borja se ríe, ella se ríe y cuando lo mira con cara de interés, hace lo mismo. Y añade algún movimiento de cabeza asintiendo. Su toque personal. Lo que ya no hace es morderse el labio ni rascarse la nuca. Eso se lo deja a su amigo. Ella sabe que se rasca el cuello cuando está nervioso y que la mordida de labio viene cuando tiene ganas de mambo. El cántabro se merece la mordidita.

El momento de la despedida se hace más largo de lo esperado. Por el abrazo, claro. Largo e intenso, como siempre. A Carlota le caen dos besos. En cinco minutos ya le ha dado más besos que a su amigo.

—Vaya, vaya —dice cuando se sientan y se asegura de que el cántabro no puede oírla.

—¡Calla!

—No me habías dicho que era tan mono.

—Yo diría que sí que te lo he dicho alguna vez.

—¿Entonces…?

—La alexitimia.

Con los ojos en blanco, la chica bebe otro sorbo de agua.

—Borja, no quiero ser yo quien te presione.

—Tendría guasa la cosa.

—La cerveza nos habría venido mucho mejor.

Se gira y mira al cántabro, que sí que se está bebiendo una cerveza en su mesa.

—¿Por qué el traje?

—Trabaja en una de las Big4. Donde trabajaba Julito, ahí. Es consultor.

—Vaya… —dice con tonito.

—No lo digas.

—Es casi perfecto, cielo. Quedáis ideales juntos.

Borja levanta la mano y pide dos cervezas a la camarera.

—¿Me mato?

—Ahora mismo no me viene bien eso.

—¡Es que míralo! —Ella se gira.

—¡Pero no te gires!

—Aclárate.

—Eso debería hacer.

Veinte minutos después, ya han pagado la cuenta y están listos para salir de allí.

—¿Has visto mi chaqueta?

—¿Qué chaqueta?

—La que llevaba cuando he llegado.

—No llevabas ninguna chaqueta.

—Claro que llevaba, la de pelo sintético.

—Cuando has llegado no llevabas nada encima… Fíjate que he pensado: »vaya, sí que le ha dado para hacerse guiri un año en Londres».

—¿Estás de coña?

—¿Por lo de ser guiri?

Se le encienden la cara y el alma.

—No tengo más chaquetas aquí.

—Podemos ir a comprarte una o algo.

—Me gustaba esa chaqueta.

—¿Estás segura de haberla cogido? A ver si va a estar en casa.

Está cien por cien segura. Esto es lo que pasa cuando huyes. Que, sin quererlo, dejas atrás cosas. Personas, historias, momentos… Chaquetas de pelo sintético. Se podría arrepentir de haber huido, porque por ello ha perdido su chaqueta. Pero, no. A lo hecho, pecho. Si no se arrepintió de irse de Valencia, sería una tontería hacerlo hoy.

—¿A qué hora sales esta tarde?

—A las seis, los del curro han dicho de ir a tomar algo después. ¿Te vienes?

—Uy, qué va. Quiero acabar de deshacer la maleta y poner una lavadora.

Miente como la bellaca que es, porque lo que necesita es meterse en casa y no salir de allí hasta haber decidido qué hacer. A dónde huir, cómo sacarlo de su cabeza si la vida se empeña en mantenerlo en todas partes.

Cuando llega a casa, después de poner los girasoles en un jarrón precioso, decide echarse una siesta de campeonato, necesita el sueño como analgésico antes de enfrentarse a la disyuntiva de su vida. Antes de entrar en la fase REM, cuando está aún en duermevela, consulta con la almohada y saca conclusiones. Quizás él esté ahí de paso, un lunes tonto de abril en Madrid. Y, en caso de no estarlo, ¿qué probabilidades hay de que se lo vuelva a encontrar en una ciudad tan grande? Madrid sigue siendo su mejor opción, y el sueño se hace con ella. La fase REM llega y arrasa con sus pensamientos.

Dos horas después, se despierta completamente desubicada y mareada. Algo le vibra en la pierna y no sabe qué es. Desliza la mano desde su cadera y localiza la razón de su despertar: el móvil. Sin mirar el nombre en la pantalla lo coge.

—¿Sí? —contesta con voz de camionero recién despierto.

—¿Carlota?

Es Andreu.

—Sí, sí. Soy yo. —Le cuesta mantener los ojos abiertos.

—¿Todo bien?

—Depende de lo que entiendas por «bien». Me acabo de despertar de un siestorro bueno. —Andreu se ríe—. ¿Tú, bien?

—Depende de lo que entiendas por bien.

—Qué enigmático, Andy.

—Tengo nueva inquilina en casa.

—¡No me digas que vas a adoptar una gatita!

—Yo no lo llamaría así.

—Tengo el cerebro en fase REM todavía, no estoy para adivinanzas.

Al otro lado del teléfono pasan cosas. Carlota escucha un portazo. Luego, Andreu saludando a alguien mientras la deja esperando un momento.

—Es Carlota —escucha cómo le dice a ese alguien—. Carlota, te presento a mi nueva compañera de piso.

—¿Cómo? —es lo único que acierta a decir.

—¡Hola, cielo! —la voz de Fiona llega hasta sus oídos de la forma más inesperada.

—¿Qué dice este de que eres su nueva compañera de piso?

—Lo que oyes.

—Pero no entiendo… ¿Has dejado a Mario?

—Se le ha ido la pinza o algo —las interrumpe Andreu.

—No, ya te contaré bien —responde Fiona recuperando el control del teléfono—. ¿Sabes algo de Borja? Lo he llamado varias veces, pero no contesta.

—Esta semana nos llamamos. Borja se iba de *afterwork*.

Fiona ha llamado cinco veces, muchas como para que Borja no se haya percatado de ninguna. El *afterwork* debe de haberse complicado.

6
Un nuevo metaconcepto

¿Sabes qué pasa? Que no todo iba a ser tan sencillo. Y un *afterwork* es un *afterwork,* pero a veces contamos verdades a medias. Entonces, un *afterwork* es otro tipo de *afterwork.* Y no hay compañeros de trabajo. Hay un tío subiéndose los pantalones, rebuscando en un salón, encontrando una camisa y poniéndosela. Hay un televisor, que hace las veces de espejo en el que arreglarse el pelo. Y el tío se gira y lo mira.

—¿No te vas a vestir? —lo dice riéndose, claro.

Entonces, Borja despierta de una extraña ensoñación en la que lleva metido desde que han acabado el polvo. Está desnudo. Total, ¿eh? Calcetines y todo. No le responde, pero se levanta. Y como el tío antes que él, se pone a buscar su ropa.

—Es la última vez que vienes.

—Estamos en mi casa… —Esto también lo dice riéndose, no te vayas a pensar.

Borja lo obvia y sigue buscando su ropa. No la encuentra y se está poniendo muy nervioso. Mucho. Con lo pequeño que es el salón no debería estar muy lejos.

—¿Me has escondido la ropa? —pregunta mientras se pone a cuatro patas para mirar debajo de la mesa. Elegancia.

—Pues no sé cómo no se me ha ocurrido… —deja de hablar, está a otra cosa. La otra cosa es el culo de Borja. Que, vaya, está tentando a la suerte—. Pero no, estaba muy ocupado con tus huevos en la boca.

Se pone colorado, aunque en realidad le gusta. Que le coman los huevos y ese tipo de comentarios. Y sigue rebuscando. Encuentra los calcetines, que le vienen bien porque todo el mundo sabe que el frío siempre entra por los pies. Y sigue con su búsqueda del tesoro. El tío no deja de mirarle. Riendo, claro.

Han pasado cinco minutos y Borja está casi vestido del todo. Solo le falta la camisa.

—Por mí te puedes quedar así.

—Y por mí te podrías haber quedado de rodillas.

Se muerde el labio después de decir eso.

—Yo lo que no entiendo es todo este sentimiento de culpa que te viene cada vez que nos vemos.

—Bueno, yo tampoco. ¿Qué quieres que le haga si me viene?

—No, no. Si te viene, te viene. No es como que nosotros hablemos de la vida ni nada por el estilo.

Borja se gira y le muestra el dedo del medio. El otro le manda un beso.

—¿De verdad no sabes dónde está mi camisa? —Está nervioso, enfadado y cachondo, que es una combinación horrorosa.

—La hemos tirado encima del florero al entrar. —El chico lo coge de la mano y lo arrastra hasta la entrada.

Borja cierra los ojos.

—Dime que no está mojada. —Ojos que no ven, corazón que no siente.

—Está mojada… Pero yo te prefiero sin camisa. —Y le acaricia el pecho.

—Fran…

—Sí, ya lo sé. Tienes prisa y blablablá. Sé cómo funciona esto. Anda, ven. Voy a dejarte algo.

Vaya, vaya, vaya. Qué servicial es Fran, el hijo del casero. Tan pronto te soluciona una fuga de agua, como un calentón tonto, como te presta una camisa. Qué joyita.

El piso es pequeño y tiene pocos muebles. Es bastante oscuro, todo está forrado en madera. La habitación también. Parece una oficina desfasada. Un lugar sorprendentemente frío para lo acalorados que están estos dos cada vez que vienen.

—¿Cuándo piensas amueblar esto? —pregunta Borja mientras Fran rebusca en su armario.

—Cuando en el estudio me hagáis precio y te saquen de diseñar cuartos de baño. —Saca una camisa azul clarito bastante básica—. ¿Esta?

Asiente y el chico se la lanza. La intercepta antes de que le dé en la cara.

—Huelo a ti —dice cuando ya se ha puesto la camisa.

—Llevamos toda la tarde pegados y desnudos, ya olías a mí antes.

Borja obvia el comentario, porque es lo que hace con Fran. Follar y obviar palabras.

—¿Y qué planes tienes para esta tarde? —A veces se siente mal y pregunta cosas también.

—Rocódromo, clase de sushi y entrenamiento con el equipo de natación sincronizada. —Pone los ojos en blanco.

—Eres idiota.

—Y eso es lo que más te gusta de mí.

—No confirmaré eso.

—Tampoco lo desmientes nunca.

—¿Y…?

—Pues que entonces estás confirmándolo, Borja.

Y otra vez pegados el uno contra el otro. Nariz contra nariz. Borja nota su aliento contra sus labios. Está a un susurro de volver a caer.

—No estoy seguro de que esta camisa me quede bien —susurra mientras expulsa de su mente cualquier pensamiento de culpa.

—Tienes razón... —murmura Fran de vuelta. Y baja sus dedos lentamente por la camisa hasta llegar al cinturón. Lo desabrocha—. Tampoco me convence mucho este pantalón.

—¿No? —Borja lo imita y levanta también la hebilla—. Vas a tener que dejarme el tuyo.

—Si no hay más remedio...

Y vuelta a empezar. Vuelta a perder la ropa. Vuelta a perder el control. Vuelta a perder el tiempo. Vuelta y vuelta encima de la cama, encima del sofá y contra la pared. Muchas vueltas. ¡Pero qué de vueltas!

Borja consigue salir de allí a las ocho y media de la tarde. Agobiado pero feliz. Un nuevo metaconcepto en el que lleva meses instalado.

Sí, tienes muchas preguntas. No te culpo. Que qué hace ahí el hijo del casero, que qué está pasando, que si está tan bueno como le pareció a Carlota, que si las dos horas seguidas están dándole que te pego. Pues bueno. La cosa empezó de la manera más tonta, primero un «jiji», después un «jaja» y acabó en un «jojo» de categoría. Y desde entonces, pasan cosas que no tienen que pasar. Y a Borja le pone demasiado. Es rubio, ojo. Fíjate que a él los rubios parecía que no, pero va a ser que sí. Y, a ver, no son siempre dos horas. Pero son muy consecuentes. Si tienen que ser dos horas, son dos horas. Y si tienen que ser quince minutos, pues quince. La calidad es siempre *premium*, no importa el tiempo.

En el mundo real es solo el hijo del casero. En el mundo del sexo, los encuentros fortuitos y los polvos con sabor a error es un secreto de esos de los que no se habla con nadie. Básicamente porque, ¿qué importancia tiene? Ninguna. Es solo sexo. Sexo culpable. Pero sexo, al fin y al cabo. Esporádico, salvaje. Pero eso, solo sexo. Nada más relevante que eso. Y lo peor de todo es que eso sí que es verdad.

Varias paradas de metro después, vuelve a casa. Y vuelve a ponerse la careta de niño bueno atormentado por la alexitimia.

—¡Borja! —exclama Carlota desde su habitación cuando escucha que se abre la puerta.

—¡¿Qué?!

Sale de su habitación como si fuera una gallina asustada en un corral y salta al sofá.

—¿Dónde estabas?

—De *afterwork*, ya te lo he dicho —responde mientras empieza a quitarse la chaqueta.

—¿Qué haces? —pregunta ella contrariada.

—¿Cómo que qué hago?

—Sí, no te quites la chaqueta.

—¿Puedo saber por qué? —Después del trote de toda la tarde, solo quiere ponerse el pijama y tumbarse en el sofá a ver cualquier programa basura de Netflix.

—Es mi primer día aquí…

Y no ha hecho la compra más allá de esos filetes veganos que no le apetecen. Quiere algo potente, que la deje encerrada en casa con dolor de estómago varios días.

—¿Quieres cenar fuera? —Por una amiga puede posponer lo del sofá y Netflix.

—Sí, quiero —responde jocosa—. ¿Cuánto tiempo hace que no comemos ramen?

—Mmm… Hace tiempo ya, sí. —Y cuando Carlota se levanta del sofá, él se vuelve a abrochar la chaqueta.

—Yo voy sin chaqueta, ya sabes —se lamenta—. Tengo un hambre que me muero y mucho que contarte.

—¿Mucho, mucho?

—Bueno, mucho no, pero es fuerte.

Lo agarra del brazo y salen del sótano rumbo a comer su plato favorito. Un plato que para los cuatro es casi como una tradición, que empezó en su último año universitario cuando descubrieron este plato japonés. Prometieron que, al menos una vez por semana, lloviera, tronara o se fuera a acabar el mundo, comerían ramen. Lo cierto es que ha llovido, ha tronado y en 2020 parecía que el mundo se fuese a acabar. Pero han intentado, como se ha podido, no sacar al ramen de su dieta. Carlota tuvo alguna cita consigo misma en varios de los cientos restaurantes de ramen que hay en Londres; Borja lo ha pedido a domicilio en más de una ocasión; y Fiona, tal y como es, no le ha permitido a Andreu saltarse su día de ramen en Valencia. Siempre que la vida les ha dejado, claro. El ramen les suelta la lengua, los torna más sinceros y los tranquiliza. Tiene lo mejor del tequila, del Jägermeister y de la absenta.

Carlota no puede esperar a estar sentados para contarle a Borja el notición de Fiona. Lo bautiza como »la buena nueva».

—En realidad, mejor. Mario siempre nos cayó fatal.

—No lo han dejado, ¿eh?

—¿Se ha ido de casa sin más?

—Se ha ido de casa sin más.

—Qué raro todo, ¿qué le pasará?

Es que, claro. Cuando tu amiga «la centrada» se descentra, a ti te descoloca. Ella, con todo tan claro, tan ordenado, tan planificado. Tan «ahora toca esto, después aquello y luego vendrá lo de más allá».

—Te juro que cuando he visto todas las llamadas, he pensado: ¡PUM, boda!

—Casi que mejor, no estamos para bodas. —La camarera llega con los dos cuencos de ramen y de los ojos de ambos salen estrellitas.

—En realidad, lo estamos. Tenemos casi treinta.

Esa sentencia de Borja hace que ambos se tambaleen, física y emocionalmente. «Casi treinta, casi treinta, casi treinta».

—¿Bien con los del trabajo? —pregunta Carlota en un receso de su sopa japonesa.

—Sí, muy bien. Hemos ido a casa de uno.

Y con esas palabras, se asegura de no estar mintiendo. Ha estado en casa de »uno». No le cuenta los pormenores de su visita, pero tampoco es como que ella haya preguntado. Siente la tentación de contárselo, de ser sincero con ella. Al fin y al cabo, es Carlota. Pero ni el ramen lo convence para destapar su secreto, ¿para qué hacerlo? No significa nada de nada y, si no significa nada, no hace falta hablar de ello.

—¿Esa camisa es la misma que llevabas esta mañana?

Tanto tú, como él, como yo, sabemos que no. Que la suya se ha quedado tendida en casa de Fran. A Borja el corazón le da un vuelco, se siente pillado, pero no claudica.

—Qué va, me la he mojado en el trabajo y me han dejado esta.

—Pues no te va nada, la verdad.

Pues claro que no le va. No es su camisa. No es la camisa que se quiere poner. Pero se la pone porque para un rato va bien. ¿Entiendes la metáfora? A él lo que le apetece es ponerse una camiseta de Ralph Lauren con su caballito y su todo. Una camiseta con olor a Cantabria, a Dior y a cerveza.

—Hay un chico que no ha parado de mirarme desde que se ha sentado —dice Borja cuando se traga el poquito de caldo que le queda en el cuenco.

Carlota hace ademán de girarse.

—¡No te gires!

La advertencia surte efecto. Carlota se frena a mitad giro y devuelve la mirada a su amigo.

—Te juro que lo conozco, pero no sé de qué.

—Si no me dejas girarme, no te puedo ayudar.

—Carlota, llevas tres días en Madrid. Dudo que me puedas ayudar.

—Tienes razón. ¿Es guapo?

—De hecho, sí. Mucho.

—Sonríele.

—Ya lo he hecho, pero está muy serio.

—¿En serio?

—Sí, me mira como si hubiera matado a su gato.

—¡Ya verás que os habéis liado y no te acuerdas!

—Es que empiezo a pensar eso.

—Va, déjame girarme.

—Vale, pero sé disimulada.

—Soy súper disimulada —sentencia con una sonrisilla malévola.

Eso es muy discutible. Pero bueno, coge su servilleta y la tira al suelo.

—¡Ups! —Se tapa la boca con la mano y le guiña un ojo. Disimulada cien por cien.

Sin levantarse se agacha a recogerla y se gira para mirar al chico.

«¡¿ESTA QUÉ CLASE DE BROMA DE MAL GUSTO ES?!». Él hace acto de presencia por segunda vez en un día. Madrid ¿por qué haces esto?

Las miradas de ambos se fijan la una en la otra, casi como esta mañana en el metro, pero con todavía más intensidad. Ninguno aparta la mirada, de sus ojos podrían salir rayos, truenos y centellas. Carlota no entiende, no comprende, no capta exactamente qué es lo que le está queriendo decir el destino, aunque esté bastante claro. Quizá deba volver a marcharse del país otra vez o hacerse una lobotomía. Esta segunda opción empieza a coger fuerza en su cabeza. Cerebro que no recuerda, corazón que no siente. Él la mira triste, pesaroso, como si en su mirada se mezclaran la melancolía y el recuerdo de unas lágrimas frescas. Qué raro. ¿Ha estado llorando? ¿Por ella?

Se quedan ahí mirándose más tiempo del que sería considerado normal, cualquiera diría que a ella se le ha enganchado la espalda y que él se ha ido de viaje a Babia. Quiere apartar la mirada, pero está atrapada, encarcelada en unos ojos que la miraron muy bien entre unos barrotes en los que fue feliz.

—¿Carlota? —Borja acude al rescate de forma inconsciente.

Ella se levanta de un resorte con la mirada de él aún en la nuca, casi, casi como esta mañana.

—Me quiere sonar… pero no sé de qué —miente. Tiene ganas de vomitar y no es por el ramen.

—¿En serio? A ver si va a ser de Valencia o algo.

—No, hombre, cómo va a ser de…

Y salvada por la campana. Su móvil empieza a vibrar.

—Es Fiona.
—¿A estas horas? A ver si lo de irse de casa era una broma.
—Voy a cogerlo fuera —lo dice mientras se levanta.
Sin haber tenido tiempo de planteárselo, logra su objetivo: salir del restaurante. El chico la mira al salir. Ella se fija en que tiene la mesa llena de pañuelos de papel, en que sus dos acompañantes, un chico y una chica, lo miran tensos. ¿Qué está pasando aquí?

Borja sigue mirando al chico, pero el chico ya no lo mira. Intenta ubicarlo en su vida. Intenta descifrar su expresión mientras observa cómo no aparta la mirada de la puerta por la que acaba de salir su amiga. Se fija también en los pañuelos, no los había visto antes. Hay algo raro aquí, piezas que no encajan.
Borja lo conoce, claro. Pero se lo presentaron de una manera tan fugaz que es normal que se haya olvidado. Se conocieron aquella fatídica noche que acabó con Carlota comprando unos billetes y pirándose a Londres. Si solo lograra ubicarlo en esa noche, tendría el misterio casi resuelto. Vaya, vaya, vaya. Va y resulta que Borja no es el único que oculta cosas.

Carlota vuelve a entrar. Su expresión es diferente, sigue tensa, pero de otra manera. Es incapaz de fijar la mirada en su amigo.

—¿Carlota?

—Borja, cariño. Nos tenemos que ir.

—¿Pido la cuenta?

Ella no contesta y Borja empieza a asustarse.

—¿Ha pasado algo?

Traga saliva y se atusa la melenita hacia atrás.

—Julito ha muerto.

Las lágrimas y los pañuelos del chico misterioso cobran sentido. No lloraba por ella, esta vez. Lo hacía por Julito, su amigo, el que los presentó.

7
Las peores personas

Qué jodido todo cuando una tragedia inesperada trastoca tus planes. Para Julito sobre todo, claro. *Ciao* adosado en Boadilla y *ciao* a su vida. Morirse con treinta y un años debería ser ilegal. O quizá morirse en general, no lo tengo claro. Hacerlo, además, en una *Spartan Race*, debería estar incluido en las normas del evento como lo más prohibido de lo prohibido. Por el ridículo, vaya.

Sí, sí. Julito ha muerto en una *Spartan Race*.

Nadie ha confirmado si ha sido cosa de un sobreesfuerzo, una caída o un golpe. O de la nula preparación física de alguien que acostumbraba a cenar helado y pelotazos. Pero imaginárselo ahí, todo pequeño, correteando, dando saltitos, arrastrándose por el barro y sufriendo es difícil. Y cómico, que me perdone Dios.

Fallecido en una *Spartan Race*. En su caso, tiene guasa la cosa.

Carlota no ha tenido tiempo de buscar una excusa para no ir a Valencia. La vorágine de la noticia ha arrasado con su control vital y la ha arrastrado de vuelta a casa, como cuando caes en la casilla de la calavera jugando a la Oca. Tú no quieres, pero te toca retroceder hasta el principio. Sin casi poder reaccionar ni pensarlo, está a diez minutos de poner un pie en Valencia después de más de un año. Los pasajeros ya están levantados, algunos de puntillas cogiendo sus bolsas de los compartimentos superiores, otros simplemente preparados para la salida, como si salir del tren fuera una carrera y les dieran un premio si lo hacen los primeros. Borja y ella no hablan. Ella agradece de la manera más egoísta que la muerte de Julito haya hecho mella de una forma tan fuerte en él.

—¿Y si fui el último que lo vio con vida? —ha balbuceado cuando acababan de pasar Cuenca.

—Cielo, ha muerto en una *Spartan Race*, a eso uno no va solo.

Ha dado igual la respuesta, él ha seguido a lo suyo, mirando al infinito por la ventana del tren y llorando cuando se ha acordado. ¿Álex Ubago de fondo? ¿Quizás Adele? Probablemente Radiohead.

Cuando el tren se para, el noventa por ciento del vagón está preparado para salir, el diez por ciento restante son dos ancianitas, una pareja con su bebé, Borja y Carlota. Él se hace el ánimo de ponerse en pie y coger su mochila y el bolso de ella de la parte de arriba. Ella no mueve ni un pelo.

—¿Bajamos? —dice con voz pesarosa cargándose la mochila al hombro.

—¿Tú crees?

Y Borja rompe a llorar por enésima vez en todo el viaje. Con mocos y lagrimones, con la cara bien roja y sudor en la frente. Un cuadro abstracto precioso.

Carlota no tiene más remedio que levantarse y abrazar al viudo de España para intentar consolarlo. «¿Qué mierdas le ha dado a este ahora?». Que vale, que vivieron casi tres años juntos, que Julito ha sido la persona con la que más tiempo ha compartido techo después de sus padres y sus hermanos, pero tampoco le caía tan bien, ¿no?

Cuando consigue calmarlo por enésima vez, llega el momento de la verdad, bajar del tren, pisar Valencia, volver a la casilla de salida. Lo hace con cuidado, casi como quien prueba la temperatura del agua cuando va a bañarse en el mar, con la puntita. Estira la pierna y, muy poco a poco, la baja. Son tres segundos que parecen tres horas. Cuando su pie toca el suelo, le viene todo. Y con todo me refiero a la hostia de realidad que es volver a Valencia cuando ya no estás acostumbrada a la humedad.

—Él me presentó a Miqui, ¿lo sabías? —le dice Borja cuando caminan hacia la salida. Ella obvia la pregunta porque lo sabe y porque suficiente tiene con lo suyo como para iniciar la enésima conversación sobre Julito, o sobre el cántabro más bien.

Y salen de la estación, entran de lleno en Valencia. El corazón de Carlota palpita rápido y sus manos sudan. De vuelta a casa, pero no por mucho tiempo. Esta es una visita especial, breve y con un único propósito. Es una mujer en una misión y, cuando la misión se acabe, volverá a su guarida en el centro del país. La *Batman* del amor.

Puede que los últimos meses de vida de Julito fueran extraños, casi sin salir de su habitación, enganchado al mate, los vaper de sabores y cualquier programa de cocina de Netflix que llenara su mente de ricas recetas que jamás cocinaría. Antes de aquello, había sido una eminencia, una pieza clave de la noche *millennial* valenciana. El típico pringado que cae bien, que es «amigo» de todos y que se coge los pedos más grandes. Y después tiene que dormir en un banco hasta que se le pase la cogorza porque todos se han ido ya. El que invita a chupitos, hace los bailes más ridículos y es vitoreado entre carcajadas, gritos y vergüenza ajena.

Vivió y murió como un pringado, pero todos esos chupitos, esas carcajadas, esos bailes, todo eso

ha tenido recompensa en forma de »abarrotamiento masivo en las puertas de la iglesia para su funeral». Cuando Borja y Carlota llegan a San Valero, la entrada y alrededores parecen la entrada a la discoteca más de moda de la ciudad, gente de entre veintimuchos y treinta y pocos se agolpa para dar el último adiós al que, todos tenemos claro, fue su patrón. El corazón de Ruzafa dejará de latir durante un momentito para después volver a hacerlo como si nada hubiera pasado.

Ellos dos tienen pase VIP a este macroevento, entrada preferente por haber mandado a los otros dos del grupito a coger sitio pronto porque «Borja lo necesita». Entran en la iglesia después de tener que escurrirse entre la muchedumbre y tener que dar algún que otro codazo. Literalmente como en una discoteca.

—¿Dónde está la barra libre? —susurra Calota al oído de Borja cuando ya desfilan por el pasillo central.

Borja se limita a reprenderla con la mirada y sigue caminando. Cuando llega al banco donde están sus amigos, los saluda con la cabeza y una expresión pesarosa y sigue caminando. Carlota se sienta al lado de Andreu.

—¿A dónde va? —inquiere él en voz bajita al sentarse.

—Esta mañana ha hablado con la madre de Julito, le ha pedido que le dé un abrazo nada más llegar. —Saluda entonces a Fiona con la mano y se percata de que Mario está sentado a su lado—. ¿Qué hace este aquí? —le susurra a Andreu al oído.

—Por enésima vez, Carlota, no lo han dejado.

Entonces, ella se acerca a él y lo abraza como si llevara tres meses sin verlo, que es lo que lleva sin verlo. Y él aspira su olor, aprecia su tacto y la besa en la mejilla, de vuelta. Tenerla ahí lo relaja, su presencia le baja la tensión.

—¿Por qué está Mario aquí? —le pregunta Borja a Carlota cuando vuelve de dar sus condolencias, cortando el abrazo.

—Eso digo yo.

Y, dicho esto, suenan los órganos, se callan las voces y el ataúd con Julito entra en la Iglesia.

—Está cerrado, ¿verdad? —le pregunta Fiona a Andreu.

—Sí.

—Menos mal, con la grima que daba vivo, no quiero imaginarlo muerto.

Carlota emite un grito ahogado, una carcajada abortada antes de nacer. A Andreu se le dibuja en la cara una mueca de contención, las comisuras de su boca tienen que luchar una verdadera batalla para no convertirse en sonrisa.

—Sois las peores personas —sentencia Borja mirando al suelo. Él también tiene que forzarse a no soltar una carcajada.

La caja en la que vivirá Julito su descanso eterno avanza con lentitud por el pasillo, cargada por seis chicos que miran al frente, conscientes de lo transcendental y serio del momento, no como

los sinvergüenzas estos.

—Oye… —susurra Borja al oído de Carlota señalando a uno de los portadores—. ¿Ese no es el chico que estaba ayer en el restaurante?

Y ya van tres veces en dos días, ¡*jackpot*! Esta vez la mirada no es correspondida, él mira hacia delante y se comporta como toca, que están en un funeral. Ella lo sigue con la mirada hasta que llegan al altar y colocan el féretro cara al público. Sin abrirlo, menos mal.

La misa por el alma de Julito transcurre con las dificultades propias de convertir un evento de estas características en la previa a una noche de alcohol y jarana, con el cura teniendo que intervenir alguna que otra vez para recordar a los asistentes que aquello no es un bar ni una verbena, por muchas ganas de fiesta que se respiren en el ambiente.

A la hora de la comunión, Carlota se levanta a comulgar con una extraña mezcla entre hambre y culpa. Y también porque necesita estirar las piernas. Ella va a lo suyo con sus objetivos muy claros, como todo en la vida, aunque sea un objetivo raro.

—Hola, Carlota.

No vamos a jugar al jueguecito de intentar averiguar quién es, porque está bastante claro. Él no tenía intención de levantarse a comulgar, pero la ha visto a ella ir para allá y una fuerza gravitatoria lo ha elevado de su asiento como si fuera un milagro. ¡Ay que ver, las Iglesias lo que consiguen! Ella podría hacerse la digna, que le gusta mucho, y obviarlo. También podría dejarse llevar por el drama y girarse como la protagonista de un culebrón y pegarle una cachetada.

—Ho… hola —se decanta por una respuesta torpe y contenida, sin girarse.

—Qué sorpresa, tú por aquí.

—No durará mucho, mañana mismo me vuelvo a Madrid.

—Ya somos dos.

—¿A Madrid?

—Correcto.

Está utilizando todas las fuerzas de su cuerpo para no girarse. Sin embargo, siente que si no lo hace, será la próxima en morir y no le apetece un dos por uno con Julito. Así que se gira, decidida y valiente. Y ahí está él, delante de ella, cara a cara, por primera vez desde hace más de un año. Por primera vez desde aquella última noche que acabó con todo. Qué bonito reencuentro, qué alegría de verse tan disimulada en expresiones serias y tensas.

—Te hacía en Londres. —Esto él se lo dice con su mirada jugando a sortearse entre la boca y los ojos de ella. Primero uno, después el otro. A veces pasa más tiempo en su boca, otras prefiere centrarse en sus ojos.

—Pensabas mal.

—¿No era allí a donde habías huido?

Así es, chaval, y en su plan de retorno a Madrid no contaba con que tú estuvieras allí, así que quizá por tu culpa va a tener que abortar la misión y mudarse a algún lugar más lejano. Quizá Johannesburgo, Buenos Aires o Yakarta. Algo lejitos, que estas dosis de reencuentros tan próximos la están dejando hasta mareada. Se vuelve a girar justo en el momento en el que le toca comulgar. El cura está harto del público de hoy, poco feligrés y mucho tonto. Le da la hostia a Carlota en la mano, ella con delicadeza se la mete en la boca y se santigua, sintiendo que se está liberando de sus pecados. Echa a andar para volver al banco y él, también con el cuerpo de cristo en la boca, la sigue.

—¿Estás huyendo otra vez?

Carlota se frena en seco y evita girarse, aunque él se pone delante de ella.

—¿Puedes no molestarme mientras rezo?

—¿Desde cuándo rezas tú?

—Mira, Jaime. Siempre pensaste que me conocías mucho más de lo que verdaderamente lo hacías.

Decir su nombre en voz alta la deja noqueada, siente que le baja la tensión.

—Te conocí mucho más de lo que quisiste.

—Pues fue demasiado.

Y vuelve a andar hacia el banco. Con la mirada de Jaime en la nuca, como ya viene siendo habitual, y los ojos acusadores de Borja recibiéndola de vuelta.

—Me queda claro entonces que nunca me he liado con él.

—Borja, estoy rezando.

—Pues cuando acabes de rezar, tienes mucho que contarme, ¿no?

Acaba la misa y empieza la fiesta, por fin. Fuera, para conmemorar a Julito como buen valenciano, se dispara una traca. El lugar no puede ser más idóneo para despedir al difunto pringado. La Iglesia de San Valero está en pleno Ruzafa, entre el mercado que comparte nombre con el barrio y rodeada de bares, restaurantes y discotecas que convierten un concepto arcaico en algo cosmopolita y moderno. Seguro que la mayoría de los que están allí despidiéndose de Julito han pasado alguna noche borrachos, algunos puede que hasta hayan vomitado cerca de ella, otros se habrán sentado en sus escaleras a beber o charlar. Muchos primeros, y quizás últimos, besos se habrán dado allí mismo y habrá sido personaje secundario en muchos *selfies* festeros. Hoy, por sus puertas, va a salir el ataúd de Julito. Preparado para abandonar Ruzafa una última vez, su lugar en el mundo antes de que Madrid le robara las ganas de vivir y la vida. Qué metáfora tan curiosa. Se fue buscando una nueva vida y dentro de esa búsqueda quiso encontrar otra más en el adosado de Boadilla. Y la *Spartan Race* que acabó con él tenía que ser el punto de inflexión.

Pecó de ambicioso quizá. Podría haber empezado por unas sesiones de acupuntura o una visita a un especialista. Al que fuera, cualquiera le habría venido bien visto lo visto.

La traca ha cubierto todo de humo, como cuando en una discoteca ibicenca se dispara un cañón y todo se vuelve más difuso aún de lo que el alcohol lo había hecho estar. Cuando el ambiente se vuelve a aclarar, Borja ve a lo lejos los dos ojos que le tienen robado el corazón, aunque el sindicato de las mariposas esté en huelga.

—Estoy flipando, Borja —le dice Miqui cuando llega hasta él.

Se abrazan como dos novios para después quedarse agarrados en una pose que es de pareja total. Es fortísimo, ¡si os gustáis, liaos!

—Hemos cumplido nuestra palabra —apunta Borja a mitad de abrazo, con la muerte de Julito ya olvidada.

—La próxima sin funeral, ¿vale?

Se ríe y se esconde en su clavícula, que es lo que hace una persona alexitímica normal y corriente, ¿será síntoma?

—¿Te va bien la semana que viene? El finde estaré en Santander.

—Dicho y hecho. Te doy cualquier día de la semana.

Andreu, Carlota y Fiona permanecen a su lado como estatuas, tiesos y en silencio. Ajenos, pero no mucho, a la estampa de película de amor que están protagonizando los no-novios. Es Miqui el que se da cuenta de la situación y despliega todos sus encantos de la manera tan inconsciente de siempre.

—¡Carlota! —suelta un momento a su «chico» y abraza a la otra—. Qué alegría verte.

—Te sienta bien el aire valenciano, ¿eh? —le dice intentando ser todo lo simpática que siempre le cuesta ser—. ¿Pasas la noche aquí? —pregunta con la intención de averiguar si Borja lo ha invitado a dormir en casa de sus padres. Conocer a los suegros antes del primer beso sería el acabose.

—Qué va. —Decepción—. Hemos venido unos cuantos del curro, pero nos volvemos en el AVE de las nueve, mañana prontito hay que estar a tope en la oficina.

Borja aprovecha para presentarle a Andreu y Fiona. Y Mario, de quien todos se habían olvidado, Fiona incluida.

—Es mi chico —interviene Fiona cuando Borja no sabe cómo presentar a »ese chico».

Las banalidades, charlas sobre el tiempo y demás tonterías pueblan la conversación hasta que el féretro de Julito abandona la iglesia entre vítores y aplausos. Borja y Miqui se vuelven a agarrar como los novios que no son mientras se despiden por última vez del chico que los presentó.

—¿Pero son novios? —le pregunta Fiona a Carlota.

—Ni se han besado…

—Es que no me lo puedo creer —responde Andreu.

Como se veía venir, el funeral ha sido solo la previa. El velatorio va a continuar en Cyrano, el trasvase de personas de un lugar a otro se realiza casi por completo. Con lo pequeño que es el bar la cosa dentro está apretada. El Cyrano lleva años siendo »*the place to be*», un »*place to be*» decadente que ha pasado de década en década, de generación en generación con las mismas sillas cutres y el mismo olor a rancio. No es sofisticado, pero tampoco le hace falta. Cuando uno tiene el nombre y la fama, es suficiente. Por eso era el lugar favorito de Julito, porque era él mismo, pero en bar.

—Entonces, ¿no lo habéis dejado? —le dice Borja a Fiona mientras esperan a que Andreu y Carlota vuelvan con las bebidas.

—No, Borja, seguimos juntos.

—Pero tú te has ido de casa

—Yo me he ido de casa, correcto.

—Y, ¿volverás algún día?

—Pues supongo que sí, cariño.

—Y, ¿estás bien?

—¿Por qué no debería estarlo?

—Te has ido de casa, Fiona. Uno no se va de casa si está bien. ¿Se lo has dicho a tus padres?

Y el párpado de Fiona vuelve a palpitar como un loco, a este paso se le cierra para siempre.

En la barra, los otros dos se pelean con el resto de »amigos» de Julito que también quieren una copa para ahogar sus penas.

—¿Soy yo o esto está más lleno de lo normal?

—No te creas, desde que te fuiste a Londres se ha puesto aún más de moda. También te digo, es fuerte la capacidad de movilización de Julito.

—Era un pringado popular.

—¡Carlota!

—¿Qué? Sabes que es la verdad.

Ambos ríen cómplices. Y en situaciones así, Andreu lo tiene claro. No se explica cómo es posible que ella pueda no ver lo mismo que él ve. La química, la confianza… ¡Es que hasta pegan! Quedan increíbles en foto y eso es muy importante en la era de las redes sociales.

El local está cada vez más lleno, el barullo es cada vez mayor y la música está cada vez

más alta. Alguien se ha encargado de poner una *playlist* de canciones indies festivaleras nostálgicas en homenaje a Julito. El velatorio más *random* de la historia.

—Lo que te digo es que no creo que esto se te haya ocurrido de la noche a la mañana, o quizá sí. Si es así, algo habrá pasado. Sé de lo que hablo. Cuando Lucas dejó la relación, ya llevaba muerta un tiempo.

—Es que yo no he dejado a nadie.

—Fiona…

Carlota le ha metido un empujón a una chica que casi la deja en el suelo inconsciente, pero ha conseguido pedir y ahora esperan sus bebidas.

—¿Madrid bien?

—No está mal, la verdad. Y ya sabes que Borja siempre ayuda.

—Ya… ¿Él está bien?

—¿En qué sentido?

—En general.

—Alexitimia aparte, sí…

Mientras ella habla de Borja, Andreu se fija en sus labios, esos labios que lo maldijeron, pintados con el brillo de siempre. Observa como Carlota gesticula, cejas arriba, cejas abajo, ceño fruncido y desfruncido. Manos para aquí y manos para allá. Ella, que podría ser su Julia Roberts, tan huidiza, tan temperamental, pero tan frágil en el fondo. Su amiga que no quiere que sea su amiga, la protagonista de sus películas mentales. Su compañera de vida, de borracheras, de aventuras, de viajes, de confidencias, de todo. Su colega que siempre está ahí, con las gafas de "Andreu, mi amigo" puestas, mientras él no se quita las de "Carlota, mi amor imposible".

—¿Pero él es feliz? —pregunta para que parezca que ha estado atento a todo lo que le ha contado.

—Por supuesto que no, pero ya sabes que le encanta un buen drama, y esta vida suya le da para uno bien intenso.

Los otros dos se han cansado de debatir sobre si Fiona volverá o no con Mario, si lo ha dejado o no o si esto ha sido un ataque de locura que tiene solución. Bueno, Borja se ha cansado de recibir respuestas vagas y de que Fiona no diga nada claro. Ella aún no está preparada para responder con certeza a las inquisiciones de su amigo, no porque no tenga razón en todo lo que está diciendo, porque la tiene, sino porque aún tiene que aclarar su cabeza, aclarar su vida y desordenar su orden para no vivir en el absoluto caos organizado en el que se ha convertido todo.

—¿A ti te suena ese chico? —le pregunta Borja, que se ha percatado de que Jaime está de pie junto a la puerta con la pandilla que cargaba el ataúd en el funeral.

Ella se gira y fija la mirada, pero la desvía rápido porque el de al lado sí que le suena, y mucho. El otro la mira fijamente y sonríe, ella no hace lo propio y se toca el cuello. Ahí está, el chupóptero anónimo, el culpable de que casi haya acabado con las existencias de maquillaje de su casa. El creador de la obra de arte más obscena e inapropiada de su vida. El mundo es un pañuelo.

—Qué va —responde escueta.

Por fin Andreu y Carlota consiguen las copas y vuelven a la mesa intentando no derramar ni una gota. Carlota ve a Jaime en el rincón de la entrada con sus amigos. Antes de que él pueda devolverle la mirada, se escabulle rápido entre la gente y llega hasta la mesa. ¡A mala hora ha vuelto a Valencia!

—¡Esto está a parir! —se lamenta mientras coloca cada copa delante de su dueño.

—Estamos bebiendo un jueves, desde la universidad no hacíamos esto —dice Fiona antes de llevarse su copa a la boca y meterle un buen trago.

—La ocasión lo merece, ¿no? —sentencia Andreu mientras levanta su copa obligando a sus amigos a brindar.

—Está ahí tu amigo —le susurra Borja al oído a Carlota.

Ella ni se inmuta y se limita a mirar en dirección a Jaime mientras bebe de su copa lentamente. Como la mala de una película que maquina un plan perverso para acabar con su enemigo. Sin embargo, lo único que puede pensar es en lo guapo que está en traje, aunque sea negro.

—Entonces, cuál es el plan —interviene Andreu obligando a Carlota a sacar a Jaime de su campo de visión.

—¿Qué plan? —responde ella.

—Tu plan de vida.

—Pues… tengo cosas en mente —dice ella levantando las cejitas con misterios y chulería.

—¿Qué cosas?

—Digamos que…

—Espera, ¿lo vas a contar de verdad? —suelta Borja sorprendido.

Ella le responde con un codazo y él le planta un beso en la mejilla.

—Hice un uso indebido de la tienda del empleado de Gucci —dice Carlota mientras ve cómo Jaime y sus amigos colocan unas sillas en fila y empiezan a subirse encima—. Así que me voy a dedicar a la venta de bolsos otra vez, pero de forma un poquito ilegal.

La perplejidad en la cara de los otros tres es tremenda.

—Espera un momento, ¿los has robado? —pregunta Andreu al fin.

—No, Andy, ¿qué clase de persona crees que soy? Solo he hecho las mil y una

triquiñuelas para sacarlos de la tienda muy baratos.

La música se apaga de repente sin que la conversación pueda continuar avanzando, pese a todas las preguntas que rondan la mente de los otros tres. Las miradas del bar se dirigen al grupito de Jaime, ya están todos subidos en las sillas con botellín en mano.

—Hola a todos —empieza a decir uno—. Nos alegra mucho ver a tanta gente aquí celebrando la vida del bueno de Julio. Esto está siendo bastante complicado para la mayoría de nosotros, está siendo difícil entender. Para muchos de nosotros, que pasamos la veintena viendo a Julio ponerse hasta arriba de cubatas cada fin de semana, es complicado asumir que un charco de barro haya acabado con su vida.

—¿Se ahogó en un charco? —murmura Andreu sorprendido.

—Qué bochorno.

—Carlota, por favor —la riñe Borja.

—¿Qué pasa? Es un bochorno —sentencia Fiona.

—Para muchos de nosotros, Julio era un amigo, un compañero, un fijo de Ruzafa cada fin de semana —continúa el elegido para hacer la eulogía más rara de la historia—. Imaginamos que sus años en Madrid fueron iguales o mejores de lo que los fueron aquí, y seguro que en algún bar ahora mismo están celebrando su vida también.

—Ya te digo que no.

—¡Borja! —lo reprende sarcásticamente Carlota.

—Sabíamos poco de su vida en la capital, siempre estaba muy agobiado con curro y tal. Pero hemos visto que entre nosotros está su compañero de piso, otro expatriado valenciano en Madrid. —Andreu, Carlota y Fiona clavan sus ojos en Borja, que se está poniendo colorado—. Borja Sáez es el último de todos que lo vio con vida.

—Anda, pues va a ser verdad —susurra Carlota divertida.

—Nos gustaría que te unieras a nosotros en esta despedida a Julio.

En el bar comienza un murmullo, todos buscan a Borja. Unos lo encuentran rápido porque saben quién es, otros rebuscan como perritos en la multitud. Después de un breve forcejeo consigo mismo, se levanta resolviendo el misterio para la totalidad del bar. Camina lento hasta llegar al escenario improvisado que han montado los amigos de Julito. Uno, muy atento, ha colocado una silla para que se suba. Otro, que es Jaime, le da una cerveza bien fresquita.

—Hola, soy Borja —le dice, aún sin subirse a la silla, mientras coge el botellín de su mano.

—Ya lo sé —contesta Jaime contrariado, agachándose para estar a su altura.

—¿Tú eras?

—Soy Jaime, nos presentaron hace tiempo en una noche de fiesta.

—¿Julito?

—No. —Y desvía la mirada señalando con la cabeza a Carlota—. Tu amiga, a la que le está saliendo fuego por los ojos.

Borja se gira y se encuentra con la mirada de Carlota a lo lejos. La cara le hierve de ira, en sus mofletes pecosos se podría hacer un huevo frito. Él la obvia y continúa con sus preguntas, la gente se empieza a impacientar, pero Borja se siente Gloria Serra recabando información.

—¿Y de qué conoces a mi amiga, la del fuego en los ojos?

—De la vida —responde Jaime misterioso—. A nosotros sí que nos presentó Julito. —Entonces, le tiende la mano—. ¿Subes?

Borja se agarra y se coloca en la silla. Todos los ojos en él, todos amables y expectantes. Los de Carlota siguen teñidos de ira y ganas de matar.

—Juli… —Se aclara la garganta—. Julio era un buen tío. Un tío peculiar, sí, pero un buen tío. De no ser por él, no tendría casa, así que… —Mira al techo y traga saliva—. ¡Gracias, Julio! Mirad, la última vez que vi a Julio fue el viernes pasado cuando se fue del piso rumbo a una vida mejor. No me había dicho nada de la *Spartan Race*… Si algo sé, es que esta semana iba a ser el comienzo de una nueva vida, un punto de inflexión para Julio, que llevaba meses estancado, agobiado y aburrido. No perdamos más el tiempo, dejemos de procrastinar nuestra vida. Somos jóvenes aún , por muy cerca que estemos de los treinta, o por mucho que los acabemos de pasar. La vida son dos días, disfrutad, vivid, sed quien queráis ser. Os lo pido por favor, nunca sabemos cuándo va a aparecer un charco de barro, metafórico o no, y… ¡PUM!

—Había empezado muy bien —les dice Andreu a las otras dos.

—Sí, demasiado bien —confirma Fiona.

—Gracias, Borja —lo corta el que lleva la voz cantante—. Ahora os pido a todos que levantéis las copas para brindar por nuestro amigo Julio. Sé muy bien que las noches ya no serán lo mismo para ningunos de los que estamos aquí, así que os pido que las disfrutéis el doble… ¡POR JULIO!

—¡POR JULIO! —grita otro.

—¡POR JULIO! —grita la muchedumbre.

—¡POR JULIO! —grita Jaime.

—¡POR JULITO! —grita Borja.

Se acaba el brindis y Borja vuelve a su sitio para continuar con la jarana. Algunas personas lo paran por el camino para darle sus condolencias y él se vuelve a poner la careta de viudo de España que tanto le gusta. Finalmente llega a la mesa y se sienta.

—Entonces, a tu chico misterioso también te lo presentó Julito. Qué casualidad —le dice Borja a Carlota al oído nada más su culo toca la silla—. Jaime, ¿no?

Ella, obviamente, no contesta. Mira a Jaime fijamente y los *flashes* del pasado montan una película perfecta en su cabeza. Sí, Julio los había presentado una noche cualquiera allí mismo. Y, sí, le había encantado desde el primer momento. Y, sí, muy probablemente ella le había roto el corazón.

8
Con el cuerpo alborotado

Para Carlota, su persona favorita del mundo es la abuela Juana. Una señora de las de siempre, pero con un poco de las de ahora, porque en la escuela le explicaron que un tal Darwin dijo que si una especie es incapaz de adaptarse, acaba muriendo. Y otra cosa no, pero a la abuela Juana le gusta vivir.

Prácticamente crio ella solita a Carlota. Su hija, la madre de su nieta, lleva de idilio con el que es su marido y padre de Carlota, desde que cruzaron miradas en un bar de Torrevieja a finales de los ochenta. Se casaron algo mayores, pero se enamoraron tanto y tan fuerte que los juglares de otras épocas habrían contado su historia como una leyenda de amor. Solo tuvieron una hija, y ellos estaban tan enamorados que les costaba compartir su amor con la nueva de la familia, por muy hija suya que fuera. Menos mal que ahí estaba Juana.

La abuela no era viuda, ni divorciada, ni nada de eso. El señor con el que engendró a la mujer que después engendraría a Carlota con otro señor se fue sin dejar rastro la mismita mañana de la boda. Fue un escándalo mayúsculo en el barrio Patraix, que la abuela es de allí de toda la vida. A los cuatro meses, cuando las dietas no funcionaban y las vomitonas matutinas le empezaron a resultar sospechosas, fue a un médico. El señor, con su bata y sus gafas de culo de vaso, después de una buena exploración, le anunció con algo de inquina en el tono que estaba en estado de buena esperanza. Nueve meses después, ya en 1958, nació su hija y la llamó Esperanza. Esperanza tuvo a su propia hija en 1993 y le puso Carlota por la hija de la Princesa de Mónaco. Menos interesante, lo sé.

Carlota lleva más de un año sin ver a la abuela, por eso, cuando sale de su habitación de toda la vida y entra en la cocina para desayunar algo antes de volver a Madrid, la expresión facial de la abuela es de *shock* absoluto. Por lo inesperado y por la sorpresa. Que alguien le diga a esta chica que con estas cosas no se juega, y menos si está en riesgo la salud de una anciana.

—¡Me cago en tus muertos, Carlota!

Aun así, se levanta y la abraza durante casi cinco minutos, se hace largo, aunque la nieta no se queja. La besa en la frente, en las dos mejillas, la agarra por la cara para verla bien, es lo que una tiene que aguantar después de más de un año sin ver a su pobre abuelita.

—¿Qué haces aquí, hija de mi vida? —antes de acabar la pregunta ya ha sentado a Carlota en una silla y le ha puesto un buen vaso de zumo de naranja delante.

—Tenía un funeral, fue cosa de última hora.

—Hija, los funerales son cosa de gente de mi quinta, no estáis vosotros para eso.

—Ya, yo creo que al difunto apetecerle no le apetecía mucho morirse.

—Imagino. —Sin inmutarse le planta a Carlota dos trozos bien grandes de bizcocho delante—. ¿Hasta cuándo te quedas?

—Pues… —Mira el reloj del móvil—. En diez minutos debería irme.

—Vaya… —dice apenada.

—Te prometo que la próxima vez vendré más tiempo.

—Me gusta el corte londinense que te has hecho. Tienes cara de guiri.

Carlota sonríe profundamente y ambas desayunan en silencio disfrutando la una de la presencia de la otra.

Quince minutos después, ya están en la puerta con el estómago llenito y listas para la despedida.

—Prométeme que me mandaras más *selfies* de esas, que sabes que me encantan y ya no me mandas.

—Te lo prometo, abuela.

Y con un beso tierno en la mejilla arrugada de Juana, Carlota se despide hasta la próxima. Quién sabe cuándo será.

El viaje hasta Madrid es rápido. No porque el maquinista haya pisado el acelerador más de lo normal, sino porque Borja y Carlota están tan cansados que se han pasado el rato dormidos. Con la cabeza de él sobre el hombro de ella y con la cabeza de ella sobre la de él. Una escena bucólica e instagrameable.

Al llegar a Chamartín, Borja tiene prisa, que entra a currar a las once, así que ella lo despacha rápido.

—Te veo luego, yo voy a volver andando.

—Si crees por un momento que no vamos a hablar de Jaime, vas lista.

Carlota lo empuja hacia el metro y pone rumbo a la calle, a Madrid. No lleva allí ni una semana, ni una, y ya siente Londres como si hubiera pasado una eternidad. Como un lejano recuerdo de un »yo» que ya no es ella. Una Carlota lejana, distinta, y ya van unas cuantas. La Carlota pre-Jaime, la post-Jaime y ahora esta, la que se lo encuentra día sí, día también. Quizá no era cuestión de huir o de volver pero seguir huyendo. Quizá la clave hubiera estado en entender que, quiera ella o no, las situaciones se viven mejor si se enfrentan. Que tragarse sus sentimientos como quien se traga la última chuche de la bolsa funciona entre mal o fatal y solo trae una cosa:

una indigestión. Así está ella, indigesta, pesarosa y con el cuerpo alborotado. Y al pasar por el Mercadona de Fuencarral, después de un muy largo paseo, decide entrar. Quiere Filipinos blancos. Los necesita. Y mangos, que se le han acabado y, después del desayuno de la abuela, le hacen falta.

Cuando pasa por los congelados se plantea desbloquear a Jaime de Instagram. Pero en la esquina de dietéticos ve unos cereales de chocolate de esos que no saben a nada y se olvida. También se acaba olvidando de cogerlos, menos mal.
Luego entra en el pasillo bueno, el del alcohol, quiere comprar cerveza para beberse una bien fresquita al llegar a casa. También piensa en que si lo desbloquea él no tiene por qué enterarse. ¿No? En fin, todos sabemos que lo acabaría haciendo.

Tiene que coger tomate frito también, que es muy socorrido. ¿Dónde está el tomate frito? No lo encuentra, pero encuentra pan de espelta, no tiene mala pinta. Recuerda que ella tiene su Instagram en privado, no sería tan fuerte darle ese pequeño acceso. No es como desbloquearlo de WhatsApp. Ahí sí que no.

Encuentra el tomate y en la cola lo hace. Lo desbloquea.

Y lo vuelve a bloquear antes de pagar.

Vale, no. Lo desbloquea. Sin anestesia ni nada.

Se le han olvidado los Filipinos blancos con todo el barullo mental, así que retrasa su salida del supermercado un ratito más. Llena la bolsa antes de pagar, consciente de lo ecléctica de su lista, y sale de allí cargada y angustiada, sabiendo que de un momento a otro Jaime puede volver a su vida, esta vez de verdad. Siente efervescencia en el estómago. Y que no te engañe, efervescencia de la buena, de la de «escríbeme por favor». Un caos de chica.

Al llegar a Palafox se encuentra con un repartidor en la puerta inspeccionando el interfono. Ella saca las llaves y se acerca sigilosa para abrir. El repartidor se fija entonces en ella.

—¿Tú sabes qué número es este? —Le enseña la dirección—. B2.
Carlota lo tiene claro, sabe cuál es el B2.

—Yo soy Carlota Merino. —Y también sabe quién es ella misma al ver su nombre en el remitente.

—¿DNI? —le responde el otro con tonito de pocos amigos.

Ella lo saca de la cartera y se lo enseña.

—Son tres bultos, ¿podrás con ellos? —añade mirando la bolsa ecléctica.

Ella asiente sin decir más, se sube la bolsa hasta el hombro y le pide al repartidor que le coloque una a una las tres cajas sobre los antebrazos. Entra sin dificultad y baja las escaleras hasta el sótano sin tropiezos. La cosa se pone chunga cuando tiene que abrir la puerta de casa, pero sus meses de trabajo en una tienda de ropa la convirtieron en una persona más hábil. Se las apaña fácil.

Entra en casa, se descuelga la bolsa sobre el banco de la cocina y corre con sus cajas hasta su habitación. Las abre como si fuera un tesoro, como si el Santo Grial se encontrase dentro de ellas. Lo que hay dentro es mejor, es su sustento económico. Tres bolsos de Gucci, de los de verdad, preparados para ser vendidos por encima de su precio a unas cuantas palurdas horteras. La gente de Gucci jamás la pillará, el plan está saliendo perfecto. Todas las compras que hizo de manera fraudulenta en la tienda del empleado han salido a la perfección. Estos bolsos van a hacerla rica. Antes de ponerse manos a la obra con su negocio turbio, le manda un *selfie* a la abuela Juana. Hay que tenerla contenta.

9
Paquito

Fiona ha pasado una mañana en el curro agobiante hasta decir basta. Le encantaría decir que ha sido por la cantidad de trabajo, pero no es cierto. Las visitas que tiene programadas son a final de semana, así que hoy solo tenía algo de papeleo y algunas llamadas tontas a posibles compradores. Pero es que resulta que el sábado Ali se puso de parto, y el domingo, toda dilatada ya, dio a luz a su bebé. Hoy martes, a eso de las seis, va a ir el grupo de amigas de toda la vida al hospital en peregrinación a conocer al milagrito de Ali. Y, claro, hay que comprar un detallito. El regalo grande ya se lo dieron a la feliz mamá en la *babyshower* que hizo hace un par de meses, que para el sarao que montó bien tocaba un regalo grande. Cayó la cuna, la mejor de las mejores, que les salió por un ojo de la cara. Pero Ali estaba pletórica mientras la abría. Se deshizo en elogios con todas ellas y fingió que no había sido ella misma la que les había pedido que le hicieran ese preciso regalo.

En serio, se nos ha ido de las manos esto de las celebraciones.

Por suerte, con Ali se saltaron el trámite del *gender reveal*, la cosa más cutre e innecesaria que ha inventado el capitalismo. La buena de Ali quería mantener el secreto de si su bebé tiene pilila o chochito hasta el final de los finales, así que cuando lleguen al hospital lo sabrán. Nadie está nervioso por descubrirlo. Sea como sea, se lo van a quedar, ¿no?

Sandra se ha autoimpuesto la obligación de comprar el detallito de hoy, ya que no va a poder hacer la visita porque tiene la prueba del menú de su boda y una reunión con el posible DJ. El lío que se han montado las colegas para elegir el color del ramo de flores gigante que le van a llevar a su amiga ha sido épico. Sandra ha estado cerquita de mandarlas a tomar por culo. Y Fiona se ha desconectado de la conversación un par de veces hasta que al final, como cada vez que volvía se encontraba con más de cien mensajes, ha acabado cediendo y dándoles toda su atención a sus amigas ociosas. Marta ha propuesto coger las más baratas, porque está mal de pasta, da igual el color. Pero a Ángela le ha parecido de lo más cutre, porque conoce a Ali y sabe que se va a enterar. María José, en su afán por calmar las aguas, les ha dado la razón a ambas con diplomacia y concesiones. Y Fiona se ha limitado a asentir, enviar algún *sticker* gracioso y callar. Porque, sinceramente, «es un puto ramo de flores sin importancia que va a tirar a la basura en

dos días». Al final no han cogido el más barato, pero sí uno lo suficientemente económico como para contentar a Marta, y con un precio poco cutre para que la nueva mamá no las tache de eso mismo. Sandra se ha empeñado también en comprar algún conjuntito mono para el bebé, porque las flores le han parecido poco. Así que se ha recorrido Cirilo Amorós y sus aledañas buscando ropita neutra, económica y mona para el nuevo bebé. El grupo de WhatsApp ha echado humo y el chat privado de Fiona con cada una de ellas, también. Ha empezado Marta:

Es millonaria esta ahora o qué?

Y ha seguido Ángela:

Para hacer viajes con el pone-cuernos de su »ex» novio sí que tiene dinero…

Y ha rematado Sandra, qué necesitaba ayudar real:

Tía, te escribo por aquí, que son un coñazo y no avanzamos. ¿Azulito o crema?

Con todo este panorama, cuando son las seis y llega al hospital, lo único que quiere hacer es irse y conocer al bebé a través de una simple foto o de una videollamada rápida.

—¡FIONA!

María José la ha visto demasiado pronto, no hay escapatoria.

—Marta ya está arriba —le dice después de los dos besos de rigor—. Sandri le ha dejado los regalos en casa y está invadida por el espíritu de Papá Noel. Hoy somos sus gnomos.

Ambas se giran hacia la puerta justo en el momento en que llega Ángela. Dos besos de cada una para ella también.

—¿Marta ya está arriba?

Fiona y la otra asienten. Ángela suelta un bufido y pone los ojos en blanco.

Los ascensores, plantas, pasillos y puertas de un hospital tienden a funcionar como un laberinto de emociones, tras cada puerta una historia y en cada planta un drama distinto. Lo bueno de la planta de bebés es que el drama es otro, a veces menos intenso, muchas veces más feliz. Traer bebés al mundo llena a la gente de felicidad y alegría, sus caritas sonrosadas, sus cabecitas pelonas, sus manitas de llavero. Como si fueran peluchitos desmontables.

Al entrar en la habitación son recibidas por Marta con una sonrisa de oreja a oreja y por el nuevo papá cargando con el dichoso ramo de flores y unas ojeras de ojo a pómulo. El silencio impera en el lugar mientras Ali emite unos sonidos horrorosos al intentar incorporarse mejor en

su cama de hospital. Las recién llegadas se limitan a sonreír, lo hacen como Marta, exagerando su emoción. Ali por fin encuentra la postura y por fin le ven la cara. Tiene cara de haberse muerto muchas veces y no haber quedado bien después de cada resurrección. Pero sonríe. No le habrán dado un espejo aún, de dárselo la sonrisa se convertiría en muchas lágrimas y mucho lamento.

Las amigas de toda la vida sienten que ha llegado el momento y, correteando con cuidado, se abalanzan sobre ella para darle un abrazo colectivo. Con cautela, claro. Cuando esta muerte de amor impostada acaba, las amigas se hacen a un lado. Todas menos Fiona, que tiene a Ali agarrada del brazo como si le fuera la vida ello, como una lapa. Intenta soltarse, pero no hay manera. Debe de haberse quedado pegada, ¿ser madre te convierte en *Supergluwoman*? Todo cambia cuando el bebé, al que aún no han visto, emite un gruñidito. ¡Salvada por el gruñidito! Ali la suelta brusca.

—¡Mi bebé! —exclama. Está un poco histérica.

El marido de ojeras prominentes se lanza sobre la cunita de cabeza y sin dudarlo. Fiona se aparta cuando ve que va hacia ella. Bueno, la aparta. Ha sido sutil, pero le ha metido un buen empujón. Deja el bebé en los brazos de Ali con más delicadeza de la que ha tenido hasta ahora. Ali solo mira a su bebé. Porque es suyo. Después, durante una milésima de segundo mira a Fiona. El marido, que se ha posicionado al lado de ella como un soldado, le da un empujoncito. Él ha entendido mejor la mirada breve. Fiona se acerca. Ha llegado la hora de conocer al bebé. Las otras tres se agolpan a su espalda como buitres.

—Chicas, este es Paco.

Sonríe con dulzura antes de mostrarles su carita.

«¡COÑO, QUÉ FEO!»

Automáticamente se siente fatal, no debería pensar eso. O bueno, sí. Porque es un espanto de bebé. ¿Por qué tiene tanto pelo negro? ¡Y cejas! ¿No se supone que los bebés no tienen cejas? Joder, es que es unicejo. Vuelve a mirar a Ali, a ver si descifra en su mirada algo de complicidad que le confirme que ella también está muy disgustada porque de entre todos los bebés que podría haber tenido, la cigüeña le haya mandado este. Pero no, está como embobada. Es posible que la epidural aún no se le haya ido del todo y siga medio drogada No puede girarse para ver las reacciones de sus amigas porque la atención tiene que estar en Paco, y Paco está delante, no detrás. Con los ojos vidriosos, Ali vuelve a mirar otra milésima a Fiona. Esta vez entiende el mensaje. Quiere que dé una valoración sobre Paco. Quiere que le haga un »Risto» a su bebé.

«Paco, yo lo siento, pero no voy a poder serte sincera. Voy a ser la primera persona en

mentirte. Espero que después de mí no vengan muchas más. Qué lástima que tú para mí vayas a ser una nueva mentira en una larga lista».

—¡Es un angelito! —Y acompaña su farsa con un toquecito en la mejilla del bebé. Es blandito, suave y terso. Al menos, eso lo tiene bueno.

Ali se pone a llorar. ¿La ha cagado? ¿No debería haberlo tocado?

—¡¿Verdad?! —Vale, no. Es que ahora reacciona rara a las cosas.

Los gritos de emoción, alegría, euforia, felicidad y todo lo demás convierten la habitación en un coro de grillos. El marido de Ali y presunto padre de Paquito, aprovecha para escabullirse, sabedor de que su mujer y su presunto hijo estarán bien cuidados. O bueno, acompañados.

Ali está encantada con sus flores, con los conjuntitos nuevos del bebé y con la vida. Les cuenta cómo fue el parto, lo bueno que estaba el enfermero que la atendió y aprovecha para insultar veladamente a su familia política. Todas piropean a bebé y madre, todas acarician sus bracitos y colocan sus dedos en sus manitas para que los agarre con fuerza. Todas cogen a Paquito en brazos y se lo pasan como si fuera un muñeco, le hacen carantoñas, le tocan los mofletes y le buscan parecidos. Fiona es la única que no lo coge, se escabulle cuando le toca y nadie la reprende por ello.

—¿Tú cómo estás? —le pregunta María José cuando Marta y Ángela han abandonado la visita y solo quedan ellas dos, la madre y el hijo.

—Muy bien, ¿por?

—Las noticias vuelan, amor. Ya me ha contado Ángela.

—Y ella cómo lo sabe.

—Se lo contó no sé quién del curro —responde Ali, algo más centrada en el mundo real.

Los ojos de sus amigas la inspeccionan. Paquito le cede el protagonismo, se ha quedado dormidito en los brazos de su madre.

—¿Lo sabéis todas? —pregunta anonadada recibiendo un gesto de asentimiento con la cabeza por parte de sus amigas—. Pues bien, sinceramente, creo que he hecho bien.

—No me puedo creer que hayas dejado a Mario, con la parejaza que hacéis —sentencia Ali mientras hace carantoñas a Paquito.

—No he dejado a Mario, solo me he ido de casa.

—¿Y cuál es la diferencia, amor?

Buena pregunta, María José. Fiona te diría que la diferencia es clara, que ella no ha dejado a Mario no porque no quiera estar con él, sino porque necesita aclararse la mente. Pero ya hace una semana que abandonó el nido de pareja y no se ha aclarado ni un poquito. En su defensa diré que, entre muertes y nacimientos, no ha tenido todo el tiempo del mundo para dedicarlo a pensar

en la vida. Y tampoco es como que Mario haya preguntado, se ha limitado a asentir y seguir. A volver al pasado, cuando no convivían, y adaptarse de nuevo. La única diferencia es que ese pasado pasó, la antinaturalidad de este presente separados, solo de manera física, se hace extraña. Aunque él no lo diga y ella espere que diga algo algún día, algo que la haga ver que toda esta vida organizada, planeada y decidida de antemano junto a él podría tener sentido, aunque no la quiera.

—Me hago pis —dice la mamá cuando las otras dos están a punto de marcharse y su marido aún no ha vuelto—. Fiona, cógeme a Paquito.

Lo dice con un tono tan imperativo que hace que corra hasta ella y lo haga sin rechistar. Coloca una mano debajo de la cabecita y con la otra lo agarra suavemente cogiendo espalda y culete. Lo levanta de los brazos de su madre y se lo coloca bien en los suyos propios.

—Es fuerte esto —le dice Ali cuando ha conseguido bajar de la camilla.

—¿El qué?

—Tengo un bebé —en su voz se intuye orgullo y una pequeña mancha de miedo que intenta disimular. Se agarra del brazo de María José, que ha sido nombrada, sin ella saberlo, acompañante al baño y echan a andar.

Fiona no sabe qué hacer, siente que Paquito se va a escurrir si se mueve o se le va a descolgar la cabeza y acabará sucediendo una tragedia. Parece cómodo, como si los brazos de ella fueran una cunita y él hubiera encontrado la postura perfecta. No quiere mirarlo mucho porque cuando lo hace se asusta, pero es que esa carita de estar a gusto es adictiva. Mueve la boquita y las manitas, y emite algún gruñidito. Qué bonita la vida a esa edad, ¿eh? El pobre Paco no sabe dónde se ha metido. Menos mal que aún le quedan unos doce años de vivir sin remordimientos. De ser sin sufrir. De soñar sin preocuparse. De existir sin condiciones, solo existir por el mero hecho de ser una persona que respira. De no ser bombardeado por todos los »deberías», »tendrías que» o »es lo que hace todo el mundo». De no entrar en esa guerra innecesaria que es ser una persona con consciencia y sentimientos, perdida y sin rumbo que acepta las normas sociales como verdades absolutas. Qué envidia su vida ahora.

Lo que toca después, Paquito, es una jodienda.

Porque él va a querer muchas cosas. Muchísimas. Algunas no las hará porque no podrá y otras porque no le dejarán. Y luego estarán todas esas que hará porque alguien le dirá que las haga. Y las tantas que hará porque a alguna persona le parezca que debe hacerla. El deber por encima del querer. La obligatoriedad de seguir una ruta ajena a tus deseos.

Fiona, en resumidas cuentas, había escogido el camino »fácil». El que se debe tomar: carrera, novio, trabajo, piso, boda, hijos. Siguiendo el orden lógico, el establecido. El que un iluminado se sacó un día de la manga y que todos creemos que hay que seguir.

Pero no. Ella ya no quiere. Y no quiere porque no puede, porque la sensación de claustrofobia que la invade cuando analiza su vida y ve que nada es como ella lo querría es fuerte. Muy fuerte. Y ante ello su interior la guía a rebelarse. A elegir un camino secreto pero intenso. Divertido, sí. Porque cuando Fiona se folla a un tío siente que sale de esa ruta aburrida y predeterminada, y explora otro mundo interior y exterior, otra faceta suya en la que nadie le dice lo que tiene que hacer, generalmente, ni cómo debe hacerlo, en principio. Nada de unos padres que esperan cosas de ella, un novio con el que se espera que prospere ni unas amigas pesadas y borregas.

—Te queda genial, la verdad —la voz de María José la saca del trance y la devuelve a la realidad—. Va, no seas tonta. Mario es perfecto para ti, tendréis unos hijos monísimos.

—¡Mariajo! —brama Ali desde el baño—. ¡Se me ha descolgado el coño!

Oficialmente, la maternidad le ha sentado fatal. Pero tiene un bebé, eso lo arregla todo.

El párpado le vuelve a palpitar y Fiona necesita salir de allí, escabullirse de esa escena dantesca, de esos comentarios animándola a seguir siendo quien no quiere ser. Maquilla su angustia con una sonrisa blanca y limpia, que muchos euros le costaron a sus padres y, aún con Paquito en los brazos, haciendo malabares coge el móvil y envía un mensaje con un objetivo claro: el *hobby* semanal.

Hola, guapo.

Él contesta al instante.

Ey, preciosa. ¿Cómo vas? ¿Tomamos algo?

Por supuesto, le dice que sí.

Por supuesto, ella no tiene ni idea de cómo se llama.

Por supuesto, le da igual.

Por supuesto, se pone su careta de mujer libre. De persona sin ruta, sin rumbo, sin dirección. Y nada más salir del hospital finge tener prisa, aunque la tiene, y corre al encuentro

del chico del que no importa el nombre. Como todos los otros. Acaban en Café Madrid, un lugar a la última, donde sentirse igual, por mucho que no se sienta moderna, ni ella misma, pero lleva su careta. Y se pide una cerveza. Y un Martini después. Dos copas de vino y un cuenco de aceitunas. Y se ríe. Mucho. Y flirtea. Mucho más. Y se siente poderosa porque el chico la mira con ojos de comérsela. Y lo va a hacer, claro que lo va a hacer. Y ella a él. Y en algún momento se le nubla la mente y se evade, y ese encuentro, como los otros, ejerce de analgésico.

Cuando sale de casa del chico, escondida entre las callejuelas de El Carmen, aún está pedo. El aire hasta volver a Ruzafa la despeja un poquito, pero no mucho. Se prefiere así, libre, desentendida, sin la obligación de ser perfecta porque todos lo crean. Cuando pisa el barrio de nuevo, siente que le falta el aire, que toca volver a eso. El párpado le tiembla otra vez, aquí hay un patrón.

Entra en casa y se encuentra a Andreu tirado en el sofá con una cerveza, viendo lo que sea que esté viendo en la tele.

—¿Un bebé mono el de mi ex? —pregunta como saludo sin apartar la mirada de la pantalla.

—¿Paquito? —responde ella bajándose de los tacones y quitándose el abrigo.

—¿Le ha puesto Paco? —bebe un trago de su cerveza y emite una risita de burla.

Fiona saca el móvil y se tira sobre el sofá para enseñarle todas las fotos que han hecho sus amigas y han mandado al grupo.

—¡Coño, qué feo! —Una reacción ya habitual con el pobre Paquito.

—¡Andreu! —le reprende.

—Fiona, es horrendo.

—No es horrendo, está hinchadito, que acaba de nacer.

—Tiene ya dos días…

Fiona se siente extraña por haber defendido a Paquito de esa manera tan inconsciente. En su interior siente que no quiere que nadie se meta con él, con el bebé, con el angelito que es Paquito. Sus sentidos se empeñan en recordarle a Paquito, a su olor de bebé, a sus gruñiditos, a su piel suavecita de bebé.

¿Qué le está pasando? ¿Será por el alcohol? No será el instinto maternal, ¿no? Fiona, cariño, no es ahora el momento. Una no puede estar en el camino de abandonar las imposiciones y normas de la vida que le han hecho tener y al mismo tiempo tener el reloj biológico dando gritos. ¡Fiona, por dios!

En Madrid los otros dos también están tirados en el sofá, con la cabeza de uno apoyada en un lado y la del otro en el otro. Con las piernas entrelazadas, la tele encendida, los ojos cerrados y dormidos como troncos.

—Carlota…

Borja se despierta, ella se limita a gruñir.

—Carlota…

Más gruñidos, porque otra cosa ni puede ni quiere.

—Venga, vamos a la cama que nos hemos dormido.

Eso ella lo sabe y quiere seguir así. Dormida, le da igual dónde, está demasiado a gusto como Paquito en los brazos de Fiona. Borja se levanta del sofá y tira hacia su habitación como un zombi. Al llegar se deja caer en la cama y, sin taparse ni nada, se traslada al mundo de Morfeo a volver a dormir y soñar.

Carlota prefiere quedarse en el sofá, qué más da dónde duerma, lo importante es dormir. Antes de acurrucarse del todo, coge el móvil y abre un ojo para ver la hora. La una y treinta y tres, tarde. Se fija entonces en otra cosa, hay una notificación de Instagram. Abre los dos ojos y se despierta del todo. Entra en la aplicación, va a sus mensajes y ahí está: Jaime.

> ¡¡¡Qué ven mis ojos!!! Me debes una cerveza. Y muchas explicaciones. ¿Cuándo nos vemos?

Deja el móvil en el sofá con contundencia y se levanta con los ojos abiertos como platos, como si hubiera visto algo impactante, como la primera vez que descubrió a sus padres en el acto, luego vinieron muchas más. Va hasta la cocina y abre el armario de los medicamentos. Rebusca y encuentra las pastillas para dormir que se llevó de Londres. Se traga dos con agua y se va a la habitación. El móvil lo deja en el sofá, lejitos mejor.

10
Alguien a quien le gusta otro alguien

Cuando Carlota llega, la terraza de la Florida está a parir, como la mitad de los locales de Madrid si brilla el sol y son más de las siete de la tarde, sea el día que sea, y hoy es jueves. Los chicos con traje, las chicas con americana, los vaper, las copas en alto y el barullo tienen el lugar invadido. Ella ha hecho caso a Borja y se ha puesto mona. Luce un vestidito midi la mar de primaveral y unas cuñas cómodas. El plan le apetece entre cero y nada, pero lleva días sintiendo que tiene que dejar atrás la fase antisocial en la que lleva anclada desde aquel primer encuentro en el metro y adentrarse en la vida madrileña. No sabe cuánto tiempo se quedará en la ciudad, así que lo suyo será aprovecharlo un poco, y más ahora que está muy cerca de cobrar por la venta de uno de los bolsos de Gucci. La primera compradora ha llegado rápido y, desde Londres, sus ucranianas están trabajando con la diligencia que se esperaba de ellas.

Pese a los codazos y empujones que tiene que dar para abrirse paso, se mueve por el local como si cada jueves fuese una fija de La Florida, con ese *fake it till you make it* que tanto le gusta como lema vital. Que algún chico le lanza una miradita perversa, ella sonríe segura y sigue hacia delante, mirando por el rabillo del ojo a ver si sigue con la vista fija en ella. Le apetece una cerveza fresquita, algo de conversación intrascendente y sentarse. Busca entre el gentío atusándose el pelo, siguiendo las indicaciones que Borja le ha dado hace un rato para dar con él. No tarda en encontrarlo y, nada más verla, grita su nombre para hacerse notar y asegurarse de que ella lo ve a él.

—¡Carlota!

Ella responde con un gesto sutil con la mano y pone la directa hacia él. Se abrazan como si hubieran pasado siglos desde la última vez que se vieron. Él la coge de la mano y la lleva hasta su mesa.

—¡Gente! —Un grupo muy variopinto de personas se gira para mirarla—. ¡Os presento a Carlota!

—Qué vergüenza, Borja, por dios —le dice ella mientras, uno a uno, los colegas de él se levantan para abrazarla, besarla y darle la bienvenida. Qué de buena gente, ¿no?

Aprovecho, mientras se saluda con toda la panda, para decirte que no, Jaime aún no sabe nada de ella. No está preparada para un reencuentro tan formal todavía, de ahí que no se haya

dignado a contestar el mensaje que el otro le envió hace unos días. Lo ha abierto, claro, y ha empezado a escribir muchas respuestas que ha acabado borrando. Que quiere verlo pronto es un hecho, otra cosa es que ella esté dispuesta a aceptarlo devolviendo a Jaime a su realidad y sacándolo de sus recuerdos. El tira y afloja en el que vive la tiene loquita, ¿dónde está su cerveza?

Se sienta en uno de los sofás, con el vientecillo soplando, metida en el microclima amistoso de Borja después de que todos le hayan dado el abrazo de rigor. Por fin, una camarera muy simpática le sirve su cerveza bien fresquita.

No solo se trata de un grupo variopinto, también es interregional, si es así como se le llama a que cada uno venga de una punta diferente de España. Está Carmen, que es de Asturias y no bebe leche de vaca. No por modas ni intolerancia, resulta que no le gusta el conducto por el que sale. Y eso que es lesbiana. Alex y Manu son extremeños, llegaron con un año de diferencia en coche, claro; lo del tren a Extremadura no hay que mentárselo, que se ponen como locos. Pilar llegó de Guadalajara con dieciocho y ahora sale con Pablo, que es de Jaén y vive en Zúrich desde hace dos años, casi el mismo tiempo que llevan juntos. Yeray es canario y odia Madrid con todas sus fuerzas. Quién lo diría después de seis años de quejas. La última que llegó al grupo es Valentina, Valen para los amigos, que es una tía muy moderna de Tarragona. Tan moderna que al principio parecía que no iba a encajar, no porque esta gente no sea moderna, pero es que ella se pasa. Cambia de piso cada dos meses porque no consigue conectar bien sus energías, ha llegado a dormir alguna noche en la calle y tiene pocas pertenencias. Comprensible, claro. Solo bebe alcohol que ella misma haya destilado o que venga de sus destilerías de confianza. Es maja y muy divertida, y siempre lleva una petaca bien cargadita en el bolso.

Es curioso lo que pasa cuando uno se va de su casa, del hogar en el que se crio, a buscar algo, lo que sea, en otro lugar. Algunos lo hacen buscando esa vida mejor que les prometieron, otros porque no les queda más remedio. Para muchos, marcharse de casa es la opción más lógica y orgánica, la que te toca si no has tenido la suerte de nacer en la España que avanza; o bueno, a la que dejan avanzar. Al fin y al cabo, Borja se fue de Valencia siguiendo un sueño, el sueño de una vida de ensueño que, por muy capital que sea su hogar, se supone que solo podría darle Madrid. Él sabe que prosperar en Valencia es una opción, que se puede hacer, que es viable. Que para vivir en un sótano y diseñar baños, bien podría vivir en la superficie y diseñar otras cosas, en casa.

Ahí entra lo curioso de irse de casa. Que uno se vuelve otra persona, no nueva, pero sí diferente. Borja se ha abierto a gente, a la que no se habría abierto en otras circunstancias, ha conocido a personas de todas partes, teniendo ahora un mapa de conquistas nacionales bastante notable, y ha

creado otra familia lejos de su familia. Unos amigos a los que llamar »mis amigos» en Madrid, y »mis amigos de Madrid» en Valencia. Personas unidas porque »ha tocado», porque han querido y porque se han necesitado. Estuvieron juntos cuando Álex se quedó sin trabajo y sufrieron ante la perspectiva de verlo marchar; todos han sido el hombro en el que Pilar ha llorado de incomprensión al ver cómo «todo lo que siempre había querido» se marchaba a Suiza a complicarle la vida aún más. Las borracheras, juntos también; los domingos de resaca, las comilonas y »cenolas» en restaurantes de moda que sobrepasan con creces el dinero que se pueden gastar; y el ayuno los días posteriores para compensar el desembolso. Juntos han visitado Segovia, Toledo, Patones, el de arriba solo, el de abajo no hace falta, Pamplona en San Fermín y, a ellos sí, se los llevó a Valencia las Fallas pasadas.

Como no lo suele hacer, Carlota se ha dejado llevar toda la tarde por eso. Por unos desconocidos convertidos en familia, que bromean como si se conocieran desde hace cien años, que comparten anécdotas memorables y que beben más de lo que deberían. Son como las amigas de toda la vida de Fiona, pero de toda una pequeña parte de su vida. Sin las imposiciones sociales de tener que ser o estar, sin saber hasta cuándo, solo siendo y estando. ¿Será por esto mismo que dicen por ahí que Madrid es una ciudad acogedora? Es posible. A fin de cuentas, todo forastero en ciudad ajena necesita de otros forasteros para sentirse acompañado. Rápido, la han hecho sentir una más, no solo la »amiga de Borja», y se ha visto a sí misma contando historias de Londres que no había contado a nadie, hablando de vivencias banales que saben muy pocos. Se ha lanzado algunas miraditas con Yeray, con el convencimiento de que probablemente las mira así a todas, ha callado cuando Pilar ha contado su enésimo drama como »novia a distancia» y ha fingido no saber que Borja y Manu se liaron hace tiempo cuando el último ha hecho una broma al respecto. Eso sí, de Jaime nada. Nada de nada y cuanto más nada, más gracia le hace Yeray. Quizá sea esto lo que le hace falta, un poco de tontería para atontarla del todo y olvidarlo.

—¿Y tú sales con alguien? —le pregunta Yeray con una mirada chulesca más propia de un madrileño que de un canario.

—¡Buenísima pregunta esa! —se apresura a responder Borja mientras todas las miradas se posan sobre Carlota.

—Pues la verdad es que no salgo con nadie —y lo dice con tranquilidad para después meterse una aceituna en la boca.

—¿Y hay algún chico en tu vida? —vuelve a inquirir Yeray con ese acento meloso suyo. Carlota se atraganta con la aceituna y en la cara de Borja se dibuja una expresión triunfal.

—Nada, nada —responde ella cuando se recupera del atragantamiento y su vida vuelve a estar fuera de peligro.

—¿Estás segura? —pregunta entonces Borja mientras sus amigos los miran con el ceño fruncido, conscientes de que les falta parte de la información que haría que comprendieran por qué esta conversación se ha vuelto tan extraña.

—¿Sales tú con alguien? —dice ella sin mirarlo siquiera. Los amigos sonríen entonces y asienten, porque de la historia de con quién sale Borja, o con quién no sale más bien, saben ya mucho.

—Pues en ello estamos. Cuando lo haga, te lo diré, ¿vale? —el tonito de resquemor en su voz hace que el nivel de tensión de la conversión suba bastante.

—Perfecto, los amigos estamos para eso. —Ella sigue sin mirarle y sonríe a los amigos con una mueca de vergüenza que intenta camuflar con ligeros movimientos de cabeza que no consiguen el objetivo.

—Aplícate el cuento —suelta Borja tajante.

—Vale, vale, vale —les corta Yeray sentándose entre ambos y agarrándolos por los hombros, a ella con más fuerza que a él—. Ustedes se quieren, vamos a zanjar esta conversación. Ambos se cruzan de brazos encareciendo el momento. Yeray suelta a Borja, pero sigue con su brazo alrededor de Carlota y le acaricia el hombro con poco disimulo. Nadie dice nada hasta que la pantalla del móvil de Borja se enciende. Sus comisuras se elevan y se le pone cara de bobo.

—Es mi futuro novio —dice mirando fijamente a Carlota—. Ahora vengo.

Deja a sus »amigos de ahora» y a su »amiga de antes» allí sentados y se escabulle entre la muchedumbre buscando un lugar tranquilo para hablar con Miqui.

—Entonces, no sales con nadie, ¿no? —le susurra Yeray a Carlota al oído. Ella se deja querer. Se percata entonces de lo embelesada que se queda cada vez que lo escucha hablar, dejándose llevar por el cliché de los acentos *sexies*. Ella niega ruborizada y Carmen cambia de tema, volviendo todos a la comodidad de una conversación clásica de las que se tiene después del trabajo, que debe girar en torno a banalidades y critiqueo.

—¿Tú crees que besará algún día al cántabro? —pregunta Pilar, que ya va un poco achispada.

—No lo sé, espero que sí. Es poco típico de Borja comportarse así.

—Yo creo que es por el ex, ¿cómo se llamaba? —interviene Manu.

—¿Por Lucas?

—Ese —responde Valen.

—Qué va, Lucas es un pasado pasadísimo.

—¿Estás segura? —añade Carmen.

«¿Qué sabe esta gente que ella no sepa?»

—¿Os ha dicho algo de Lucas?

Todos niegan con la cabeza.

—Ahí está el asunto, que siempre que se saca el tema, o se va por la tangente o se cierra y no habla. —Sentencia Manu, dejando a Carlota con el ceño bien fruncido.

Borja vuelve cinco minutos después con cara de bobo, sonrisa incluida. Coge la mochila del trabajo y se la coloca, agarrándola de las asas como un colegial.

—Mi futuro novio y yo hemos quedado a cenar. Cuidadme a la rubia, ¿vale?

—Dalo por hecho —responde Yeray estirando la manos para acariciar el muslo de »la rubia».

—Te quiero, tonta —le susurra Borja a Carlota después de darle un besito tierno en la coronilla. Parece ser que la voz de Miqui amansa a las fieras, a esta seguro que sí.

A Carlota esto de socializar se le ha ido de las manos. Tiene a un canario cogiéndola por el hombro, al resto tratándola como si la conocieran de toda la vida, cuatro vasos de cerveza vacíos delante de ella y a Jaime desubicado en su mente, lejos del top de posiciones de pensamientos desde que ha llegado a La Florida.

—¿Queréis cenar? —pregunta entonces Valen mientras llena su copa con el alcohol destilado de su petaca.

Carlota se incorpora para escanear el QR que hay pegado en la mesa y en una de esas Yeray aprovecha para rozar con los labios su cuello. Hay que ver el canario, cómo va de rápido. Ella suelta una risita tonta y vuelve a reclinarse ya con la carta apareciendo en la pantalla de su móvil. Él le susurra algo ininteligible al oído y ella se enciende por completo. Aun así, lee la carta por encima. Una mini hamburguesa, dieciocho euros. Bendita venta de bolsos.

La llamada entre Borja y Miqui ha sido breve porque ahora le ha dado por ponerse nervioso cuando escucha su voz. En efecto, el cántabro le ha dicho de cenar. En su casa. En la casa en la que vive, en la que duerme, en la que cena la mayor parte de las noches, en la que se ducha y en la que hace todo lo que no hace fuera de ella. En esa casa. Esa casa que Borja pisó en su cumpleaños con la esperanza de que no fuera la última, pero que supuso la última vez que se vieron hasta el reencuentro de hace unas semanas. Se ha puesto nervioso porque sabe lo que puede significar cenar en casa de alguien, pero lo ha hecho más cuando Miqui ha pronunciado las palabras mágicas: «Mis compis no están». Triple infarto de miocardio y mariposas preparadas para dar rienda suelta al aleteo. Quizá hasta la cura definitiva de la alexitimia. La media hora de viaje le viene de perlas para hacer ejercicios de respiración y concentrarse en ir a por todas.

Miqui le ha dicho que se ha traído de Santander un par de botellas de buen vino de por allá, así que se avecina una buena noche. Cata de vinos en Puerta de Toledo con la posibilidad de consumar su relación con el cántabro y pasar al siguiente nivel, ni todos los ejercicios de respiración van a conseguir que se relaje.

Cuando sale de los subterráneos y vuelve a respirar aire exterior, se siente decidido y preparado para lanzarse y actuar como lo hace alguien a quien le gusta otro alguien. Es entonces cuando ve las sillas, las mesas, escucha las voces y se topa con el cartel «Los 100 Montaditos». El escenario de su primera cita con Miqui, donde tomaron sus primeras cervezas, compartieron sus primeras risas y se fijó en él con más conciencia. En el hoyuelo, las pestañas y la camiseta de Ralph Lauren.

El paseo hasta la casa del cántabro es corto y cuando está llegando, a lo lejos, lo ve esperándolo en la puerta, con la mirada clavada en el infinito, perdida y ajena.

—¡Bu! —suelta como saludo, Miqui está demasiado perdido en sus pensamientos como para haberse percatado antes de su presencia.

Levanta la mirada a cámara lenta y esboza una sonrisa torcida pero cargada de sentimiento. Mientras se acercan para abrazarse, Borja se fija en que las pestañas del cántabro no son capaces de camuflar unas ojeras profundas y que su piel brilla menos de lo habitual. Todo se le olvida cuando está enroscado entre sus brazos.

—¿Te he dicho alguna vez que hueles muy bien? —se le escapa sin querer evitarlo.

—No me suena —responde Miqui con tono pillo mientras le acaricia la nuca y se apoya ligeramente en el hueco entre su hombro y su cuello.

—Pues sí… —dice Borja cerrando los ojos, extasiado por el tacto áspero de la mano del cántabro en su nuca.

—Me alegro de que te guste mi olor —lo dice casi en su susurro y acaba rozando el cuello de Borja con su nariz.

—Me alegro de que te alegre. —Borja está ya en otro universo, casi muerto.

El abrazo acaba cuando Miqui coge a Borja por el hombro y echa andar decidido.

—¿Te apetece pizza?

—Pizza y vino, buena combinación. —Ambos ríen y Miqui acaricia su sien con la de él —. ¿Qué tal el fin de semana en casa?

—Mejorable.

—¿Sí?

—Ha sido difícil desconectar.

—Te prometo desconectar un ratito ahora, ¿vale?

Y Miqui cambia su sien por sus labios, dejando un beso suave en la sien de Borja. Nunca unas

sienes habían dado para tanto.

Entran en la pizzería y piden dos medianas, una de quesos y la otra de barbacoa; clásicos y a lo seguro. Tal y como funciona el mundo hoy en día, se hace bastante marciano estar en el propio local para pedir y recoger tu cena si te la vas a cenar en casa, es algo de antaño, como pasado de moda. Como los videoclubs y los móviles con saldo. Pero Miqui es un chico de costumbres, de conocer las tiendecitas del barrio, de tener panadería favorita y de recoger sus pizzas en la pizzería, que es lo que hacía con su madre y su hermana cuando era pequeño. Después, vueltecita por el videoclub y a casa a pasar un viernes de locos.

Mientras le cuenta esto y le habla de su pasado, Borja sonríe y se teletransporta a un futuro en el que, cuando Miqui hable de su pasado, él esté allí en esas historias. También se fija en que habla más lento de lo normal y tiene la mirada apagada. ¿Estará cansado? ¿Habrá pasado algo en Santander?

—Cuatro quesos y barbacoa para la parejita —exclama el camarero cuando su cena está lista.

Ambos sonríen tímidos, cogen cada uno una de las cajas y salen del local. Caminan iluminados por las farolas, Miqui lo hace cabizbajo y Borja se esfuerza en animar la situación. La calle está tranquila y sus sombras en el suelo se funden en una sola.

—¿Me prometes que estás bien?

Levanta la mirada y clava sus ojos en Borja.

—Te prometo que ahora estoy mejor.

Normalmente, entrar en casa de alguien supone una incursión en su vida, sus filias, sus manías, sus secretos más ocultos. Cuando el piso es de alquiler y es como tantos otros en Madrid, de estética de abuelita durante el franquismo, descubrir quién es quien vive ahí se hace más difícil. La cocina es un lienzo en blanco, aunque tienen un especiero muy completo, ventajas de que un cántabro negado en la cocina viva con un francés y una peruana. Mientras sacan los platos, las copas y un corta pizzas con forma de moto, hay pocas palabras, pero muchas miradas. Y muchas risillas. Y mucha tontería. Y mucho de todo eso que hacen las personas que se gustan mucho. Borja se siente en paz, en casa, tranquilo. A gusto como hacía años que no se sentía con alguien, sin el »medaigualismo» de los polvos sin sentido y con el »meimportaísmo» de que te guste alguien de verdad de la buena.

Se trasladan al salón, que no es un lugar muy atractivo, pero tiene balcón. Durante el confinamiento fueron muy felices los tres allí tomando el aire y aplaudiendo a la hora de los aplausos. Borja se fija en la pared al lado de la tele, cubierta de banderitas chiquititas. Ya la había visto en su cumpleaños y le encanta. Están las banderas española, francesa y peruana. La de

Cantabria, por supuesto, también. Y muchas otras. Bandera arcoíris incluida y hasta una pirata. Empezaron aquello como un homenaje a ellos mismos y acabaron llenándola de banderas de los lugares de procedencia de todo aquel que pisara el piso. Y hay que ver qué de gente. En su cumpleaños el cántabro le contó que había banderitas de toda clase de personas con las que habían compartido toda clase de vínculo. Desde amigos de los buenos hasta de los no tan buenos. Desde parejas a exparejas, a rollos de una noche tonta. Incluso colocaron la banderita búlgara en honor al fontanero que les arregló una fuga horrible que les inundó la casa. Lo habían convertido en un ritual ineludible, casi obsesivo. Y, entre todas ellas, Borja localiza la suya, que lleva en el mismo lugar desde que la colocó él mismo en marzo.

—Sigo sin creerme haber sido el primer valenciano que ha estado en este piso, si tenemos Madrid invadido.

Miqui se acerca por detrás y lo abraza.

—Sois muy escurridizos los valencianos.

—¿Ah, sí?

Y el abrazo se hace más cercano. Y Miqui le besa en la mejilla, después en el cuello. Borja se marea con su olor y con las ganas que le tiene. Y cada uno de los poros de su piel se pone en alerta porque, joder, qué bien. Los labios de Miqui en su cuello, sus brazos fuertes apretándole el pecho, él agarrándolos con las manos en un ejercicio de «no me sueltes nunca, por favor».

Y va a girarse.

Y le va a besar.

Y, joder, qué ganas tiene.

Entonces, algo vibra. Y se paran en seco. Miqui lo desenvuelve con un brazo, pero el otro lo deja bien agarrado a él como un gancho que no se quiere soltar. Mete la mano en el bolsillo y saca el móvil, el culpable de este parón.

—Me cago en la puta —es lo único que dice con tono tosco antes de soltar a Borja por completo, contestar y salir del salón. Borja se queda allí plantado, con su olor aún en la nariz, con su tacto aún en su cuerpo. Qué cerca han estado, por Dios, qué cerca.

En La Florida la cosa se ha liado bastante. Carlota ha sacado sus armas de mujer seductora y ha lanzado toda su artillería contra un Yeray que solo necesitaba una pistolita de balines para caer rendido a ella, así que los besitos tontos no han tardado en llegar, dejando a los no tan tontos para cuando el resto de los amigos de Madrid se han marchado.

Han fluido bien, él sabe lo que hace y ella también. Carlota se ha dejado llevar por el *savoir faire* canario y se han besado más de lo que deberían. Ella entregada por completo a sus labios, ella entregada por completo a su lengua, a sus caricias. A su todo. Ella decidida a sacar a Jaime de su cabeza a base de labios canarios, de lengua canaria, de caricias canarias. Inyectando más y más pasión para combatir los recuerdos y las ganas que tiene de que esos labios, esa lengua, esas caricias sean las del chico al que le rompió el corazón. Sabedora de que, al haberlo hecho, algo en el suyo se fracturó también.

Yeray la acompaña hasta casa con la idea clara de entrar con ella y rematar lo que han empezado. Sin embargo, ella tiene otros planes y esos planes son no dejarle entrar porque en su cama no entra cualquiera, por mucho que ella haya entrado en alguna que otra cama de cualquiera. Así que después de unos cuantos besitos más, lo despacha y entra en el portal. Con el corazón a mil y los labios sonrojados. Y con el nombre de Jaime haciendo eco en su mente. Ni el regusto canario en su boca logra sacarla del lío en el que está metida: el regusto valenciano que perdura en su mente.

Miqui está *missing* durante más tiempo del que a ninguno de los dos le apetece. Borja ha vuelto a cerrar las cajas de las pizzas para intentar conservarlas calientes y ha llenado su copa de vino mientras desde el otro lado del pasillo escucha la voz del cántabro. No entiende nada, pero el tono dice mucho. Puede que nunca se hayan besado, pero Borja puede organizar en su cabeza un mapa mental de quién es Miqui: es cántabro, por si no había quedado claro ya, y se crio en Santander con su madre y su hermana pequeña. Su padre existe, pero existe poco, solo en alguna llamada telefónica esporádica y cada cinco de marzo, cuando ambos cumplen años, Miqui de edad y su padre de ser padre. Se mudó a Madrid con veintidós años para estudiar un máster, como tantos otros, y desde entonces no se ha movido de allí. Trabaja en una Big4, en consultoría, un pelín cliché, pero no habla mucho del tema. Le gusta el color verde, la cerveza tostada y las series cortitas que no exigen mucho. De las camisetas de Ralph Lauren no hace falta que hablemos y de la colonia de Dior menos aún. Su risa es contagiosa y su mirada penetrante, tiene las manos ásperas y el cuerpo cálido. Dice que llora con las pelis de Disney, que necesita muchas copas para cogerse un buen pedo y que su viaje favorito fue cuando recorrió Vietnam con sus amigos de Santander. Es buena gente sin pretenderlo y tiene pinta de tener un carácter fuerte típico norteño. El »me cago en la puta» de antes es prueba de ello.

—Perdona. —Esta vez es Borja el que se sorprende al escuchar su voz en su espalda. En él se vislumbra que la llamada, haya sido con quien haya sido, no lo ha dejado muy contento.

Como un robot, esforzándose de una forma bastante poco disimulada en no mirar a Borja a los

ojos, abre las cajas de pizza y las corta en porciones iguales. Después, se sienta en la mesa y coge la botella para servir el vino. Cuando ve la copa de Borja medio llena, o medio vacía, esboza una sonrisilla inconsciente y lo mira por fin. Sus ojos siguen cansados, quizás ahora abatidos.
Se sienta en la mesa, empiezan a comer y a beber. Borja extiende su brazo libre para acariciar la mano de Miqui que de primeras se sorprende, pero después entra de lleno en el ambiente. Pizza, vino y dos pardillos acariciándose las manos. Las mariposas ya no disimulan ni un poco, están como locas en el estómago de Borja.

—Entonces, ¿has dejado a Carlota con tus amigos? —pregunta Miqui cuando quedan pocos trozos de pizza y ambos están ya algo achispados.

—Correcto, a ver si se relaja un poquito —responde Borja.

—¿Problemas en el paraíso?

Y como si llevara milenios esperando a que alguien le sacara el tema, suelta la perorata con toda la información que tiene de Carlota y Jaime. Entre copa, caricia en la mano y copa le cuenta lo del encuentro raro el día del ramen, lo de la conversación extraña en el funeral de Julito y de cuando él le dijo que ya se habían conocido, quién sabe cuándo y quién sabe dónde. El porqué de que parezca más claro.

—Quizá ha llegado la hora de dejar el alcohol, no sé —se lamenta. Miqui aprovecha para vaciar lo poco que queda de la primera botella en su copa. Ambos se ríen—. No sé, en el fondo me da pena todo porque creo que necesita soltar lo que sea que tiene dentro y no estoy consiguiendo ayudarla, y me da rabia. Cuando lo de Lucas, ella siempre era la primera en llegar y la última en irse.

—¿Lucas es tu ex? —pregunta Miqui con un tono natural, neutro, tranquilo.

Pese a lo natural, neutro y tranquilo, Borja maldice haber mencionado a Lucas delante de Miqui. De los ex no se habla, ¿no? Por eso son ex, no son algo del presente, no son algo de lo que se deba hablar cuando el que quieres que sea tu presente está ahí contigo. Qué cagada de convenciones sociales cuando uno quiere abrirse y acaba haciéndolo demasiado.

—Sí.

—¿Mal asunto?

—Qué va, asunto del pasado.

De Lucas no habla porque habló tanto de él en su momento que un día se aburrió y se prometió hacerlo menos, o nada. Del que fue su vida durante cinco años, con el que aprendió lo que era eso de tener un novio. Su primer amor. Y, por supuesto, su primer desamor. Eran muy jóvenes y vivieron un amor demasiado apasionado. Mucho grito, mucha lágrima, mucha intensidad. Mucho de todo lo gordo. Mucho de lo que tiene que ser, ¿no? A más grito, más amor. A más carreras el uno detrás del otro por algún puente de Valencia para acabar enroscados en un beso apasionado y

jurándose amor eterno, mejor. Porque cuanto más alto se grita, más lo escuchará quien tenga que escucharlo para convencerse de que ahí hay amor, más de verdad es, ¿no funciona así la cosa? Las idas, las venidas, las subidas, las bajadas. Un Port Aventura vital, vaya. Lucas fue lo que pensó que sería su futuro hasta que se convirtió en un pasado doloroso.

—Sinceramente, por lo que me has dicho de Carlota, existe la posibilidad de que necesite tiempo y ganas para abrirse, ¿no? No te agobies por eso. Cuando lo necesite, te lo dirá y podrás estar ahí para ella. Yo creo que ahora con ser su amigo, compañero de piso y todo lo demás es más que suficiente. Cada uno es como es, al fin y al cabo.

La conversación cambia por completo y se entregan a las tonterías, a las bromas, a las risas. Se entregan tanto que la tontería se apodera de ellos y los conquista desde dentro, tanto, que las carcajadas se convierten en su nuevo lenguaje y a Borja la risa del cántabro le es contagiosa. Que Borja se cae en mitad del pasillo mientras lleva las cajas de las pizzas a la cocina y Miqui tiene que correr a socorrerlo, carcajada. Que Borja tira de él y acaban ambos como dos cucarachas muertos de la risa, carcajada en el suelo con las panzas para arriba. Que Borja se equivoca y se cepilla los dientes con el cepillo del francés, carcajada conjunta con espuma de pasta de dientes saliéndose por la boca. Que Miqui le deja un pantalón de pijama con anchoas serigrafiadas, carcajada en la cama y ambos muertos de la risa y sin camiseta. Que acaban dormidos, abrazados, cuerpo con cuerpo y, una vez más, sin beso. Carcajada en el alma, porque esto ya no tiene sentido alguno. Porque se encantan, se gustan, se entienden, se sueñan. Se todo. Pero qué monos están, qué monos han estado y qué monos van a dormir como los novios que no son. Qué bueno está el jodido cántabro. Borja descubre una cosa más de él: no ronca.

11
Toda la premeditación y toda la alevosía

Borja y Miqui dándolo todo en la cocina.

Borja y Miqui desnudos contra la pared de las banderitas.

Borja y Miqui dándole a la pasión desnudos en el balcón.

¿Borja y Miqui follando en un coche en mitad de la Gran Vía?

¿Qué es ese tecleo que suena? ¿Quién los está interrumpiendo?

Borja sueña y duerme placenteramente cuando el tecleo persistente de un ordenador lo trae poco a poco a la realidad. Se despereza con delicadeza mientras se gira buscando a Miqui. Con los ojos aún cerrados palpa a su lado intentando encontrarlo, pero no se hace con él. Su olor sigue en la cama, aunque él ya no está ahí. Borja abre un ojo y lo localiza con rapidez delante de él, tecleando, claro, sentado en el escritorio delante del ordenador.

Decide no anunciar que ha amanecido porque prefiere quedarse ahí tumbado observando a su no-novio, que sigue sin camiseta como se acostó anoche. Observa su nuca tensa, que mueve de vez en cuando en un intento por relajarla. Teclea con pesar y violencia, con una urgencia rara. Da saltitos en el balón de pilates que utiliza como silla, tratando de liberar tensiones. Tiene una espalda preciosa, morena y definida. Le apetece levantarse y recorrerla con los dedos hasta llegar a su maltrecha nuca y acabar jugueteando con su melena alborotada. Quiere besar esa nuca, quiere jugar con ese pelo, quiere todo, todo y todo. Y lo quiere ya, a juzgar por la erección mañanera que lo tiene duro como una roca.

—¡Buenos días! —dice finalmente mientras coloca un almohadón entre sus piernas.

En la cara de Miqui cuando se gira se entremezcla una clara expresión de »qué bien que estés aquí» con ese perenne »odio mi vida» que lleva arrastrando desde ayer. Deja el tecleo por un momento y se levanta del balón para sentarse al lado de Borja y darle un besito tierno en la sien que, por alguna extraña razón, endurece su erección.

—¿Has dormido bien? —le pregunta acariciándole la mejilla.

—Pues no sé si ha sido por el vino o por ti, pero creo que la conclusión más clara sería

que he dormido como un angelito. —Acto seguido, vuelve a desperezarse abrazado a su almohadón.

—¿Qué hora es? —pregunta Borja mientras Miqui le acaricia el brazo.

—Las siete, supongo.

—¿Desde cuándo llevas despierto?

—Mmm… —Piensa un poco—. Desde las seis, más o menos.

—¿Eres de esa gente?

—Odio a esa gente —contesta después de emitir un suspiro. Vuelve a besar a Borja en la sien y se levanta—. ¿Quieres desayunar?

—Quiero, pero tengo que volver a casa a cambiarme, arreglarme y todas esas cosas que uno hace antes de entrar a trabajar. —Espera a que Miqui se gire para acabar su discurso—. Aunque la perspectiva de quedarme en la cama a mirar cómo trabajas me resulta mucho más apetecible que ir a la oficina a discutir con proveedores o intentar que mis próximos clientes elijan algo que no sea blanco o beige para su cuarto de baño.

Ya sin erección, se levanta, le planta él un beso en la sien a Miqui y se lanza a vestirse, aún con las ganas de desvestirse del todo con Miqui intactas en su mente.

En el camino de vuelta a casa se da cuenta que este es el primer paseo de la vergüenza de su vida que no ha ido precedido de un orgasmo o un poco de guarreo mañanero, y se siente todo lo raro que se siente uno después de cualquier primera vez, pero con un extra de confusión añadido por haber pasado la noche en casa del cántabro y ya está. Eso es lo que ha hecho, pasar la noche. Como cuando te ibas de fiesta de pijamas a casa de tus amigos los fines de semana pero con alcohol y una erección. Bueno, dos. Porque hemos hablado de la de Borja, pero no de la de Miqui durante la noche, golpeándolo de vez en cuando, y viceversa. Aquello podría haber sido una lucha de espadas si ellos hubieran querido, que quizá sí quieren, pero no ejecutan, y pasa lo que pasa.

Entra en casa con sigilo, como cuando aún vivía en casa de sus padres y no quería que lo pillaran después de una noche de fiesta y excesos. Va de puntillas hasta la nevera, porque si algo tiene es sed, de cántabro y de agua, y lo único que tiene en casa es lo segundo, así que se tiene que resignar a la hidratación en vez de a la *miquitación*. Bebe directamente de la botella como si no hubiera bebido en años, consciente de que está saciando al menos una parte de sus deseos. Cuando baja la botella, tiene dos ojos delante de él llenos de legañas, achinados e incisivos.

—¿Qué horas son estas de llegar? —Carlota suena a madre madrugadora, con carraspera y todo.

—¡Qué susto, joder! —No dice nada más y sale de allí directo a su habitación con ella detrás como un perrito faldero.

—¿Has dormido en su casa? —inquiere hablando a su nuca.

Borja no contesta y empieza a desvestirse obviando por completo a Carlota, que se ha tumbado en su cama y está abrazando su almohada. Ella no tiene ninguna erección que tapar.

—Joder, el *crossfit*, sí que está haciendo efecto.

—Hace meses que lo dejé. —Y se baja el pantalón sin quitarse el calzoncillo, claro, porque si no le ha enseñado su pajarito a Miqui, no se lo va a enseñar a Carlota.

—Pues quién lo diría…

—En la oficina tenemos gimnasio. ¿Quieres venir a probarlo con Yeray? —dice con tono lineal al salir de la habitación rumbo al cuarto de baño.

—Las noticias vuelan —dice ella levantándose de la cama y siguiéndolo hasta el baño.

—Algunas más que otras… —responde mientras Carlota se sienta en la taza del váter haciéndole un gesto para que se tape los ojos.

Se quedan en silencio un buen rato en el que a Borja le da tiempo a ponerse el champú, quitárselo, aplicarse la mascarilla y frotar bien con el gel. Ambos tienen la mente dispersa y llena de pensamientos, con sus buenas películas montadas y dos protagonistas en los papeles de su vida: Jaime y Miqui, Miqui y Jaime. Los dos chicos por los que sus corazones laten, por los que sus cabezas dudan y por los que sus vidas se paran. Uno lo tiene claro, pero algo pasa. La otra cree que también, pero sabe que no. Borja y Miqui son un *match* hecho en el paraíso con problemas de arranque y Carlota y Jaime podrían haberlo sido todo si ella no hubiera echado el freno por miedo a un accidente que nadie vislumbraba.

—A ver, cielo —empieza a decir Borja rompiendo el silencio mientras se aclara la mascarilla—. Sé cómo eres porque te conozco y te quiero. Sé que eres más hermética que la puerta de un avión. Por eso te prometo dejar de insistir, porque te quiero, y porque es agotador insistirle a una pared. Pero quiero que sepas, y sé que lo sabes, que puedes contarme cualquier cosa. También todas esas cosas que no quieres contar a nadie.

Y esa es la clave, hay cosas que prefiere no contar porque decirlas en voz alta, expresarlas a viva voz y sin miedo, las convierten en realidad, y decir el nombre de Jaime implicaría aceptar frente al mundo entero, aunque ese mundo sea Borja, que tiene toda la importancia que tiene. El problema no es Borja, es ella, ella y su obsesión por fingir que la realidad no lo es. No le responde a Borja, aunque cuando él asoma la cabecita por la cortinilla, ella sonríe cómplice y él sabe que esa respuesta es más que suficiente.

—Espero no haberle roto el corazón a Yeray —dice finalmente cuando él saca la mano por la cortinilla para que ella le dé la toalla.

—¿Qué corazón? Nada más llegar a casa llamó a una chica que había conocido por Tinder y se alivió bien aliviado.

—Pues menudo guarro.

Borja suelta una carcajada mientras se seca el cuerpo, se enrolla la toalla alrededor de la cintura y le da a Carlota un beso en la sien. ¿Qué quieres que te diga? La sien debe ser la clave.

—Y no, no hemos follado si es lo que te preguntas.

Y salen del baño, él delante y ella detrás lanzando todas las preguntas que se le ocurren mientras Borja obvia las que le apetecen y contesta las que quiere.

Más tarde, en Valencia, Andreu y Fiona llevan un buen rato recorriendo Ruzafa, desde Cuba hasta Carles Cervera, cargados con cajas y bolsas que Fiona ha dicho »necesitar» para sobrevivir en su nueva vida como compañera de piso de Andreu. A él le parece que lo que están haciendo es consumar la mudanza porque, además, ha aprovechado para invadir su ex nidito de amor cuando Mario no estaba, con toda la premeditación y toda la alevosía. Ella le ha pedido que coja cajas del trabajo y él ha accedido sin saber la que se le venía encima. Aquello ha parecido un robo, un atraco sin precedentes, un allanamiento de morada sin allanamiento con el fin de esquilmar a Mario de todo lo que un día compraron como »suyo», de ellos, y ella ha asumido como »suyo», de ella. No es que haya dejado el piso vacío, pero Mario se va a llevar una sorpresita al volver. Casi tan grande como la que se llevó cuando ella le anunció que se iba de casa, porque ellos están bien. Dentro de este nuevo metaverso en el que viven separados y al que él se ha adaptado sin rechistar, se ven de vez en cuando, tienen citas raras, se miran raro y conversan raro. No hablan de lo que deberían hablar y sonríen mucho. Y nada de sexo, claro. Él parece un muñeco de cera algunas veces y ella sueña con tener un lanzallamas a mano para derretirlo y así acabar con su problema de un plumazo, o una llamarada.

—¡No puedo más! —y en las palabras de Andreu se deduce que no solo habla de estar haciendo de mula de carga, también de esta realidad alternativa en la que vive con una Fiona robótica que actúa, pero no explica.

—Va… —responde ella arrastrando una caja inmensa llena de sábanas, libros y la Thermomix—. Estamos en nada.

Andreu no se mueve, se ha sentado con cuidado encima de un bolsa de deporte cargada de almohadones y abrigos, y no tiene intención alguna de continuar con este peregrinaje del desamor.

—Podrías haber contratado un servicio de mudanzas.

—Podría, pero no me estoy mudando.

Empieza ahí una lucha de miradas. Ella lo mira de pie, recta como una columna, con los brazos cruzados y el párpado a todo batir. Él sigue apoltronado encima de la bolsa, cruza los brazos también como si esto fuera un duelo y no aparta los ojos de ella.

—Fiona, ¿tú quieres a Mario?

La pregunta la pilla desprevenida, observa a su alrededor, la calle está a medio llenar, con algunos transeúntes deambulando por allí. Al fin y al cabo, son las seis de la tarde de un día de abril, Ruzafa se prepara para empezar el fin de semana como cualquier barrio moderno en primavera. No tardará en llenarse del todo.

—Claro que quiero a Mario —responde sin inmutarse con toda la sinceridad que tiene en su corazón—. ¿Qué clase de pregunta es esa?

Y tiene razón Fiona, ¿qué clase de pregunta es esa? Porque lo que ella está pensando ahora mismo es que hay una diferencia muy grande entre querer a alguien y estar enamorado de él. Que si la pregunta hubiera sido de otra manera, quizá le habría costado más responder en voz alta, que no en su mente. Porque enamorada, enamorada, lo que se dice enamorada, pues podemos coincidir todos juntos en que hace bastante tiempo que no lo está. No recuerda cuándo fue la última vez que sintió algo en su estómago al pensar en Mario que no fueran náuseas. Pero ahí está la contradicción, es consciente de que puede quererlo, puede aceptar que ese hombre siempre tendrá ese hueco en su corazón que quizá nadie más llegue a ocupar nunca, o quizá sí, pero es consciente de que tiene que dejarlo ir, que dejarlo atrás como toda esa vida predeterminada que no quiere.

Sin embargo, no sabe cómo hacerlo porque tiene miedo y el miedo es una cosa complicadísima que paraliza. A veces no es tan fácil como convencer a un amigo de entrar a hurtadillas en la casa que compartías con tu novio e iniciar una mudanza sin sentido; a veces es muy fácil dar un consejo, lanzar un reproche o juzgar una decisión. Otras muchas veces nos encontramos a nosotros mismos siendo los protagonistas de nuestras propias historias que, como todo en la vida, resultan mucho más complejas. Y ahí está la clave. Es muy fácil saber qué hacer, pero muy difícil hacerlo. Por eso resulta más sencillo hacer cosas a medias y vivir en un estado de desasosiego continuo que lanzarse por el precipicio que es las vida sin paracaídas, por mucho que sea muy probable que, al caer, lo hagas en una cama mullida y cómoda como la metáfora del »todo va a estar bien».

La respuesta no deja del todo contento a Andreu, que en su mundo mental de »yupi» no entiende la diferencia entre querer a alguien y estar enamorado de alguien. Qué se puede esperar de una persona que cree que las relaciones románticas tienen la misma profundidad en el mundo real que en el ficticio, claro. Para Andreu hay un señor o señora encerrada en un despachito con una máquina de escribir polvorienta escribiendo el guion de su vida a toda prisa. Y, por supuesto,

como suele pasar en toda historia cliché, algún día por fin escribirá el culmen de su historia de amor con Carlota. A quien él quiere. De quien está enamorado, ¿no? Porque es eso, ¿correcto? Está enamorado de ella.

—Pues si le quieres, yo no entiendo todo esto.

Fiona pone los ojos en blanco y se acuclilla, claudicando ante su amigo.

—¿Qué no entiendes? —dice resignada.

—Pues eso, me has dicho que le quieres. ¿Por qué te has ido de casa entonces?

—Porque tengo la cabeza hecha un lío con mi vida. Será la crisis de los treinta…

—Ya.

—Andreu, cariño. El amor no es tan fácil como tú crees. Cuando sientas algo de verdad por alguien, lo sabrás.

—Muy feo este comentario.

—¿Me equivoco?

—Quizá sí.

—Vamos, por favor, ahora me vas a decir que estuviste enamoradísimo de Ali.

Las mentiras nunca le han gustado a Andreu, por eso prefiere callar. No porque lo que haya dicho Fiona sea mentira, no lo es. Sin embargo, enfangarse confesando que ese »quizá sí» tiene poco que ver con la amiga de su amiga que fue más que su amiga, pero nunca más que su amiga Carlota, daría comienzo a una conversación para la que él no está preparado.

—Volviendo a tu crisis de los treinta. Tenemos que coger los billetes a Madrid. ¿Viene Mario?

—No, claro, ¿por qué iba a venir?

—Bueno, también es tu novio y te has ido de casa. Pero, vaya, no insisto más.

—Qué pesadito eres —dice levantándose al notar que la calle empieza a llenarse de gente y el atardecer cubre de un precioso tono dorado el lugar.

—De verdad que no te entiendo.

—Ni falta que hace, cariño. —Le extiende la mano para ayudarlo a incorporarse—. ¿Seguimos?

Andreu se agarra tan fuerte y pone tan poco de su parte que casi la tira al suelo. Ella bufa hastiada y vuelven a agarrar las cosas para acabar su paseo ruzafero como mulas de carga otra vez; ella delante, él detrás. Ahora con el pequeño inconveniente de la calle más llena. Aun así, Fiona va todo lo rápido que puede, aunque eso suponga algún que otro choque y algún que otro golpe.

—¿Te has enterado de lo del nuevo festival que está organizando? —pregunta ella sin aminorar la marcha.

—Sí, me lo dijo una del curro el otro día. Es rollo *glamping*, ¿no?

Fiona asiente sin girarse y Andreu se caga en todos sus muertos después del enésimo empujón. Aunque sea con una chica que está buena y que le pone ojitos. Él responde con sonrisa de *fucker* y sigue su camino cagándose en los muertos de su amiga.

—Va Vetusta, ¿no? —pregunta ella.

—Y Rigoberta —responde él.

Cuando ya están en casa, puntual como un reloj, Mario hace lo propio y se asusta como lo haría cualquiera. Su primer instinto es asumir lo peor, que unos cacos muy ordenados, limpios y considerados han entrado en casa y se han llevado todo lo que han querido. Cuando envía el mensaje, los ladrones están abriendo ya las cajas y colocando cada cosa en su nuevo hogar. Fuera del nidito de amor en Cuba y dentro del pisito de »solteros» de Carles Cervera. Fiona lee el mensaje con una mueca de hastío.

Creo que han entrado a robar en casa.

«Justo eso, cariño. Nos hemos robado la vida. Estate tranquilo, la Thermomix la tengo yo».

12
Una rubia que emborracha

Se maquilla natural, como a ella le gusta. Labios rojos, rímel y un poquito de polvos para parecer ligeramente ruborizada. Lo hace en modo automático porque si se lo piensa un ratito más no lo hace, sabe a lo que se arriesga al salir de parranda por Madrid, y eso que le apetece esta primera parranda. Han pasado cuatro días desde que Jaime descubrió que ya no era un paria en su Instagram y le envió el mensaje. Ella sigue sin responder porque no sabe qué decir. Y está cagada de miedo. Miedo de verlo, de volver a escucharlo. De darse cuenta de que el corazón le hace ¡pum!, ¡pum!, ¡pum! cuando lo tiene cerca. Y ahí es donde lo quiere, aunque no quiera quererlo. Lo quiere, aunque no quiere. Y se va a hacer la raya del ojo, pero decide que no. Que con el rímel y eso va que chuta. Se arregla, aunque no mucho porque Borja le ha dicho que van a una mítica sala de conciertos reconvertida en club urbano, donde la gente se lo pasa bien sin necesidad de un código de vestimenta. Él se ha puesto monísimo porque el DJ es el cantante guapo del grupo ese que le gusta tanto. Los vaqueritos de la suerte y una camiseta blanca de esas con letras en la espalda, anchita, pero no mucho, que si uno va al gimnasio quiere que se le note. Que puede que tenga al cántabro entre ceja y ceja y quiera tenerlo entre pierna y pierna, pero a un *crush* famoso no se le dice que no. Si lo pide, claro.

—Un par de copas en Vía Láctea y vamos, que va a estar hasta arriba de gente —anuncia, *Gin Tonic* casero en mano, asomando la cabeza sobre el hombro de Carlota. Se queda ahí un rato arreglándose el pelo frente al espejo.

—Borja —escuchar su nombre lo pilla desprevenido.

—Carlota —responde con sorna.

—Nada.

Borja frunce el ceño y Carlota sale del baño y se mete en su habitación. Llevan unos cuantos G*in Tonics*, así que cuando se sube en sus taconazos se tambalea.

—¿Todo bien? —pregunta él asomando la cabeza por el marco de la puerta.

—Sí, claro —contesta ella sin mirarlo mientras guarda las llaves, tampón y cartera en el mini bolso que va a llevar.

—¿Segura?

Se lo contaría porque en realidad es una cosa rarísima no hacerlo. Total, solo es un mensajito, nada super heavy. Y desde que Borja le prometió dejar de insistir, le han entrado ganas de

contarle cosas. Le gusta llevar la contraria a la tía.
Es su amigo y él le cuenta todo, o eso cree ella. Pero, claro, verbalizar esto es hacerlo realidad, teñirlo de certeza y todo el blablablá mental que le tiene el cerebro mareado. «Tampoco tiene tanta importancia, ¿no?»

Qué cachonda, claro que la tiene.

Carlota, nena, que te piraste a Londres por él. Que has vuelto a Madrid en vez de a Valencia por él. Que huiste del metro y de un restaurante por él. ¡Que rezaste en una iglesia por él! Tiene toda la importancia del mundo.

—Tengo un mensaje de Jaime por contestar desde hace cuatro días.
Se lo suelta a bocajarro cuando están ya en la barra decadente del Vía Láctea, cada uno con su chupito en mano, y los ojos de él hace un rato que no enfocan del todo bien. Borja frunce el ceño, empina el codo, *Jägermeister* para dentro, cara de asco, boca desencajada, carne de gallina y mundo más borroso si cabe.

—Y qué se cuenta Jaime. —Intenta quitarle el bolso para sacarle el móvil, pero la falta de reflejos se lo impide.

—Quiere tomarse una cerveza. —Y que ella le dé explicaciones, pero esa parte la obvia.

—¡Oh, wow! ¡Qué loco, una cerveza! —le sale como un estallido de sarcasmo y se ríe él solito. Ella lo mira impasible mientras se cruza de brazos—. Perdón. —Traga saliva e intenta centrarse—. ¿A ti te apetece?
Carlota asiente tímida, como si estuviera prestando declaración acusada de haber cometido un crimen y acabara de entregarse a la policía. Como si esta confesión implicase acabar con sus huesos en la peor cárcel del mundo, rodeada de otras presas del amor.

—Vale, pues ahora solo te falta dar el paso. ¿Crees que lo harás antes de que acabe la noche? Tómatelo como si fuera una tirita. Cuanto antes te la quites, mejor, que luego se te pega más de la cuenta y cuesta quitarla.

Justo eso le había pasado con Jaime, lo había dejado entrar más de la cuenta y ahora lo tenía adherido a su corazón como una jodida tirita de las buenas, de esas con las que te duchas y no se caen. De las de farmacia.

—Y ahora bébete tu chupito, que el *Jäger* es el líquido de la verdad y a este paso me lo cuentas todo antes de que acabe la noche.
Ella lo mira desafiante y sin apartarle la mirada, se mete el chupito entre pecho y espalda sin inmutarse. Así es ella, imperturbable de puertas para fuera, pero totalmente perturbada por

dentro. No como Borja, que es un perturbado reversible, igual por dentro que por fuera.

Cuarenta minutos más tarde, cuando ya han cantado a todo pulmón *La mujer de verde* de IZAL, están bajando por Montera hacia la sala El Sol. Carlota se está arrepintiendo de los taconazos y Borja está en el límite entre arrepentirse de los chupitos que se ha tomado y no arrepentirse, haciendo equilibrios entre entregarse por completo al alcohol sin mirar atrás y parar para salvaguardar su reputación y sus recuerdos.

—¿Tú piensas mucho en Lucas? —Carlota lanza la pregunta sin anestesia ni venir a cuento tras quince minutos en la cola. Por supuesto, a Borja lo pilla fuera de combate por completo.

—¿Quién es Lucas? —Aún está lo suficientemente consciente como para mantener una conversación normal—. Es broma, sé quién es Lucas.

La cola empieza a moverse y avanzan en silencio hasta que el gorila de la entrada detiene el avance justo cuando van a entrar ellos. Dichosa Ley de Murphy.

—¿Me contestas?

—¿Lo de Lucas?

Carlota asiente mirándolo fija.

—No mucho. Hay días que sí, días que no. Pero eso, no mucho.

—Entiendo…

—¿Por?

—Curiosidad.

El gorila les hace un gesto con la mano para que pasen, ella echa a andar liderando la expedición mientras Borja la sigue, mirándola extrañado, achinando los ojos y caminando como si flotara. Porque ya está ciego y siente que camina por las nubes. Flotando baja la escalera de caracol como un perrito detrás de Carlota, flotando deja su cazadora y paga lo que sea que haya tenido que pagar en el ropero. Flotando vuelve a subir las escaleras, entra en la sala, se pide otra copa y se pone a bailar. Ha claudicado y no va a parar de beber. Carlota hace lo mismo, aunque él no se dé cuenta.

—¿A qué *mennnía* lo de Lucas? —la lengua también le flota al hablar.

—Curiosidaaaad, en serio.

—Carlota. —La agarra por la cara, clavándole en una sien la mano y en la otra su cubata bien frío. Está fuerte el tío, no la deja moverse—. Tú sabesss el *monito* homenajjje que sería para *Hulito* que acabáramos cada uno con el tío al que nosss presentó.

Se quedan en esa posición un rato. Él mirándola fijamente, ella con ganas de que se aparte para limpiarse todas las babas que le ha escupido en la cara. Menos mal que no se ha hecho la raya del

ojo, parecería una emo en horas bajas. Él cada vez aprieta más, está muy cerca de reventarle la copa en la sien. Y la observa ilusionado, imaginándose a los cuatro viajando en caravana por el Norte, bebiendo sidra, siendo felices y comiendo perdices. Carlota solo quiere vomitar. Figurativamente hablando, claro.

—¿Un brindis por *Hulito*? —espeta con ganas de ser liberada. Borja lo hace, la libera.

—¡POR *HULITO*! —grita él a todo pulmón, haciendo que algunos se giren entre risas y miradas extrañas.

Carlota levanta la copa también y le mete después un buen trago. Eso le hace falta, anestesiarse a base de ginebra, es la mejor solución siempre.

—Eso *glitamos* James y yo en el velatorio de *Hulito* el otro día, ¿eh? —La mira levantando las cejitas para después él también meterle otro buen trago a su copa.

—¿Quién es James?

—¡TU AMORRRRRRRR!

Carlota tiene que taparle la boca y llevárselo de allí para huir de la vergüenza que le está dando. Suenan C Tangana y Naty Peluso y ambos se entregan a la música, al ritmo, al desenfreno. Se acaban las copas mientras Pucho canta a los cuatro vientos que va y resulta que ya no es ateo, porque ahora cree. ¿Es Carlota atea? O va a decidir de una vez por todas convertirse al cien por cien al Jaimeismo y a contestar al dichoso mensajito, como el versículo de inicio a su Biblia particular.

Acaba la canción y suena una de Britney, y después Rosalía, un poco de Bad Bunny y la última de Aitana. Y ellos bailan con el *chunda-chunda*, bailan con el *ump-ump-ump*, bailan sea lo que sea. Sudados, felices y ¿atontados? Las luces hacen destellos en sus ojos y la música les nubla la mente. Una combinación perfecta para dos idiotas como ellos. Bailan arriba y abajo, de un lado a otro, pegándose unos meneos de cadera de los que se arrepentirán mañana cuando tengan agujetas. Y fatiga. Mueven hombros y cabeza dejándose llevar por lo que sea que suene ahí dentro. Da igual. Carlota se siente en calma, anestesiada por el alcohol y la sordera que le genera la música. Sonríe. No importa que al otro lado de esa sonrisa mental esté Jaime. Poco a poco se ha acostumbrado a que él viva ahí, en su mente. Ella sigue entregada a todo, con un Borja aún más entregado.

Hasta que a Carlota todo se le nubla. El mundo se le pone del revés, Madrid se le trastoca de nuevo. Frente a ella, unos cuantos pasos más allá, metido entre la muchedumbre, se le planta un espejismo del ayer. Una suerte de espíritu del pasado que no debería estar ahí. Una muy posible razón de ictus vital si Borja llega a verlo.

Lucas.

El ex. El primer amor. El que lo fue todo.

¿Obsesión o realidad? Cruzan miradas mientras ella perrea hasta el suelo, pero se convence rápidamente de que ha sido una alucinación, claro. No tendría sentido que Lucas estuviera allí, suficiente con Jaime en Madrid. No se aceptan más exes. ¿Es eso lo que es Jaime? ¿Un ex incómodo? ¿Un viejo amor que reaparece? El hombre que atravesó su corazón con acierto y la convirtió en una fugitiva. Ese mismo. La figura de Lucas ha desaparecido de su vista y con ella Carlota vuelve a centrarse en bailar mientras suena Rauw Alejandro, convencida de que no ha sido más que una alucinación.

—Tengo que confesar —empieza a decirle mientras se toman un receso de darlo todo para ir a la barra—, que me gusta Madrid.

—Madrid mola y agota a partes iguales. —Borja se ha pedido una botellita de agua en un alarde de responsabilidad que no parece que vaya a durar mucho tiempo.

—Deberías de liarte con él —dice señalando al DJ con la cabeza—. ¿Con este podrías?

Borja se lo toma como una pulla, que lo es, y saca la artillería pesada.

—¿Te gusta tanto Madrid porque no paras de encontrarte a Jaime?

—¿Lo del cántabro es verdad o estás echando el rato para ver si así superas a Lucas?

Esto se lo toma como si acabara de matar al archiduque Francisco Fernando, desencadenando la Primera Guerra Mundial. La mira con los ojos como platos, los puños apretados y la boca abierta. Carga los cañones que son su boca y dispara a matar:

—Mira, guapa, no sé qué obsesión tienes con Lucas, al que por cierto superé hace tiempo. Una pena que tú no puedas decir lo mismo de un tío al que ni tan siquiera conocen tus amigos y que es tan importante que hizo que huyeras del país. ¡Muy *heavy* el asunto!

—Borjita…

—¡Muy *heavy*, Carlota!

Ella ya se ha olvidado de su guerra, de lo que sea que ha dicho él, de Miqui, de Jaime y de todas esas tonterías. Borja la mira tenso y borracho, pero lo que no sabe es lo que ella está viendo pasar por detrás de él. Lo que la ha hecho abandonar la guerra antes de que las cosas se hayan puesto feas.

Lucas. Otra vez.

¿Es él de verdad? Ha sido mentarlo y reaparecer. Ella achina los ojos, enfoca, mueve la cabeza atrás y adelante para asegurarse. Tiene que ser él porque es él. Porque tiene su cara, sus gafas, sus ojos verdes, sus andares rápidos. Su sonrisa, más segura que la última vez que lo vio.

Sus orejas pequeñitas, porque lo ve de perfil y su cuerpo más grande. ¿Músculos o ha engordado? Lleva una camisa ancha, poco se puede confirmar.

¿Qué mierdas pasa en Madrid? Que actúa como estercolero de valencianos como la Costa Blanca lo hace de madrileños en verano, ya se sabe. La guasa que tiene que esta gente se les aparezca como los fantasmas de las Navidades pasadas a cada paso que dan es demasiado como para que lo puedan gestionar. Borja está de espaldas, menos mal. Decide protegerlo, porque lo quiere. Su forma de demostrarlo es mediante pullas y actos de amor como este. Disfuncional, sí, pero leal. Ella es como un cóctel con ingredientes que parece que no, pero luego te encanta. Y te engancha. Y te todo. Una rubia que emborracha, esa es ella. Porque puede que esté alcoholizada de Jaime, pero sabe bien que él está hasta arriba de su licor. Un licor adictivo e imborrable.

—Dos *Jäger* con *Red Bull* —brama a la camarera.

—Uf, no. Espérate un ratito —la corta Borja, que también se ha olvidado de la guerra de hace un minuto.

—¿A qué?

—A que no lo vaya a potar todo.

—Borja, no lo vas a potar. Y bébetelo rápido, que sube más.

En su cara se dibuja una expresión de falta de certeza y miedo. Desde que se conocen, Borja ha vomitado unas veinte veces de fiesta en más de diez años de amistad. A dos por año. Ella, por el contrario, no lo ha hecho ni una vez. El truco está en el agua y él ya se ha bebido su botellita; estará bien. Cada uno coge su copa y vuelta al ruedo. Escurriéndose como pueden entre la gente hasta encontrar un hueco en el que volver a darlo todo. Con Carlota ejerciendo de guardaespaldas para evitar un encontronazo con el ex de turno.

—Tenemos al *shiquito* a tirooo —grita ella mientras señala al DJ con la mano.

Borja mira hacia arriba y lo ve pinchando en su mesa de DJ, copa en mano y ritmo en el cuerpo. Meneándose de forma pausada y estable. Como si fuera un verdadero DJ ibicenco. Carlota se ha unido al club de la vista borrosa, de flotar y de no importarle lo que pase alrededor.

—Mira a tu *alrededooor*, esto está lleno de mariquitas muriéndose por ligárselo.

Razón no le falta. El nivel de babeo homosexual allí reunido es desbordante.

—Bueno, sí, aunque tú eres el más mono. Eso suma puntos.

Borja la abraza y, como buenos borrachos, se vuelven locos exaltando su amistad. Bailan cogidos de la mano, saltan cogidos de la mano y se estabilizan del mareo cogidos de la mano, asegurándose cada uno de que el otro esté bien. Una amistad disfuncional sin duda, pero amistad de verdad.

En una de esas, Carlota tira de Borja y vuelven a escurrirse entre la gente.

—¿A dónde vamos?

—Al VIP, donde pertenecemos —grita Carlota sin girarse.

—Ah, sí, sí. Pertenecemos —asiente como si ella fuera su gurú.

Llegan exultantes, decididos, seguros, que en un mundo sin el filtro de borrachos es: patéticos, torcidos, titubeantes.

El gorila de turno, que es quien decide quién entra y quién no, tiene cara de pocos amigos y esboza una mueca de desagrado cuando se le plantan delante.

—¿Cómo vamos a entrar? —susurra Borja al oído de Carlota.

—Pues entrando.

—Un plan sin fisuras el tuyo.

—Bebe y calla. —Le pone la copa en la boca como un bebé y él traga.

Ambos levantan la mirada y le sonríen al portero con cara de no haber roto nunca un plato. Qué mal les queda esa cara que no va para nada con ellos. Él no les devuelve la sonrisa, está muy metido en el papel y, lo más seguro, muy hasta los cojones de todo el mundo.

—Hola —saluda Carlota.

Borja sigue sonriendo. Ni rastro de una sonrisa de vuelta, solo los mira y ya está.

—Queremos pasar —dice ella con decisión.

El otro sigue sin decir nada, pero no aparta sus ojos de ellos.

—¿Podemos?

—¿Tú qué crees? —dice al final.

—Él conoce al DJ —suelta Carlota sin pensárselo dos veces.

Borja intenta fingir que ese comentario no lo ha pillado por sorpresa y se limita a asentir.

—Anda, esto es nuevo. ¿Y de qué lo conoces?

—De la vida —dice sin dudarlo ni un poquito, muy metido en el papel.

—¿Ah, sí?

—Sí, sí.

El gorila por fin sonríe, aunque sea de forma maliciosa. Algo trama.

—Entonces, queréis pasar…

Ambos asienten confiados.

—Lo tenemos hecho —le susurra Carlota a Borja.

Él parece algo más escéptico, pero se deja llevar por la certeza de ella.

—Vamos a hacer una cosa, vas a ir hasta tu »colega de la vida» y le vas a decir que venga y me confirme que te conoce. ¿Te parece?

—¿Cómo? —esto lo dice con un hilito de voz bastante cómico.

—Hombre, si os conocéis »de la vida», no debería de haber problema. ¿No?

—No, no. No lo hay. ¿Verdad, Borja?

—Verdad —vuelve a hablar con el mismo hilo de voz.

—Pues, venga. Pasa.

El portero se hace a un lado y le deja subir las escaleras hasta la mesa del DJ. La distancia de siete metros que los separan le parece kilométrica, pero ahí está él, cubata en mano, dispuesto a cumplir su misión. Le sudan las palmas y el corazón le va a mil, la mezcla *Red Bull*, *Jäger* y tener que ir a decirle a un cantante que te pone muy cachondo que finja que te conoce para poder entrar en la zona VIP va a hacer que le estalle el corazón. Pasito a pasito va llegando, pasando entre los que ya disfrutan del privilegio de estar ahí arriba bailando detrás del DJ. El corazón le late al ritmo de una de Cascada y el cerebro le da mil vueltas. Cuando llega, da un buen trago a su cubata y extiende el brazo dispuesto a tocarle el hombro, pero el DJ se gira antes.

—¡Hola, guapo! —le dice como si lo conociera de toda la vida.

¿Qué está pasando? Después, le da un abrazo. Huele a sudor y colonia. Lleva el pelo en una coleta para no morir asfixiado, la raya del ojo hecha con sutileza y una camiseta ancha de tirantes que deja ver unos brazos tonificados, adornados por pequeños tatuajes inconexos. Un cliché absoluto que está bien bueno.

Al otro lado, ni el portero ni Carlota dan crédito a lo que está pasando.

—Entonces, ¿era verdad? —dice él perplejo.

—Ni un poco —se le escapa sin querer, pero no se corrige. Lo tienen hecho.

En la mesa del DJ la cosa sigue tensa, al menos por parte de Borja, que no entiende qué es lo que está pasando.

—¿Qué bebes? —pregunta el cantante flirteando.

—*Jäger* con *Red Bull*.

Sin pedirle permiso, coge el cubata y pega un buen sorbo.

—¿Qué quieres que ponga? —le pregunta mientras le pone ojitos.

Borja está en blanco y en *shock*, pero se empieza a sentir magnético, entregado, sexy. La validación de un *crush* ayuda y todo el *Jäger* que lleva dentro más.

—Chenoa —le sale decir. Eso le ha salido bastante poco sexy.

—¿Chenoa?

—¿No?

El DJ se ríe y lo mira con ternura paternalista. Después, le acaricia la mejilla.

—Qué mono.

—Eso dice Carlota.

—¿Quién es Carlota?

Cuando él se va a girar para señalarla, el otro lo coge por el hombro. Se lo pega bien pegado y lo planta delante de la mesa con él. Borja se convierte en DJ residente y en la envidia del resto de chicos, no tan monos, que bailan a sus pies.

—Yo creo que tu amigo ya no sale de ahí.

—Pero podré entrar, ¿no?

—Guapa, me has confirmado que no se conocen ni un poco.

—Bueno, míralos ahora.

—Fuera.

El portero se cruza de brazos y le da la espalda bloqueando cualquier posibilidad de acceso, así que se marcha cabreadísima mientras Borja lo da todo creyéndose DJ. Carlota recorre el local dándose golpes con toda la gente como si fuera un coche de choque fuera de control porque está enfadada con la vida. Se pediría una copa, pero hay algo raro pasando en su estómago que no logra identificar, una especie de retortijón, de pesar, de malestar que la desconcierta. Mejor irse al *hall* a reposar cabeza, piernas, oídos y estómago, que están que echan humo. Se coloca en una esquinita, se sienta en el suelo y saca el móvil, utiliza la cámara como si fuera un espejito y da un respingo al verse. Sudada, con el color en sus labios casi borrado y ruborizada de verdad, del colorete no queda ni rastro. Se apaña como puede y abre el mensaje. El maldito mensaje. El puto mensaje. El mensaje de Jaime. Tiene que hacerlo, tiene que darle una respuesta. Que va a quedar con él, está claro, el problema es cómo decírselo. Porque no quiere resultar muy seca, solo un poco, pero tampoco pasarse de intensa. Quiere ir al grano, sin ir del todo. Y, por encima de cualquier cosa, quiere que se note que es ella la que tiene el control.

—¿Carlota?

Está muy metida en su mensaje, escribe que te escribe y borra que te borra. Palabra para arriba, palabra para abajo, y obvia de forma voluntaria la voz que dice su nombre, aunque sabe a la perfección a quién pertenece.

—¡Carlota!

La voz no parece que vaya a rendirse y se ha acercado hasta colocarse justo delante de ella, que se mira sus zapatillas. Es que ha decidido que tiene que contestar ya, no puede perder ni un segundo más sin quitar la tirita de las narices. Tiene que decirle a Jaime que se tomará esa cerveza con él y no decirle que le dará todas las explicaciones que quiera. ¿Quién se cree para pedirle explicaciones? Acaso va a ir de digno, de ofendido, de abandonado. Aunque lo sea, no tiene derecho.

—Escucha, lo de Borja fue hace cien años. Si nosotros lo hemos superado, tú también.

Ante esa declaración tan potente, no puede más que levantar la mirada y clavar sus ojos en Lucas. Un rompecorazones frente a otra, la cosa se pone interesante. Le han entrado náuseas, ¿qué le pasa?

—¡Lucas! —exclama intentando que su tono sea menos falso de lo que acaba siendo.

Extiende la mano y toca su pierna para asegurarse de que es cien por cien real y no un proyecto

de su imaginación, porque está mareada y nota algo raro en la garganta. Podría no ser real, pero lo es. Lucas »el ex», de carne y hueso, mirándola contrariado sin mover ni un pelo. Con lo que le estaba costando escribir un mensaje de no más de diez palabras, ahora le va a tocar tener una conversación de muchas más con el chico que le rompió el corazón a su amigo. Dios aprieta, pero no ahoga; o sí, no lo tiene claro. Se pone en pie obviando la ayuda que le intenta brindar el otro y le planta dos besos que lo dejan descolocado. Después, se hace el silencio durante un rato lo suficientemente largo como para que el ambiente los tense y ruborice. Él juguetea con la pajita de su cubata, ella mete el móvil en el bolso.

—He dudado de si acercarme, no te voy a engañar… —empieza a decir él, acabando con toda la tensión.

—¿Qué haces aquí? —suelta ella cortando por completo lo que sea que fuera a decir.

—Tan directa como siempre… —responde con una sonrisa y negando con la cabeza.

—Hay cosas que no cambian.

—Os he visto bastante igual —dice asintiendo con la cabeza.

—¿Os?

—A ti y a Borja.

—¿Lo has visto?

—Carlota, claro que lo he visto.

—Pues no lo veas más.

—Sería más fácil si no estuviera dándolo todo jugando a ser DJ.

—Toda la razón.

El silencio vuelve a convertirse en el sonido ambiente entre los dos. Podrían tener una conversación banal e insignificante, pero Carlota no es así. Y Lucas parece que tampoco.

—Pero está bien, ¿no?

—¿Quién? ¿Borja?

Lucas asiente tímido. Ella asiente también, confirmándole al ex de su amigo que su amigo está bien. Ambos se lanzan sendas sonrisas tímidas, escondiendo detrás de ellas todo lo que él querría preguntar y todo lo que ella no va a contar. Borja está bien, es suficiente. Sin embargo, el mareo que ella está sintiendo no lo es y nota lo que parece una arcada subiéndole por su garganta.

—No me caes mal, ¿eh? —suelta para sacar su mente de los retortijones y de la angustia que siente.

—La verdad es que nunca he pensado lo contrario. —Después, se pone la pajita entre los labios y absorbe causando en Carlota una nueva arcada.

—Por dejarlo claro más que nada —acierta a decir.

—Tú a mí tampoco.

—Hombre, faltaría más que yo te cayera mal.

—Tampoco tendría mucho sentido que yo te cayera mal a ti.

—Bueno, tú le rompiste el corazón a mi amigo.

—Carlota, por el amor de Dios. Hace tres años de eso.

—Y ahora tiene atelexina. —Tras decir esto, llega la arcada número dos.

—¿Perdona?

—Lexatina. Alexitimia, como se diga.

—Carlota, tengo bastante claro que Borja ya ha superado lo nuestro.

—Eso dice él, pero es incapaz de besar al cántabro. —Y aquí llega la tercera arcada.

—¿Estás bien?

—Creo que no…

Entonces lo nota, lo siente. Un torrente subiendo por su garganta, algo no va bien. Sin pensárselo dos veces agarra a Lucas de la mano y tira de él con tanta fuerza que su cubata cae, haciendo que la copa estalle en mil pedazos contra el suelo. No le importa, porque necesita encontrar un baño lo antes posible o el suelo se llenará de algo más que de un cubata a medio beber. Como pueden se escabullen entre la gente que baja, sube o está de cháchara en la escalera de caracol, entran en el baño y se meten en la primera cabina que pillan. Da igual que esté todo encharcado y la taza en un estado difícil de definir, aunque te lo imaginas. Se acuclilla aún con Lucas de la mano y lo tira todo. Absolutamente todo. Con cada arcada sale más, y en cada espasmo abdominal siente que, al menos, está haciendo ejercicio. Se pasa allí un buen rato, con Lucas agarrándole la melenita con la mano que tiene libre y algún que otro tonto aporreando la puerta para que lo dejen entrar.

—Eres el mejor de todos nuestros exes —logra decir en un parón.

—¿Todos? —responde él entre risas—. ¿Tantos hay?

El vómito le vuelve y Lucas suelta una carcajada contenida. ¿Cuántos exes tienen? El de Borja es Lucas. ¿Es Jaime el suyo?

Media hora después, están apoyados en la barra. Borja ha desaparecido de la mesa del DJ y la cara de Carlota está en estado catatónico. Pero se le ha metido entre ceja y ceja que tiene que invitar a algo a Lucas, por ayudarla y porque por su culpa ha perdido medio cubata.

—Ponme un Ron con Cola y dos chupitos de tequila rosa —le dice a la camarera con tono de haber estado echando hasta la última papilla hace un ratito.

—No me creo que tengas estómago para beberte un chupito.

—No, no. Es todo para ti, yo tengo el estómago para manzana y agua de arroz.

La camarera lo sirve todo, Carlota paga y mete una pajita dentro del cubata de Lucas, él asiente agradecido y en un abrir y cerrar de ojos se ha tomado los dos chupitos.

—Esto… —dice señalando el cubata—. Voy a tardar un poco más en bebérmelo.

Ella se acerca y le da un abrazo de despedida.

—Si encuentras a Borja por ahí dentro, me lo mandas derechito a casa.

—Lo haré.

—Y gracias, Lucas.

Él le responde ladeando la cabeza y esbozando una sonrisa genuina y se pierde entre la multitud mientras ella hace lo propio en la otra dirección.

Cuando sale de allí, siente un alivio inmenso al notar el aire de Madrid en la cara y vuelve sobre los pasos que ha hecho hace unas horas con Borja, Montera arriba hasta llegar a Gran Vía. Camina lenta, maldiciendo por enésima vez los dichosos taconazos que se ha puesto, enfrentando Fuencarral con determinación y unas ganas inmensas de llegar a casa. Aún le duele un poco el estómago, pero está mejor del mareo, solo necesita lavarse la cara, ponerse el pijama y olvidarse de todo. Jamás le contará a nadie que ha vomitado, porque su reputación es muy importante y a ella eso de mostrarse débil no le va. Y, claro, todos sabemos que echar la pota es sinónimo de debilidad. Ella no va por ahí dejando rastros de exes rompecorazones, como Borja. Si acaso, lo puede dejar ella. Se niega a asumir que, con tanta cosa en la cabeza, con tanto rondándole el estómago, su cuerpo le haya mandado una señal bastante desagradable para que se deje de tonterías y haga lo que de verdad quiere hacer. No solo ha vomitado alcohol y cena, también todo lo que lleva días tragándose. Todas esas cosas que se niega a decir, a aceptar, a confirmarse. Se frena en seco, saca el móvil y escribe casi sin pensar, deja que sus dejos hagan lo que su cerebro manda, moviéndolos como una autómata.

Nos vemos el jueves. Lo de las explicaciones ya veremos. Pienso dónde y te digo.

Trabajo hecho, tirita quitada. A dormir, Carlota, que es muy tarde.

13
Post-it rosa

Abre los ojos de par en par. Como Eduardo Noriega en *Abre los ojos* o Jon Nieve en *Juego de Tronos*. De vuelta a la vida porque el portazo que acaba de meter Carlota al salir de casa ha reactivado sus conexiones neuronales mientras un taladro ha empezado a perforarle el cerebro. Un *trrrrrr* continuo y casi doloroso, acompañado de un *piiiiii* en los oídos que promete volverlo loco. No sabe cómo ha llegado allí, a su cama, pero se alegra de estar en ella. Cierra los ojos rápido porque la luz que entra por la ventana tiene pinta de querer dejarlo ciego, y ya lo que le faltaba. Intenta hacer memoria. Recuerda los chupitos, los cubatas, los bailes con Carlota. Recuerda al DJ, lo recuerda muy bien y muy cerca. Recuerda sudar, sudar mucho. Recuerda más chupitos y algún que otro cubata. ¿Cuántos fueron al final? ¿Diez? No está para estos trotes, eso seguro. Los treinta están a la vuelta de la esquina.

Sale de la cama en pelotas y consigue llegar a la puerta sin tropezarse, menos mal que se conoce el camino. Aprieta los ojos como si su vida dependiera de ello, se niega a que ni un poquito de luz toque sus córneas. Como puede llega al baño, se planta delante del váter y empieza la fiesta. El pis le sale como un aspersor estropeado, disparando en todas direcciones y poniéndolo todo perdido. Abre los ojos de forma instintiva y se encuentra con el desaguisado que acaba de liar, e intenta obviar el mensaje que le está mandando su pito con ese despliegue mañanero. Se percata de que el baño está hecho un cuadro también. Restos de maquillaje en la pila, un vaso de cristal robado dentro de la ducha y un par de calzoncillos. Dos. Dos unidades de calzoncillos. Reconoce uno rápidamente, el suyo. Pero ¿el otro?

Limpia la taza del váter, enjuaga la pila, saca el vaso de la ducha y recoge los calzoncillos. Los dos. El taladro de su cabeza no le da tregua, lo único que quiere es volver a la cama y no salir hasta el lunes. Sale del baño y lo ve. Junto a la puerta de su habitación, la prueba de un delito. ¿Su delito? El envoltorio abierto de un condón. «No puede ser de Carlota, ¿no?». La casa empieza poco a poco a parecer la escena de un crimen y el detective no tiene la cabeza para enigmas.

Entra en la habitación, dejando el envoltorio en el mismo sitio en el que lo ha encontrado, y cierra la puerta. Se hace el ánimo de mirarse en el espejo y su cara en el reflejo es la viva

imagen de lo que una noche de fiesta y excesos pueden hacer con una persona. Ojeras, bolsas, ojos inyectados en sangre; monísimo. El reflejo en el cristal también le devuelve la imagen de una habitación patas arriba con otro vaso de cristal sobre la mesita de noche y mucha ropa en el suelo. Mucha más de la que debería. Reconoce su ropa, pero ¿de quién es todo lo demás? Sin previo aviso, su cama se mueve.

«¿Hay alguien?»

A ver, Borja. Todo lleva un rato apuntando a que sí, ¿no?

Se tira al suelo como puede y gatea con sigilo hasta llegar al lado de la cama que está invadido por su invitado nocturno. Si ya le dolía la cabeza, ahora le va a estallar. El taladro se ha convertido en una mascletá fallera.

«¿Qué pasó anoche?»

Se ha quedado agachado en el suelo, pegado a la cama, porque su cerebro ha pedido tiempo muerto. Un receso, que demasiado ha hecho ya. Pero ha llegado la hora, el momento de descubrir la verdad. Lentamente, baja la sábana con la que su compañero de juergas nocturnas se tapa la cara. Y… y… y… se lleva el mayor impacto de su vida. Si tuviera cincuenta años más, no vive para contarlo.

Es Lucas.

LUCAS.

Su ex.

SU EX LUCAS. En carne y hueso, tres años después.

Se levanta y coge lo primero que pilla. Sudadera ancha, vaqueros y gorra. Calcetines desparejados y zapatillas viejas. Parece una celebridad de incógnito y se ha olvidado los calzoncillos, pero da igual, los vaqueros son tan anchos como para permitirse ir en plan comando. Corre hasta la habitación de Carlota, tiene que sacarla de allí como si Lucas fuera un incendio y él el bombero buenorro que debe rescatar a todo el mundo. Su idea es sacarla como si fuera un gatito. Cuando entra, recuerda que se ha despertado con un portazo, y asume que ha sido

ella, claro. Da igual, le roba un *post-it* rosa. Se esfuerza por utilizar su mejor caligrafía para que el mensaje quede lo más claro posible:

Tienes que irte de aquí. No he querido despertarte porque no está bien despertar a la gente. Pero tienes que irte en cuan

Mierda, se ha quedado sin espacio. Coge otro *post-it*:

to te despiertes. ~~Hay leche en la nevera y fiambr~~ No desayunes ni te duches, ya lo haces dónde sea…

Coge el post-it número tres:

que puedas. Por la calle hay fuentes de esas, en Madrid el agua es potable. Adiós.

Vuelve a su habitación con el más absoluto sigilo, pega los tres post-its en la mesita que hay al lado de Lucas, que sigue durmiendo plácidamente, y se asegura de colocarlos lo suficientemente bien como para que los vea al despertar. Coge el móvil y las llaves, y corre hasta la puerta. Antes de salir, se gira y confirma lo que ya había visto antes: Lucas sigue poniendo la cara más dulce que tiene cuando duerme. Después, sale de la habitación. Y de casa, y del edificio.

Y le vienen todos los *flashes*. Lucas y él besándose en la calle, en el portal, en la puerta, en el sofá. Lucas y él desnudándose, besándose en el baño, metiéndose en su habitación. Lucas y él como el *remake* de una película que nadie espera ni ha pedido, pero que te has tragado igual. Sí, en ambos sentidos, figurado y literal. Lucas y él entregados a la nostalgia de la forma más sexual posible, como los protagonistas de la típica peli de amor. Lucas y él volviendo a ser Lucas y Borja.
Los *flashes* se entremezclan con recuerdos del pasado. Con los Lucas y Borja de veintiuno, veintidós, veintitrés, veinticuatro o veinticinco años. Desnudándose, disfrutándose, amándose. Los *flashes* de la noche anterior le vienen salvajes. Bruscos. Placenteros pero feroces. Familiares pero raros. ¿Cómo cojones había acabado tirándose a su ex? ¿En qué universo paralelo estaba metido? ¿Por qué esta broma, Dios?

Cuando sale a Olavide, se siente un extraño en un mundo al que no pertenece. El barrio está animado, el sol brilla y Borja se arrepiente de no haber cogido las gafas. La banda de percusionistas que ahora están de concierto en su cabeza encajaría con el ambiente de las calles de un domingo en Chamberí, pero quiere que dejen de dar mamporros porque le cuesta concentrarse en qué hacer, a dónde ir y cómo existir sin parecer un despojo humano. Que lo es.

Se siente como una hormiguita en la infinitud que es Madrid. No se sentía así desde que se mudó. Necesita encontrar a Carlota.

Ella está recorriendo Madrid, pierna arriba, pierna abajo. Con sus mayas rositas y un *crop top* blanco. Con el móvil agarrado a su brazo con una de esas cositas con velcro que usan los *runners* y su botellita de agua en la mano izquierda. Su móvil vibra. La primera vez lo obvia y la segunda también. Está muy cerca de cogerlo a la tercera, como suele hacer, pero sigue corriendo. Pasa un ratito hasta que llega la cuarta. Se para, suelta un bufido, lo arranca de su brazo y contesta:

—¿Borja?

—¿Dónde estás? —Hasta él mismo se asusta de oír su voz.

—Suenas horrible, cariño.

—Mi cabeza suena aún peor.

—Te espero en la confitería mona de Fernando VI.

—¿La Duquesita?

—Esa. —Y le cuelga. Se le ha acabado el *running*.

Jaime le ha contestado al despertarse. Tiene pinta de que lo ha hecho cuando ha visto el mensaje, una manera muy equilibrada de comunicarse con otra persona. Debería aprender de él.

Perfecto, ya me dices.

Sencillo y al grano, sin florituras. Seguro que ha sido lo primero que le ha venido a la cabeza. Y ahora le toca a ella »decir», que es lo que él le ha pedido que haga. Decirle. Le dirá el jueves, porque pretende pasarse desde el lunes hasta ese mismo día sin dar señales de vida buscando un lugar para su reunión secreta. Tiene ideas en mente, posibilidades que le rondan la cabeza. Lo mejor de todo es que tiene cuatro días enteros para mentalizarse, tranquilizarse y concienciarse. Para elegir qué ponerse y para practicar frente al espejo su mejor cara de »no me importas lo más mínimo», porque sabe que en cuanto lo tenga delante se va a derretir como un helado a las dos de la tarde un día de verano.

Cuando Carlota llega a la Duquesita, Borja todavía no está allí, así que se entretiene admirando los cruasanes, las lionesas, los cremadillos y los bomboncitos que hay en el expositor. Lleva desde que llegó a Madrid pasando por delante y deseando hincarle el diente a algo. Azúcar en vena para recuperarse de la resaca. Elija lo que elija va a ser su primer bocado desde la vomitona de anoche. La vomitona secreta de la que nunca le hablará a nadie.

Carlota, nena, se te acumulan los secretos.

—Hola.

El susto que le da la voz de borracho de Borja a traición en su nuca es monumental, y el chillido que lo sigue todavía más. Hasta dentro de la confitería se alarman y un perrito que pasa por allí se vuelve tan loco ladrando que el dueño les grita un improperio inteligible. Tienen que huir de allí, así que se queda sin bocado dulce.

—Qué horror, Borja —le dice cuando lo mira bien, antes de que él se lance a sus brazos y se agazape en ellos como un bebé en los brazos de su madre.

—¿Qué pasó anoche? —se lamenta con un hilito de voz.

Borja no quiere despegarse de los brazos de Carlota, pero ella llega a su límite de contacto físico innecesario más pronto y se libera de él, echando a andar y obligándolo a seguirla.

—¿A qué hora llegaste? —le pregunta cuando están subiendo por la Plaza de Santa Bárbara que, como todo buen domingo, está abarrotada de gente.

—¿Antes que tú?

—Hombre, eso está más que claro —suelta entre risas.

Carlota percibe que la resaca y lo que sea que esté rondando por la cabeza de Borja lo mantienen lento y aletargado, así que lo agarra del brazo y caminan así cuando suben por Almagro.

—Bueno, al grano. ¿Te liaste con el DJ o no?

Borja no contesta y mira al suelo.

—¿Eso es que sí?

Sigue sin soltar prenda porque no tiene manera de explicar lo que pasó anoche, es lo que tiene haberte bebido hasta el agua de los floreros, que sin darte cuenta te has morreado con tu ex por todo Malasaña y habéis acabado en casa jugando a los médicos.

—Te ha comido la lengua el gato, por lo que veo —comenta ella, que no sabe si girar por la siguiente calle a la derecha o seguir recto—. Yo tengo algo que contarte y no quiero que te pongas nervioso.

—¿Algo de anoche? —El sonido que sale de su voz es criminal, casi tanto como el olor a alcohol que desprende.

—Anda, si hablas y todo.

Él le da un golpecito con la cabeza en el hombro, como un cachorrito, para que hable.

—Voy a decirlo rápido porque no quiero alargarlo más. —Sorprendentemente, con lo que le gusta a ella una buena prolongación—. Ayer estuve con Lucas cuando te perdí la pista.

Borja tiene que pararse. Respirar hondo. Se está mareando, se tiene que agarrar fuerte a Carlota porque se va a caer. Está montando todo el cuadro. Necesita aire, y se suelta. Y el mundo se le nubla más aún. Y ahí, en la esquina de Fernando el Santo y Zurbano, echa toda la pota. La cara

de Carlota pasa de la incomprensión al orgullo de saber que todo el alcohol de anoche no solo pudo con ella, también con él. Lo agarra de la mano como se la agarró anoche Lucas a ella, y está a su ladito como tantas otras veces esperando a que lo eche todo. Se queda allí paciente mientras su amigo vacía su organismo de todas las toxinas de la noche anterior y se depura. Cuando acaba, se queda un buen rato acuclillado, por si acaso saliera algo más. Al final, después de más de diez minutos, se vuelve a poner de pie. Carlota está ya preparada con su botella de agua, bendito *running*, que él se bebe entera en un plis plas.

—Una reacción un poco exagerada la tuya.

—¿Hice mucho ruido al llegar? —Es lo primero que le sale decir.

—Me puse los tapones. ¿A qué hora llegaste?

—Carlota…

—Cielo, ¿qué hiciste anoche?

—Carlota, Lucas está en casa.

La voz de pánico con la que habla es preocupante y cómica a partes iguales.

—¿Cómo que Lucas está en casa?

—Lucas está en mi cama, debajo de mis sábanas, apoyado en mi almohada. Es posible que tenga restos de Lucas en la boca y otras partes del cuerpo. —Carlota pone una mueca de asco después de eso, Borja le aparta la mirada avergonzado.

—Me estás diciendo… —Quiere ser cauta—. ¿Estás insinuando lo que creo que estás insinuando?

—Sí, sí, ¡sí! Lucas y yo hemos follado. —Se cubre la cara con las manos de forma dramática—. No sé cómo ha podido pasar…

—No creo que haga falta que te lo explique yo. —Lo coge de la mano y lo anima a seguir andando—. ¿Es esto por la alexitimia esa?

—No lo sé. ¡NO LO SÉ!

—Vale, vale. ¡Cálmate, por dios! —Borja respira hondo con ademán sobreactuado y ella pone los ojos en blanco—. ¿Cómo ha podido pasar?

—No lo sé, Carlota. ¡No sé nada! No recuerdo haberlo visto, no recuerdo haber hablado con él, solo sé que está en mi cama desnudo. ¿Cuándo lo viste tú?

—Primero cuando estábamos bailando, después cuando estábamos en la barra y luego cuando me dejaste tirada.

Borja obvia ese último comentario que Carlota hace con inquina.

—¿Lo viste cuando estabas conmigo? —Carlota asiente—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Cariño, vista tu reacción de ahora, no quiero imaginarme lo que habrías hecho.

Caminan en silencio durante un rato. Borja lo hace pensativo, intentando que esta historia no genere en su cerebro las ramificaciones que ya está generando.

—Bueno, no pasa nada. En realidad, solo es un polvo, ¿no?

—Un polvo con tu ex, sí.

—Pero si no fuera mi ex, sería un polvo más.

—Pero es tu ex.

—Carlota, eso ya lo sé. Lo tengo claro. Sé que es mi ex, ¡lo sé!

—Estás muy nervioso.

—Lo estoy.

Lo está. Y tiene muchas cosas acumuladas en la cabeza y una resaca de la que recuperarse. Quizá necesite eso, recuperarse de la noche de anoche para ganar perspectiva y calma, para verlo todo con más tranquilidad. Lo mejor será volver a casa y dormir. En un par de horitas es la hora de la siesta, ¿no? Saca el móvil del bolsillo para mirar la hora, pero se encuentra con cinco llamadas perdidas de Miqui. ¿Puede la vida darle una tregua? Justo en ese momento, llega la sexta. Contesta.

—¿Mi… Miqui? —dice con tono muy bajito.

—¡Borja! ¿Dónde estás?

—¿Yo?

—¿Estás bien? Suenas fatal.

Se aclara la garganta con fuerza, necesita que su voz suene un pelín mejor.

—He pasado una mala noche…

—A juzgar por el audio de anoche, yo diría que no tan mala.

—¿El audio? —Mira a Carlota con cara de pánico y ella le responde levantando las manos en gesto de no comprender nada—. ¡El audio!

—Bueno, eso. Que dónde estás, llevo esperándote veinte minutos.

¿Cómo que lleva veinte minutos esperándolo? ¿Qué hizo anoche, por Dios?

—Eh… Esto… ¡Llegando! ¡Estoy llegando! ¡Mándame tu ubi!

Y no dice nada más. Solo cuelga y entra rápido en su chat con Miqui. Le ha mandado su ubicación, está en La Martinuca, en la calle Barquillo. Aunque ahora eso da igual, necesita encontrar ese audio. No tarda en encontrarlo, encima de un montón de emojis mandando besitos que le envió por alguna extraña razón. Lo localiza.

—Me da miedo escucharlo.

—¿Puedes explicarme qué pasa?

—Anoche le mandé un audio a Miqui y he quedado con él hace veinte minutos.

—Es la última vez que sales, se te da fatal. —Y sin decir nada más, le arranca el móvil de la mano y reproduce el audio:

—Miquiiiiiii. —Silencio en el que solo se escucha el *chunda chunda* de la música—.

Miqui. —Otro silencio en el que al *chunda chunda* se le une una respiración intensa, debe de ser la de Borja—. Tengo ganas de verte. Muchas, rollo buf. ¿Sabes? —Vuelve a cortar, quizá porque espera una respuesta. A los segundos se percata de que no la va a recibir—. ¿*Brunch* mañana? ¿A la una? —Se escucha cómo trastea con algo—. No, no, no, no. Otro chupito no, no puedo. —Pero a juzgar por lo que se escucha, pudo—. ¿Hola? ¡Ah, sí! Miqui, una pregunta: ¿Por qué me gustas tanto? —Se vuelve a callar, este audio está siendo toda una experiencia—. Bueno, te veo… ¿Qué? ¡No, no, no, no, no! ¿Qué hace este aquí? ¿Qué coj…?

Y fin. Una montaña rusa de emociones ha sido, una actuación de premio, la consagración definitiva de Borja como una persona a la que no se le da fatal salir, se le da fatal ser persona directamente. Carlota lleva un buen rato conteniendo la risa, evitando soltar una carcajada que abochorne todavía más a su amigo.

—¿Puedo morirme?

—Te viene mal. —La risa contenida aún lucha por salir de su boca—. Al parecer has quedado.

—¿Qué hacemos con Lucas? —pregunta agonizante obviando la risa que está a punto de soltar Carlota.

—Voy a casa y lo desalojo. Total, ahora somos amiguis.

—No estoy para bromitas ahora. —Le da un abrazo y la besa en la mejilla—. Tengo cosas que hacer.

—¡Suerte! —le grita Carlota al tiempo que levanta el brazo cuando Borja ya va calle abajo rumbo a Miqui. Cuando está lejos, estalla en una carcajada.

Tiene diez minutos hasta La Martinuca, así que se vienen diez buenos minutos para diseccionar todas y cada una de las cosas que le han pasado en las últimas horas. Una parte de él siente que el audio, por muy ridículo que suene, no ha estado tan mal. A fin de cuentas, deja claro que le gusta Miqui, ¿no? Los borrachos siempre dicen la verdad y él la ha dicho a bocajarro y sin titubear, pese al alcohol. El problema, y es uno muy grande que no se va a sacar de la cabeza así como así, es que la noche la ha acabado con Lucas. Entonces, claro, si los borrachos dicen la verdad, ¿también actúan desde la verdad? ¿O solo se ha tirado a Lucas porque estaba borracho y el otro disponible? Su corazón le dice que ha sido un polvo sin importancia con alguien que tiene mucha importancia, pero su cabeza está empeñada en enmarañarlo todo. El móvil le vibra y lo coge sin pensar.

—No me odies, estoy a un minuto.

—¿Qué?

—¿Miqui?

—¿Quién es Miqui?

«Me cago en la puta, es Fran». Qué vida más ajetreada, chico.

—¿Qué haces tú ahí?
—¿Ahí dónde?
—Al otro lado del teléfono.
—Borjita, ¿estás bien? Me he despertado con diez llamadas tuyas.

Vaya, vaya, Borja. Alguien quería guerra sí o sí anoche. Guerra con quien fuera, al parecer. Va a resultar que el polvo con Lucas tiene más de remedio para la hinchazón de su entrepierna que de reencuentro romántico con un ex. O de eso se va a querer convencer.

—¿Ah, sí?
—Sí, y no entendí nada de lo que decías en el audio. No sé qué de que si no me lo cogías, hablarías con tu ex. Un poco amenazante sonabas.

Si algo está quedando claro, es que Borja no puede tener alcohol cerca, ni un teléfono móvil, ni un ex, ni nada que sea potencialmente peligroso para su estabilidad emocional.
—Bua… no sabes la que me cogí anoche.
—Ya, imagino. —Fran traga saliva—. Entonces, ¿nos vemos esta tarde o qué?
—¿Esta tarde?
—Sí, eso decías al final del audio.
—Esta tarde lo tengo fatal, eh. Me pillas ocupadísimo esta tarde. Yo creo que vernos, lo que se dice vernos, no nos vamos a poder ver. Ya otro día, si eso.

Le cuelga sin despedirse y apaga el móvil porque no puede seguir con este ritmo frenético de llamadas, audios y ya no sabe qué será lo próximo. Entra en La Martinuca y localiza con rapidez a Miqui delante de la barra, sentado en una mesa alta. Llega sigiloso hasta él y se aúpa hasta sentarse en la silla que tiene delante. Miqui, que estaba mirando su móvil, levanta la mirada. Cuando lo hace, no puede evitar reírse. Borja se tapa la cara avergonzado.
—Te queda bien el *look* de famoso de incógnito. —Y le guiña un ojo con cariño—. Me he tomado la libertad de pedirte un zumo de naranja, he supuesto que te harían falta las vitaminas.
Borja extiende la mano, agarra la del cántabro y la acaricia mientras coge el vaso y se bebe, como si se tratara de un cubata, todo el zumo. En efecto, necesita recuperar vitaminas, y la dignidad. Y quitarse el horrible sabor a vómito que arrastra desde hace un ratito. Menos mal que

no esta gente no besa, porque qué asquito un primer beso con regusto a vómito y naranja.

—Dime que no te desperté anoche.

—Qué va, qué va. Estaba despierto.

—¿A las cinco de la mañana?

—Sí, tenía que acabar unas cosas del curro. —Borja percibe que hay algo raro en la mirada de Miqui, casi como en la suya pero sin la dosis extra de fiesta dura y sexo extraño que acarrean sus ojos.

—¿Bien anoche? —La forma en la que le coge la mano es cada vez más fuerte, la intensidad crece y las caricias se vuelven casi maníacas.

—Creo que sí, no estoy del todo seguro.

—Me gustó escucharte —su tono de voz desciende conforme dice esas tres palabras, después se pone colorado y remata—: Tú también me gustas mucho, Borja.

El pecho se le llena, el corazón le da la vuelta y las mariposas de su barriguilla se ponen como locas. ¡Por fin algo positivo en toda esta marea de vergüenza que está siendo su mañana! Ya cuando Miqui coge su mano y le planta un besito, se reconcilia, a medias, con el mundo. ¿Que le habría gustado haber escuchado eso en otras circunstancias? Pues seguro. Quizá llevando calzoncillos, con la cara menos demacrada y por supuesto no después de haberse tirado a su ex en un acto de inconsciencia tremendo. Pero, oye, que a veces la vida no es como la idealizamos y está bien también. No va a ser todo perfecto, ¿no? Miqui le sigue acariciando la mano con tanta fuerza que parece que esté buscando algo en ella, lo hace con tanta intensidad que cualquiera diría que lo que quiere es dejarle marca.

—Miqui… ¿estás bien? —pregunta cuando empieza a hacerle daño.

El cántabro levanta la mirada y la clava en él. Por un momento, Borja piensa que lo ha descubierto, que de alguna forma sabe lo que pasó anoche, que es conocedor del polvazo que echaron Lucas y él.

—Llevo dieciséis días trabajando sin parar —suelta como un autómata y baja la mirada. Una parte de Borja siente alivio porque no tiene que ver con él y su encuentro sexual nostálgico.

—¿Dieciséis?

—Sí, dieciséis. He dormido una media de tres horas al día y no es suficiente. Creo que me voy a morir. Me duele el pecho, no respiro bien, me pican los ojos…

Y entonces, *pum*, rompe a llorar como un niño. Sin consuelo alguno, devastado por completo. Algunos clientes los miran y un camarero le hace un gesto a otro para que les acerque pañuelitos de papel. Borja se lo agradece sonriendo con cortesía y, como puede, mueve su silla al lado de Miqui para poder abrazarlo.

—Pero, Miqui, cariño. No puedes hacer eso. —Es lo único que le sale decir, como si el otro no lo supiera.

El berrinche es intenso, Borja se encuentra al límite de la vida por la sucesión de momentos intensos que llevan asolando su día desde que ha despertado, y las conexiones neuronales que el portazo de Carlota ha generado en su cerebro empiezan a fallar, no cree que vaya a poder seguir recibiendo más disgustos.

—¿Te pagan bien al menos?

Se arrepiente en cuanto cierra la boca, pero se tranquiliza al darse cuenta de que, entre tanta lágrima, Miqui no lo ha escuchado y su verborrea nerviosa se queda para él mismo.

—No sé qué hacer —lo oye murmurar entre el llanto.

Borja prefiere callar y abrazar, así que lo aprieta más contra él. Miqui lo nota y se agazapa contra su pecho como si fuera su hogar. La sudadera de incógnito está empapada.

—Ahora entiendo a Julito…

—¡No, no! ¡Julito es otra cosa! —espeta Borja alarmado.

Julito había sido el valiente que había tomado las riendas de su vida para acabar muriendo de la manera más tonta. ¿Va a ser la moraleja de todo esto que uno debe conformarse antes que atreverse? O quizás no, quizá él solo tuvo mala suerte y la vida es mucho más que trabajar, trabajar y trabajar. Mejor morir en una *Spartan Race* que de un infarto en un cubículo en una de las Cuatro Torres. Quizá mejor intentarlo que minar tu felicidad a base de días de trabajo que no acaban nunca.

Miqui deja de llorar, aunque se queda abrazado a Borja. La camarera se les acerca varias veces y Borja la espanta con la mirada. Le da un beso en la coronilla a Miqui. ¿Cómo puede sentirse tan conectado a él y no poder darle ni un beso en la boca? ¿Cómo ha podido acostarse con Lucas?

—Te prometo que estarás bien —le dice cuando se separan y el otro lo mira con los pestañones empapados y las mejillas coloradas—. Y cuando la cosa no esté bien, puedes volver a acurrucarte entre mis brazos.

Miqui sonríe, por fin, y después se levanta y va al baño. Mientras Borja espera, de forma inconsciente enciende el móvil una vez más. Tiene varios mensajes, entre ellos uno de un teléfono que no tiene guardado.

Hola, guapo. Aquí tienes, cuatro pases para el festival de junio. ¡Eres la hostia!

«¿Pero quién es?»

Mira la foto del que le ha escrito y tiene que agarrarse a la mesa. El DJ. El cantante buenorro. El tío con el que estuvo jugando a ser DJ hasta que ya no estaba jugando a ser DJ y estaba jugando a ser médico con Lucas. Mira los cuatro pases electrónicos. Del dos al cuatro de

junio en un pueblo perdido en el interior de Castellón, a una horita de Valencia. Acampadas de lujo, los mejores artistas y todo para un fin de semana inolvidable. Después, escribe por el chat grupal que tiene con Andreu, Carlota y Fiona.

Nos vamos de festival, amores. Reservad el primer finde de junio. Va a ser épico.

Después, asegurándose de que Miqui no esté volviendo, llama a Carlota.

—No hay moros en la costa —dice ella como saludo con voz seria.

—¿Estaba cuando has llegado?

—No, pero me he encontrado con un condón cargadito tirado en tu habitación. ¡Qué guarros!

A Borja ya nada lo puede abochornar más, así que hace caso omiso a este último apunte.

—¿Has leído lo del festival?

—Justo ahora. ¿Es preciso ir?

—Tengo cuatro pases.

—¿Cómo los has conseguido?

Borja guarda silencio porque en realidad no sabe cómo los ha conseguido. O, mejor dicho, no quiere pararse a pensar porque, visto lo visto…

—Espera un momento… ¡No! —La cabeza de Carlota ata cabos muy rápido—. ¡Borja!

—¡Cállate! —le pide él mientras siente cómo un torrente de vergüenza sube por su cuerpo.

—No dejas de sorprenderme… ¡Te liaste con el DJ también!

—Carlota, eso no lo sabemos.

—Te ha mandado cuatro pases gratis. Lo sabemos.

A lo lejos, Borja ve a Miqui volver del baño y, sin despedirse, cuelga a Carlota e intenta retomar la calma.

—¿Estás mejor? —le pregunta con tono dulce mientras lo ve sentarse.

—Creo que sí —y alarga la mano para enroscarla con la suya. —Me gusta tenerte cerca.

Y a Borja se le olvida todo por un instante, y ladea la cabeza esbozando una sonrisa tímida como respuesta. Tiene ahí a su cántabro, con carita de perrito, los ojos aún hinchados, tan mono, tan vulnerable. Tan guapo, tan cerca.

—¿Te has enterado del nuevo festival que hacen en junio por tu tierra? —le pregunta Miqui cuando están saliendo del local.

Borja, después del vuelco al corazón que le ha dado al escuchar a Miqui mencionar el dichoso

festival, se limita a asentir risueño. Si no ha infartado con todo lo que ha pasado hoy, es posible que hasta sea inmortal.

—Mis colegas quieren coger entradas. —añade poniéndose las gafas para camuflar a sus ojos de recién llorado.

—Yo voy. —dice Borja al fin, mientras el otro coloca su brazo sobre su hombro y echan a andar Barquillo arriba.

—¡No me digas! ¿Ya han salido las entradas?

Y Borja calla, porque ni lo sabe, ni le va a explicar cómo las ha conseguido, porque eso tampoco lo sabe. Así que le da un besito en la mejilla, dejándolo neutralizado. El sol brilla y esta relación aún no ha empezado y ya es disfuncional. ¡Qué maravilla!

14
Miraditas

—¿Y Mario por qué no puede ir?

—Mario no puede venir porque no quiero que venga.

A Andreu le aburre su trabajo. Mucho. Pero le pagan bien, manda y puede cogerse vacaciones casi cuando quiere. Un sueño *millennial* que no tiene intención de abandonar. Vender ropa de lujo en un córner *random* de El Corte Inglés no suena a sinónimo de una vida laboral apasionante, aunque cuando tienes labia y un ejército de esclavos del *retail* que te cubre y te salva el culo, tú lo disfrutas. Es *Senior Store Manager*, un nombre delicioso que lo convierte en un triunfador del sector y en un buen caradura que no vende un nada desde hace años, para luego llevarse él solito una buena comisión.

Lleva quince minutos al teléfono con Fiona, una práctica habitual, vaya, con ella y con quien sea. Fiona lleva todos esos minutos insistiendo en que la acompañe a un evento de una aseguradora, que tiene pinta de ser aburridísimo, por mucha comida y alcohol gratis que le haya prometido.

—Además, estoy trabajando.

—No me hagas reír. ¿Cuándo ha sido eso un problema?

Razón no le falta, no lo ha sido nunca jamás. Suele inventarse excusas varias, a veces hasta cosas tontísimas, para abandonar legítimamente su puesto de trabajo. Que puede que sea el jefe, pero irse así porque sí, sin decir nada, no es de recibo. Es un caradura con principios. Y tampoco es que se vaya todos los días, solo muchos. Que, a ver, si un colega te dice de ir a jugar al pádel y tú tienes turno de cierre, pues te las apañas como puedes para que el subordinado de turno aprenda a cerrar la caja y te puedas ir a sudar la camiseta. Si va y resulta que Borja está de visita y es sábado, y los sábados son los peores días, pues tampoco pasa nada por irse unas horitas antes, ¿no? También le pasa a veces que se aburre. Y contra el aburrimiento lo mejor que puede hacer uno es pirarse a casa y verse por enésima vez *(500) días juntos*, ¿no? Y, bueno, ya si es Carlota la que llama, él sale por patas, casi sin dar explicación. Porque a Carlota siempre le dice que sí. Quizá debería llamarlo ella, estaría preparado en un santiamén, listo para aburrirse en el dichoso evento.

—Va, vente. Estas cosas no son tan aburridas como parece. —Nota cómo Andreu duda,

con un silencio muy suyo que suele significar lo que suele significar—. ¿Eso es que sí?

—¿Qué tendría que ponerme? —pregunta con tono serio mientras Fiona, que va caminando por la calle, hace un gesto de victoria con el brazo.

—El traje del trabajo va bien, puedes venir tal cual.

Tiene un espejo de cuerpo entero justo delante, se echa un vistazo ladeando la cabeza a ambos lados. Va todo de negro. Sexy, sí. La camisita abierta lo suficiente, la americana ceñida, pero no mucho. «De acuerdo, iré, a ver si cae algo. De lo que sea».

—¿Nos vemos allí? —le dice con tono serio.

—Estoy llegando a Ruinas, te espero aquí.

Qué lista, Fiona. Cómo sabía ella que le iba a decir que sí.

En realidad, »Ruinas» no se llama »Ruinas», aunque sí que es verdad que hay unas ruinas. Es la Plaza de los Pinazo, punto de encuentro de principios de los 2000, de adolescentes y no tan adolescentes, que lo utilizaban como escenario principal para ver y ser vistos. La moda duró años. Los jóvenes valencianos se reunían allí, a la salida de la parada del metro de Colón con el único objetivo de seguir el patrón que todos seguían. Fiona y las amigas de siempre eran asiduas, paseaban por los alrededores como quien no quiere la cosa cuando tenían quince o dieciséis años, siempre alerta a quien las podía mirar, cada una con su tercer ojo activado. El borreguismo adolescente que te hace querer ser como todos, ellas seguían toda moda. Cortes de pelo, ropa, maquillaje… A algunos, lo de ser borregos les dura para siempre, a otros les cambia rápido. A Fiona se le acaba de pasar la tontería, tarde, sí, pero a tiempo, ¿no?

Andreu no tarda en salir, como un pincel y con cara de sorna por el tira y afloja que han vivido hace unos minutos.

—¿Dónde es esto? —pregunta como único saludo mientras se pone las gafas de sol, también negras.

—Pareces un modelo de Calvin Klein —responde ella mientras le acerca la mejilla para que el otro le dé un beso—. En el Westin, ¿es del agrado del señor?

—Lo es, muchas gracias, señorita. —Y, cogiéndola por el hombro entre risas, echan a andar.

Cruzan Colón, recorren Sorní de principio a fin y pasan el Puente de las Flores para llegar al otro lado del »río» hasta la Alameda. Hace bueno, el dicho aquel de »en abril aguas mil» ya no siempre se cumple en Valencia. Ahora llueve cuando le da, a veces por sorpresa, con unas tormentas tropicales que asustan al más valiente.

Fiona lleva un vestido satinado en color burdeos, sin sujetador y con un tanga diminuto. Muy

diminuto. Se ha cogido un pañuelo floreado muy amplio por si le entra frío, que ahora lleva en la mano. Le ha dicho a Andreu que parece un modelo de perfumes, pero ella no se queda corta. En su camino pasan por la puerta del antiguo Alameda Palace, ahora Palau Alameda, otro recuerdo del pasado muy pasado, mientras se enfrascan en la enésima conversación sobre la serie de turno que Andreu y, desde que viven juntos, Fiona también está viendo. Lugar de referencia de la adolescencia valenciana cada Nochevieja. Conseguir entradas para festejar el nuevo año en sus salones era un agobio mortal entre todo joven que quisiera sentirse alguien. Conforme se acercaba la fecha, la ansiedad crecía al mismo ritmo que el precio de las entradas, una retroalimentación intensa. Fiona y las amigas de toda la vida no podían perderse tremendo evento, con sus vestidos pomposos, sus maquillajes exagerados y su sed de vivir y experimentar lo que toda la borregada vivía y experimentaba. Fue detrás de una columna del enorme salón donde se celebraba el evento donde Fiona dio su primer beso, hasta arriba de vodka rojo y con alguna canción de Rihanna machacando su cerebro. Era un chico monísimo, rubio, con un flequillo que le tapaba un ojo, cara de chulo y pardillo, una mezcla muy *teenager* y un sabor permanente a tabaco que, por alguna razón, lo hacía parecer todavía más guay. Se llamaba Rafa y fue el primer beso de la mitad de las amigas de toda la vida. Borregas hasta para eso. A día de hoy, Rafa vive en Barcelona y es calvo, el flequillo duró poco.

Cuando llegan al patio del Westin, está repleto de gente, con ese esfuerzo casual de un evento intrascendente, una reunión de conocidos y desconocidos, con la excusa de verse, de hacer *networking*, comer y beber, sabiendo que poca cosa saldrá de allí. Al menos a nivel profesional, eso seguro. Fiona presenta a Andreu a algún que otro compañero de trabajo mientras decenas de camareros, muy bien ataviados, recorren el lugar bandeja en mano, repartiendo bebidas y canapés al ritmo de grandes risotadas, risas veladas, susurros varios y palabras grandilocuentes. Una absoluta sinvergonzonería que sirve para que unos cuantos alardeen, otros tantos se pavoneen y bastantes muchos se lleven una cenita gratis.

—¡Joder, qué rico! —exclama Andreu cuando se mete en la boca el enésimo canapé.

—Al final vas a tener que agradecerme y todo —responde ella sin mirarlo siquiera, estudiando cada cara, cada sonrisa y cada traje.

—¿Cuándo follasteis Mario y tú por última vez?

Fiona se atraganta con su canapé y tiene que escupirlo en su copa de vino. Andreu suelta una carcajada que se mimetiza con la del resto de señores trajeados que campan a su anchas por el lugar.

—El domingo… —miente con un hilito de voz y los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y qué tal? —le vuelve a preguntar al tiempo que coge una servilleta y un vaso de

agua de una bandeja que pasa por allí.

—Sin más —añade, después se seca las lágrimas y le da un sorbito al agua.

—Veo langostinos por allá —dice él cambiando de tema y guiando la expedición hasta la bandeja con langostinos tempurizados.

Por el camino, Fiona coge una copa de vino nueva esperando que esta le dure más.

En la amistad de Andreu y Fiona hay una honestidad salvaje que choca frontalmente con los grandes secretos que cada uno le oculta al otro. Una suerte de lenguas sueltas, que se comprenden y no necesitan zanjar conversaciones para saberlas zanjadas. Es más, allá por el año 2011, cuando Andreu y Carlota se dieron aquel primer y único beso que le cambió la vida, Fiona fue la que tuvo que escuchar las intensas y extensas peroratas de su amigo sobre lo importante de aquel primer beso. Sobre lo increíble que era Carlota y sobre la posibilidad de saberse enamorado de ella. Ella lo escuchó con paciencia y asumió, cuando él dejó de hablar del tema y empezó a romper corazones a diestro y siniestro, que se le había pasado. Que aquello había sido una obsesión pasajera, que tenía poco de amor y mucho de tontería. Como todo en la vida de Andreu. Así que se olvidó del tema y nunca más se volvió a hablar. Técnicamente, ella lo sabe, sabe que él se cree enamorado, pero no lo recuerda.

Él, por su parte, tiene algunas de las claves de esta nueva Fiona que su amiga está creando. Tiene claro que Mario dejará de ser »su Mario» pronto, si es que no lo ha dejado de ser ya, sabe que está probando nuevos *hobbies*, aunque no sabe que su amiga no está haciendo cerámica o pintando cuadros a oscuras, que más bien está abierta de piernas y entregada a la pasión.

—¿Qué excusa has puesto hoy? —le pregunta ella mientras hace ojitos a un trajeado que está unos metros más allá.

—Que mi madre se había quedado tirada con el coche. Un clásico. —Y choca su copa con la de ella.

—Eres la envidia de tanta gente…

—Soy un chico con suerte.

—Y más cara que espalda.

—Eso también.

El móvil de Fiona vibra en el bolso y lo saca para ver de qué se trata. Al leer el mensaje que le acaba de llegar, se le abren los ojos como platos y le sale una risita malvada.

—Andreu, no me mates —le dice sin mirarlo siquiera.

—¿Por?

Ella ya no le hace ojitos a su trajeado de turno, aunque lo deja ubicado para después.

Mira más allá, a una de las puertas de acceso al patio. Andreu sigue su mirada lentamente hasta ver con sus propios ojos lo que está viendo ella. Los ojos se le ponen tan en blanco que por poco no consigue devolverlos a su estado original y un sudor frío le recorre la nuca. Ali en cuerpo y alma. Con un vestido ancho que no le hace ningún favor, el pelo recogido en un moño desordenado y unos tacones demasiado elegantes para un evento como este. Un cuadro o, más bien, una pintura rupestre.

—¿Qué hace esta persona aquí? —murmura al tiempo que esboza una sonrisa falsísima.

—Esta persona está mal.

—No, eso ya lo veo. —Fiona le mete tal codazo que le hace hasta daño.

—Pórtate bien, la pobre lleva días sin dormir.

Cuando Ali llega hasta ellos, no suelta ni una sola palabra y se lanza a los brazos de Fiona como quien se lanza a la cama después de una semana sin tocarla, derrotada por completo y con clara necesidad de afectividad. No se ha fijado en que Andreu está a su lado, así que cuando se separa de Fiona y lo ve, vuelve a abrazarse a ella totalmente abochornada.

—Tía, ¿por qué no me has dicho que iba a estar aquí? —susurra creyendo que está hablando en voz bajita.

—Cariño, no me has avisado de que vendrías hasta ahora.

—Por favor, qué vergüenza —añade con su cabeza escondida entre los brazos de su amiga—. Mi ex viéndome en este estado.

—Técnicamente no te estoy viendo —interviene él conteniendo una sonrisa malvada.

Ali se separa de Fiona y se planta delante de Andreu.

—Hola, Andreu. Cuánto tiempo —el tono que utiliza es bastante poco festivo y los dos besos posteriores se los da con una desgana que hace que Andreu suelte la enésima risita y Fiona lo reprenda con otro codazo.

—Enhorabuena por el bebé —dice ante la impasible mirada de ella—. Es una ricura.

—¿Ricura? —suelta ella con los ojos inyectados en sangre intentando clavar la mirada en él—. Es el demonio en la Tierra.

Y no se refiere a lo feo que es, no.

Durante la media hora siguiente, Andreu y Fiona tienen que escuchar a Ali hablar de la »hiena infernal» que ha tenido por hijo. De su llanto ensordecedor, del daño que le hace en los pezones y lo rápido que le crecen las uñas. De las siestas que se mete cuando ellos no duermen y los sofocos que le entran cuando lo hacen. Suena a bebé desprogramado, traído al mundo con el único objetivo de acabar con cualquier atisbo de felicidad y paz. Les cuenta que tiene el pelo sin brillo y las ojeras marcadísimas como si ellos no lo hubieran visto ya, y que no recuerda cuándo

fue la última vez que se sentó a cenar en una silla. Cuenta todo esto mientras se llena los carrillos de lo que sea que pille en la bandeja que sea que pase por allí. No discrimina y con cada bocado emite un gemido de satisfacción que hace pensar que, más que tener un hijo, haya pasado meses perdida en el desierto.

Andreu y Fiona la oyen, pero no la escuchan. Asienten sin enterarse de nada y la ayudan cuando se pasa de ansiosa y no le caben todos los canapés en las manos.

Fiona ha reubicado al trajeado de turno y las miraditas empiezan a sentirse como el preludio de algo grande. Sí él sonríe, ella más. Sí él le guiña un ojo, ella mira hacia abajo ruborizada, pero rápidamente vuelve a lanzarle su mirada más seductora. Cuando la cosa ya empieza a ser insostenible, él le hace un gesto con la cabeza para que lo siga. Ella obedece, claro.

—Voy a ir un momentito al baño, ¿vale?

Andreu la mira con cara de pánico y ella finge señalando su vientre que tiene una necesidad imperiosa de ir al servicio. Que la tiene, vaya, pero por otra razón. Ali pasa por completo de ella y sigue con su discurso anti-hijos, para deleite de los oídos de Andreu que lleva ya tres copas desde que su ex ha empezado con la matraca. El blablablá y el ñañañá son continuos. Él se pregunta cómo pudo haber estado dos años con esta persona que, y no le viene de nuevas, siempre ha sido insufrible y quejica. Seguro que el pobre Paquito no es tan malo.

—Y necesito ir a la peluquería. Y hacerme una limpieza facial. Y pintarme las uñas.

—Ali, una pregunta, ¿por qué has tenido un hijo?

Escuchar una voz que no es la suya la pilla por sorpresa y frunce el ceño mientras se aparta el pelo de la cara y le mete un buen trago a su copa de vino.

—¿Cómo qué por qué he tenido un hijo?

Andreu asiente mientras a su alrededor el ambiente empieza a parecer menos festivo y las bandejas de canapés se convierten en bandejas de postre. Se ha hecho de noche, pero las luces dan un ambiente interesante.

—Pues porque sí, me quedé embarazada y tocaba.

—Tocaba, eh…

—¿Vas a venirme con el discursito de que la gente tenemos hijos por tener sin plantearnos siquiera si ese bebé es algo que queremos en realidad? ¿Que traemos seres humanos al mundo sin ser conscientes de la responsabilidad que eso supone? —pregunta mirándolo fijamente a los ojos con una expresión de enfado bastante peligrosa.

—Eso lo has dicho tú —le responde él con indiferencia.

—No me acordaba de lo capullo que eres —sentencia cruzándose de brazos.

—En realidad sí que te acordabas.

Ali niega con la cabeza, se da media vuelta y echa a andar como una furia para salir de allí.

Andreu analiza sus posibilidades y los daños causados, pero acaba claudicando consigo mismo y sale corriendo tras ella.

—¡Ali, espera!

Ella anda rápido, aunque cuando lo escucha, ralentiza la velocidad facilitando que la alcance. Cuando lo hace, ella no se gira, pero se frena en seco al sentir la mano de él en su hombro.

—Como en los viejos tiempos, eh —dice aún sin girarse—. Yo enfadada y tú teniendo que disculparte.

En ese momento, pasa un camarero con una bandeja de trufas, Andreu coge dos, se mete una en la boca y la otra se la pone a Ali en la mano. Ella entonces se gira y al ver cómo él ya mastica la suya, se mete en la boca la que le acaba de dar. Hay gemido de satisfacción, Ali empieza a estar neutralizada.

En el centro del patio hay una fuente rodeada de palmeras. Ali la ve y, cogiendo a Andreu de la mano, dejándolo bastante descolocado, decide ir allí y sentarse, necesita descansar su maltrecho cuerpo.

—Así mejor.

Se hace el silencio entre ellos. Han elegido un mal sitio, porque por allí pasa poco camarero. Al menos, están sentados e iluminados. A unos metros, Andreu localiza a una chica muy mona, que hace rato lo ha localizado a él también. Empiezan las miraditas, esta gente es experta en mirar, por Dios.

«¿Dónde está Fiona?», se pregunta mientras la chica mona se lo come con la mirada.

Fiona está en un baño, comiéndole la boca al trajeado de turno. Qué de comer, ¿eh? El pintalabios ahora es compartido, el sudor es compartido y la saliva es casi una. Ella tiene la mente en blanco, pero el cuerpo al rojo vivo. Se besan con violencia, eso le encanta. Tiene la piel erizada y el cuerpo tenso por la excitación. Él mete su mano por debajo del vestido con soltura y haciendo a un lado el diminuto tanga, empieza a juguetear con su clítoris. Tiene que taparle la boca porque los gemidos que empieza a soltar cada vez son menos discretos. Él sabe lo que hace, ella se deja hacer.

—Necesito follarte —le dice mientras le come la oreja y empieza a meterle un dedito.

—Aquí no —acierta a decir ella, que está ida por completo.

Entonces, él le coge la mano con la que tiene libre y la lleva hasta su entrepierna, obligándola a agarrar con fuerza la erección que le está nublando la mente.

—¿Y qué hacemos con esto?

Ella no está utilizando el cerebro lo suficiente, así que lo saca de allí, besándolo cada dos pasos, y en dos minutos están en la Alameda buscando taxi. Mientras lo besa, allí en público, sin

plantearse que cualquiera podría pasar por allí y conocerla, está atenta a que aparezca una lucecita verde. Cuando lo hace, se separa de él como puede y se suben.

—Al trece de Carles Cervera, por favor.

Es lo único que consigue decirle al conductor antes de que el trajeado vuelva a echársele encima sin ningún remilgo.

—¿Vives en Carles Cervera? —Ella asiente mientras se lanza a comerle todo el cuello—. Pues somos vecinos, así podemos vernos algún otro día.

Ella le mete la lengua hasta la campanilla como respuesta. Pobrecito, se piensa que esto se repetirá, que no es un anónimo más del que se habrá olvidado mañana. Que no es un cuerpo más, una boca más, una polla más. Que él importa.

En el Westin, el silencio impera mientras Andreu y Ali beben pequeños sorbitos de sus copas de vino. Ya queda poca gente, la chica mona sigue ahí, los de las risotadas no se han ido y el elenco de camareros ha disminuido de forma considerable. Algún huésped del hotel ha hecho acto de presencia, pero la fuente sigue copada por los exes de turno.

—Pídeme perdón.

—¿Por qué?

—Porque has sido un imbécil.

—No creo que eso sea motivo de disculpa.

—Y yo creo que sí.

—Como comprenderás, lo que tú creas me importa bastante poco.

Este último comentario la pilla desprevenida y se le clava en el corazón como una espinita. Cuando salían juntos, siempre conseguía que él se disculpara hasta por la cosa más tonta. Siempre acaba rogándole perdón, hasta que llegó el día en que dejó de hacerlo y pusieron fin a dos años de infelicidad compartida, de sexo brusco y sin sentimientos y de desgana perenne.

—Andy…

—No me llames Andy, ya lo sabes.

—Es verdad, Andy está reservado solo para ella.

Esta vez es a él a quien le descoloca el comentario. Se queda mudo y sin respuesta, dejando caer la cabeza y mirando al suelo. Qué valiente es uno cuando no lo desmontan como un niño pequeño a un lego.

—Me refiero a Carlota, cariño —añade ella con gesto chulesco agachando la cabeza para mirarlo directamente a los ojos.

—Sé a quién te refieres.

—¿Crees que algún día tendrás los cojones de decírselo?

—¿Decirle el qué?

—Andreu, por favor, ¿crees que soy tonta? —Suelta una risita melancólica—. Qué cojones, siempre lo creíste.

El silencio vuelve a invadirlos. La de las miraditas los observa confusa, sobre todo porque él sigue mirando al suelo.

—Fue duro, no te voy a engañar. Fue una mierda absoluta saber que por mucho que me esforzara siempre estaría por debajo de ella. Siempre sería una más en tu puta lista de chicas a las que romperles el corazón. No negaré que haber sido tu única relación duradera me hace sentir medio bien. —Emite un suspiro mientras contiene las lágrimas—. Lo peor es que sabes que ella nunca te verá como tú quieres que te vea. ¿Me equivoco? ¿Por qué si no llevas todos estos años callado? Amor, no eres Patrick Dempsey en *La boda de mi novia*, esto no va acabar así, estamos en el mundo real.

Las hostias le están cayendo a Andreu como jarros de agua fría. No por merecidas son menos sorprendentes. Ali decide no echar más leña al fuego, se siente ya en paz consigo misma como para querer decir algo más, todo ese peso que lleva años arrastrando se lo acaba de quitar de encima de un plumazo.

—En fin —dice ella poniéndose en pie, consciente de que él no dirá nada más—. ¿Hace cuánto que hemos perdido a Fiona?

—Veinte minutos seguro. —Mira el móvil por si tiene algún mensaje de ella, pero no hay nada.

—Otra que tal baila. —El vino le ha soltado la lengua que da gusto.

—¿Entiendes tú lo de Mario? —interviene él contento porque el foco lo haya abandonado.

—No, cariño. No mucho. Pero te voy a decir una cosa, Fiona siempre fue la menos borrega de todas. La conozco desde hace más de veinte años, siempre ha intentado hacerse la anárquica, la dura. Aunque luego vuelve al rebaño. Estará ahora en uno de esos momentos de rebeldía, pero al final siempre vuelve.

—No te recordaba tan profunda, Alicia.

—Eso es porque nunca me prestaste atención, Andy. —Suelta una carcajada leve.

Después le da dos besos y lo envuelve en un abrazo raro.

—Va, te libero. Ve a por la chica con la que te llevas mirando toda la noche. Rómpele el corazón a esta también.

Él la besa en la mejilla y se despide. Cuando se da la vuelta para encarrilar hacia la chica, Ali suelta una última sentencia:

—Andreu, algún día tendrás que dejar que te lo rompan a ti.

Él solo asiente con semblante tenso mientras ella se da media vuelta y desaparece de su vista.

Lo que viene después pasa muy rápido. Otro taxi a Carles Cervera en el que los ocupantes no pueden dejar de meterse mano, otro viaje en ascensor en el que el pudor brilla por su ausencia. Otra ronda de magreo contra la puerta antes de meter la llave en la cerradura. Pero esta vez algo cambia, la llave no está echada, Andreu deduce que Fiona está en casa. Así que toma una decisión rápida, ese polvo no va a ser en la cama, va a ser ahí mismo. Se baja los pantalones y se calza un condón que lleva siempre en la cartera, ella no pone ninguna pega y deja que la penetre contra la puerta. Acaban ahí, follando como monos, en silencio, acallando los gemidos con besos, ajenos al *show* que tiene montado Fiona en su habitación.

Andreu le promete a la chica de turno que se volverán a ver, y no miente, quizá se vuelvan a ver. Se despide con un beso rápido y entra en casa con los pantalones, los zapatos y el calzoncillo en las manos, ella ha sido lo suficientemente maja como para ofrecerse a tirar el condón bien llenito a cualquier papelera de la calle. Andreu camina con sigilo hasta su habitación y es entonces cuando lo escucha. El *show*, el espectáculo, la bacanal que debe tener su amiga montada en la habitación. Brama como un animal desbocado y la cama chirría tanto que parece que se va a romper. El *shock* que siente hace que el polvo que acaba de echar en el rellano se convierta en una minucia sin importancia. Fiona está en otro universo, le da igual el mundo real y si alguien la escucha. A ella y a su acompañante, porque entonces…

—Joder, me tienes a mil.

—Fóllame y calla.

La primera voz no le suena, porque él había deducido que debía ser Mario, pero no es Mario. Ni de lejos podría esa voz parecerse a la de Mario. Es una voz bastante más grave que la de Mario, con un deje raro que nada tiene que ver con el de Mario. «¿Qué pasa aquí?». Benditas paredes finísimas que ayudan a revelar secretos. «¿Quién está en la cama con Fiona?». Y con el sonidos de los «joder, joder, joder», »ahí, ahí, ahí» y »ni se te ocurra correrte ya», bombardeando desde la habitación de al lado, cierra los ojos e intenta dormirse. Una nana preciosa.

15
Los amigos sinceros

No tenía previsto dejar que se quedara a dormir. Tampoco tenía previsto ponerse como se puso ni subirlo a casa, ni gemir como una loca, ni nada de lo que pasó anoche. Sabe que en algún momento habrá despertado a Andreu. Y lo sabe porque se ha pasado la noche entera despertándose a sí misma con sus berridos, devolviéndose a una realidad en la que ha probado cada postura imaginable con el tío este que ahora duerme a su lado. Cada embestida se convertía en un gemido en su garganta y cada gemido la sacaba de la ensoñación producida por el exceso de alcohol y la falta de canapés. Una inconsciente, sí, una inconsciente gritona. Le hace hasta gracia. Coge el móvil con cuidado para no despertar al chico. No recuerda cómo se llama, probablemente nunca lo supo. Ali ha enviado al grupo de WhatsApp una foto de Paco. La abre y se asusta. Paco sigue feo. Pero después del susto le viene el sentimiento de culpa, una cosa rara en su cuerpo que la lleva enterneciendo días. Paco, con su entrecejo, su expresión de viejo oliendo mierda, sus lloriqueos insufribles. No puede ser.

¿O sí?

Con mucho sigilo, echa al chaval de su cama y de casa con la falsa promesa de volverse a ver. Él la ha querido besar y ella le ha hecho una buena cobra, poco a poco se está convirtiendo en una experta en ese arte. El arte de pasar por encima de todo de puntillas, con elegancia, sin que se note, girando la cara y devolviéndola con una sonrisa que no responde a lo que va por dentro. El arte de fingir, de eludir, de tirar hacia delante sin saber qué cojones hace. El arte de engañar, de mentir, de huir.

Vuelve a la habitación y se adecenta un poco. Después, vuelta al salón y a tope a preparar el desayuno, necesita reponer fuerzas y ponerse en marcha para sobrevivir al día habiendo dormido lo poco que ha dormido.

—¡Buenos días! —la voz de Andreu la saca del trance en el que se encuentra mientras prepara sus cosas. Su tono de voz es perverso, con un deje pillín que busca lo que busca: que ella le cuente lo que pasó anoche.

—¡Buenos días, cariño! ¿Has dormido bien?

«¿Qué clase de recochineo es este?», se pregunta Andreu.

—Algo, podría haber dormido mejor. ¿Tú has dormido bien? —mantiene el tonito de antes y añade un guiño de ojo de complicidad.

—Como un bebé.

Ella ha decidido que lo de anoche va a ser ese tipo de historia de la que no se habla. Él no da crédito porque sabe que ella es consciente de los alaridos que ha metido durante toda la noche. Ella le sonríe dulce, él se la devuelve con una mueca falsísima.

Queridos, ¿qué clase de amistad es esta?

Andreu y Fiona desayunan como si estuvieran en un campo de batalla. La batalla de las medias mentiras, la de las falsas verdades. Se lanzan miradas, hablan de banalidades, él la estudia con determinación y ella finge que no se cae del sueño. Recogen los cacharros en perfecta coordinación, como si se tratase de una coreografía de baile de fin de curso. Después, cada uno vuelve a su habitación y hasta se coordinan para utilizar el baño. Se visten casi a juego sin saberlo y salen juntos de casa.

«No usamos condón, ¿verdad?», se pregunta ella mientras recorren Ruzafa rumbo a sus trabajos.

«Debe de pensarse que soy tonto, o sordo, porque vamos…», piensa él, que no ha podido desfruncir el ceño desde que han salido de casa.

Caminan en silencio, los amigos sinceros, los que se lo cuentan todo, los que hablan sin tapujos. Los directos. Sí, sí, muy directos, muy honestos, pero nada de contar que una anoche se folló a un trajeado y cero desvelar el otro que lo escuchó todo, todito. Apasionante amistad la suya, apasionantes sus vidas misteriosas y secretas también.

Cuando llegan al cruce donde las Grandes Vías cambian de hombre, uno gira por Marqués del Turia y la otra por Germanías. Se despiden con un abrazo, se prometen tomar algo al salir de trabajar y siguen cada uno su camino con las cabezas alborotadas y el cuerpo agotado.
Nada más tenerla lejos, saca el teléfono, ve que la chica de anoche le ha enviado un mensaje, pero la obvia, y llama a la persona que tiene que llamar:

—¡Andy!

—Anoche pasó algo…

—Vaya, vaya, estás a tope tú, eh… —responde con tono pícaro mientras se come una tostada de aguacate.

Buena intuición la de Carlota, pero no es de eso de lo que quiere hablar.

—Pasó algo con Fiona…

—¡¿Perdona?! ¡¿Has follado con ella?! —suelta abruptamente en *shock*.

—Carlota, por favor, ¿qué dices?

—Mira, yo ya no sé, últimamente pasan una de cosas que te quedarías flipando… —Le guiña un ojo a Borja, que entra en el salón con la mochila del trabajo al hombro.

—Pues no, Fiona y yo no hemos follado.

—Vale, vale. ¿Qué le pasa a Fiona? —Y le mete otro mordisco a su tostada mientras Borja le da un beso en la coronilla y se despide para irse a trabajar.

—Anoche, cuando llegué del evento…

—¿Volviste solo?

Qué pesadita con las preguntas. No, no volvió solo, pero no quiere hablar de eso ahora, Carlota. Chica, pareces nueva.

—Cuando llegué, Fiona ya estaba en casa… —dice obviando, por supuesto, la última pregunta—. Acompañada… Y follaban como leones.

—¿Ha vuelto con Mario? Ya era hora, esto no era propio de ella.

—No estoy seguro de que fuera él. No sonaba a su voz para nada.

—¿Me estás diciendo que sabes cómo gime Mario?

—¿Puedes centrarte?

—Sí, sí, perdona. —Se ha acabado la tostada, así que deja el plato en el fregadero y se tira en el sofá. Pone el manos libres y busca la laca de uñas.

—Lo que te estoy diciendo es que Fiona estaba en casa, follando como una loca con un tío que no es Mario.

—¿Estás cien por cien seguro de eso? —pregunta después de la primera pincelada.

—Casi. Me jugaría un brazo.

—¿El izquierdo o el derecho?

—El derecho.

—Joder, eso es estar muy seguro. —Levanta una de las manos y empieza a soplar lo que ha pintado—. ¿La has visto esta mañana?

—Sí, sí. Ha actuado como si no hubiera pasado nada.

—¿Pero estás seguro de que la oíste?

—Carlota, ¿me estás escuchando?

—Perdona, estoy con la cabeza en mil sitios hoy.

—¿Todo bien?

—Sí, sí, todo bien. Esta nueva vida, que me tiene trastocada.

Lo que no le dice es que es jueves, el cuarto día de la semana. Y que se ha despertado con cagaleras emocionales potentes. Que si tiene la cabeza en mil sitios, todos esos sitios son Jaime.

16
Pausa dramática

Se plantea una media de doscientas veces cancelar la cita. Puede fingir una enfermedad o la muerte de algún familiar, o que se ha olvidado y tenía un plan muy importante absolutamente ineludible. Pero no puede. Porque es una chica decente y porque sabe que Jaime no se lo tragaría ni un poquito. No es tonto, quizá sí algo pardillo, pero es que a veces el amor nos atonta. Nos transforma en seres estúpidos incapaces de razonar con lógica. Y de eso huye ella, porque es una chica muy lógica con aptitudes para el raciocinio totalmente perfectas. Lo de irse a Londres a esconderse fue lo más lógico que ha hecho nunca, ¿verdad?

Dedica la mañana a »hacer cosas», muchas, porque hacer cosas satura al cerebro y aleja la atención de lo que no se quiere pensar. Después de la llamada con Andreu, a la que ha hecho menos caso del que habría hecho en una situación diferente, se ha puesto las mallitas y se ha lanzado a la calle a corretear sin rumbo ni pausa. A respirar la ciudad, a sortear peatones y correas de perro, a liberar endorfinas al ritmo de *Bad Gyal*. Ha hecho una carrera más larga de lo normal porque estaba inspirada y distraída. Sin embargo, al acabarla, al llegar a casa, al desnudarse, al meterse en la ducha…

Jaime… Jaime… Jaime.

Así que se echa el champú con Jaime, se enjabona el cuerpo con Jaime, se aclara con Jaime. Después, se desenredar el pelo con Jaime, se pone la hidratante con Jaime y se viste cómoda para estar por casa con Jaime. Todo Jaime porque Jaime ha plantado la bandera más grande en su cabeza y ha colonizado todo.

Con Jaime aún ahí, se entrega encarecidamente a sus tareas como delincuente del lujo. Hace unas fotitos a los bolsos en la habitación de Borja porque hay mejor luz y las sube a las plataformas correspondientes. Después, entra en su cuenta para asegurarse de haber recibido los últimos pagos. Muchos miles de euros en su cuenta bancaria confirman que sí y sus pupilas se convierten en dos símbolos del dólar como en una película mala. El plan está saliendo a pedir de boca, Susana y Ruslana, las secuaces ucranianas, están operando con total profesionalidad desde Londres, recorriendo la ciudad para dejar los paquetes en distintas *Post Office*, manteniéndola al tanto de cualquier inconveniente y asegurándose de que la gente de Gucci está al margen de su

operación. Todavía quedan cinco bolsos por llegar, entre ellos la joya de la corona, el *Dyonysus*, el más caro de los caros.

Cuando se hace la comida, piensa en qué comerá Jaime; cuando se tumba para echarse la siesta, piensa en si él hará lo mismo. Y cuando se despierta y tiene una notificación de Correos avisando de la llegada del próximo paquete, se pregunta si en este año, él también se habrá convertido en delincuente. «La gente cambia mucho». Sí, a veces a peor.

Borja no pasa por casa, avisa que tiene visita a una obra en Boadilla y que después tiene su cita semanal con el cántabro para no besarse y no ser novios, queriendo besarse y ser novios. Esto último no lo dice, pero Carlota lo incluye en el mensaje de forma automática. Le alegra saber que no va a pasar por casa porque el estado de nervios en el que se encuentra es difícil de camuflar, casi imposible, y necesita estar sola para intentar desenmarañar su cabeza antes del dichoso encuentro. Necesita asegurarse a sí misma que esto no va a cambiar nada, que solo va a ser una cervecita inofensiva como tantas. Que si cae un beso, será el último; que si su sonrisa la embelesa, saldrá corriendo; que si la toca, le cortará una mano. Que si el corazón le da un vuelco, buscará vuelos baratos y listo. Porque el amor le da miedo. Pánico. Agonía. Se pasó la vida renegando de él hasta que apareció Jaime y le desmontó los esquemas, y bajó la guardia. No fue adrede, pero se dejó llevar. Y acabó llevándose a sí misma lejos, porque el amor era un precio muy alto a pagar.

Lo último que hace antes de ponerse en marcha es ir a Fernando VI a comprar girasoles, que los que compró la última vez ya han muerto, qué sorpresa más poco sorprendente. Cuando sale con el ramo rumbo al matadero de girasoles que es el sótano en el que viven, le envía a Jaime un mensaje indicándole la ubicación de la quedada. Él tarda menos de un minuto en llamarla.

—Lo peor de todo es que sé que has estado mirando el móvil hasta que te he llamado por tercera vez —suelta como saludo.

«Maldito cabrón».

—Carlota, ¿eres consciente de que la ubicación que me has mandado es en Fuenlabrada? —prosigue después de no recibir respuesta alguna a ese primer comentario.

—Claro.

—¿Me lo explicas?

—Me han recomendado el sitio.

—¿Tú te crees que soy tonto? —Para un segundo—. Qué cojones, debo serlo.

—Si no quieres quedar, solo tienes que decirlo —dice ella de manera indiferente, cargando con sus malditos girasoles.

—Eres imposible, te veo allí a las siete.

Y le cuelga. Él a ella, esto es nuevo.

Son las seis cuando sale de casa. Y lo hace ataviada como una famosa infiltrada, inspirada por el *outfit* de Borja del día después de su encuentro con Lucas. La aplicación de mapas le dice que tarda una hora y diez minutos en llegar a su destino. Así que se encaja bien la gorra, la cubre con la capucha de la sudadera, gafas de sol puestas y lista para lanzarse de lleno a su locura. Ha elegido Fuenlabrada por puro azar, y porque si esta cita no sucede en su realidad más cercana, no puede decirse que haya pasado. Fuenlabrada como metáfora de un camposanto. El corazón le late tan rápido que siente que se le va a salir. Camina hacia el metro con el *boom boom* de su corazón y lo que parece la típica canción que ambienta los segundos previos a un duelo de *cowboys* resonando en su cabeza. La tensión se ha hecho con ella. Las manos le sudan y hasta le pica la garganta. Es probable que lo primero que salga de su garganta cuando esté frente a él sea un eructo o quizás el aire salga por otro lado y se le escape un pedo. ¿Y si se hace pis encima? Los nervios la están volviendo loca, como el amor.

Cuando hace el trasbordo en Puerta del Sur, le empieza a sudar el cuerpo entero, pero no puede quitarse nada de ropa porque ha decidido que el *outfit* de hoy es de incógnito y ella es una mujer de ideas fijas e imperturbables. Haciendo el caminito para cambiar de tren le empiezan a venir recuerdos en forma de *flashes* a la cabeza. El recuerdo de aquella noche en Cyrano cuando Julito los presentó. El recuerdo de estar borracha, pero no tanto, y darle su número de teléfono sin casi poner resistencia. El recuerdo de la presión en el pecho cuando él le envió aquel primer mensaje y los nervios mientras le temblaban los dedos al contestar. La primera cita. El primer beso. La sensación de tranquilidad cuando él la envolvía entre sus brazos y esa forma que tenía de mirarla. Jaime estaba en sus pensamientos, en sus mensajes y en su día a día. Y ella se había negado toda su vida a aquello, ¡qué desfachatez! Qué inoportuno y qué maleducado haber aparecido de la nada para liarlo todo.

El paseíto desde que sale del metro hasta el bareto en el que han quedado se le hace eterno. El corazón le palpita más rápido a cada paso y camina al ritmo de esos latidos, cada vez más rápido, cada vez más fatigada. Cuando llega, está agotada. Lo ubica al fondo, sentado de espaldas a la puerta, mirando el móvil y rascándose la nuca. El bar no puede ser más castizo, más decadente, más deprimente. Un agujero negro de antaño, de esos sitios con olor a rancio, con suelos pegajosos, con máquinas tragaperras y con servilletas de »Gracias por su visita«. No

pueden parecer más marcianos ellos, dos niñatos de la ciudad, allí metidos. Llega hasta él sin avisar, apareciendo por su espalda como una espía rusa, ataviada con el ridículo *outfit* que ha elegido. Se le sienta delante como si hubiese completado la misión más difícil de su vida.

Durante lo que parece una eternidad, se miran fijamente. En algún momento que otro, a él se le escapa una risita que consigue encauzar, porque ella está decidida a no mover ni un músculo de su cara. Es muy competitiva, así que se ha propuesto ganar este jueguecito tonto que ha iniciado al sentarse allí. Aún lleva las gafas de sol puestas, parte con ventaja.

«Joder, ¡qué guapo está! Si vuelve a sonreír, me desmayo.»

El camarero no se ha fijado en lo que se está cociendo, así que les limpia la mesa con desgana con uno de esos trapos asquerosos que tiene pinta de no haber sido lavados en años. Después, se les planta delante cruzado de brazos, con expresión de hartazgo, esperando a que le digan si van a querer algo o no.

—Dos cañas, gracias —responde Jaime tajante. Carlota no interviene para pedir otra cosa, quiere una caña y Jaime lo sabe.

Ella sigue sin soltar prenda, empieza a estar asustada por si ha perdido la capacidad de hablar, pero, de verdad de la buena, no consigue que nada salga de su boca.

—Esto es surrealista. —Ella sigue muda—. Carlota, ¿eres consciente de que esto es rarísimo?

Ni una palabra. Nada de nada. Cero.

—Va, por Dios, habla. —Se está hartando, con lo paciente que fue siempre—. Es que manda cojones, el que tendría que estar enfadado soy yo.

—No estoy enfadada —le sale tan abrupto que hasta ella misma se sorprende.

—¡Anda, si puedes hablar! ¿Qué tal? ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias. ¿Tú bien también?

El tono y el lenguaje corporal no invitan a iniciar una conversación amable, pero Jaime nunca fue el tipo de persona que se achanta ante un conflicto. A no ser que una huida internacional lo obligue, claro.

—¿Puedes quitarte las gafas, por favor?

Pero ella no se las quita porque los ojos no mienten, y a saber lo que estarán diciendo sus ojos ahí debajo. Lo observa con detenimiento, sabiéndose protegida por los cristales. Mira sus labios, sus ojos, sus manos, su pelo, sus orejas, su todo. Lo mira todo y le gusta todo. Cómo mueve la boca al hablar, cómo mueve las manos, el ceño fruncido, los ojos en blanco. Todo le gusta, hasta enfadado.

—En fin —dice él hastiado del todo—. Si no quieres decir nada, tendré que hacerlo yo. Tampoco estamos aquí para perder el tiempo. —El camarero llega con las dos cañas y él agarra la suya antes de que la pueda dejar en la mesa y le mete un buen trago. Después, se aclara la garganta y empieza su discurso—: Yo pensaba que todo iba bien. Con sus cositas por aquí y por allá, como es lógico, pero bien. Creo, y todo va a ser un »creo» porque ya no sé qué creer, que nos gustábamos, nos entendíamos, nos apetecíamos. Qué cojones, es que me había enamorado de ti.

Esa última frase le mete un inesperado pincho en el corazón a Carlota.

—Pero todo eso dio igual, no importó lo más mínimo. Te dije »te quiero», me besaste como si tú también me quisieras. —Hace una pausa dramática para mirarla a los ojos—. Y luego, aquella noche…

—¡Jaime! —grita para que no siga, pero lo asusta y casi se tira la cerveza por encima.

—Y luego coges y desapareces sin decir nada… Quizá no deba exigir una explicación, pero creo que me la merezco. —Y de otro trago, se acaba la caña entera.

Y PIM, PAM, PUM. Ha sacado todo lo que lleva un año guardándose, todo lo que ella le ha dejado. Qué envidia, ¿eh, Carlota? Qué bien está esto de hablar con tranquilidad, de soltar nudos estomacales, de tener boca para equivocarse y acertar.

—A ver… —La boca le va sola, porque ella no ha mandado señal alguna a su cerebro para que diga nada.

—Anda, si hablas y todo.

—Jaime, guapo, sin vacilar.

Él asiente, cruza los brazos y se echa para atrás en su silla, en una postura macarra que no le pega nada de nada.

—Que sí, que desaparecí y todo y no tendría que haberme ido así a lo loco. —Es incapaz de mirarlo a los ojos, es incapaz de hacerlo porque, si lo hiciera, daría un salto por encima de la mesa y le plantaría un beso de campeonato.

—¿Y ya?

—Y que aquella noche estaba borracha… —dice con la boca pequeña.

—No estabas borracha.

—Sí que lo estaba.

—Carlota, he intentado reconstruir en mi cabeza esos días muchas veces. Estabas con el antibiótico aquel. No podías estar borracha.

Vale, es verdad, no estaba borracha. Lo que sea que hizo, lo hizo con toda la premeditación posible. Se le fue la pinza por completo sin tan siquiera haber bebido una gotita de alcohol. Y luego todo mal, claro. Se fue a Londres y el resto de la historia ya la sabes.

—Si te molestó algo, puedo pedirte perdón.

—No es cuestión de que me molestara, aunque lo hizo —dice negando con la cabeza—. Es cuestión de que no entiendo qué te pasó.

—Me pasó que no sé qué me pasó.

—Eso no tiene sentido.

—Jaime…

—¿Qué? —En su expresión se percibe que aún le duele, en su voz que está enfadado y en sus ojos que no ha podido superarlo—. Que si querías dejarme, pues oye, genial. Bueno, genial no, pero vale. La vida es así, no estabas enamorada de mí y ya está. Esas cosas se superan, nos ha pasado a todos. Pero creo que me merezco una explicación.

—No puedo decir que no tengas razón.

—¿En qué de todo?

Carlota titubea, achina los ojos y bebe cerveza. No va a explicar si estaba enamorada o no, no puede hacerlo.

—A ver, yo lo que creo que me pasó…

—Lo que crees que te pasó… —Y suelta una risa cansada.

—¿Me dejas hablar?

—Sí, sí. Habla.

—Gracias, porque si te vas a poner impertinente, me cojo el metro de vuelta a Madrid y…

—Carlota, habla —lo dice muy serio.

«Coño, qué guapo está cuando se enfada».

—Pues, Jaime, que de repente estábamos en una relación muy seria. Y yo no soy esa. Ya lo cantaba Mari Trini.

—¿Quién es Mari Trini?

—Una cantautora de hace años, un poco de cultura musical tampoco te vendría mal.

Jaime pone los ojos en blanco y suelta un bufido.

—Bueno, eso. Que yo soy un espíritu libre. Una mujer independiente y me encontré en una relación monógama que no iba conmigo.

—¿Querías una relación abierta?

—¿Y por qué no? —pregunta con tono chulo mientras coge su vaso de cerveza.

—Me cuesta creer que tú quisieras una relación abierta.

—Mira, Jaime. Yo soy muy moderna aquí donde me ves.

—¿Cuándo follaste por última vez?

—¿Qué clase de pregunta es esta? —dice ruborizada—. Pero vaya, muy bien servida en Londres he ido.

—Vamos a ver. No tienes que inventarte que así de repente eres el adalid de la modernidad y que querías una relación abierta. No querías estar conmigo y punto. Ya que no lo dices tú, lo digo yo. Es lo único que necesito escuchar.

Se vuelve a quedar muda y lucha por no mirar sus labios. Carnosos, firmes, deliciosos. Esos labios que la volvieron loca. Ahí tiene esos ojos que la convirtieron en una yonki del amor, ese chico que la sedujo con sus chistes malos, con su carácter afable, con sonrisa amable. Con su cara, con sus manos, con su cuerpo, con su todo. Todo, de arriba a abajo. Jaime, Jaime, Jaime.

—Pues, nada. Ya estaría, ha tenido que pasar un año, pero ya está. Ya puedo dormir tranquilo.

—¿Has dormido mal?

—Seguro que tanto como tú —suelta sentenciador sin dejar de mirarla.

Pues eso, mal. Muy mal.

Carlota se acaba su cerveza y Jaime pide otra que se acaba también. Hablan del tiempo, literalmente del tiempo. De las nubecitas, del solecito y de la condensación atmosférica. Del viaje en metro y de la vida en Madrid. Cada vez que él intenta profundizar más de la cuenta, ella desvía la conversación hacia algún terreno menos íntimo. Así que acaban hablando de auténticas tonterías, de las más absolutas chorradas, de todo menos de ellos.

—Creo que debería de irme. Me queda una larga hora de viaje de vuelta —dice abrupta, volviendo a ponerse las gafas de sol.

—Yo voy a pillar un Cabify, ¿quieres que compartamos?

—Qué va, qué va. En mi metrito voy contentísima.

—Seguro que sí… —el tono que utiliza es tan desganado que el pobre chaval se merece un masaje.

Se levantan y salen a la calle. Ella aún disfrazada, con la gorra bien calada sobre la cara. Ya está empezando a anochecer. Otra vez vuelven a no hablar, aunque las mentes de ambos se han

puesto en marcha como el motor de un tren, a tope. Sin decirle nada, él la acompaña hasta la parada de metro y ella no se lo impide, haciendo el caminito de vuelta como dos desconocidos en un lugar sin importancia, apartado y aleatorio del sur de Madrid.

—Bueno, creo que estaría bien que cenemos o algo, otro día —dice ajustándose la gorra y volviendo a colocarse la capucha.

—¿Qué? —Y arruga la frente totalmente desprevenido.

—¿Qué pasa?

—Pasa que me vas a volver loco.

Sin mediar palabra la abraza. Y ella se deja. Cierra los ojos y sabe que le encanta. Y se quiere morir.

—Pero quedamos otro día, ¿o no? —pregunta ella aún metidita entre sus brazos.

—Sí, Carlota, podemos quedar otro día.

—Si te vas a volver loco no, eh.

Dejan de abrazarse y le sonríe mientras niega con la cabeza. Después, se da media vuelta y echa a andar en la dirección contraria, rumbo a su *Cabify*. Lo que él no sabe, o quizá sí, es que ella se volvió loca por él hace mucho tiempo y que ahora ha confirmado que aquella locura no era pasajera. Que a ella el le gustaba todo, de arriba a abajo, y que, como si fuera una Malú de la vida, se había entregado a el toda también, de arriba a abajo. Y eso no estaba bien, nada bien.

—¡Hasta luego, Mari Trini! —le grita él a lo lejos.

A ella el corazón le vuelve a latir rápido. Se mete en la estación con una sonrisa tontísima en la boca y las alarmas armando barullo en su corazón. Y se quita las gafas, porque ya no hay peligro de que él sepa la verdad a través de sus ojos. La ha liado pero bien.

17
La carroza de los amantes puritanos

Cuando Borja baja del Uber y sus zapatos tocan el pavimento, los ojos se le llenan de lágrimas, aunque no llegan a salir, se quedan ahí, acurrucaditas en sus ojos. A decir verdad, no piensa mucho en Julito, quizás alguna vez rara. Con el jaleo de vida que lleva desde que su ex compañero de piso murió, no ha tenido tiempo para dedicárselo. Pero es pisar Boadilla y acordarse, claro, porque allí iba el muy idiota a empezar su nueva vida.

Tiene una reunión con unos clientes, los típicos nuevos ricos que se han mudado a la zona buscando solo una cosa: encajar de la manera más burda posible y sentirse especiales en un ambiente en el que muchos buscan lo mismo. Algo que, por ende, consigue todo lo contrario. ¿Quería eso Julito? ¿Encajar en la sociedad de una forma burda y artificial? ¿Luchar por ser otro? Mal no le habría venido, pero el resultado fue el que fue. Arriesgar tiene sus riesgos y él cayó, metafórica y literalmente, en el charco de lodo que fue su indigno final.
Antes de entrar en la casa, se tranquiliza, respira hondo y lanza un vistazo al cielo. ¿Estará allí Julito?

Sabe a la perfección cómo va a funcionar la reunión. Él, que llega cargado con decenas de planos, tendrá que rendirse ante la evidencia de que sus clientes ya vienen con una idea fija y que, por mucho que lo intente, no conseguirá sacarlos de ahí. Después, les propondrá muchas y variadas opciones de materiales, divertidos y desenfadados, pero útiles. Les enseñará las muestras, las combinarán, jugarán un ratito, habrá risas, tomarán café. Todo para convertir sus cuartos de baño en algo más que en el rincón de cagar de la casa. Ellos se decantarán por los más baratos, porque cuando tienes la economía de un nuevo rico fardón, te has gastado el dinero en una televisión innecesariamente grande, en un cochazo hortera para impresionar al vecindario y en una piscina *infinity* con vistas al jardín trasero de tus vecinos. Todo con la intención de que todos se imaginen que tu casa es mucho mejor de lo que es. Un poco como cuando alguien sonríe todo el rato para intentar ocultar que por dentro está fatal. Él tiene experiencia en eso. Así le sonríe a Vero, la dueña, que lo recibe con su sonrisa de carillas, sus labios inyectados por Carla Barber y una melena densa, lisa e hidratada. De su marido, productor de series en Netflix, no hay ni rastro, aunque ella se va a pasar toda la visita hablando en plural, aunque él no haya visto nada de nada ni esté interesado. Son un cliché heteronormativo, con ramalazos progres, pero trasfondo

conservador. Ella lleva unas preciosas tetas postizas, pero nada de escotes. ¿Se entiende?
Vero se empeña en enseñarle las obras de toda la casa. TO-DA. Está eufórica y él finge que todo aquello le importa. Beben café, comparten chascarrillos, le pide consejo sobre el color de las paredes y le enseña los muebles que ha elegido. Todos en tonos neutros porque no quiere cansarse, un estilo nórdico nunca visto, un coñazo de casa como las que tienen todos, el enésimo intento de convertir una moda en una identidad. Vero, amor, no cuela. Si quieres poner un sofá rojo hortera, ponlo, que vienes de Aluche, no del Barrio de Salamanca.
Después, empieza el juego de las muestras, ella las ve todas iguales: el beige, el visón, el marfil, el blanco roto, el crema… Borja la convence de que nada es lo que parece y, cuando ella se decanta por uno, le cuela otro jurándole que es el que ella ha elegido desde el principio. Un granujilla con experiencia.

—Jo, Borja. Nos ha encantado todo. Esas baldosas biseladas para el baño principal son preciosas. Vamos a darle una vuelta, de verdad que son monísimas.

Spoiler: no le van a dar ninguna vuelta, se van a quedar con las más baratas y después utilizarán la palabra »biselado» para venderles a sus amiguitos que saben de lo que hablan.

—Y casi que mejor dejamos la bañera esa que te habíamos dicho. Sabemos que una ducha es muy funcional, pero las patas *vintage* nos han enamorado.

Spoiler: se bañarán en esa bañera tan incómoda una vez, pero la venderán a toda su gente como un caprichito necesario y cómodo.

—Y, sí, pon el papel de pared de florecitas en una sola pared, ¡es tan cuqui!

Spoiler: En un año lo habrán quitado porque se habrán cansado de las jodidas florecitas horrorosas que le van a obligar a poner.

Como viene siendo habitual, acaba la reunión con Borja derrotado, con su espíritu creativo por los suelos y recogiendo sus planos, sus muestras y sus ganas de vivir para volverse a Madrid como ha venido, sin ganas. Ella lo acompaña hasta la puerta dándole conversación intrascendente que probablemente sea lo que mejor se le dé hacer porque no parece una mujer muy talentosa, teniendo en cuenta que es un clon más de las *influencers* y pseudo *influencers* que plagan Instagram.

—¿Tienes forma de volver? —le pregunta intentando sonar simpática.

—Sí, vienen a recogerme —responde él intentando lo mismo.

—Anda, muy bien. ¿Quién? —Y le pone ojos de interés por primera vez en toda la tarde. Qué cotilla la Vero, cómo se nota que tiene una vida bastante vacía que ni las obras de su mansión son capaces de llenar.

—Eh… pues… —Se ríe. Vero no pilla la broma y lo mira confundida, aunque emite una risita para no ser menos—. Un chico.

—Anda… —Su interés se desborda, qué sola tiene que estar—. ¿Tu novio?

Borja se ríe nervioso, ella sigue clavando sus ojos sin ninguna expresión en él. El bótox se le ha ido de las manos, igual que la curiosidad.

—Pues mira, ojalá lo sea. —Le da dos besos y se despide con la mano.

Vero se queda ahí plantada, con ganas de conocer la intrahistoria de aquel comentario, sin saber que se podría forrar, más aún, si su novio productor adaptara la vida de Borja a la pantalla. Novios que no lo son, exes que vuelven de la forma más inesperada, hijos de casero que están buenísimos y follan mejor… Un *Élite* de veintimuchoañeros perdidos que no saben por dónde les sopla el viento, ¡ideaza!

Miqui ya lo espera en su Opel Corsa rojo, sonriendo desde dentro con el cinturón puesto y las manos en el volante. Al verlo, Borja sonríe sin querer, metido en este *mood* de encaprichamiento permanente que vive con su cántabro. Y qué bien le queda el traje. Entra en el coche y le da un beso en la mejilla.

—¿Qué plan tenemos para hoy? —pregunta cuando Miqui arranca.

—Es una sorpresa.

Con la de sorpresas que se está llevando por último, bien le viene una buena de verdad. Una romántica, bonita, agradable… Miqui aprieta el acelerador y salen de Boadilla, montados en lo que parece una carroza de amantes puritanos. Borja estira la mano y la junta con la del cántabro sobre la palanca del cambio de marchas. Al hacerlo, Miqui sonríe. Un rayo de sol lo alcanza, iluminando sus ojos y sus preciosas pestañas. Las mariposas ya hace un tiempo que viven en Borja, la alexitimia debe estar curándose. El coche se invade de preciosos corazoncitos rosas flotando en el ambiente. ¿No es maravilloso?

—¿Cómo ha ido esta semana en el curro? —le pregunta sin soltarle la mano.

—¿Mejor? —responde Miqui poco convencido.

—Eso no es una respuesta…

—Supongo que mejor —responde con un tono más seguro—, aunque tengo claro que mis días allí han llegado a su fin. Me voy a volver loco buscando otra cosa, creo que puedo encontrar algo en lo que me paguen mejor y me traten mejor. Da igual que no sea una Big4. A fin de cuentas, a esta gente le da igual explotarme a mí o a otro. Y yo ya no aguanto más.

—Eso está mejor. —Y aprovecha para apretarle la mano.

—El otro día toqué fondo. Yo no soy así, joder. Lo mejor que puedo hacer es tirar para arriba y ver qué pasa. —Asiente para sí reafirmando sus palabras—. Habría estado mejor no haber llegado a ese punto, pero oye, si me ha servido para decidirme a tomar las riendas de mi vida, bienvenido sea cualquier berrinche vital, ¿no?

—Me parece más que perfecto, estoy muy orgulloso de ti. —Asegurándose de que no va a tener que cambiar de marcha en los próximos segundos, coge su mano y le planta un besito.

Ya hemos perdido la cuenta de todos las partes del cuerpo en las que se han besado. Si siguen así, los labios llegaran en un par de semanas. ¡Qué expectación! Entran en el tráfico de la capital quince minutos después, con las farolas y los semáforos confiriéndoles un tono de nostalgia urbanita a sus rostros. Ellos siguen cogidos de la mano, adentrándose en el tráfico del atardecer, que empieza a fluir por momentos. El móvil de Borja vibra, él lo mira, no reconoce el número que lo llama.

—¿No lo coges? —pregunta Miqui, que se ha percatado.

—No sé quién es —responde él contrariado.

—Va, cógelo, igual es importante.

Lo que pasa es que está intentando, por todos los medios, alejarse de lo fortuito y centrarse en lo que ya hay. De momento, ha dejado el alcohol, que ya es un paso, porque todo el mundo sabe que lo que pasó con Lucas fue culpa del alcohol. No quiere más sustos, más imprevistos, ni más nada que no pueda controlar, o que lo vaya a descontrolar. Aun así, hace caso y contesta.

—¿Sí?

—¿Borja Sáez? —responde una voz femenina al otro lado del teléfono.

—Sí, soy yo.

—¿Qué tal, Borja? Soy Luisa Puerto, te llamo de Font y Montaner Arquitectos. ¿Puedes hablar?

¿Un estudio de arquitectura llamándolo? Es Miqui quien está buscando alternativas a su insufrible vida laboral. Él ha decidido alejarse de lo fortuito o imprevisto, vive muy bien entre decepciones y frustración, está acostumbrado y feliz.

—¿Estás ahí? —pregunta Luisa Puerto cuando han pasado unos segundos desde la última palabra de Borja.

—Sí, sí perdona.

—Perfecto. Nos ha facilitado tu número Lucas Márquez.

Y se marea, lo hace porque es un dramático, un dramático perseguido por los fantasmas de su relación pasada, sí, pero dramático a fin de cuentas. ¿Por qué está Lucas de vuelta en su vida si él no lo ha dejado entrar? Al menos, de forma consciente. ¿Qué hace Lucas inmiscuyéndose en su día a día como si no fuera su ex? Después del shock del otro día y de no haber recibido señales

por su parte, había decidido dejar aquel polvo en el pasado y tomarlo como una anécdota de la que se reirá en unos años, aunque la gracia a día de hoy no la vea. ¡ADIÓS A LOS IMPREVISTOS! Pues va a ser que no, ¡HOLA A TODO EL LÍO Y, CUANTO MÁS, MEJOR!

—Nos comentó que estudiasteis juntos… —interviene ella ante el silencio recurrente de Borja.

Amiga, Luisa, no solo estudiaron juntos, también se estudiaron en profundidad, física y emocionalmente durante cinco años. Y hace cuatro días lo volvieron a repetir, al menos lo primero.

—Sí, sí. Así es —responde esforzándose por poner un tono neutro y profesional.

—Genial. Según me dijo, estabas buscando un cambio de aires…

—¿Ah, sí? —Todo esto lo está pillando tremendamente desprevenido, mientras Miqui mira a la carretera con atención.

¿De qué cambio de aires habla Luisa Puerto? Si él está encantado con esta vida mediocre que ha decidido vivir. ¿Qué sabe Lucas de su vida que él no sepa?

—¿No es verdad?

—Sí, sí. Supongo que sí.

—Perfecto, nos hizo llegar tu CV hace unos días.

Lucas está enviando su CV por ahí. ¿Quién se cree que es, un agente de LinkedIn? ¿El presidente de InfoJobs? ¿Su Paquita Salas en el concurso de talentos de la vida?

—Nos parece que tienes un perfil muy interesante y nos gustaría saber si querrías entrevistarte con nosotros.

—¿Ahora?

—No, hombre. —Y se ríe, claro, porque Luisa Puerto está un poco sorprendida con la actitud de Borja—. Vamos a estar unas semanas bastante ocupadillos. El puesto no corre prisa cubrirlo, pero estamos barajando candidatos.

—Claro, sí, por supuesto.

—Vale, perfecto. Te confirmaré en su momento donde nos veremos. Lo más seguro es que sea en nuestras oficinas de Jorge Juan.

—Perfecto, ¿cerca de Serrano?

—Soy de fuera y aún no me ubico por aquí. Tenemos unas oficinas al lado del Mercado de Colón.

Anda, anda… ¡ANDA! Jorge Juan de Madrid no, Jorge Juan de Valencia.

—A principios de junio podríamos vernos. Me comentó Lucas que estás viviendo en Madrid, así puedes organizarte.

—Perfecto, sí.

—Genial, Borja. Pues te volveré a llamar para concretar el día. ¡*Adeu*!

—¡*Adeu*!

Se queda en absoluto silencio, analizando lo que acaba de pasar. Una entrevista de trabajo. En Valencia. Una entrevista de trabajo en Valencia. Lucas consiguiéndole entrevistas. En Valencia. ¿Por qué ha dicho que sí? ¿Qué le debió decir a Lucas la otra noche? ¿Se volvería a Valencia así sin más? ¿Y Miqui? ¿Y Carlota? ¿Y su sótano? ¿Y su trabajo que odia? ¿Qué haría con todo eso? ¿Qué haría con esta apasionante vida que vive en Madrid? ¿Dónde queda todo?

—¿Y bien? —pregunta Miqui echándole un vistazo rápido.

—Era de un estudio de arquitectos.

—¿De uno que no es el tuyo?

Borja asiente y traga saliva.

—De uno de Valencia.

—¿De Valencia? —el tono de Miqui cambia y se vuelve algo lúgubre.

—Sí, no recuerdo haberles enviado mi CV —miente, claro, no le va a explicar a este que se lo había facilitado su ex con el que folló la noche antes de su gran berrinche vital.

—¿Y qué te han dicho? —sigue preguntando con algo de desgana.

—Que si nos entrevistamos en unas semanas.

Ambos guardan silencio al tiempo que se paran en un semáforo entrando en Alfonso XII. Borja mira a la derecha, El Retiro, lugar de citas cliché, de paseos de perros, de turistas rusos y chinos, de *cruising*, el pulmón verde de una capital poco verde. Escenario de su segunda cita. Iba a ser un picnic, llevaron su mantel gigante, sus botellitas de agua, sus gafas de sol. Compraron comida basura en el McDonald’s más cercano. Hacía fresco, pero había salido el sol. Todo perfecto para una segunda cita perfecta. Pero la resaca horrorosa que arrastraba Miqui de la noche anterior pudo con todo y acabó echando la pota en el tronco de un árbol mientras Borja le mojaba la frente con agüita fresca. Todo con vistas al Palacio de Cristal, romanticismo escatológico.

—Bueno, escucha. ¡Es una cosa buenísima! Siempre te quejas de que odias diseñar cuartos de baño —dice Miqui con un tono de voz renovado, después de un ratito de reflexión—. A lo mejor es una buena oportunidad.

—No es en Madrid.

—Ya, ya.

—No sé si estoy preparado para irme.

—Uno nunca está preparado para irse, pero a veces hace falta.

—¿Estás pensando tú en irte? —pregunta contrariado.

—Sí, claro —responde bajando el tono.

—Vaya…

—¿Qué significa eso?

—Que te ibas a ir de aquí sin avisarme.

—No digas tonterías, ¿cómo iba a irme sin avisarte?

¿Es esto que se está viviendo en la carroza de los amantes puritanos su primera discusión de pareja? Qué empeño tan apasionante tienen estos dos en hacerlo todo del revés. Qué manera más intensa de intentar no seguir modas. El silencio lo invade todo y los corazoncitos invisibles que antes flotaban en el ambiente son alcanzados por flechas negras uno por uno, llenando el coche de hostilidad fría, de incomodidad rara.

—¿Borja? —pregunta con un tonito de corderito degollado.

—Perdona, de verdad —dice volviendo a la realidad, pero aún con el cerebro en otra parte—. Se me ha ido la pinza, esto me ha pillado desprevenido.

—Me apetece estar donde tú vayas a estar. —Algún que otro corazoncito vuelve a flotar por allí—. Aunque tenemos que ser realistas los dos.

—Claro, sí, sí.

—La vida da muchas vueltas y…

¡PUUUUM!

Lo que viene a continuación es otra vuelta más de la vida en forma de coche no frenando a tiempo y embistiéndolos por detrás. El susto es más grande que el golpe, pero la vorágine de coches que hay a esas horas en la Puerta de Alcalá, el agobio del momento, lo surrealista de la situación, engrandecen todo. Lo que se sucede es una discusión en mitad de la calzada, Miqui muy alterado recriminándole al otro conductor y el otro conductor recriminándole a él. Borja mediando, coches pitando y todo pasando a cámara rápida. Algún peatón se para a ver la escena, un bebé llora desde su carrito y Borja solo quiere unirse a él. Al final, el embestidor, que tiene cara de imbécil, accede a aceptar su culpa y a hacer papeles. A fin de cuentas, ha sido un golpecito de nada. El papeleo les cuesta un rato, Borja ayuda porque recuerda cuando tuvo que hacerlo aquella vez en Altea con Andreu. El que tiene cara de imbécil intenta marear un poquito más, pero no logra su objetivo y acaban tan panchos con el parte rellenado y los coches magullados. Añadiendo una anécdota más en sus desafortunadas visitas al Retiro.

Cuando vuelven al coche, los ánimos están por los suelos para la cita sorpresa. Se apoyan

un momentito en el capó, delante del Retiro. Miqui se acurruca en el hombro de Borja.

—Esta era la sorpresa —menciona señalando el parque.

—Lo he deducido hace un rato. —Y le acaricia la mano que el otro ha puesto en su rodilla.

—Qué puta mierda —dice enfadado como un niño enfurruñado.

—No pasa nada, algún día todo irá bien. —Le vuelve a besar la mejilla—. Va, vete para casa. El Retiro no se va a mover de aquí.

—¿No quieres que te lleve?

—Estoy a nada en metro, no te preocupes. —Y le sonríe de manera forzada—. ¿Nos vemos el finde?

—Me muero de ganas.

Miqui le besa la mejilla, esta vez con intención como de dejar claras muchas cosas con ese beso. Reafirmando que quiere estar donde esté él, pero la cabeza de Borja ya está haciendo de las suyas, y no puede parar.

«Esto no tendría que ser tan difícil.»

Sin apenas pensarlo, saca el teléfono y hace la llamadita que siempre hace cuando quiere que todo sea fácil.

—¿Fran? —descuelga a la primera.

—¿Quién si no?

—Déjate de tonterías, ¿qué haces?

—Aquí en casa, ¿te vienes?

—Vente a la mía mejor, nos vemos en media hora.

—Para servirle, caballero.

—Eres imbécil.

—Y te encanta.

Que se lo ha pensado mejor y, bueno, si la vida va a empeñarse en liarla, ya se lía él solito. Que todo esto que está pasando, por muy jaleo que sea, pinta raro. Y puestos a enrarecer todo, ya lo enrarece él. Metiéndose en el metro, deja atrás al chico al que quiere querer y se va derechito a casa a recibir al chico al que se va a follar.

Carlota le ha dicho que tardaría en llegar, se ha inventado que tenía que ir a un Correos muy lejano a enviar uno de los dichosos bolsos y después daría un paseo. Todo mentira, ya sabes, ni Fuenlabrada es Correos ni Jaime un bolso.

A Borja le da el tiempo justo para recoger un poco la habitación y darse un agua rápida cuando llega a casa.

Hoy estoy juguetón. ¿Me esperas de rodillas en la entrada?

Lee el mensaje cuando sale de la ducha, así que se limita a secarse y a esperar a recibir el mensaje de Fran diciéndole que está a unos pocos minutos, no tarda en llegar. Borja ha puesto su cerebro en automático, nada de pensar, porque está harto de darle vueltas a todo. Ahora solo quiere follar, follar y follar.

Pero claro, cuando te has convertido en la persona a la que las cosas le salen entre mal y raro, las risas están aseguradas. Hace más de una hora que Carlota ha cogido el metro en Fuenlabrada, digamos que si el trayecto es de una hora y media…

—¡Fran!

El susto que le mete cuando escucha su nombre y ve que es ella lo deja pálido.

—Ostras, Carlota. ¿Qué haces aquí? —le tiemblan la voz y las manos.

—Vivo aquí.

Han llegado a la vez. Al mismo tiempo. Han empatado en una carrera imaginaria en la que Carlota no tendría que estar participando.

—¿Vienes a casa a mirar algo?

—Eh… —Se ha quedado mudo, con lo resuelto que es siempre.

Saca el móvil como puede y empieza a bombardear a Borja con mensajes, que no lee, claro, porque está arrodillado, completamente desnudo, delante de la puerta, esperando su ración de Fran para olvidarse de todas las raciones de jaleo que le da su vida.

—No sé si Borja estará…

Sí que lo está, sí. Está en casa, muy en casa, mucho en casa.

Fran podría intentar detenerla, dar un grito. Tocar al timbre, aporrear la puerta. Hacer algo, vaya. Algo que vaya a surtir algún tipo de efecto, algo que puede evitar lo que está a punto de pasar. Pero no, deja que Carlota saque la llave del bolso, deja que la meta en la cerradura, deja que gire…

Borja pone su mejor cara de guarro, allí, como Dios lo trajo al mundo. Fran se caga en los pantalones, de forma figurada.

—Anda, pues sí que debe estar en casa, la llave no está echada —dice Carlota al tiempo

que abre la puerta.

Borja escucha su voz y se queda tieso. Su polla, por otro lado, hace lo contrario.

—¡BORJA! —brama ella cuando lo ve ahí abajo, con el pito al aire y cara de pánico.
No sabe qué hacer, así que se tira al suelo y empieza a palpar como si buscara algo, quizá puede aprovechar para ver si su dignidad está por ahí. Después, levanta la mirada.

—¡Coño! ¡¿Qué hacéis aquí?! —No nació para ser actor.
Se pone de pie, tapándose su máquina del amor con las manos en posición de futbolista. Carlota tiene la mandíbula desencajada y Fran está blanco como la pared.

—La pregunta la debería hacer yo. ¿Qué haces en pelotas?

—Había perdido una lentilla y la estaba buscando. —No puede ni mirarla a la cara.

—¿Desde cuándo usas tú lentillas?

—Desde que tú rezas.
Algo en la cabeza de Carlota ata cabos y deja de mirar a Borja para fijar su mirada en el otro, que sigue blanco y en *shock*. Los ojos de ella se abren como platos porque acaba de entender lo que estaba a punto de pasar ahí.

—No me jodas… —dice casi para sí.

—Carlota, ven a mi habitación por favor.

—¡¡No me jodas!!

—Que vengas.
Se tiene que destapar el pito para agarrarla y arrastrarla hasta su habitación. Total, ya da igual, no es la primera vez que ella se lo ve y el otro lo ha tenido metido hasta la campanilla.

—¡Estoy flipando! —exclama cuando Borja cierra la puerta.

—Baja la voz.

—¿Por qué?

—Porque te va a oír.

—¿Quieres que me vaya y os deje solos? —pregunta con tono coqueto.

—Quiero que te calles.

—Lo digo porque como sigues desnudo…
Borja echa un bufido, abre el cajón de la ropa interior y se pone los primeros calzoncillos que pilla.

—No es lo que parece.

—Borja, cielo, no soy tu novia, no tienes que venderme la moto… Primero Lucas, ahora este… Normal que no tengas tiempo para enamorarte del cántabro.

—Eso que has dicho está muy feo.

—Perdón, pero ¿me explicas qué estabas haciendo?

—¿Desde cuándo eres tan morbosa?

—Eres un cochino.

—Mira, no tengo el día para discutir…

—¿Por eso está él aquí?

—¡Cállate! Y ahora vamos a salir y vamos a despedirnos de él como si nada.

—¿Como si nada?

—Sí, como si nada. A ti se te da muy bien actuar así. —Y le guiña un ojo con carita de chulo, casi como la que tiene Fran de fábrica, excepto en momentos de tensión máxima como este.

Salen de la habitación, Carlota aún con el abrigo y Borja en calzoncillos. La estampa es digna de ver, la imagen es fascinante.

—Bueno, Fran —dice Borja sin mirarlo a los ojos—. Ha estado genial verte. Nos vemos otro día, ¿vale?

El chico sigue mudo, se gira y abre la puerta.

—Damos una fiesta el día doce a las diez. ¡Estás invitadísimo! —suelta Carlota con tono pícaro.

Y estas son las últimas palabras que escucha antes de que Borja lo empuje fuera del piso y cierre de un portazo.

—¿Qué cojones?

—¿Qué pasa?

—¿Por qué lo invitas?

—La casa es prácticamente suya y sois muy buenos amigos… —Le lanza un guiñito tonto—. ¿Desde cuándo lleva pasando esto, cerdo?

La deja con la palabra en la boca y huye de vuelta a su habitación a ponerse el pijama. La vida le está queriendo decir algo, eso está claro, pero está siendo demasiado poco concreta y el pobre va a acabar estallando como una bomba. Si está enamorándose de Miqui o eso se supone, ¿por qué se empeña el mundo en mandarle todas estas señales desubicadas? Lucas por aquí, entrevistas en Valencia por allá, accidentes de tráfico por el otro lado. ¿Cómo es posible que sigan sin besarse si se supone que se gustan tantísimo? Ya tiene guasa que, justo cuando decide entregarse a la evidencia de que su vida es un puto desastre, no pueda ni follar a gusto con un tío con el que siempre folla muy a gusto.

¡¿QUÉ-COJONES-PASA?!

¿Qué ha hecho él para merecer tanto horror? En un ataque de ira, se enzarza a meter puñetazos al almohadón de su habitación como si se le fuera la vida en ello. Lo zurra bien zurrado y, mientras lo hace, recuerda que aún no ha cambiado las sábanas y que aún debe de haber ahí restos de Lucas. Arranca del colchón todo, desenfunda los almohadones con ira y sale de su habitación directo a la cocina, donde pone la lavadora con mucha mala baba. Da golpes, portazos, mamporros.

—¿Todo bien? —pregunta Carlota asomando la cabeza por el pasillo.

Borja da un respingo del susto y se gira con el ceño fruncido. Pasa de contarle lo del accidente, ya lo hará luego.

—Entiendo que no. —Se acerca hasta él y empieza a masajearle el ceño—. Relaja esto, que el bótox es caro.

—¿Por qué nada es como quiero? —pregunta con tono de niño pequeño mientras cierra los ojos y se entrega al masajito.

—¿Tú sabes qué es lo que quieres, cariño?

Ninguno lo sabe, eso está claro. Pero ella está neutralizada por la cita con Jaime y él al borde de las lágrimas por el lío que es su vida. Se quedan allí un buen rato, ella masajeando y él dejándose hacer. Ambos pensando, sin hablar, sin soltar prenda. ¿Qué vendrá ahora?

18
Rutita por la ciudad

Andreu ha decidido darle una oportunidad a la chica del otro día. Una oportunidad rara porque no sabe cómo se llama y le da vergüenza preguntar. Así que el par de veces que han quedado no se ha referido a ella de forma directa. Este es un nivel de dejadez *heavy* hasta para él. Solía ser un cortejador decidido a hacerlas caer a sus pies, pero la última conversación con Ali lo dejó taciturno. ¿Hasta cuándo va a seguir así? En unos meses va a cumplir treinta años, nueva década, y lo único que ha hecho en la casi extinta veintena ha sido soñar, soñar y soñar. A estas alturas ya debería haber vivido esa historia de amor épica que cree que va a vivir. ¿Cuándo se dará cuenta Carlota de todo? No pretenderá que sea él quién se lo confiese, ¿no?

«Creo que llevo enamorado de ti desde los dieciocho», es un inicio de conversación tan prometedor como ridículo. «¿Nos damos otro besito a ver si ya te das cuenta de que me has tenido aquí delante todo este tiempo?», quizás algo mejor. «Carlota, ¿cuándo te vas a enamorar de mí?», demasiado directo, él no es así.

A la nueva »conquista» lleva dos semanas camelándosela con sus viejas triquiñuelas. Que si cenita en casa aprovechando que Fiona está desaparecida y visionado de *¿Conoces a Joe Black?* Palomitas y sexo; que si paseíto por la playa, heladito y sexo; que si cena romántica en San Tomasso, besito a la luz de las farolas del Carmen y nada de sexo porque la pasta llena… Ella está enchochada viva y él solo vivo, que ya es algo.

Para la cita de hoy se han plantado en el Mercado de Colón, rodeados de pijos, turistas y *wannabes*. Cada uno con su copita de vino y a pasar la tarde. Que si besitos por aquí, que si caricias por allá, que si fantasmadas varias. Un coñazo de campeonato, señoras y señores. Pero ella está encantada, pobrecita.

Fiona y él han jugado a evitarse en las últimas semanas, tanto dentro como fuera de casa. Han estado »muy ocupados», »muy cansados», «muy despistados» y muy de todo como para pasar algún que otro ratito juntos. La tensión en casa se ha cortado con cuchillos, pero él ha estado entretenido con su nueva chica y ella con su nuevo paradigma. Haberse tirado al trajeado le abrió un mundo de posibilidades que ni ella misma se podía esperar. Se sintió más libre que

las otras veces, se lo pasó mejor. Volverse loca como se volvió la conectó con cosas con las que hacía años que no conectaba. Y ahora está preparada para seguir conectando, se ha convertido en un *router*. Ha decidido que su ropa le aburre, que sus sábanas, sí, esas que se llevó a hurtadillas de su casa con Mario, son feas. Quiere cambiar de perfume, de laca de uñas. Un poco cambiar de todo para cambiar de vida y de rumbo. Ponerse una careta nueva encima de la careta que ya lleva forzando semanas. Siempre ha sido ambiciosa y maniática, irse de casa no iba a ser suficiente. Así que se ha metido el turbo en el trabajo para acabar todo lo que tenía que hacer rápido y poder lanzarse a la calle a obsesionarse con este cambio de vida. Ha olido todas y cada una de las colonias de Druni, ha estudiado cada pintauñas de Kiko y han caído unas cuantas velitas de Zara Home para dar un nuevo ambiente a su habitación, y a sus pituitarias. Y después, Cirilo Amorós para arriba, Cirilo Amorós para abajo. Probándose ropa como si fuera Anne Hathaway en *El diablo viste de Prada*, entregada a esta nueva vida suya que tanto la ilusiona. Lo hace todo sin prisa, disfrutando de cada segundito, pese a tener un final de tarde ajetreado entre su quedada semanal con el tío de turno y una cena rápida con Mario para verse como buenos novios que son.

Y en el paseo piensa en bebés. En bebés regordetes. En bebés que babean. En bebés que se ríen. En todo tipo de bebés. ¡Qué fantasía sería añadir un bebé en todo su caos! Quizá sea eso lo que hace falta, de perdidos, al río. A la maestra del orden la apetece el caos más absoluto, a lo loco y sin razonar.

Cuando sale de la última tienda, cargada de bolsas como una americana cualquiera en un día tonto, está eufórica. Y no por el cliché consumista de ser una mujer gastando, porque cada cosita nueva es una celebración, cada paso que da alejándose de todo el rollo de antes es un hito. No hay quien la pare. Con una sonrisa de oreja a oreja coge Conde de Salvatierra y pasa por el Mercado de Colón.

Andreu, sentado allí con su copita de vino y su nueva muchacha comiéndole la oreja en sentido literal, la ve. Y se extraña, por las bolsas y la sonrisa. Ella camina en dirección Colón y a él lo invade el espíritu de Sherlock Holmes. Como puede paga la cuenta y huye de allí con su secuaz Watson, que es como podemos bautizar a la chica sin nombre.

—¿A dónde vamos? —le pregunta confundida cuando la arrastra fuera de allí.

—De rutita por la ciudad, ¿te apetece?

Si le apetece o no, no le importa, porque sin que ella pueda contestar ya está fuera del Mercado, a una distancia prudencial de Fiona, sus bolsas y su sonrisa. La primera parada es tan rápida que casi no le da tiempo a reaccionar. Se para en seco y Watson pone los ojos en blanco.

—¿Qué pasa ahora?

Él no contesta porque está muy ocupado mirando qué es lo que está haciendo Fiona en esa

tiendecita en la esquina de Conde de Salvatierra con Martínez Ferrando. Una tiendecita pequeña, completamente acristalada, de ropa de niños.
Watson hace ruiditos con la boca y mueve la lengua con desdén, intentando llamar su atención, pero él sigue atento a su amiga en esa tienda de ropita. Ella mira todo con atención, parece enternecida por unos patuquitos y se ríe por algo que le debe de haber dicho la dependienta. En un momento, mira hacia fuera, pero Andreu es lo suficientemente rápido y, agarrando a Watson por la cintura, le mete la lengua hasta la campanilla iniciando un beso de quinceañeros en el corazón de la zona noble de la ciudad. Watson se entrega a la pasión mientras Andreu no quita ojo de la tienda, se fija en que su amiga está mirando vestiditos, así que su teoría de que está buscando algo para Paquito se cae por su propio peso. Por cada vestidito rosa o de flores que mira o que la dependienta le saca, un lengüetazo de Watson. Un pelín turbio que se estén dando el lote mientras mira fijo al escaparate de una tienda de bebés.

Fiona se pasa allí dentro veinte largos minutos, que convierten la sesión de lengüita de los de fuera en un espectáculo vergonzoso y bochornoso, en un dolor de lengua posterior potente y en un picor en los labios de ella, por la barba de él, bastante incómodo.

—¿Qué nos ha pasado? —dice Watson ruborizada, volviendo a la realidad, mientras se toca los labios cuando Andreu saca su lengua de ella.
Él la vuelve a dejar con la palabra en la boca, que a Fiona parece haberle entrado la prisa y camina más rápido que antes. Lo hace con un destino fijo en mente o eso le parece a Andreu, camina con un objetivo que él intenta descubrir. Cuando llegan al Parterre y lo bordean hasta Pintor Sorolla, lo despista. Cuando la recorre entera hasta Barcas y cruza la Plaza del Ayuntamiento de lado a lado, empieza a dudar si está volviendo a casa por el camino más largo. Pero cuando al acabar Marqués de Sotelo, gira a la derecha por Xàtiva, ya se pierde del todo.

«¿Qué hay aquí? ¿A dónde cojones va?»

A Watson el paseo no le está gustando nada y no deja de bufar, sin conseguir el objetivo que persigue, que es que Andreu le preste algo de atención, algo que no hace desde el morreo de antes.

—¿Me puedes explicar quién es esa? —pregunta al fin, con un poco de celos en su tono.
—Mi compañera de piso —responde mirando al frente, bloqueando de forma consciente la palabra »amiga».
—¿Y por qué la estamos siguiendo?
—Eso querría saber yo —dice con toda su honestidad.

En algún momento en el que la ha perdido en el bullicio, Fiona ha sacado el móvil y habla con alguien. Al tiempo, levanta el brazo, cargado de bolsas y saluda a una persona entre la multitud. La mirada de Andreu se dirige rápido a ese alguien. Un chico. No lo reconoce.

«¿Quién es este tío?»

Fiona y el chico se meten a la izquierda cuando llegan a Convento Jerusalén, seguidos muy de cerca por los detectives más disfuncionales que jamás han existido. Caminan un poquito y, antes de llegar a Matemático Marzal, el chico saca unas llaves y abre un portal. Como todo un caballero desfasado, le coge alguna de las bolsas y le hace un gesto con la mano para que pase ella delante. Si no corre, se meterán en un ascensor o subirán unas escaleras, dejándolo sin desenlace. Así que, olvidándose de Watson, Andreu se pega una carrerita hasta el portal por el que han entrado. Por suerte, es de cristal y verja, así que no tiene ningún problema en ver lo que hay dentro.

Y lo ve, claro que lo ve.

Fiona se come la boca con el chico de turno con aún más pasión que Andreu y Watson antes. Ni tan siquiera se despegan para entrar en el ascensor y, mientras se cierran las puertas, Andreu los mira fijamente con la boca abierta de par en par.
Lo que ella hace allí no hace falta que te lo explique, pero Andreu se va impactado. Lo de la otra noche le había dejado bastante claro que algo pasaba, pero esto de ahora lo ha descolocado por completo. Watson se ha ido, bastante enfadada. No la podemos culpar, ¿no? El ninguneo durante la persecución ha sido fuerte. Por supuesto, a él le da tan igual que ni se ha fijado en que ella ya no está. Saca su móvil y llama a Carlota, obvio.

—¿Qué pasa, Andy? —dice con tono divertido cuando descuelga después del primer tono.
Y él empieza a contar casi sin parar para respirar. Desde el principio hasta el final. Con todo lujo de detalles, engrandeciendo una historia que resumida habría sido fácil y rápida de contar. Carlota no puede decir mucho, entre el shock y que Andreu está encendido hablando sin parar. Cuando corta su narración está agotado y jadeante. Casi como Fiona ahora mismo en ese de Convento Jerusalén.

—No sé qué decir, Andy. Estoy flipando.

—¿Por qué me lo oculta? Si está follando por toda Valencia, qué menos que decírmelo, ¿no?

—Siempre ha sido muy de apariencias, ya lo sabes. Y tiene todo lo que se tiene que tener

con Mario, no sé si le compensará echarlo por la borda.

—Pero ya lo ha echado…

—En realidad, no. Sabe que cuando quiera, puede recoger y pirarse de vuelta a casa.

—¿Y por qué no lo dejan?

—Pues porque ella no sabe qué quiere y él es tonto. Él no sabrá nada, ¿no?

—Ya no sé qué pensar. ¿Crees que tiene una relación abierta?

—No creo, Andy. Al menos, se lo está pasando bien.

—Desde luego… El viajecito en tren a Madrid el viernes va a ser divertido…

Se ríen y Andreu pone la maquinaria de los sueños a trabajar. Todo en marcha para dar rienda suelta a todas esas cosas que tiene en la cabeza, pero que no salen de ahí. A ellos dos siendo lo que deberían ser, sin más.

—Andy, si a los cuarenta no hemos encontrado a nadie, ¿nos casamos? —suelta ella como si nada.

Y ahí la tiene, la declaración definitiva. Es eso lo que quería, ¿no? Un poco apresurado esto de pedir matrimonio antes de declararle su amor, pero está bien, ¿no? Puede pasar otros diez años soñando y ya está, hasta que ella decida que se casen. Quizá, si tiene suerte, con treinta y ocho cae. ¿O acaso es esto un claro ejemplo de lanzamiento y gol en la *friendzone*?

—Claro que me casaré contigo, Carlota.

Ella se ríe por el disparate y la conversación se alarga hasta que Carlota llega a Correos. Y Andreu camina hasta casa con Carlota en mente, su obsesión más irracional. Pero las palabras de Ali siguen golpeando, su ex convertida en un choque de realidad más revelador que lo que se supone que fue el accidente de Borja y Miqui del otro día. ¿Qué es el para Carlota? ¿Lo tiene ella tan claro como él? ¿Sabrá algún día que a él aquel beso lo cambió para siempre? ¿Se acordará ella si quiera? Y decide que cuando llegue a casa, verá *La boda de mi mejor amigo*, la peli de "amor" favorita de Carlota.

Fiona acaba satisfecha y feliz en ese piso tan pequeñito en el que acaba de follar y, cuando están exhaustos en la cama, y el chico de turno quiere darle un abracito postcoital, ella se levanta de un bote y se viste rápido, porque se niega a ser abrazada por este desconocido y porque tiene cita con el que sí que es su novio. ¡Qué lío!

Cuando llega donde está Mario, él la espera con su sonrisilla sosa de siempre y ella le

planta un besito tímido en la mejilla. Después de echar un vistazo ceñudo a las bolsas, que él no sabe, pero son un paso más en el empeño de Fiona por alejarse de todo lo que él representa, intenta coger alguna para ayudarla, pero ella le hace un gesto de »yo puedo» y sigue cargando. Como carga con el peso de sus mentiras y con el peso de sus pesares. Recorren las calles como el »algo raro» que son, ni novios. Ni exes ni amigos ni nada. Entonces, ella suelta, casi sin pensar:

—Creo que quiero ser madre.

Y a él se le llenan los ojos de lágrimas convencido de que su “novia” ha ganado ya toda la perspectiva que necesitaba y esta es su manera de decirle que quiere volver a casa. Pero lo que ella piensa está muy lejos de eso:

«Hoy tampoco hemos usado condón», y sonríe para sí.

19
Bomba de música pop empalagosa

A Borja le gusta Miqui.

Mucho.

Muchísimo.

Un montón.

Que sí, que pasó de él un tiempecito. Que vale, que Fran y todo el sexo. Que de acuerdo, Lucas y todo lo de aquella noche. Que es posible que se liase con el cantante aquel a cambio de unos pases para un festival. Visto desde fuera pinta fatal, no te culpo. Pero, oye, ¿cuántas relaciones son perfectas desde el primer minuto?

Llevan distanciados desde el accidente, hablando a ratos y no viéndose nada. Lo echa de menos. En esta rareza de relación que están construyendo, donde la cautela parece reinar por encima de la locura, sentir que lo echa en falta, que le apetece tenerlo cerca, que sigue queriendo besarlo, es prueba irrefutable de que la distancia no hace el olvido, que aunque el mundo quiera decirle algo, pero no hable su idioma, él va a seguir erre que erre con el cántabro, porque se siente como se siente y eso le es suficiente. Tiene una corazonada y en el mundo del amor eso es importante.

Con la excusa de la fiesta que van a dar este fin de semana, le escribe desde el trabajo con un mensajito a modo recordatorio. Por fin lo tendrá en su casa y ahí es donde va a suceder, Miqui y Borja fundirán sus labios en uno solo y empezará el romance tardío que llevan tantos meses posponiendo. Lo bueno se hace esperar, y esos labios norteños son prometedores.

> Acuérdate de que mañana es la fiesta en casa.
> P.D.: Tengo ganas de verte.

Un mensaje claro y al grano, directo, con dosis de sutileza, pero no mucha, y de tontería. Ahora toca volver a lo suyo, a sus planitos y sus proveedores. A sus bajantes para poder colocar un buen váter en el que sus clientes puedan cagar a gusto. A sus presupuestos, sus baldosas, sus platos de ducha y sus griferías antioxidantes. ¡Le encanta! ¿Quién querría irse de vuelta a Valencia con un trabajo que lo haga tan feliz? Le vibra el móvil, será Miqui.

Que vale que lo de la otra noche fue raro, pero al menos podrías haberme dado las gracias por haberte conseguido una entrevista.

Vale, pues no. No es el que quiere que sea su futuro, es el que debería estar en su pasado, resurgiendo de entre las tinieblas como no para de hacer últimamente.
Lo que más raro se le hace de todo el asunto de esta nueva invasión de Lucas en su vida es sentirla como una entrada inesperada y extraña que ha sucedido sin comerlo, ni beberlo, ni quererlo. Sin un aviso previo, sin una conversación de entierro de hacha de guerra. Sin un tiempo de procesar, de decidir. Lucas está de vuelta, por alguna razón incomprensible, y a Borja no le apetece nada de nada.

Muchas gracias, Lucas. Espero que todo te vaya muy bien
y que seas muy feliz. Un saludo.

Envía el mensajito y a seguir con lo suyo, que las baldosas barateras que quieren los de Boadilla no se consiguen tan fácil como él pensaba. Lo barato no siempre es lo más sencillo, y más cuando es lo mismo que quieren todos. Entonces, llega otro mensaje.

¡Claro que me acuerdo! Acuérdate de que vienen
mis colegas de Santander.
P.D.: Me muero por verte.

Que lío de mensajes, chico.

Estos son los mensajes que quiere, los de un Miqui al que se muere por ver, nada de historias del pasado. Visión hacia delante y con todo.

¡Lo recuerdo!
P.D.: Mañana te huelo.

La nostalgia olfativa le trae de vuelta a su memoria el olor de Lucas y se le dibuja una sonrisa en la cara, una sonrisa que le dura hasta que llega el siguiente mensaje de Lucas.

Bor, por dios, solo fue un polvo. No dramatices.

«¿Y este quién se cree que es para venir a hablarme como si no hubiéramos cortado hace más de tres años?»

Ex:

1. m. y f. coloq. Persona que ha dejado de ser cónyuge o pareja sentimental de otra.

Tenemos a un Borja entregado al ninguneo esta mañana, señoras y señores.

Con lo majo que estabas el otro día a cuatro patas…

Y a un Lucas con ganas de jarana y gresca. A Borja se le inicia una furia interna que no le está gustando nada.

Puedes olerme siempre que quieras.
P.D.: Yo necesito besarte.

¡ALARMA! ¡ALERTA! ¡PAREN LAS ROTATIVAS! ¡BORJA SE VA A DESMAYAR! Se levanta corriendo de su escritorio y se tropieza, pero se sobrepone y recorre la oficina todo lo elegantemente que puede hasta llegar a la mesa de Manu, que lo ve llegar torciendo la cabeza e intentando descifrar el porqué de la euforia con la que va hacia él. Ambos actúan con toda la tranquilidad que el lugar, que es incorregiblemente *posh*, obliga.

—¡Mira! —le dice intentando no hablar demasiado alto, fracasando de forma estrepitosa.

Manu coge el móvil de Borja y analiza lo que su amigo le pide que mire. Después, esboza una sonrisa extraña.

—¿Por qué te está escribiendo tu ex?

Borja le arranca el móvil de la mano. Su furia interna se multiplica, y eso que el mensaje es bastante neutralizador.

Lo siento, eso ha estado fuera de lugar.

«¿Que lo siente? ¡¿Que lo siente?!», Borja está empezando a hiperventilar. Manu frunce el ceño confundido y se levanta de la silla. Borja lo mira con la respiración acelerada y el pulso a todo tren. Manu lo coge por el hombro e intentando no llamar mucho la atención del resto lo mete en la cocina, que es la única sala que no está acristalada.

—¡Estoy en crisis! —es lo único que acierta a decirle cuando ha cerrado la puerta.

—Eso ya lo veo.

Manu lo coge de la mano y empieza a hacerle un ejercicio de respiración, su madre es profesora de yoga en Cáceres y le ha enseñado alguna que otra cosita. Poco a poco, Borja va recuperando

la compostura, va respirando con más calma y se va tranquilizando.

—No sé qué me ha pasado.

—¿Quieres hablar de Lucas?

—No hay nada que hablar de Lucas —responde sentándose en el suelo.

—¿Estás seguro? —pregunta Manu sentándose a su lado.

—Estoy muy seguro, no quiero hablar de él.

Manu lo mira como estudiándolo, analizando cómo decir las mejores palabras, buscando la complicidad en la mirada de su amigo valenciano para poder decir lo que sea que quiere decir.

—Puede que el problema esté ahí.

—¿Qué problema?

—¿Cómo que »qué problema», Borja? ¡Casi te da un jari!

—Pero ya está todo controlado. —Y esboza una sonrisa falsísima.

—Nos conocemos desde hace más de dos años, ¿correcto? —Borja asiente—. ¿Sabes cuántas veces nos has hablado de él en dos años?

En la cara de Borja se dibuja una expresión confusa, una de esas de no saber por dónde le va a venir su colega extremeño.

—No sé, ¿un par?

—Error, ¡una!

—¿Y cuál es el problema?

—El problema es que creo que llevas intentando fingir que Lucas no existe durante tanto tiempo que luego te envía un mensajito de nada y, ¡PUF, CRISIS!

—Manu, hace unas semanas me desperté y Lucas estaba en mi cama.

—¿Rollo fantasma?

—No, rollo desnudo y todo eso.

Le cuenta todo lo que se acuerda de aquella noche, todo lo del día después, lo de la entrevista, lo del accidente. Se lo cuenta a su amigo extremeño de Madrid, a ese hermano elegido que tanto ha significado en esta vida nueva que lleva viviendo desde que se mudó allí. Si han sido compañeros de risas y borracheras, también lo han sido de lágrimas y crisis. Han sido amigos y confidentes de tantas intimidades que es hasta extraño que Borja solo haya hablado de Lucas una vez, teniendo en cuenta que cuando llegó a Madrid aún tenía la herida muy abierta. Pero, en realidad, todo entra dentro de la decisión que tomó al llegar allí, la de no hablar más de Lucas porque ya había hablado demasiado de él. Al principio se forzó, al final se acostumbró. Y ahora va a infartar por tenerlo de vuelta en su vida de una forma tan extraordinaria.

—La censura, propia o impuesta, está pasada de moda, Borjita —le dice cuando ya están volviendo cada uno a su mesa—. Las cositas que te atormentan, mejor fuera que dentro, que después se hacen bola y pasa lo que pasa.

Borja le sonríe cómplice y sigue hasta su mesa. Tiene dos mensajes que contestar, el primero lo contesta rápido y sin pensar.

> Sin P.D. ni nada. ¡Hazlo, por favor!

El segundo le cuesta un pelín más, pero lo lanza convencido una vez ha ordenado bien sus pensamientos y sus palabras. Una vez ha respirado hondo y relativizado la situación.

> No tienes que disculparte, Luc. Gracias por conseguirme la entrevista, en serio. Hablamos, ¿vale?

Y el cuerpo se le llena de nostalgia de un pasado en el que fueron felices, en el que se conocieron, en el que se todo. Un pasado extinto que le resulta ajeno y raro. Y sonríe tierno.

Cuando acaba con las baldosas, las bajantes y las mamparas de ducha, ofuscado, pero sonriente, es hora de salir del trabajo y cambiar los planos y la pantalla del ordenador, por el aire libre, los coches y el gentío. Decide volver andando a casa, necesita pasear y desde hace ya algún tiempo, le encanta Madrid en mayo. Por el camino recuerda cuando se mudó, todos esos miedos y todas esas pamplinas que le poblaban la cabeza. Pese a venir de una capital grande, pese a todo, se sintió pequeñísimo, minúsculo en una nueva vorágine vital cargada de novedades, de sueños y de historias. Tres años han pasado y siente Madrid como un hogar lejos de casa, como un abrazo acogedor dentro de un mundo que lo pone contento. Madrid te pone así porque hay un Madrid para todos, es fácil sentirse bien cuando encuentras tu huequecito en la capital, en el paradigma del Nueva York español. La idea de volver a Valencia siempre ha estado ahí, el planteamiento de volver a casa, a otra vida que ya no conoce, a otro él. ¿Qué le habría dicho a Lucas para darle a entender que necesitaba otro trabajo? Los borrachos dicen la verdad y esa noche bebió tanto que tendría el metrónomo de sinceridad disparado. ¿Se había cansado de estar allí? ¿La vida de *sitcom* que cuenta con tanta gracia empieza a no tener tanta gracia? ¿Ha llegado la hora de recogerse y volver al inicio? ¿A su vida de antes? ¿Al Borja de hace tres años?

Carlota, que lleva días con un runrún en la cabeza insoportable, alentado por todas las veces que ha soñado con Jaime desde la cita en Fuenlabrada. El cabronazo ya se le aparece hasta en sueños. No han vuelto a hablar desde aquel día, cada cual esperando a que sea el otro el que

dé el primer paso. Él, que en el último año debe de haber hecho un Máster en paciencia y gestión de las emociones, no ha dado señales de ir a claudicar, así que para sorpresa de todos es ella la que lo acaba haciendo.

Hola

Es escueta, porque nadie tiene que saber que tiene ganas de verlo, ni Jaime.

Hola

Esto sí que no se lo esperaba, una guerra de sosez y dejadez a las siete de la tarde. Ella no está dispuesta a perder.

¿Qué tal?

Conoce a Jaime, sabe que no podrá aguantar mucho tiempo sin que se le descontrolen los dedos y le envíe un mensaje cargado de contenido y emojis.

Bien, ¿tú?

O quizá tarde un poco más, está poco receptivo. Ella decide cortar el *show* e ir al grano.

¿Cenamos?

¿Quién es esta chica? ¿De dónde está sacando este arranque de claridad? ¿Dónde se ha metido Carlota?

¿A qué lugar del extrarradio me quieres llevar?

Sonríe mirando la pantalla y el cuerpo se le llena de nostalgia.

Hoy te dejo elegir a ti.

Jaime responde casi al instante.

Estás espléndida. A las ocho en Tribunal. ;)

Con el estallido de un cañón de confeti en su barriga se pone de pie de un salto y corre a la ducha. De ahí corre a su habitación. Y corriendo abre los armarios. Una bomba de música pop empalagosa y centelleante guía sus pasos, una emoción latente va marcando cada movimiento. Una sensación de euforia que lleva tiempo sin sentir se ha apoderado de ella, tiene de rehenes a su testarudez, a su fachada de tía dura y a sus ganas de decir que «no» cuando solo quiere decir «sí». Unos rehenes difíciles, pero neutralizados. Se pone un conjunto sencillito pero resultón, se peina un poco, polvos para parecer mínimamente ruborizada, y listo, dos sprayazos de colonia, abriguito ligero y a la calle. Entonces, le llega un mensaje de Jaime.

No cojas chaqueta.

No contesta, pero obedece. Se quita la chaqueta y la lanza contra el sofá, y hace un meneíto de caderas. En ese momento, entra Borja y se la queda mirando confundido.

—¿Qué haces?

—He quedado a cenar.

—¿Con quién?

Se lo piensa un momento mientras cierra el bolso.

—He quedado a cenar con Jaime.

—¿Perdona?

No le contesta y sale de casa. Las explicaciones para luego si eso.

El paseíto hasta Tribunal es bastante distinto al del otro día, zanjadas las tensiones del primer encuentro pactado, está más relajada, sin palpitaciones excesivas marcando el paso. Solo tiene ganas de dejarse llevar un rato, de una cerveza, o varias, bien fresquitas y de picar algo por ahí. Con Jaime, sí, con él.

Tribunal está tan repleto de gente como siempre, jóvenes, turistas, *riders*… Lo busca entre la multitud, pero no lo ve. Se impacienta, claro, porque eso va en su propia anatomía como persona. Se gira cada segundo para verlo aparecer, pero no aparece. La falta de costumbre de ser la primera en llegar la tiene impactada.

«Así es como se siente la gente…»

—¿En qué mundo estamos para que hayas llegado tú antes que yo?

La aparición de Jaime por su espalda la asusta. No tiene respuesta para la pregunta, porque ella misma duda de estar en el mundo y en la realidad correctos. Se abrazan.

—Te he traído esto.

Cuando se separan, ella la ve. Su chaqueta de pelo sintético. La chaqueta que perdió en su primer día en Madrid. La coge con emoción y se la pone. La había echado de menos. La huele, ahora es mejor porque huele a Jaime.

—Te la dejaste en el metro el día que nos vimos.

Ella no contesta y se limita a esbozar un »gracias» con la boca. Él responde con un guiño simpático y echan a andar.

Jaime es alto, y eso siempre le gustó. Y habla como si lo supiera todo, por eso se pasa la mayor parte del tiempo disculpándose, porque no lo sabe todo. Pero lo reconoce, que ya es un paso. Tiene las uñas fatal de comérselas, pero unos labios preciosos. Las comisuras de su boca miran hacia arriba, así que parece que esté sonriendo todo el rato y siempre está calentito, es como si un peluche y una manta eléctrica se fusionaran, una gozada. No es perfecto, pero le gustó tanto que tuvo que huir.

No hablan de la vida, casi, pero ella le cuenta alguna que otra cosita de su año londinense y él cómo está la familia de Julito. Cuando sus miradas se cruzan, el ambiente se llena de chispas y si por lo que sea se rozan se encienden pequeños castillos de fuegos artificiales. Han recorrido Madrid de Malasaña a La Latina en un abrir y cerrar de ojos, uno al ladito del otro, juntos pero no revueltos. Parecen sacados de una comedia romántica de los noventa, una foto del paseo sería la portada de VHS que años más tarde miles de personas tendrían enmarcada en su habitación como un recuerdo nostálgico de una época mejor, cuando la gente pagaba por ver historias de amor casi tan imposibles como por las que pagan hoy en día: superhéroes.

Al llegar a la Plaza de la Paja se sientan donde pueden, uno delante del otro, como debe ser. Esta vez es ella la que pide las dos cañas y él se deja llevar.

—¿Entonces, ¿llevas un año viviendo en Madrid? —pregunta ella cuando el alcohol está haciendo mella y siente que va a necesitar picar algo.

—Más o menos, sí —responde para después empinar el codo.

—¿Por curro?

—Sí, me dedico a montar videos para marcas de cosmética. La oficina está aquí al lado, en la calle de la Pasa. El que no pasa, no se casa. —Y suelta una risotada.

—¿Eso dicen?

—Eso dicen, sí. —Le lanza una sonrisa que la extasía—. ¿Tienes hambre?

—Algo de hambre sí que tengo.

A él siempre le hizo gracia la forma tan gallega que tiene ella de responder a preguntas, sin ser clara, pero siéndolo en su propio y complicado idioma. A Jaime le gustó Carlota desde el primer momento en que la vio dando botes una noche de verano en una discoteca cualquiera. El día que

Julito los presentó ya llevaba meses hablando de ella. No era como las demás y se le notaba que disfrutaba no siéndolo. Pero aquella noche no sabía todo el jaleo que viviría en su cabeza muchos meses después. Tenerla delante lo desconcierta y alegra a partes iguales.

Después de otro paseíto rápido por La Latina, se sientan en El Viajero.

—Dos cañas —dice el categórico cuando se acerca el camarero—. Y sacas unas bravitas, una ensaladilla rusa y…

—Unas alitas.

Ay, las alitas. Jaime sonríe sorprendido, ella evita que los ojos de él capten lo que pasa en los de ella. Las dichosas alitas que cocinaron aquel sábado en casa cuando sus padres y su abuela no estaban. Sí, lo subió a casa. Y lo manchó de salsa barbacoa. Se pusieron perdidos y se comieron hasta el último muslito, y acabaron comiéndose el uno al otro también. Desde entonces no ha vuelto a comerse una alita, se había declarado intolerante a ellas, alérgica de la vida. Pero, Carlota ha empezado su campaña de reconciliación, con Jaime y con las alitas. ¿Quién es esta chica y de dónde la han sacado?

—Currando en Gucci en Londres, como buena pijorra… —dice él con tonito de flirteo y con una alita en la mano a medio comer.

—Perdona, pero en Londres yo era una hija más del proletariado.

—No me digas. —Si sigue con ese tonito, quizás ella se desmaye—. ¿Y ahora qué haces?

—Curro con Gucci, de otra forma…

—De otra forma, ¿eh?

—Jaimito, ¿me estás vacilando?

—Dios me salve de osar hacer algo así. —Y se mete una alita en la boca—. ¿Y por qué elegiste Madrid para volver?

Qué pregunta más capciosa. Ser honesta por completo no es una opción, podría serlo, pero no lo va a ser. Se acaba la alita que estaba a medio acabar cuando Jaime ha preguntado y lo hace con calma mientras él la mira curioso, y risueño.

—Bueno, Borja está aquí, me pareció la mejor opción.

—¿Y dejó de parecerte tan buena opción cuando nos encontramos en el metro?

Ella niega con la cabeza y lo mira con picardía, él le devuelve una mirada paciente, como siempre. Es un chico calmado.

—¿Por qué me lo iba a parecer?

—Por la misma razón por la que decidiste huir de Valencia, supongo.

—Jaime…

No han dejado de mirarse desde que Jaime le ha preguntado por qué volvió a Madrid y la cosa no cambia ahora.

—Vale, no meteré más el dedo en la llaga, al menos de momento.

Ella asiente en señal de tregua y continúa la velada.

El camino de vuelta a casa es más silencioso que el de ida, los nervios del final siempre son distintos a los del principio, con una carga de nostalgia extra, de haberlo pasado bien, de haberse querido besar, de llegar al punto de la despedida que no saben ni cómo será ni hasta cuándo.

—Carlota…

—Jaime…

—Me cuesta creer que te tengo delante, no te voy a engañar. De verdad, pensé que no te iba a volver a ver nunca más.

—Esa era la idea —susurra ella para si misma.

—¿Qué?

—Nada, nada.

El paseo sigue, bajo la luna de Madrid, con el ruido de una ciudad nocturna de banda sonora, con el palpitar de sus corazones marcando el paso.

—Un pelín dramático agobiarse y pirarse a Londres, ¿no crees?

—Los vuelos en Ryanair estaban en oferta.

—¿A Stansted?

—Sí, fue la primera parte de mi penitencia.

—¿Y cuál fue la segunda?

La segunda fue acostumbrarse a vivir con un nudo en el estómago permanente. Pero eso no se lo va a decir. Y teme que, cuando esté preparada para hablar, sea tarde o ya no tenga sentido. Se guarda todo dentro, en ese nudo con el que ha aprendido a convivir. Jaime la está mirando como la solía mirar, con esa carita tan mona, con esa expresión tan mágica. Y cuando lo hace, el nudo se destensa, y se siente bien, porque con él siempre se sintió bien. Las dudas venían cuando estaba sola, alejada, consciente. Los pensamientos ilógicos de la hija de un matrimonio de ridículos empalagosos y nieta de Juana, a la que embarazaron y abandonaron. Las dudas de si creer o no en el amor, por muy presente que lo tenga. Por mucho que el capullo de Cupido la hubiera atravesado con su asquerosa flechita.

Sin saber cómo ha pasado, Jaime y ella están de vuelta en Tribunal. Parados, conscientes de que la noche ha llegado a su fin. Están frente a frente, ojos con ojos. Él extiende la mano y la pone en la nuca de ella, la acaricia. Ella no lo rechaza y deja que después le acaricie la mejilla. Y se olvida del mundo, de sus dudas, de sus miedos, de todo. Cuando la besa, se siente viva. Lo hace con maestría, con la experiencia de alguien a quien ya ha besado antes y con las ganas de alguien

que se moría por volverlo a hacer. Se saborean como si fueran el postre más rico del mundo, como dos náufragos después de días sin beber agua, como si fueran a darles un premio. No hay hueco en sus bocas que quede por recorrer, no dejan que el aire pase entre ellos, no pueden parar. No quieren. Él la agarra suavemente por la cara como si pensara que se pudiera escapar de nuevo y ella aprieta fuerte con sus manos sobre su pecho para sentir el latir de su corazón. Un fin de fiesta perfecto con sabor a alitas de pollo.

—Entonces, ¿te volveré a ver?

Ella responde con un beso y una sonrisa y se pierde calle arriba de vuelta a casa, dejándolo allí con cara de tonto y ganas de más, las mismas con las que se va ella. Se tiene que frenar un par de veces para evitar darse la vuelta y volver hasta él para seguir besándolo hasta que los labios se les pongan morados, porque con todo el tiempo que ha decidido perder, va cargada de ganas de Jaime y de sus labios. Pero no, suficiente ha caído por hoy, demasiado se ha dejado llevar. Ha subido muy alto en su escala de la felicidad, no es plan de abusar.

Por el camino no puede parar de reír de felicidad.

Le tiemblan las piernas y no es por los tacones.

Cuando abre la puerta de casa, algo empieza a atormentarla.

Mientras se cepilla los dientes, comienza el desvarío.

Poniéndose el pijama concluye que ha llegado demasiado lejos.

Antes de dormir bloquea a Jaime en todas partes.

Y borra su número, no vaya a ser que ya estuviese siendo demasiado bonito como para ser verdad.

20
Gacela urbana

A mitad noche se ha arrepentido de la decisión, como era de esperar, pero el sueño ha podido con ella y con sus dudas. Eso sí, a las siete de la mañana ya está en pie, se ha echado encima lo primero que ha pillado y se ha lanzado a la calle. Un poco de cardio de nivel bajo es la mejor manera para despejar la mente y asentar sus decisiones.

Que todo esto es por miedo ella lo tiene más que claro, miedo a lo que sea que pueda pasarle si se entrega al cien por cien y deja su vulnerabilidad en manos de otra persona que no sea ella misma. Que sí, que Jaime es de fiar, pero mejor no arriesgarse, mejor seguir viviendo esta vida de huidas hacia delante, de corazón hermético y de poca alteración emocional, porque alterada ella ya vive, aunque si la vieras no lo pensarías. La chica que corre por la calle Princesa parece determinada, inalterable. Una persona con todo bajo control, guapa y exitosa, que aprovecha los primeros rayos de sol para darse a sí misma su ración diaria de endorfinas. Todos pensarían que la música que sale por sus cascos es la enésima lista predeterminada de música para *runners* de Spotify. La realidad es que es una delincuente inofensiva, que sale a correr a esas horas porque nunca consigue dormir más allá de las ocho y le es imposible quedarse en la cama. Una persona guapa, perdida por completo en la vida y absolutamente colada por un chico al que se empeña en empujar de su vida como si alguien fuera a darle un premio por hacerlo cada vez. La guerra que se está librando en su interior entre el amor y el rechazo es inverosímil, quizá por eso es incapaz de compartirla con el mundo. Y a todo esto, la música que sale de sus cascos es de Britney Spears. En su *Blackout* era, ya sabes, la de 2007.

Corre sin rumbo como queriendo huir una vez más y acaba perdida en Callao, que no es el lugar más *friendly* para *runners*. Entre codazos, acelerones y miradas de incredulidad, sortea a peatones y turistas como si de una carrera de obstáculos se tratara. Lo peor es que, en vez de alejarse de la muchedumbre, decide bajar por Preciados hasta Sol, y allí no solo hay gente, también hay obras, como siempre. Le queda poco para ser una profesional del *parkour*. Pero parece que todo le da igual, ya se ha acostumbrado, ya es experta en carreras con obstáculos y corre como si fuera una gacela urbana.

Y entonces, después de tanto correr, llega. Calle de la Pasa. El que no pasa, no se casa. Le da hasta un pelín de grima entrar, no porque ella esté negada a la idea del matrimonio, pero es posible que lo esté. Hace de tripas corazón y entra, que sea lo que Dios quiera. Localiza rápido el edificio donde trabaja Jaime porque es una calle corta y pone el nombre de la empresa en la

puerta, no hacía falta ser un genio.

—Buenos días —dice apoyándose en la mesa de recepción—. ¿Podría avisar a Jaime Serrano?

La recepcionista, que no había levantado la mirada todavía, hace un gesto de sorpresa cuando descubre a Carlota sudada, fatigada y con su conjunto amarillo de deporte delante de ella. Se ha quitado los cascos, pero no ha apagado la música, así que se oye la melodía de *Radar* como si fuera algún tipo de música ambiente.

—Eh, sí, claro. —Muy dócil, descuelga el teléfono y pulsa varias teclas—. Jaime, tienes visita.

La conversación acaba ahí. Jaime también es dócil y no tarda ni cinco minutos en aparecer y no parece nada sorprendido al verla.

—Vamos fuera —dice como único saludo sin mirarla a los ojos—. ¡Enseguida vuelvo! —Con la mujer de recepción es más majo, no se le puede culpar.

Salen otra vez a la calle de la Pasa y Jaime se cruza de brazos mirando a Carlota, esperando algo.

—Hola, eh.

—Hola, Carlota. —La postura y la expresión no cambian.

—¿La mañana bien?

—Llevo media hora trabajando, veo que sigues siendo igual de madrugadora.

—Sí, hay cosas que no cambian.

—Ya, eso me está quedando clarísimo.

—Ay, Jaime, lo siento.

—Ostras, qué rápido, estaba ya preparándome para un tira y afloja mañanero.

—Ha sido una cosa impulsiva propia de una mente desequilibrada.

—Eso te lo has preparado.

—Sí.

—Mira, Carlota. Yo no quiero que quedes conmigo si no quieres, en serio. Pero te pediría que no me marees. Creo que no es mucho pedir.

—Lo siento. —Y le pone ojitos de arrepentida.

Él se acerca y la besa.

—Das asco. ¿Has venido corriendo desde casa?

Carlota asiente y lo vuelve a besar.

—Esta noche damos una fiesta en casa. Vente.

—Joder, qué bien te sientan las mañanas.

Un último beso y vuelve a salir corriendo. Eso sí, ni se plantea volver así a casa. Toca coger taxi.

En Valencia, Andreu y Fiona tienen un breve debate sobre si coger un taxi o ir andando a la estación, finalmente gana la segunda opción y el paseíto de quince minutos hasta Joaquín Sorolla es silencioso y aburrido, porque o nadie dice nada o se limitan a hablar de trabajo como dos perfectos desconocidos con más de diez años de amistad y más de un mes de convivencia. Sonríen de forma falsa, se hacen cumplidos, hay toquecitos en el hombro y muchos refranes, una combi apasionante de querer obviar el elefante en la habitación y la incomodidad que confiere este estado de falserío permanente del que no consiguen salir.

—Hueles distinto —comenta Andreu cuando ya están sentados en el tren.

—He cambiado de colonia —dice ella acercándose el cuello para que la pueda oler mejor. —Nina Ricci por Valentino.

—Cuántos cambios últimamente, ¿no? —añade él inquisidor.

—La verdad es que sí.

«Qué rara está, por favor», piensa él. A lo mejor no está rara, Andreu, a lo mejor está en la senda para ser más ella misma que nunca.

La conversación se corta porque todas las cosas que él querría decir y preguntar no las puede ni decir ni preguntar, así que no le queda más remedio que callar hasta encontrar la manera de proseguir con esta apasionante conversación.

—¿Y Mario cómo está?

—Está muy bien, gracias —contesta ella mirando el móvil.

—¿Os habéis visto hace poco?

—Sí, Andreu, cenamos la otra noche. —Sigue sin mirarlo, pero por su tono se percibe que no le apetece hablar del tema.

—Ah, muy bien.

—¿Algo más que quieras saber sobre Mario? —Esta vez sí que ha girado la cara y lo mira a los ojos de forma directa. Da un poco de miedo.

—Hombre, preguntas tengo muchas… —suelta él con cautela.

—¿Y por qué no las haces? —Ella se ha instaurado en un tono tenso y autoritario.

—Algo me dice que no quieres hablar de ello. —Él se sube al carro de la tensión.

—Andreu, escúchame, ¿tú tienes clarísimo todo lo que quieres en la vida? —Lo mira a los ojos esperando una respuesta. Al no recibirla, continúa—: Bueno, pues yo no.

—No entiendo qué tiene que ver Mario en todo esto —le dice intentando salir del paso ante semejante comentario.

—Con tus chiquis hazte todo el tonto que quieras, conmigo no cuela. Mario tiene mucho que ver en esto.

—¿Por qué no lo dejas? —Las preguntas empiezan a fluir.

—¿Has tenido alguna relación de verdad en tu vida? No. Cuando te enamores de verdad y compartas tu vida con alguien, hablamos.

Andreu se queda mudo. Él, que lleva semanas evitando preguntar, evitando comentar, sabiéndose engañado y obviado. No le molesta el comentario en sí; a fin de cuentas, es cierto. Nunca ha tenido una relación real, nunca ha vivido el círculo narrativo de una relación desde el enamoramiento hasta el desenamoramiento, y todo lo del medio. No sabe, en realidad, qué es la responsabilidad afectiva, porque no la practica. Y eso no lo convierte en una mala persona, en un ser del submundo que es peor por no haberlo vivido. Pero como pasa con cualquier cosa que uno no experimenta, es difícil hablar sin vivir. Para él quizá sea muy fácil con todo lo que sabe, plantearle a su amiga que deje a Mario. A fin de cuentas, ¿no lo ha hecho ya?

Lo que hay en la cabeza de ella son cientos de matices, cientos de dudas, cientos de preguntas, que no tienen una respuesta tan fácil, que no tienen una solución directa. Podría dejar a Mario, podría echarlo de su vida para siempre, pero no es capaz, no es tan valiente todavía. No nacemos con coraje implícito y, si lo tenemos, a veces flojeamos. Una colonia es fácil de comprar, una »mudanza» se hace rápido, un polvo es tristemente sencillo de encontrar, con una calidad mejor o peor. Pero echar de tu vida sin más a alguien a quien has querido, que te ha querido, con quien has compartido todo, que ha sido tu vida, por mucho que los corazoncitos haga tiempo que han dejado de flotar en el ambiente, no es fácil. O al menos, para ella. Nada es tan fácil como un sí o un no, por muy fácil que le pueda parecer a Andreu que, con sus partiditas de pádel, sus pelis de amor cliché y su idilio imaginario con Carlota, no arriesga mucho.

Durante lo que queda de viaje, no hablan y llegan a Madrid con un ambiente tan enrarecido que se limitan a seguirse el uno al otro, darse direcciones con la mano y evitar mirarse. Enmudecidos, porque ninguno es capaz de decir lo que de verdad quiere decir.

Carlota se ha vuelto loca en el supermercado, arramblando con el pasillo de las bebidas espirituosas como si le fueran a dar un premio, así que te puedes imaginar que Borja y ella también tienen un viaje de vuelta a casa interesante, o más bien agotador. Suben toda Fuencarral sudorosos y cargados, tanto que cada dos pasos tienen que hacer un recesito para descansar los brazos, y eso que han cogido el carrito de la compra que dejó el padre de Fran antes de enfermar. Toda una odisea como previa al guateque subterráneo que se avecina esta noche.

—¿Pero cuánta gente va a venir? —pregunta Borja mientras vacía bolsas y carrito, llenos de botellas de alcohol, cuando ya han llegado a casa.

—A ver, ¿cuántos de tus colegas vienen? —responde Carlota, que está ordenándolas una a una.

—Álex y Manu, tu amigo Yeray, Carmen y Pilar. Valen no puede porque está de mudanza, otra vez. —Se acerca hasta una botella con el ceño fruncido y la coge—. ¿Vodka de fresa?

Ella le lanza una sonrisa pícara y se la arrebata de nuevo devolviéndola a su sitio.

—Por los viejos tiempos —responde con picardía—. Fiona ha dicho que dos de las pesadas de sus amigas están aquí también, ¿no?

—Sí, Marta y Ángela, creo.

—Qué coñazo… También vienen tu novio y sus amigos, ¿no?

—Sí, Miqui viene con dos amigos —y enfatiza cuando dice Miqui porque, aunque quiere, novios no son todavía.

—Y mi amiga Merche, que la he invitado.

—¿Quién es Merche?

—Sus padres y mis padres son amigos, nos conocemos de siempre. Llevo desde que me mudé pasando de ella. Creo que es buen momento para reconectar. Creo que trae a un par de amigos también.

—Hablando de reconectar, ¿cómo fue la cena de ayer? —Bien traído, Borja.

Ella se limita a sonreír y, sin decir más, se deja caer en el sofá. Él pone los ojos en blanco y la imita, apoyando su cabeza en su regazo.

—Carlota, cielo, ¿es todo esto necesario? —pregunta levantando la mano por encima del sofá y señalando las más de veinte botellas que decoran su cocina.

—¡Es una fiesta, claro que lo es! ¡Va a ser épica!

—Estás inusualmente eufórica, deduciré que lo de anoche fue bien. ¿Lo has invitado?

Ella coge un almohadón y se lo pone en la cara, en la de él. Borja se consigue zafar y tienen una breve pelea de almohadas, propia de dos seres encaprichados como son ellos dos. Parecen salidos de una comedia adolescente americana, dos amiguitos haciendo el tonto, que son tontos y tienen a otros dos tontos detrás de ellos. Cuando suena el timbre, se ríen con cara de bobos y Borja, bajando de un salto del sofá, corre a abrir.

—¡Bienvenidos! —grita con toda la efusividad que le sale mientras Carlota, de rodillas en el sofá, menea los brazos con emoción.

Al otro lado del marco de la puerta, los otros dos no responden, cada uno cargado con su maleta y con una cara de mala leche hasta el suelo. Andreu da un abrazo breve a Borja y Fiona le planta dos besitos rápidos en la mejilla. Sin acercarse siquiera a Carlota, van hasta las habitaciones mudos y con decisión.

—¡Hola a vosotros también! —grita Carlota aún desde el sofá—. Es una alegría veros.

Borja y Carlota se miran extrañados. Él le hace un gesto con la manita para que se levante, ella lo obedece a regañadientes y cada uno se mete en su habitación.

—Pero ¿qué está pasando? —le pregunta Borja a Andreu cuando entra.

—Muchas cosas, Borjita, al parecer están pasando muchas cosas —responde Andreu tumbado en su cama.

—¿Muchas cosas de qué?

—Pues eso quiero saber yo, pero al parecer no puedo ni preguntar.

Cuando Carlota entra en su habitación, Fiona está haciendo una cosa muy típica de ella en los últimos tiempos: vaciar la maleta y colgar la ropa en armario ajeno.

—¿Todo bien, cariño? —le pregunta Carlota.

—¿Por qué no iba a estarlo? —repregunta Fiona con su ya perenne cara de póker.

Y, claro, ella que sabe cosas, no se sorprende por la respuesta. Conoce a su amiga, o eso cree, claro. Se dice eso de »dime con quién andas y te diré quién eres», y claro, estas dos han andado tanto juntas que a Fiona se le ha acabado pegando el hermetismo de Carlota y, como no podría ser de otra manera, ella lo respeta.

Andreu despotrica, de manera velada, durante un buen rato ante los atentos oídos de Borja, y Fiona ya le cuenta a Carlota la enésima historia de Paquito, obligándola a ver cada foto, cada vídeo. Fiona está embelesada con el bebé, embelesada con la crianza e invadida por un instinto maternal anormal que jamás nadie había esperado de ella. Pero eso no va a decir nada, tampoco.

Cuando cree que ya han estado demasiado tiempo de esparcimiento tenso, Borja los reúne en el salón con el ambiente aún raro. La sonrisa de él se le va a salir de la cara y los otros tres lo miran confusos.

—¿Estáis preparados? —pregunta.

—¿Preparados para qué? —inquiere Andreu sin mirarlo, abriendo mucho los ojos al descubrir todas las botellas de alcohol en la cocina.

—Es una sorpresa.

—No me gustan las sorpresas.

—Mira, Carlota, calla y vente.

Nadie más rechista y, liderados por Borja, salen a la calle rumbo a una sorpresa rara, rara, rara. Por si acaso, Carlota mete cuatro petacas bien cargaditas en el bolso, que nunca se sabe.

21
Una panda de Dorothys

—¿Tú sabes a dónde vamos? —pregunta Carlota.

—Saberlo lo sé —responde Borja.

—Vamos, que no —interviene Andreu.

—Yo lo único que os pido es que os relajéis y disfrutéis de la sorpresa —añade Borja hastiado.

—Cielo, llevamos una hora haciendo transbordos —sentencia Fiona y añade—: Que menos mal que Carlota ha traído las petacas bien cargaditas.

En ese momento, cada uno coge la suya, codo para arriba y buen trago para dentro. A ver si Borja los está llevando a una reunión de Alcohólicos Anónimos, tendría guasa.

—¡Ya está! ¡Hemos llegado! —exclama levantando la petaca en un gesto de victoria—. ¡Suanzes!

—¿Quién es Suanzes? —susurra Andreu.

—Suanzes es la parada de metro —murmura Fiona de vuelta sin mirarlo para después pasar por delante de él con displicencia y salir del vagón. Andreu pone los ojos en blanco y la sigue.

Qué distinto es el Madrid que no se ve del Madrid que se ve. El qué te cuentan, el qué te crees. Al salir a la calle, se sienten en otro lado, en una ciudad distinta que no es Madrid. Más allá de la M30, donde la ciudad sigue existiendo lejos del Madrid »real», lejos de un Chamberí en el que unos viven y por el que los otros se mueven siempre que están de visita. Cuesta recordar que Madrid es mucho más que una mañana de compritas por Serrano, unas birras en Lavapiés, un paseíto por el Retiro, un tardeo en Ponzano, una cenita rápida en La Latina o una noche de fiesta en Chueca. Madrid es más grande que eso, y todo es Madrid, aunque les esté costando creerlo mientras caminan por una calle Alcalá muy alejada de la calle Alcalá que conocen. Todo se ve menos cosmopolita, menos guay y, sobre todo, menos apasionante. Como si fueran una panda de Dorothys, pero al revés. Se han ido de OZ para adentrarse en el Kansas más profundo.

—¿Vienes mucho por aquí? —dice Fiona extrañada, mirando a su alrededor con más aire esnob del que tiene de normal.

—¿Tú qué crees? —le responde él mirando al frente, concentrado en encontrar la calle que necesita encontrar en esta maraña de desconocimiento urbano en la que se encuentran.

—¿Puedes decirnos de una vez dónde estamos? —A Carlota todo este trasiego le resulta insufrible.

Borja se lo piensa un segundito, saca su petaca, le mete un buen trago y sigue liderando la expedición con determinación. No deberían tardar mucho más en llegar.

—Pues a ver, creo que todos estamos un poco así asá con la vida, ¿no? —empieza a decir.

Nadie verbaliza que en sus cabezas ha habido una respuesta unánime y rotunda en forma de »SÍ» a esa pregunta tan insidiosa.

—He pensado que sería muy buena idea, ya que no solemos estar los cuatro juntos, que nos entreguemos a las sabias manos de una profesional de la vida para que nos ayude a sacar todas estas cosas que llevamos dentro.

—¿Una prostituta?

—Carlota, por favor…

—¿Puedes ser más claro? —pregunta Andreu con hartazgo.

Entran en una calle de edificios de ladrillo, bastante actuales y totalmente dejados. Borja mira con atención las puertas hasta que se para y señala con el dedo lo que parece un edificio sin más.

—¿Aquí? —pregunta Fiona levantando la mirada.

—Aquí.

—Vale, ya. Me tenéis harto de ser siempre tan crípticos. Borja, ¿dónde estamos? —En realidad, Andreu está harto.

—Vamos a una bruja.

El silencio se apodera de un grupo en el que el *whisky* de las petacas ya está empezando a hacer mella. Andreu, Carlota y Fiona están mudos y se limitan a seguir a un Borja decidido que empuja la puerta de un portal cualquiera y accede al edificio, que parece abandonado y deshabitado. No se escucha ni un solo ruido, no parece que haya allí ni un alma y en la puerta del ascensor hay pegado un cartel roñoso que avisa de su avería. Borja enciende la linterna del móvil, encuentran unas escaleras tras una puerta chirriante y se adentran en un mundo tenebroso. Ellos con los testículos de corbata y ellas con el alma por los pies.

—Borja… —susurra Carlota.

—¿Carlota?

—Si muero hoy, caerá sobre tu conciencia.

—Si mueres tú, muero yo.

—Qué cosas más bonitas me dices.

—Por estadística, según las películas, Fiona sería la superviviente. Las rubias y los frikis suelen morir. Y Borja es gay, así que muerto también —dice Andreu en un susurro en un intento de reconectar con Fiona antes de su inminente muerte.

—Qué maravilla… —Fiona responde, con cierto resquemor en su tono.

Continúan subiendo, escalón a escalón, acojonados por la oscuridad, el ruido intermitente de las cañerías y esa sensación tan mundana de saber que algo no va bien, un poco como sus vidas. Vaya, nada nuevo.

—Si te estás queriendo vengar por algo que te hemos hecho, dilo ya y acaba con esta tortura —Carlota habla muy bajito.

—¿Cuando me dejasteis solo y no tenía ni dinero ni batería y tuve que liarme con aquel checo para que me dejara pedir un Uber?

—Lo dices como si lo hubieras pasado mal, Borjita —responde Andreu subiendo un poco el tono para acabar asustándose de su propia voz.

—Estaba bueno el checo —interviene Fiona nostálgica.

—Sí que lo estaba… —en la voz de Borja se nota la melancolía por el pasado—. Parece mentira que hayan pasado casi diez años.

—Hola.

A los cuatro se les para el corazón por completo al escuchar una voz que no corresponde a la de ninguno de ellos, y los berridos que salen de sus bocas acaban con el anormal silencio que reina en el edificio. Carlota se cae al suelo y hace que Borja caiga con ella, acabando los dos abrazados tapándose la cara cada uno con la cabeza del otro. Andreu y Fiona se han agarrado instintivamente de la mano y no parecen tener intención de soltarse. La voz no dice nada más hasta que Borja, con los ojos aún cerrados, empieza a guiar la luz de la linterna de su móvil hacia la voz. Comienza por unos pies, calzados con sendas zapatillas de ir por casa moradas, adornadas con corazones. Conforme va subiendo, se empieza a intuir una figura pequeña, con un chándal de terciopelo gastado y una trenza larguísima, cana y encrespada que sobrepasa el límite del culo. Tiene la piel más arrugada que la frente de un miope, unos ojos chiquititos en los que se intuyen unas cataratas preocupantes y una boca, que se dibuja en su cara como una línea finísima y tan recta que parece trazada con regla. Durante unos segundos que parecen eternos, nadie dice nada. Lo único que se escucha es el palpitar rápido de los corazones de la pandillita.

—¿Borja Sáez? —dice por fin la mujer.

A Borja no le salen las palabras porque está aún recuperándose del susto y solo acierta a responder cuando Carlota le da un codazo en las costillas.

—S… sí, soy yo. —Y levanta una mano como si estuvieran en clase y la señora arrugada fuera la maestra pasando lista.

—Seguidme.

No dice nada más y se pierde en el rellano hacia la oscuridad. Fiona ayuda a Borja a levantarse y Andreu hace lo propio con Carlota. Corren tras ella, que camina lento, así que no les es difícil alcanzarla cuando llega al umbral de la puerta que debe de ser su casa.

—Qué maleducada, no me he presentado. Soy Adelaida —habla con una voz tan autoritaria que los cuatro asienten obedientes a cada palabra—. Ni Adela ni Ade ni nada de eso. Adelaida. Seguidme.

Se adentran en el interior de un piso por el que parece que no haya pasado nadie en años. Un pasillo largo y oscuro, mal pintado, con una pared de espejo a la derecha y puertas cerradas a la izquierda. La posibilidad de que aquello sea lo último que vean antes de morir los invade por dentro, pero siguen avanzando en fila india, cogidos de la mano, como niños de guardería en una excursión al parque. Temen que en cualquier momento vaya a aparecer por allí una niña poseída por el demonio, el espíritu de una monja vengativa o un asesino enmascarado cargado con una sierra eléctrica. Cualquier cosa es posible. Al final, al acabar el pasillo, se abre una habitación muy amplia que bien podría ser un trastero polvoriento, una tiendecilla del rastro. Todas las paredes están cubiertas por estanterías envejecidas, repletas de artilugios, cachivaches y libros. También hay baúles, mesitas de café con lámparas y más artilugios y cinco sillas dispuestas en el centro de la sala encima de una alfombra vieja y polvorienta que acabaría con un alérgico de un plumazo. Cuatro de las sillas están en línea, una al lado de la otra, y la quinta está justo en frente.

—Sentaos —les ordena la bruja haciendo un gesto con la mano hacia las sillas—. El mayor en la primera y el menor en la última. Los otros dos en orden en las del centro.

Fiona se sienta en la primera silla, Carlota en la segunda, Andreu hace lo propio en la tercera y a Borja le toca la cuarta. Una vez sentados, Adelaida se sienta en la suya, que tiene una almohadita con forma de donut.

—Tengo almorranas —dice aún muy seria.

—Cuánto lo siento —añade Fiona con tono delicado.

Adelaida, por supuesto, obvia el comentario y se acomoda en el donut.

—Me están entrando náuseas —suelta la bruja con una expresión de asco absoluto en su rostro.

—¿Por las almorranas? —pregunta Andreu confundido.

—No. Hay algo aquí, en el ambiente… Algo apesta.

Se levanta de su silla como puede y se pone a olfatear la habitación como un perro buscando un tesoro. Recorre el lugar con la nariz por delante y muy concentrada, sin soltar prenda. No hay rincón que quede por olisquear cuando dirige su mirada a la pandillita. Rápidamente llega hasta ellos y repasa con su nariz cada centímetro de su anatomía. Ellos están mudos y se limitan a mirarse tensos y asustados.

—Sois vosotros —sentencia por fin volviendo a su silla.

—Me querría haber duchado antes de venir, pero no me ha dado tiempo —murmura Borja avergonzado—, pero me he echado desodorante.

—No es tu axila. Son vuestras auras, están que dan asco.

—Ah, bueno, me quedo más tranquilo.

—Que alguien me coja, por favor, me voy a caer. —Adelaida empieza a tambalearse en la silla, su estómago se contrae como si estuviera sintiendo retortijones y de su boca sale un ruido de arcada bastante desagradable.

Andreu se levanta sin pensarlo dos veces y corre hasta ella, que está muy cerca de caerse de la silla. Cuando las manos de él agarran con fuerza el brazo de ella, el cuerpo se le queda rígido, entra en una especie de trance y se le ponen los ojos en blanco. Se zafa de Andreu y lo agarra por la mano en un movimiento tan rápido que él juraría no haber ni notado.

—¡Coño, qué susto! —es lo único que acierta a decir.

—Andrés…

—En realidad es Andreu, somos valencianos…

Adelaida corta el trance una milésima y coloca su dedo índice sobre los labios de Andreu para hacerlo callar.

—¿Cuántos años llevas así?

—¿Así cómo?

—Con esto aquí guardado, esta carga que no te deja avanzar.

Adelaida coloca entonces una mano sobre el corazón de Andreu y la otra en su vientre haciendo movimientos circulares con los ojos cerrados al ritmo de un »omm« constante.

—Todo lo que no dices está aquí dentro. Vuelve a tu silla. —Él lo hace sin rechistar, como poseído por la rareza del ambiente. Con dificultad, Adelaida se levanta y coge una vela pequeñita amarillenta de una de las mesitas de café. Con mucha más delicadeza de la que lleva mostrando desde que han empezado, la deja en las manos de Andreu, que la coge con decisión —. Te voy a dar una cerilla hecha con madera de álamo. La debes encender y prender la mecha de la vela. Cuando la vela se haya fundido por completo, hablamos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, de acuerdo.

Adelaida le da la cerilla a Andreu que con dificultad, intentando que no se caiga la vela, sigue los pasos que la bruja le ha ordenado. Cuando tiene la vela encendida, se queda sentadito como si fuera un niño castigado.

—Los de los extremos, os toca —sus dedos huesudos y torcidos señalan a Fiona y Borja.

Los dos se miran atemorizados, se levantan y, cogidos de la mano como si fueran rumbo a su ejecución, caminan hasta Adelaida. Cuando llegan, las manos de ella se colocan sobre el vientre de Fiona, masajeando con cuidado.

—¿Qué pasa aquí?

El masajeo se vuelve más intenso como si Adelaida hubiera localizado algo y necesitara averiguar qué es, como si en el vientre de Fiona hubiera algo oculto.

—Aquí se está cocinando algo.

Después de decir eso, en un movimiento casi de ninja, agarra con fuerza las manos de Borja, obligándolo a acuclillarse frente a ella. Después, suelta una carcajada fuerte y violenta, que dura mucho más rato de lo que se podría considerar normal.

—Deja de intentar detenerme —dice sentenciosa cuando su risa para de golpe.

—¿Yo?

—Sí, tú. Deja de hacer presión.

—No estoy haciendo nada —murmura Borja con un hilito de voz.

—Borja Sáez, eres gilipollas.

Esta sentencia lo pilla desprevenido y Carlota no puede evitar soltar una risita que contagia a Andreu, haciendo que casi se le caiga la vela de las manos.

—Id a esa estantería —dice Adelaida soltando con rapidez a Borja y señalando una de las estanterías de la derecha—. Coged cada uno una taza y volved aquí.

Ninguno rechista ni habla, ni levanta la mirada del suelo, y obedecen yendo hasta la estantería designada.

—¿Cómo has dado con Adelaida? —le pregunta Fiona en voz muy bajita.

—Me la recomendó mi amiga Valen.

—¿Y le caes bien?

—Se supone que es la mejor bruja de todo Madrid.

—Cielo… Te acaba de llamar gilipollas…

—Silencio los de la estantería, hay que tomarse esto en serio —escuchan a sus espaldas.

—La mejor no lo sé, pero mandona es un rato —sentencia Fiona.

Se pasan un ratito observando qué taza coger mientras el silencio sigue dominando la habitación. Cada taza es de su padre y de su madre, unas más viejas, otras más nuevas, algunas de porcelana, otras de cerámica. Hay tazas rotas, tazas de flores, tazas con mensajes motivacionales. Hasta una que debe haberle regalado algún nieto a Adelaida con el mensaje «Abuela, eres lo más«. Cuando se deciden, dan media vuelta y vuelven hasta Adelaida. Ella coge una tetera de metal de una de las mesitas de café y llena sendas tazas con agua hirviendo.

—¡Quema! —exclama Borja.

—Siente el calor en tus manos…

Borja no se vuelve a quejar, pero siente tanto el calor que piensa que de un momento a otro se le erosionará una mano.

—Ahora volved a la estantería y echad tantas cucharaditas de té negro como creáis conveniente. Después, volved a las sillas. Cuando el líquido atempere, hablamos, ¿de acuerdo?

Sin rechistar, siguen las instrucciones hasta acabar de vuelta en sus sillas, cada uno en un extremo de la fila.

Carlota lleva desde que se han sentado con una sonrisilla escéptica y los brazos cruzados en una pose de superioridad moral muy propia de ella. Ella, siempre recelosa de lo empírico, de lo irracional. Ella, huidiza y cobarde. Ella, frente a frente con un bruja.

—Rubia, es tu turno.

Se levanta con aire chulesco como el rebelde de la clase cuando el profesor le llama la atención y tiene que recorrer las hileras de pupitres hasta la puerta porque lo han expulsado del aula. Cuando llega hasta Adelaida, esta la observa bien de arriba abajo. Fija sus ojos enfermos en los círculos ámbar que decoran las cuencas de Carlota.

—Arrodíllate —le manda.

—¿Perdona?

—Que te arrodilles.

De mala gana, Carlota le hace caso y se arrodilla frente a ella como una feligresa frente a un cura. Adelaida coloca sus manos en su cabeza y mueve los dedos como buscando piojos. Se pasa así un buen rato.

—Todo está aquí y no debería —dice Adelaida para sí—. Rubia, ¿por qué está todo aquí?

—¿Cómo que aquí?

—En tu cabeza, rubia. ¿Por qué está todo en tu cabeza?

No le deja contestar porque en un abrir y cerrar de ojos aparta las manos de su cabeza y las coloca en su pecho, sobre su corazón.

—Rubia, aquí hay mucho hueco, muuuucho hueco. Lo sabes, ¿no?

Carlota permanece en silencio, con el ceño fruncido y lamiéndose los labios en gesto de crispación.

—Aunque quizá ya sea demasiado tarde. Vuelve a tu silla.

Muy confundida y confusa, vuelve a su silla y se sienta sin siquiera mirar a sus amigos. Cuando lo hace y levanta la mirada, tiene a Adelaida de vuelta frente a ella con los ojos otra vez clavados en los suyos.

—Joder, Adelaida, qué susto.

—Dame tu mano derecha.

A regañadientes, Carlota obedece y como una adolescente rebelde le extiende el brazo y posa la mano sobre la de Adelaida. Esta empieza a recorrer los surcos de su palma con cuidado.

—El hombre que está llamando a tu corazón está cerca —dice trazando algo en su mano —. Está de vuelta. —El trazo empieza a hacerse más y más claro—. E… efe… ge… hache… i… ¡JOTA! Esa es tu letra, la jota.

—Jota de Jaime, curioso… —murmura Borja fijando aún su mirada en su taza.

—¿Quién es Jaime? —pregunta Andreu con su vela casi consumida en la mano.

—Los de las tazas, venid.

Borja y Fiona se asustan y se ponen de pie siguiendo a Adelaida, que vuelve a su silla a paso lento.

—Bebed el té de un solo trago.

Ellos se miran por un instante y recordando las noches de fiesta de borracheras universitarias, posan los labios en las tazas y para dentro con el té. Cuando acaban, tienen los labios arrugados en una expresión de desagrado absoluto.

—Borja Sáez, ¿qué ves en tu taza?

Borja se lleva la taza a la altura de los ojos y descubre que los posos que ha dejado su té trazan diferentes formas.

—Esto… ¿Un barco?

—Vaya, vaya… —empieza a decir Adelaida—. Se avecina una visita inesperada, si no ha llegado ya… Un viaje revelador en compañía de un viejo amigo. ¿Algo más?

Con la imagen de Lucas, el que debe ser ese viejo amigo en su mente, se esfuerza en encontrar una figura que cuadre más con lo que quiere y no tenga que ver con su dichoso ex.

—Hay como una torre, como un bloque de viviendas.

—Deformación profesional… —murmura Carlota.

—Rubia, eres muy impertinente —dice Adelaida sin apartar los ojos de Borja—. Eres un gilipollas con suerte —le suelta a Borja—. Se avecinan cambios, Borja Sáez. En tu vida terrenal y en tu vida espiritual. Veo un viaje.

—Viaje el que nos hemos metido viniendo hasta aquí.

—¡RUBIA! —brama Adelaida con un tono de voz que asusta al miedo. Carlota se caga encima—. Soy bruja, ten mucho cuidado.

Después, coge la taza de las manos de Borja y la revienta contra el suelo haciéndola añicos ante el estupor de los cuatro.

—Tu turno, ¿qué ves?

Fiona estudia su taza con toda la atención posible, busca entre sus formas, las analiza. Cada vez ve algo distinto, pero al final da con lo que, cree ella, es la forma correcta.

—Una chimenea, veo una chimenea.

—Tienes muchos secretos, demasiados secretos…

Fiona nota cómo a su espalda Andreu se mueve con inquietud. Afectivamente lo hace, quiere estar muy atento a lo que sea que vaya a decir la bruja sobre esos secretos.

—Los secretos serán revelados poco a poco, a tu ritmo. Toda esta angustia que tienes saldrá hacia fuera y renacerás.

Coge entonces la taza de sus manos y la revienta contra el suelo también.

—Creo que había más formitas.

—No las había —sentencia Adelaida seria.

—De acuerdo —Fiona acata sin rechistar.

—Volved a vuestros asientos. —lo hacen y Adelaida clava su mirada en Andreu—. La vela debería apagarse en tres… dos… uno…

Y como por arte de magia, la vela de la mano de Andreu se apaga. Ninguno de los cuatro da crédito, incluso Carlota está atónita.

—El hechizo ha surtido efecto.

—¿Qué hechizo?

—Lo descubrirás, Andrés…

—Andreu.

—Como sea. El enamoramiento que crees sentir se diluirá…

—¿Qué enamoramiento? —pregunta Borja con el ceño fruncido.

—Venid aquí los cuatro —ordena Adelaida obviando a Andreu por completo. Ellos acuden hasta ella una vez más—. Dadme las manos, hagamos un círculo.

Como si fueran a jugar al corro de la patata, se cogen fuerte de las manos de Fiona a Borja, con la mano derecha de ella agarrada a la de Adelaida, y la izquierda de Borja cerrando el círculo al otro lado.

—Borja… —dice Adelaida justo antes de entrar en un trance que da miedo. Aun con los ojos cerrados, empieza a hablar—. ¡BORJA!

—¡¿Qué pasa?! ¡¿Qué pasa?!

—¡BORJA, SOY JULIO!

El silencio se vuelve a apoderar del lugar mientras el *shock* se les mete en el cuerpo. Borja está mudo y nadie reacciona ante tal revelación. El bueno de Julito ha poseído a Adelaida, esto sí que no se lo esperaban.

—¡Borja, déjate de mamoneadas! ¡No quieras acabar como yo! ¡Libérame! ¡Libéeeerame!

Los otros tres miran a Borja con cara de pánico, como apremiándolo a hacer algo, a liberar a Julio-Adelaida de lo que sea que debe liberarlo.

—¡Yo te libero, Julito!

—¡Rubia! ¡El tiempo se va a acabar, se va a agotar! —Adelaida tiene que tragar saliva y aprovecha unos segundos de confusión para descansar la voz—. ¡Andrés, sácalo todo de tu cabeza, ese no es su sitio! ¡Desenamórate, sácala de ahí!

La respiración de Adelaida se ha ido acelerando conforme avanza este momento de la sesión, cada vez respira más y más rápido, más y más fuerte.

—¡En tu interior se está cocinando algo! —Clava los ojos en Fiona. —¡El Universo está contigo!

Como si la acabara de alcanzar una onda expansiva, Adelaida cae en su silla soltando sus manos

de las de Borja y Fiona. Ninguno dice nada ni tan siquiera se sueltan las manos mientras ella yace descompuesta encima de su donut, con sus movimientos torácicos bajando en intensidad y los ojos bien cerrados. Las mentes de los cuatro están completamente descolocadas e intentan trazar un dibujo menos abstracto de lo que acaba de suceder.

Cuando pasan unos minutos, Adelaida se recoloca en la silla y vuelve a abrir los ojos.

—Son cien euros más la voluntad.

Los cien euros se los da Borja y la voluntad es un billete de cinco euros roñoso que Andreu saca del bolsillo.

Salen de allí en silencio y deshacen el camino hecho hace un rato sin soltar prenda, cada uno muy metido en sus pensamientos.

—Pues vaya gilipollez, ¿no?

En efecto, Carlota es la primera en hablar.

—¿Estás segura? —Borja la mira con una media sonrisa.

—No te habrás creído todo este teatro, ¿verdad?

Borja no contesta, pero Andreu y Fiona se limitan a mirar al suelo también, sin decir nada en absoluto, lejos del escepticismo de Carlota. Más próximos a dar absoluta veracidad a las palabras de una bruja, porque no ha dicho nada raro, dentro lo raro que ha sido todo en ese esperpéntico pico.

—¿Estáis de coña?

—No lo sé, Carlota… —empieza a decir Andreu—. Todo tiene bastante sentido.

—¿El qué de todo?

Borja va a pronunciarse para defender el honor y la profesionalidad de Adelaida, pero su móvil vibra, sacándolos a los cuatro de la conversación.

—¡Borja! ¿Dónde estáis? —Es Miqui.

Borja mira el reloj y flipa al ver la hora que es: las nueve. Mucho más tarde de lo que debería teniendo en cuenta que han quedado con todos a las nueve.

—Estamos llegando… —acierta a decir, haciendo gestos con las manos para que el resto se apresuren.

—Tú siempre estás llegando. ¡Estamos todos en la puerta! Está aquí el hijo de tu casero, pero no ha traído las llaves, dice.

¡AY MI MADRE! El hijo del casero y el cántabro, los dos juntos en un mismo espacio.

Borja cuelga abruptamente, sin despedirse ni nada.

—¡Fran está allí, con Miqui! —dice muy exaltado parándose en seco en mitad de la calle justo delante de Carlota.

—Hostia —dice ella sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—¿Quién es Fran? —pregunta Andreu confundido, que aún sigue queriendo saber quién es Jaime.

—Tú pide un *Bolt* o un *Uber*, lo que sea —le ordena Borja sin apartar sus ojos de Carlota, después la señala—. Estás muerta.

Muerta o no, se avecina una noche intensa. Cuando llega el coche a recogerlos, están a veinte minutos de casa. Tarde llegan seguro, como a todo.

22
Somos muy populares

Cuando se bajan del coche, son recibidos por un coro de vítores que hacen que todo viandante se pare a mirar en un ejercicio de cotilleo muy español. Los aplausos, los silbidos y los gritos invaden la calle Palafox ante estos cuatro, que aún no están del todo recuperados de lo que acaba de pasar en Suanzes.

Allí están todos los invitados, conocidos y desconocidos: Los cinco »amigos de Madrid» de Borja, al lado de las dos »amigas de Valencia» de Fiona. Una desconocida para todos menos para Carlota, que debe de ser su amiga Merche, sonriendo impactada, rodeada de un grupito de cuatro, que deben de ser los amigos que dijo que iba a traer. En un extremo están Miqui y sus dos amigos de Santander, al otro está Fran. Y a su lado, la joya de la corona, el invitado inesperado: Jaime.

—¿Me explicas eso? —le dice Borja al oído a Carlota, señalando a Jaime con disimulo.

—Es mi amigo.

—No me digas…

Carlota sale disparada a abrazar a su amiga Merche, de la que, como de Jaime, nadie había oído nunca hablar. Saca todo su magnetismo al conocer a los amigos de esta, al reencontrarse con los amigos de Borja, Yeray incluido, y al darle dos besos a Fran, que se pone colorado cuando ella se le acerca. Después, saluda a Miqui y amigos, dejando a Jaime para el último, porque lo bueno siempre para el final. No le besa, no por falta de ganas. Pese al enchoche, su esencia sigue siendo la misma y hay demasiado público para su gusto. Así que se limita a abrazarlo, acomodándose entre sus brazos duros.

—¿Por qué me suena ese chico? —le dice Andreu a Borja al oído cuando son ellos los que saludan a las amigas de Fiona, obviando Andreu la expresión de asco que siempre le pone el grupito, porque lo culpan de »haberle roto el corazón a Ali».

—Es su amigo Jaime. Un amigo del que ninguno habíamos oído hablar nunca, ¿verdad?

Borja deja también a Miqui para el final, y el reencuentro es como de película, pero sin beso. Sus miradas lanzan llamaradas y sus sonrisas se forman solas. El abrazo es como el de dos amantes reencontrándose después de una guerra.

—¿Huelo bien? —susurra el cántabro al oído de Borja.

—Quiero casarme con este olor —murmura Borja de vuelta sin ningún tipo de censura.

Y si no se besan, es porque no es el momento, pero se quedan muy cerca, uno frente al otro, nariz con nariz, aliento con aliento, cuerpo con cuerpo.
Cuando la escena es demasiado como para resultar incómoda para el resto, se separan a duras penas y Miqui le presenta a sus amigos.

—¡Encantado de conocerte en persona! —dice el primero, que se llama Beltrán.

—Porque cara ya llevamos meses poniéndote —añade el segundo, Óscar, con sonrisa cómplice.
Dos buenos pijorros cántabros como el cántabro del corazón de Borja.

Por supuesto, Borja obvia por completo a Fran, que hace algún que otro amago de acercarse, y cualquier excusa es buena para que Borja se escabulla.
El espacio en el sótano es limitado, así que todos se apiñan dentro como en un videoclip de Britney Spears. La gente se sirve sus copas con maestría y Borja y Carlota ejercen de anfitriones con soltura. Piden unas pizzas para cenar y el subterráneo se llena de jarana y risas.

—¿Cómo va eso, Jaime? —Borja lo sorprende por la espalda cuando este está enfrascado en una apasionante conversación sobre relaciones a distancia con Pilar.

—¡Borja! —exclama él, Pilar se aparta volviendo con los otros amigos de Madrid—. Qué de gente.

—Hoy he estado con Julio. —La visita a la bruja y el alcohol dificultan que se comporte como una persona normal.
Jaime se queda tieso al escuchar eso, pero Carlota, que ha visto cómo Borja se acercaba desde el otro lado del salón, corre a cortar la conversación.

—¿Qué se cuece por aquí? —dice intentando sonar todo lo tranquila que no está.

—Estábamos hablando de Julito —contesta Borja con franqueza—. ¿Tú sabías que él nos presentó a todos? —dice mirando a Jaime.

—Creo que he visto a tu amante hablando con tu novio —miente Carlota para persuadirlo —. Corre a ver si se lía la cosa más aún.
El pánico se apodera de un Borja algo perjudicado que abandona la conversación rápido y sin despedirse.

—Dice que hoy ha estado con Julio.

—No le hagas caso.
Hay unos segundos en los que no hablan y se limitan a sonreír y a mirarse a los ojos coquetos.

—Mucha gente, ¿no?

—Somos muy populares, ya ves.
—No me digas —responde él flirteando, ella asiente con cara de boba—. ¿De dónde veníais tan

tarde?

—No quieras saberlo.

Pero venían de que una bruja muy rara le confirmara que alguien cuyo nombre empieza por jota está llamando a las puertas de su corazón. Jaime, ¿no? Aunque este lleve más de un año dando mamporros sin que ella haya podido evitarlo.

Apoyado en la encimera de la cocina, Andreu mira con suspicacia la escena mientras se acaba su segundo cubata y le da un mordisquito a un trozo de pizza de pepperoni.

—¿Quién es ese tío?

A su lado, Fran lo mira confuso mientras se sirve unos hielos y se carga bien de ron su cubata.

—¿Te sirvo otro? —dice como respuesta.

—Sí, cargadito.

—¿Qué tomas?

—Lo que sea. —Aprovecha ese momento para dejar de mirar cómo Carlota y Jaime tontean como quinceañeros y se fija en Fran por primera vez.

—¿Y tú quién eres?

—El hijo del casero.

—Anda…

Fran se pone colorado, le pone la copa en la mano y se esfuma en otra dirección.

Borja, que no ha podido completar su misión falsa de separar a Miqui y Fran, ha sido detenido por Fiona y sus amigas, alegando que Marta tiene frío. Al parecer, veinte personas en un sótano minúsculo no dan suficiente calor humano para la chica. Así que le toca ir a su habitación a buscar algo para que se tape un poco.

—Hola.

Borja da un brinco del susto. Si no ha infartado hoy por los sustos, quizá no lo haga nunca. Se gira, es Fran.

—¡Joder!

Borja vuelve a girarse a rebuscar en el armario mientras el hijo del casero se acerca hacia él como haciendo una especie de ritual de cortejo.

—¿Qué buscas? —susurra seductor en su oído.

—Una sudadera, una de las amigas pesadas de Fiona dice que tiene frío.

—¿Tú no tienes frío?

Borja deja de buscar y se gira para descubrir que tiene al chico pegado a él.

—¿Qué haces?

Fran se lanza entonces a besarle el cuello.

—Para… —Apartándose de él.

—¿Sí…?

Y lo vuelve a repetir, esta vez alcanzándolo y recorriéndolo con la lengua hasta llegar al lóbulo de su oreja.

—Fran, en serio.

Borja le da un empujoncito y se aparta.

—Va, nos da para uno rápido y volver a la fiesta como si nada.

—Fran, creo que nuestra relación sexual tiene que acabar.

—Pues uno de despedida nos vendría de perlas. —Y le lanza un guiñito.

—En serio, me lo he pasado genial follando contigo, pero ahora quiero otras cosas en mi vida.

—¿Qué cosas?

—Eso no es de tu incumbencia porque no somos amigos.

—No somos amigos porque tú no has querido.

—Y te pido disculpas. Si quieres que seamos amigos, estoy abierto.

—Abierto, eh…

—Eres un cerdo. —Pero, en el fondo, le ha hecho gracia.

Sale de la habitación con la sudadera en la mano y muy orgulloso de sí mismo seguido del otro más cachondo que una mona. Localiza a Fiona y sus amigas en una esquina del salón bebiendo, claro.

—Borja —le dice Marta al verlo llegar—. ¿A que tiene que volver con Mario?

Él le da la sudadera y gira la cabecita para mirar a Fiona, que tiene una expresión de hartazgo impresionante.

—Amor, Marta. Eso es cosa de Fiona, lo que quiera ella hacer, bien hecho estará.

Fiona se lo agradece pasándole el brazo por la espalda y dándole un apretón amistoso en el brazo.

—Eso le digo yo —interviene Ángela—, pero como ella ha vuelto con su ex…

—¿Con el de siempre? —se sorprende Borja.

—Sí, con el que le pone los cuernos cada vez que vuelven —suelta Ángela ni corta ni perezosa.

—Tía, no seas injusta, me ha pedido perdón. —Ninguno dice nada más, así que ella sigue con lo suyo—. Fio, tía, Mario es el amor de tu vida. Déjate de inventos. Tú madre está preocupada.

Fiona mira a Borja por el rabillo del ojo y pone los ojos en blanco, totalmente hastiada ya por su amiguita Marta. El párpado le palpita, claro.

Como enviado por Dios, Miqui agarra a Borja del brazo rescatándolo de esa horrible escena.

—¿Cómo está el anfitrión? —dice envolviéndolo con sus brazos.

Borja se queda embobado mirándolo y suelta sin pensar:

—Es posible que te quiera.

Automáticamente se lleva las manos a la boca sorprendido por lo que acaba de salir de ella. En el desorden que está siendo esta relación, soltar un »te quiero» sin anestesia es ya la guinda en un pastel delicioso y raro. La enésima prueba de que, aunque él quiera, su relación con el cántabro es un jaleo incomprensible. Miqui lo mira sorprendido, claro, y acercándose mucho a sus labios, le dice:

—Es posible que yo también.

Pero justo cuando parece que esta vez sí, que después de estas confesiones tan locas y apasionadas ha llegado el momento de que sus labios se junten en uno solo, el barullo corta lo que iba a ser un primer beso muy prometedor. Se giran aún abrazados y ven a Carlota subida en una silla dando botes.

—¡Atentos todooooos! ¿Se me escucha? —Está bastante borracha.

—Sí, amor, este piso es tan pequeño que es imposible no escucharte.

—Fiona trabaja en una inmobiliaria. Si ella dice que es pequeño, la creemos. ¿Dónde está Borja?

—¡Aquí! —exclama Miqui levantando la mano de Borja, que está agarrada a la suya.

—Pues tráemelo, cántabro. ¡Después te lo devuelvo!

A regañadientes, Borja se deja llevar hasta allí y se sube en la silla con su amiga.

—Íbamos a besarnos —le dice al oído.

—Siempre tan inoportuno, cariño —le responde ella. No tarda en volver a levantar la voz y exclamar—: ¡Ha llegado el momento de jugarrrrr!

Los invitados responden con vítores y cánticos.

—Carlota se cree que somos millonarios —empieza a decir Borja—. Y hemos vaciado la sección de alcohol de Mercadona esta tarde. Coged cada uno los cinco chupitos que Fiona os va a ir entregando.

—¡DIEZ! —exclama Carlota como poseída.

—¿Estás loca? Diez chupitos pueden matar a la peña —le dice él al oído.

—Los matarán si son verdaderos seres indecentes…

Con los invitados contando sus vasos de chupito y Borja y Carlota animándolos a llenarlos, empieza su *Yo nunca* particular. Menuda liada va a ser esto.

23
El chupito de la verdad

Las instrucciones para jugar al *Yo nunca* son muy fáciles y claras, por eso siempre hay que explicarlas antes de empezar. Ya sabes, solo bebes si has hecho lo que se dice. Te lo pongo fácil, va, que esto te va a servir para cuando juegues con tus propios amiguitos. Elimina el *Yo nunca* de la oración y si lo has hecho, pues chupito. Te pongo un ejemplo: «Yo nunca me he tirado un pedo en público», si quitamos el *Yo nunca* la frase queda así »Me he tirado un pedo en público». Pues si eres un cerdo y lo has hecho, lingotazo. Y si no lo has hecho, espera a que pregunten algo que hayas hecho para beber. Tan importante es beber como no beber, porque solo así se puede diferenciar a la gente decente de la gente indecente. Los primeros se reirán de los segundos, que irán arrastrándose por el suelo como las ratas que son.

¿Está claro?

Bueno, pues esta gente no lo tiene muy claro, y Borja y Carlota llevan un rato explicándolo.

—¡A ver! ¡No! ¡Que te llenes ya todos los chupitos por si acaaaso! —dice Carlota intentando contener el tono de fastidio que le está saliendo.

—Es que me da ansiedad tenerlos todos llenos.

—Carmen, amor, a mí me dan ansiedad muchas cosas y aquí me tienes —suelta Borja, ganándose las risas de los invitados.

Miqui, que está a su lado, lo mira divertido y Borja le lanza un besito al aire.

—Entonces, ¿cuándo hay que beber? —pregunta uno de los amigos de Merche, siendo secundado por otros despistados.

—Vamos a hacer una prueba, ¿vale? —Tienen a Carlota harta.

Borja y Carlota se han sentado juntos en la misma butaca, el resto está ocupando todo el lugar entre sillas, sofá y suelo. Algunos, como Andreu, llevan ya un pedo de categoría, otros han manchado el suelo de alcohol al llenarse los chupitos. Fiona ha huido de sus amigas y se ha sentado al lado de Fran, y a Jaime lo han acogido los amigos de Madrid. Todos están bien ubicados.

—¿Estáis preparados? —pregunta Borja al aire.

—¡No! La amiga de Fiona no tiene todos los vasos llenos —dice Carlota.

—¡Que no los voy a llenar! —se queja Marta, que hace un rato ha dicho que el alcohol le sienta mal, para sorpresa de Fiona y Ángela.

—¡Eres muy pesada! ¿En casa de quién estás?

—Mía —suelta Fran levantando la mano.

—Interesante apreciación, Francisco. ¿Puedes hacer los honores y llenarle a la amiga de Fiona los vasitos que le faltan para que podamos empezar?

Fran se levanta diligente y llena cada uno de los vasos que faltan, obedeciendo a Carlota.

—Este con gineeeebra… este con tequiiiila. ¡Y estos tres con *Jäger* por haberte portado mal!

Todo el grupo al unísono ovaciona a Fran.

—¡Eso esssssss! ¡Viva nuestro casero! —vocifera Carlota dejándose llevar por los vítores del resto.

—Pues está bueno el casero —murmura Ángela por lo bajo.

—Pues lo siento, querida, pero es gay —interviene Carlota intentando permanecer seria.

La cara de la amiga se vuelve decepción y la de Borja tensión.

—No me habías dicho nunca que tu casero era tan majo —le dice Miqui al oído.

—Es que no te creas que lo vemos mucho —responde él sin mirarlo.

—¿Y lo habéis invitado?

—¡Bueno, vamos a empezar! —exclama Borja cortando al cántabro.

—¡Empezamos con el de prueba! ¡Yo nunca he ido borracho a trabajar!

—Si lo habéis hecho, vasito para arriba. ¡No mintáis! —aclara Borja para después meterse el primer chupito entre pecho y espalda.

La mayoría beben, excepto Fiona. Al verlo, Carlota la reprende.

—Fiona, no. No me creo que nunca hayas ido borracha.

—Te prometo que la semana que viene sin falta lo hago, cielo.

—Más te vale.

Y así, con la primera prueba superada, se meten de lleno en el juego. Todos atentos, preocupados y cada vez más borrachos.

—¡Yo nunca he robado!

—¡Define robar!

—Francisco, robar es robar —lo reprende Carlota, que le ha cogido el gustillo a llamarlo por su nombre completo.

Sin pensárselo dos veces, el casero levanta su vaso y chupito de tequila rosa para dentro. Borja coge uno de los de Carlota y se lo da a su amiga que estalla en una sonora carcajada antes de beberlo.

—¡Eso esssss, mi delincuente favoritaaaa! —la anima él.

La gente se ríe y el alcohol ya empieza a notarse en el ambiente. Invitados y anfitriones se relajan, los cuerpos se destensan y las sonrisas se convierten en las máscaras predominantes en el sótano.

—¡Yo nunca he hecho una ouija!

—¿La bruja de hoy cuenta? —pregunta Andreu, que tiene ojitos de borracho.

—Obviamente, no. Y no preguntes tonterías que te tendremos que castigar —le suelta Carlota divertida.

—Puedes castigarme con lo que tú quieras —susurra él mientras se bebe uno de *Jäger* de regalo.

—¿Qué has dicho? —pregunta Fiona sorprendida antes de beberse un chupito de ginebra.

—¿Cuántas ouijas has hecho tú? —le pregunta Andreu, incapaz de fijar su mirada en un punto fijo.

—Ninguna, cariño.

—Pero otras cositas sí que has hecho. ¡Eh, granujilla!

Fiona esboza media sonrisa, agradecida de que el comentario haya pasado desapercibido para el resto de invitados.

—¡Vamos con la siguienteeee! —Carlota quiere ser la anfitriona diez.

—¡Yo nunca le he puesto los cuernos a mi pareja! —Andreu se ha vuelto loco.

La tensión se apodera brevemente del lugar, una pregunta tan insidiosa como esta genera incomodidad en el ambiente. Fran, como no podía ser de otra manera, es el primero en beber abriendo el paso para que los demás se animen y se dejen de remilgos. Lo hacen con cara de falsa inocencia mirando al suelo, creyendo que así se salvarán del juicio que los que no han bebido están ya haciendo sobre ellos.

—¡Aquí hay alguien que no está bebiendoooo! ¡Hay que seguir las reglassss, lo han dicho los anfitriones!

Todos los ojos se posan en Andreu, que con la mirada perdida construye una torrecita de vasitos con los que se ha bebido ya. Fiona no lo mira y también juguetea con los vasitos. Muy cerca está de reventarlos en su mano.

—Ay, Andreu cómo te estás poniendo… —interviene Carlota para escurrir el bulto.

—Quien no se va a poner de ninguna forma es Fiona si sigue mintieeeendo. —Y, ni corto ni perezoso, se levanta y va hasta ella. Coge uno de los chupitos que aún tiene llenos y se lo pone en la boca, obligándola a abrirla y a beberlo—. ¡De *Jäger*, que es el líquido de la verdad!

Todos se quedan perplejos, nadie dice nada durante un ratito. Carlota reprende a Andreu con la mirada, pero él no la mira a ella. Borja intenta tener una mirada cómplice con Fiona, pero no lo consigue. Y sus amigas se miran consternadas e incrédulas.

—Buenooooo, que no decaiga. ¡Vamos allá con la siguiente! —exclama Borja para salvar

la situación.

—¿La puedo decir yo? — Fiona se ha puesto en pie aún sintiendo que tiene la letra escarlata en su pecho.

—¡Claro! —la anima Carlota.

—¿Estás segura? —le susurra Borja al oído. Pero es demasiado tarde, Fiona va a lanzar su frase.

—Yo nunca me he enamorado.

Andreu, que parecía que no pero escuchaba con atención, suelta una carcajada y se bebe uno de sus chupitos sin pensárselo dos veces.

—¿De quién te has enamorado tú? —le suelta Borja a Andreu, atónito.

—De Ali seguro que no —dice por lo bajo Marta.

Pero Andreu no es el único que bebe. Jaime coge un chupito mirando muy fijamente a Carlota a los ojos, se pone en pie y se lo bebe sin pensárselo.

—¿Por qué me suena tanto este tío? —murmura Andreu para sí, en su universo interior borracho, ajeno casi al mundo.

—¿Qué les pasa a tus amigos? —pregunta risueño el cántabro cogiendo a Borja por el muslo.

—Eso querría saber yo. —Y le agarra la mano, que es la única parte de su cuerpo que no quedaría mal agarrar en semejante momento tenso.

—Bueeeeno, bueeeeno. ¡Que esto no decaiga! —Carlota está dispuesta a que el ritmo no pare—. ¡Yo nunca he tenido un insta falso!

Los granujillas, que sí que lo han tenido y que son bastantes, vuelven a beber y vuelven a reír. Y el juego sigue y algunos tienen que volver a llenar sus vasitos porque han acabado con todos. Las preguntas sobre sexo generan remilgos, pero el alcohol les suelta la lengua y la mano y la vergüenza se va disuadiendo.

—Yo quiero decir uno, porque estoy bebiendo poco.

—Claro que sí, amiga de Fiona —responde Carlota, que ya va como las Grecas.

—Me llamo Marta, Carlota, me conoces de sobra.

—A veces me cuesta diferenciaros. ¡Dispara!

—Yo nunca me he follado a mi ex.

Rápidamente, la tal Marta bebe orgullosa por su hazaña y mira a su alrededor buscando la aprobación de la sala, pero nadie la mira de vuelta, así que se vuelve a sentar con el vasito vacío. Algunos beben tímidos, otros niegan con la cabeza en gesto de repulsa ante la idea.

—Borjita… —susurra Carlota cogiendo la mano de su amigo y guiándola hasta uno de los vasitos.

A regañadientes, el chico coge el vasito y todo para dentro.

—¿Cómo? ¿Con Lucas? —Fiona no da crédito.

—¿Con quién sino? —le responde Carlota.

—Pero esto es muy fuerte —dice Carmen generando una ronda de escuchitas entre el grupo de los amigos de Madrid que Manu, como buen conocedor de la historia, intenta neutralizar.

Borja se pone colorado y evita mirar a Miqui. Al cántabro se le ha torcido la sonrisa un pelín, pero solo un pelín.

—¿Cuándo? —intenta averiguar Fiona.

—¡Siguienteeee! —exclama Borja cortando a su amiga y maldiciendo a la dichosa Marta con la mirada.

—Borja ha follado con Lucas, esto es fuerte. —Andreu ha elegido caos y va a ser casi imposible sacarlo de ahí.

—Bueno, bueno. ¡Que no soy el único que ha bebido, eh! Cada uno con lo suyo. Está prohibido que hagáis más preguntas, que la liais.

—¡Yo nunca he estado con alguien diez años mayor que yo! —exclama Carlota poseída por el espíritu de un megáfono.

—Define estar —inquiere Fiona, que va camino de ponerse como su amigo Andreu.

—Pues estar es estar, desde un polvo rápido a una relación.

Y para dentro que van Fiona, una de sus amigas y Miqui. Borja se sorprende, pero evita mirarlo. El otro se percata y le da una réplica.

—Todos tenemos exes. Era joven e inexperto…

—Diez años son muchos años.

—Demasiados — lamenta con pesar.

—¡Yo nunca he hecho o me han hecho una cobra! —Carlota no puede parar.

—Pues sí, hace literalmente una hora —dice Fran, bebiéndose su chupito ajeno a todo y todos.

—¿Pero te la han hecho o la has hecho? —pregunta Ángela mientras levanta un vasito del suelo para beberlo.

—¿Importa eso? —pregunta Fran.

—No importa porque no es importante —interviene Borja muy nervioso.

—La verdad es que no lo es, pero tú también deberías beber.

Todos los ojos se posan en Borja, incluidos los de Miqui. Y a él solo le apetece hacer una cosa: morirse. Las ganas que tiene de que la tierra se lo trague son inmensas, pero pone su mejor cara de póquer para intentar salir del paso sin hacer ningún comentario más. La fiesta no puede decaer y necesita que todos se olviden de ese último comentario del cabrón del hijo del casero. Así que, como poseído por una cotorra, se pone a lanzar una retahíla de *Yo nunca* sin pensar ni razonar.

—Yo nunca he fantaseado con un profesor.

La mayoría bebe.

—Yo nunca he vomitado follando.

Un par bebe.

—Yo nunca he meado en un garaje una noche de fiesta.

Todos beben.

Por tercera vez, consigue salvar la situación, aunque nota que Miqui ya no está del todo presente. Se limita a no decir nada, mirando al infinito, bebiendo cuando le toca y absteniéndose cuando debe, esforzándose en no decir nada hasta que el alcohol hace mella en él y se le suelta la lengua por completo:

—Yo nunca he follado con alguien que esté en esta habitación.

PIM. PAM. PUM. El caos se apodera del sótano, el estallido de tensión arrasa con todo.

Calladito ha estado Miqui maquinando su intervención. Jaime bebe, intentando pasar desapercibido, pero la gente lo ve, porque todos están atentos a ver qué pasa. Carlota aprovecha este momento de confusión para beberse el suyo, pero no consigue escapar de las miradas del resto.

—¿Con él? Vamos, no me jodas.

Andreu está consternado y borracho, y Fiona lo reprende con la mirada para evitarle hacer un ridículo mayor.

Borja está sudando mucho, espera que Fran no lo haga. Que no levante su chupito y le confirme a Miqui la realidad. Durante cinco segundos, reza a todo lo que se le ocurre, pero su recién descubierta religiosidad no puede evitar que la sinceridad de Fran gane la partida y se beba el último gran chupito. El chupito de la verdad llega a cámara lenta como una bala en una película del oeste.

Miqui asiente decepcionado, limitándose a mirar al suelo.

Borja evita beberse el chupito que todos concluyen que le pertenece.

La gente percibe la tensión y Carlota coge a su amigo por el brazo, levantándolo del sillón, tiene que sacarlo de ahí.

—¡Yo nunca he deseado la muerte de alguien que esté en esta habitación! —exclama Andreu, con los ojos clavados en Jaime, ajeno a que esa será la última frase del juego.

Fiona se bebe su último chupito mirándolo directamente a él, se levanta y lo agarra con violencia del brazo, obligándolo a ir con ella. Él se mueve como un muñeco de trapo, y Borja y Carlota se ven en la obligación de seguirlos y encerrarse en el baño con ellos.

24
¿Quieres contarlo tú?

—Joder, joder, joder.

—¿Qué líos tienes montados con esos tíos?

—No, perdona. ¿Qué líos tienes montados tú?

—Lo importante aquí es saber quién es Jaime.

—¿De quién coño estás tú enamorado?

Así es como suele acabar una partida del *Teléfono Loco*. Las de *Yo Nunca* tienden a acabar mejor, como mucho con alguien en urgencias por coma etílico, pero no así.

—Vamos a centrarnos —balbucea Andreu antes de caer dentro de la bañera.

—Eso, tú quédate ahí dentro que estás mejor —le reprende Fiona.

—Fiona, ¿qué está pasando? —el tono de Borja se vuelve solemne, sabe que algo se está cociendo y no tiene ni idea del qué.

—No pasa nada.

—Sí que pasa —dice Andreu desde la bañera—. Y gimes muy alto, tía.

La cara de Fiona pasa por todas las expresiones posibles en una milésima de segundo. De la ira más absoluta a un intento de fingir que todo va bien, al asco, la vergüenza y la aceptación. Es algo así como los muñequitos estos que tenían una carita giratoria para cambiar de expresión. Como eso, pero en humano. Su cabeza va a miles de kilómetros por hora intentando buscar una explicación, un «algo» que la ayude a salir del paso. Ella, la inteligente, la ordenada, la triunfadora. Ella no puede rendirse ante la evidencia de que no lo es.

—Yo creo que debería empezar Borja. —Carlota le lanza un capote a su amiga, porque sabe que lo que sea que pase es más jodido que lo del resto.

—Eso será porque tú lo digas.

—¡Borjita, eres un guarrooooo! —Andreu está ya en el punto de no retorno.

—¿Cuándo te acostaste con Lucas? —pregunta Fiona, escurriendo el bulto por completo.

—Hace unas semanas y no me preguntes más porque no me acuerdo —le cuesta poquito responder.

—¡Hostias! —es lo único que dice Andreu, que se ha proclamado comentarista de la jugada.

—¡Eso es lo que te vamos a acabar metiendo si no te callas! —le grita Borja,

encolerizado por la situación.

—Bien dicho —dice Fiona por lo bajo.

—Vamos a tranquilizarnos, que ya estamos todos bastante nerviosos —interviene Carlota para traer algo de paz.

—Es que seguro que ahora Miqui me odia, joder —se lamenta Borja escurriéndose por la pared hasta sentarse en el suelo—. Y lo peor es que tiene motivos.

—Borja, amor —empieza a decir Fiona, que se ha sentado en la taza del váter—. No sois novios, no tendría por qué enfadarse.

—Hombre, lleva meses manteniéndolo en sequía, igual algún motivo sí que tiene.

—Carlota, cariño, ¿tú quieres que hablemos de Jaime?

—¡¿Quién coño es Jaimeee?! —Andreu grita, pero todos lo obvian.

Carlota enmudece y mira al suelo, pero todos los focos ya están apuntando a su persona. Su *ONE WOMAN SHOW* tiene que empezar.

—Pues Jaime es Jaime.

—Es bonito el nombre —suelta Borja con sarcasmo.

—Ay, es que es una historia muy larga. Nos acabamos de reencontrar después de muchos años…

—Un año no son muchos años.

Carlota gira el cuello y clava la mirada en Borja como la protagonista de un culebrón cuando su archienemigo vuelve de entre los muertos para matarla.

—Bueno, eso, que nos hemos reencontrado.

Fiona la mira asintiendo sin parar, intentando con su expresión animarla a hablar con tranquilidad.

—¿Y ya está? —Borja insiste, claro.

—¿Quieres contarlo tú?

—Te juro que si tuviera toda la información estaría más que encantado.

—Es que no hay más información, eso es todo.

—Claro, por eso te fuiste a Londres.

—¿Te fuiste a Londres por ese tío? —pregunta Andreu, casi llorando.

La estampa de Andreu tirado en la bañera como un muñeco de trapo es penosa. Sudado, despeinado, con la camisa a medio abrochar y los ojos inyectados en sangre, que no logra mantener abiertos más de diez segundos seguidos.

—No exactamente —responde Carlota, el *show* continúa.

—Vamos, que sí —sentencia Borja.

—Pero ¿qué pasó? ¿Por qué nunca supimos nada de él?

—Fiona…

—Perdón, cariño.

Carlota siente que ya no puede huir más, que todo se ha expuesto demasiado como para salirse por la tangente y no dar una mínima explicación. Que son sus amigos, que todo esto es una gilipollez. Que Borja se hartó de hablar de Lucas antes, durante y después, con pelos y señales. Que Fiona no podía dejar de mencionar a Mario cuando lo conoció y que, por muy pasajeras que hayan sido, Andreu los ha mantenido informados de todas y cada una de las chicas a las que les ha roto el corazón. Que si ellos son su espacio seguro, ha llegado la hora de que lo sean de verdad. Que las ilusiones compartidas siempre son más ilusiones, que la boca está para verbalizar lo que tu cerebro guarda y tu corazón siente. Que Jaime fue importante y lo es, y las cosas importantes se comparten con tu gente. Y ahora está preparada.

—Nos presentó Julito y me encantó desde el primer momento.

A Andreu se le escapa una arcada.

—Y me volví loca porque me gustaba. Y me dejé llevar...

—¿Qué problema hay en dejarse llevar? —pregunta Borja con tono comprensivo.

Carlota niega con la cabeza, consciente de lo difícil de explicar de la situación.

—Me entró pánico porque estaba empezando a sentir cosas que no quería sentir.

—Carlota, enamorarse es precioso —le dice Fiona estirando la mano y agarrando con fuerza la suya.

—¿Tú crees? El amor es una mierda y vosotros lo sabéis. Es una caca gigante que solo sirve para marearnos la cabeza y dejarnos destrozados al final.

—El final es el final, cariño —dice Fiona, tanto para sí misma como para Carlota.

—Pues claro, lo que pase al final es otra historia. Pero ese momento es increíble.

—Jaime me dijo que me quería. Con todas las letras: T E Q U I E R O.

¿Quién les habría dicho esta mañana que iban a acabar presenciando un ataque de vulnerabilidad y sinceridad de la tía más chula y dura que conocen?

—¿Y qué dijiste tú? —Borja ha mutado en un colaborador de *Sálvame* infectado por el virus de la curiosidad.

—Nada… Le besé y me fui.

—¿A Londres?

—No, lo de Londres fue después de lo otro.

—¿Qué fue lo otro? —Fiona interviene aún agarrándole la mano.

Carlota traga saliva, respira hondo. Se toma un recesito del *show* para ordenar su cabeza y contar la historia en la que no ha querido pensar todo este tiempo, por mucho que la haya recordado todos y cada uno de los días.

—¿Os acordáis de la noche en *Play*?

—¿Cuál de todas, cariño?

—La del último sábado de antes de irme a Londres.

Borja y Fiona asienten.

—Pues se me fue la pinza porque entré en colapso absoluto. Necesitaba tener una razón para no decirle que lo quería, aunque lo quisiera también. Así que cogí al primer tío que pillé por ahí y…

—¿Y? —Borja y Fiona hablan al unísono, atrapados por completo por la jugosidad de la historia.

—Y me lié con él… —Las caras de sus amigos, Andreu excluido, se tornan en una expresión de tensión. —En la calle… Contra el coche de Jaime.

El nivel de impacto que esta revelación acaba de causar entre las cuatro paredes de ese cuarto de baño es inconmensurable. Borja y Fiona enmudecen por completo, *shockeados* por esta confesión tan fuerte, incapaces de decir nada, *flasheados* totalmente por el impacto.

—Él nos vio —a Carlota ya se le ha soltado la lengua y no puede parar.

—¿Cómo que os vio? —Borja no está siendo capaz de aguantar todas las emociones que está sintiendo con esta historia.

—Nos vio porque yo quería que nos viera, me aseguré mucho de que él vendría al coche.

—Pero… —Fiona consigue recuperar el habla a medias.

—¿Y qué pasó después?

—Pasó que cuando vi su cara, se me cayó el mundo a los pies. No podía soportarlo, me daba asco a mí misma, sentía una vergüenza horrible.

—Y un vuelito barato a Londres fue la solución —zanja Borja.

Carlota asiente apesadumbrada.

—Y ahora él está ahí fuera —dice Fiona.

—Sí.

—Y…

—Y me gusta mucho, joder.

—¿Mucho, mucho? —Borja le sonríe cómplice.

—Mucho, mucho.

Desde la bañera llega la segunda y bastante preocupante arcada.

—Es muy alto, eh. Y muy mono —resuelve Fiona.

—Es monísimo —suelta Borja.

—¿Os podéis call…? —Andreu no puede acabar sin soltar la tercera arcada.

—¿Tú crees que él te ha perdonado? —pregunta Borja, obviando al de la bañera.

—No puede haberme perdonado porque no le he pedido perdón.

—¿Y quieres hacerlo?

—Pedir perdón nunca ha sido mi fuerte, Borja.

—Y exponerte como lo acabas de hacer tampoco, cielo. ¡Pero lo has hecho!

Borja se levanta y le planta un beso en la frente, seguido de un abrazo reparador. Después, abre el grifo y se moja la cara para despejarse.

—¿Tú qué vas a hacer? —dice Fiona a su espalda.

—Lo único que se me ocurre es hacer de tripas corazón, salir ahí fuera y arrastrarme como un puto cabrón por el chico que quiero.

—Tiene guasa que le hayas puesto los cuernos antes de que sea tu novio de verdad. —Carlota vuelve a ser ella.

—¿Te digo yo lo que tiene guasa? —le responde él bastante bravucón.

Carlota y Fiona se levantan y se plantan delante del espejo.

—¿Todos preparados? —pregunta Carlota como si la hubieran nombrado sargento del equipo.

—No, un momento. —Todos se giran y miran a Andreu, que balbucea desde la bañera—. ¿Este de quién está enamorado?

Carlota no obtiene respuesta y lo único que logra hacer Andreu es echar fuera todo el vómito que lleva muchos minutos intentando contener. Como pueden lo sacan de ahí y le mojan cara y nuca, que con lo poco que Andreu puede poner de su parte se acaba convirtiendo en cara, nuca y todo lo demás. Las arcadas siguen viniendo, pero como ha bebido mucho más de lo que ha comido, una vez hecha la gran pota, queda poco por salir. Así que Fiona asume el papel de cuidadora y echa a Borja y Carlota del baño.

Antes de salir, Carlota se acerca y le dice al oído:

—Sea lo que sea lo que te esté pasando, estoy aquí para cuando estés preparada.

Fiona le sonríe y Carlota, cogiendo a Borja de la mano, abre la puerta rumbo al mundo real otra vez.

El salón está como lo habían dejado, la única diferencia es que el aforo ha bajado de forma considerable. Merche, que ha resultado ser una invitada prescindible, se ha bajado del barco y con ella sus amigos. Pilar y Yeray tampoco están ya por ahí. La peor ausencia es la de Miqui, claro. Que se ha esfumado con sus secuaces cántabros.

—Borja, lo siento mucho, de verdad. Si lo hubiera sabido, no habría dicho nada —es lo primero que le dice Fran cuando lo consigue interceptar.

—No es culpa tuya, Fran. Es mía que soy gilipollas.

—Pues contra eso lo mejor es un buen polvo.

No hace falta que conteste, Borja pone los ojos en blanco y Fran entiende rápido que la respuesta es »no».

Carlota ha ido directa a por un vaso de agua, tiene la garganta seca de tanto hablar.

—¿Todo bien por ahí dentro? —Jaime ha aparecido por arte de magia apoyado en el banco de la cocina.

—Depende de lo que entiendas por bien.

—¿Tú estás bien?

—Mucho.

—Entonces, es suficiente.

Y no se puede frenar, no se puede reprimir. Lo besa. Ahí, delante de todo el mundo. Borja levanta los brazos, celebrando que por lo menos ella va a acabar bien la noche. Ángela, que se pensaba que tenía alguna posibilidad con Jaime, coge a Marta y sale del piso indignada. Fiona, que justo está saliendo del baño cargando con Andreu, sonríe orgullosa. Y el beso se alarga tanto tiempo que Carlota se traslada a otra realidad, a una en la que los labios de Jaime son lo único que importa. Y le gusta. Joder si le gusta.

25
Coreografía perfecta

La vuelta a la realidad viene en forma de Andreu vomitando en medio del pasillo, Borja sacando la fregona para limpiarlo y el ambiente en completo estado de desolación. La gente que queda, Alex, Manu, Carmen y Fran, está sentadita en el sofá como un grupito de jubilados en urgencias. A Carlota ya le da igual todo, porque siente el pecho abierto, el nudo de su estómago completamente desatado y unas ganas casi irrefrenables de besar a Jaime todo el rato.

Como han podido, Borja y Fiona han metido a Andreu en la habitación del primero entre balbuceos, aflicción y gemidos de pesar, y ahora yace tumbadito, en calzoncillos y con el ceño fruncido. Por muy dormido que esté, no está contento.

—¿De quién estará enamorado? —le pregunta Borja a Fiona cuando salen de la habitación.

—¿De verdad crees que lo está?

Dejando ambas preguntas sin responder vuelven al salón con los tortolitos y los cuatro jubilados.

—Podríamos salir o algo, ¿no? —dice Fran con tono de queja y cara de que esta esté siendo la primera vez en años que está quieto.

—Hombre, esto no puede acabar así. —Manu se une de forma velada a lo que los otros dos amigos de Madrid asienten.

—Yo me apunto. —Para Fiona la noche no ha hecho más que empezar.

Carlota, que está apoyada en Jaime mientras este la rodea con sus brazos, mira a Borja, que no se ha pronunciado.

—Yo no tengo muchas ganas, la verdad. Pasadlo bien.

—Va, Borja, tampoco es cuestión de amargarse en casa —le dice Carlota.

—No estoy de humor. Pero salid vosotros, en serio. Yo me quedaré a cuidar a Andreu.

Fiona, Fran y los otros tres se ponen en marcha, cogen chaquetas, bolsos y todo lo que haga falta para salir de allí con el único objetivo de recuperar el tono épico que la noche había empezado teniendo hasta que el *Yo Nunca* ha arrasado con todo.

—¿No venís? —les pregunta Fiona de forma directa a Carlota y Jaime.

—Eh, esto… —acierta a responder él.

—¿Te apetece? —le pregunta ella.

—Quizá, pero no estoy seguro.

—No está seguro y yo tampoco. —Se nota a leguas que de lo único que está segura es de

que quiere quedarse con Jaime en casa—. Id yendo vosotros y si eso ahora os decimos algo.
Se despiden rápido, pero antes de salir Fiona le susurra a Carlota al oído:

—Deshacerte de nosotros ha sido fácil, Borja va a ser más dificil.

Ambas ríen y se abrazan fuerte.

—Te quiero, amiga.

—Y yo a ti.

Antes de cerrar la puerta, Fiona le guiña un ojo y sale del sótano con un grupito de gente al que acaba de conocer. Está acostumbrada, claro, a socializar con gente a la que no conoce de nada.

Borja se sienta en todo el medio del sofá, obligando a Carlota y Jaime a sentarse cada uno a un lado de él, separados por primera vez desde que han salido del baño. Borja mira el móvil con melancolía, con el pesar dibujado en su expresión, el labio inferior salidito hacia fuera, como un niño triste.

—¿Te ha dicho algo? —le pregunta Carlota.

Borja niega con la cabeza.

—¿Pero le has escrito tú?

Borja asiente.

—¿Está en línea?

Vuelve a asentir.

En la cabeza de Carlota se libra una lucha entre sus ganas y necesidad imperiosa de estar a solas con Jaime, y la pena que está sintiendo por su pobrecito amigo Borja que está metido en un fregado del que no parece tener forma de salir. Ella quiere a Borja, por supuesto, lo quiere muchísimo, pero una vez encontrada esta recién descubierta libertad, esto tan maravilloso de comunicar, pues tiene la necesidad imperiosa de comunicarse, entre otras cosas, con Jaime.

—Vale, cielo. Vamos a hacer una cosa. —Como poseída por un torrente se levanta del sofá y, cogiéndolo de la mano, obliga a Borja a seguirla—. A veces en la vida hay que coger el toro por los cuernos y enfrentarse a las cosas.

Lo lleva hasta la puerta, aún él con el labio inferior hacia fuera y carita de absoluta tristeza.

—¿Qué haces? —le pregunta contrariado cuando abre la puerta.

—Un favor a ti, eso hago.

Lo empuja fuera y le suelta la mano.

—No llevo ni llaves ni cartera.

—Mejor, la cartera no te hace falta, puedes pagar con el móvil. Y no te preocupes por las llaves. Yo te abriré.

—¿Me estás echando de casa porque quieres estar a solas con él?

—No, cielo, lo hago por ti —miente—. Tienes prohibido volver hasta que no hayas

encontrado al cántabro y le hayas dado ese beso que tantas ganas tenéis de daros.

—Dudo que pueda encontrarlo. Y dudo que, si lo hago, quiera darme un beso.

—No adelantemos acontecimientos. Tú sal ahí fuera y a tope con todo.

Antes de que Borja pueda replicar nada, Carlota le cierra la puerta en la cara.

Y así es como se queda con la casa casi para ella solita. El único »problemilla» es el mejor amigo enamorado de ella, muerto en la habitación de al lado. Pero como buen muerto, se espera que se mantenga muerto, así que no piensa mucho en él.

Por alguna extraña razón, tanto a Carlota como a Jaime les entra la vergüenza cuando ella se gira después de cerrar la puerta. Que quizá no sea tal, a lo mejor es otra cosa. Una mezcla de expectativas, de saber lo que esto significa y de haberse bebido muchos chupitos como para tener la mente un poco mareadilla pese a todo. El clímax va a llegar. Todo un año después, en el lugar más inesperado.

No dicen nada, la verdad. Solo se miran de un lado al otro del salón. Se tienen ganas. Jaime, como viene siendo habitual, da el primer paso. Se levanta del sofá como si quemara y, decidido, va hasta donde está ella. Coge su cara entre las manos y aprovecha una milésima de segundo para mirarla. Sonríe, y lo hace mucho, con una expresión de alivio entremezclada con otra de felicidad. Después, retoman ese beso que han dejado hace unos minutos. Con urgencia, con pasión, con ganas. Sus lenguas se entrelazan con maestría y se rozan la piel con la suavidad propia de dos personas que se gustan tanto como ellos lo hacen.

Carlota lo coge de la mano para guiarlo hasta la habitación, caminando uno detrás del otro por el pasillo, con los ojos brillando y las mentes teñidas de color rosa. A la altura de la habitación de Borja, donde Andreu duerme como una ostra muerta, no puede resistirse y se gira para besarlo de nuevo, chocando contra la puerta, ajenos al mundo. Quiere que esos brazos la envuelvan siempre, que esa lengua la recorra eternamente, quiere sentir su aliento en ella todos los días de su vida. Esta nueva Carlota hiper romántica, extasiada y desinhibida lo quiere todo, el miedo queda atrás, al menos de momento.

Poco pensamiento se mantiene en su cabeza por mucho tiempo, no puede mantener una idea ahí arriba mientras besa al hombre por el que huyó, el único que ha conseguido desmontar su armadura. Se acuerda de aquel primer beso tonto. Y de aquel vuelo a Londres en el que no pudo dejar de llorar en ningún momento. Se acuerda de todo y todo de lo que se acuerda hace que quiera besarlo aún más. Cuando llegan a la habitación, se desvisten con cuidado como si no lo hubieran hecho ya. Jaime besa sus pechos y ella se embriaga con su olor. En la cabeza de ella suena música, sin letra, solo melodías suaves y preciosas. Ambos se entrelazan como en una coreografía perfecta, al fin y al cabo, se la saben. Cuando Carlota se sienta sobre él, Jaime la mira ensimismado.

—¿Qué? —dice ella dulce.

—Eres preciosa.

Como atraída por un imán, se reclina sobre él y vuelve a besarlo. Con él ya dentro, con cada embestida dentro de ella, con cada caricia, se olvida de sus miedos. Porque, aunque no lo diga, lo sabe. Lleva mucho tiempo loca y perdidamente colada por Jaime. Se permite sudar, se permite gemir, se permite gozar. Se lo permite todo porque lo quiere. Cada mirada se lo confirma y cada beso se lo reafirma. Carlota Merino está enamorada hasta las trancas de ese hombre. Y qué bien se siente.

Cuando acaban, están exhaustos. Con una sonrisilla permanente en la cara, como cuando viajas a un lugar increíble o te comes tu helado preferido. Siguen abrazados, entrelazados y pegados, como si temieran volverse a separar, recuperando el tiempo perdido de un año de distancia. Cada cinco segundos, hay besito de rigor. Donde toque: la coronilla, el pecho, el hombro o la punta de la nariz.

—Lo siento de verdad —susurra ella en un ataque de sinceridad.

—¿Qué sientes?

—Todo, siento todo lo que hice.

Jaime se pone encima de ella y la vuelve a besar como si de ese beso dependiera que ella no se fuera a escapar otra vez. Se besan, una vez más, con toda la pasión que tienen hasta que un ruido fuerte en la habitación de Borja los hace frenar en seco. Carlota salta de la cama rauda y se pone lo primero que pilla antes de salir de la habitación.

Cuando entra en la habitación, se encuentra a Andreu lamentándose en el suelo.

—¡Por el amor de Dios! —exclama con hartazgo.

Se acerca hasta él y, cogiéndolo por los hombros, lo ayuda a volver a la cama.

—¿Carlota…?

—Sí, Andy, soy yo.

—Esta no es mi habitación, esta cama es más pequeña.

—No lo es, no.

—Todo me da muchas vueltas. —Frunce el ceño cuando algo en el ambiente no le cuadra —. ¿A qué hueles?

—Llevo una camiseta de Jaime, a él supongo. ¿Sabes? Me gusta de verdad. No me puedo creer que esté diciendo esto en voz alta, pero así es.

Andreu no responde porque vuelve a entrar en un estado de sueño intenso, Carlota lo tapa con la sábana y le da un besito dulce en la frente, un besito con sabor a Jaime.

—Carlota, yo te quiero —escucha balbucear a Andreu antes de salir de la habitación.

—Y yo a ti, Andy. Te quiero mucho.

Y la declaración definitiva no se siente tan bien como esperaba, ni la respuesta resulta como él había soñado.

Borja ha pasado la primera media hora desde su expulsión del piso vagando por Malasaña sin rumbo. Miqui no contesta, ni a mensajes ni a llamadas. Tiene ganas de llorar, de golpear cosas, de gritar. Justo cuando todo estaba alineado para que sucediera lo que tenía que suceder, justo. ¿Se avecina un nuevo desengaño amoroso? Y todo sin haberlo besado, es para reírse.

Recorrer Madrid siempre le da una extraña sensación de paz, de haber logrado algo estando ahí. Lleva ya tres años llamando a Madrid »su hogar». Él también huyó de algo, claro, pero fue honesto en su huida. Madrid fue su refugio, un lienzo en blanco en el que empezar de nuevo. Pero, como siempre le pasa en momentos de tristeza, Valencia aparece en su mente como un faro. La familiaridad de las calles de su casa, la sensación de no ser uno más, de tener su identidad y no ser otro valenciano en tierras madrileñas. La sensación de que Valencia sea como esa madre paciente, que espera orgullosa por su hijo, pero sabedora de que algún día, cuando él así lo sienta, volverá a sus brazos. Morriña del hogar, morriña de un él que ya no existe.

Deambula como un forastero por las calles y se mete en el primer bar que pilla abierto en la calle de las Minas. Se sienta en la barra, que vistas las horas que son ya está bastante vacía, y pide una cerveza bien grande con su espumita y su todo. Cuando no bebe, se apoya en la barra y mira al infinito, lamentándose por lo mal que ha salido todo.

—Tenemos que dejar de encontrarnos así.

Reconoce la voz al instante y se le escapa una risa de resignación. Lucas una vez más, qué cosas.

26
Desqueridos

—¿Nos pones dos *gin-tonics*? —dice Lucas al camarero levantando la mano.

—No me he acabado la cerveza.

Sin mediar palabra, Lucas coge el vaso de Borja y se lo acaba de un trago.

—Listo. Ambos sabemos que no eres escrupuloso.

—Te comí la boca hace unos días, no debo serlo.

—Qué romántico, Bor.

Las perspectivas de encontrarte a tu ex en tu cama tres años después de haberlo dejado y de volver a tenerlo delante unas semanas después son raras. Sobre todo, porque por muchos años que hayan pasado desde aquel último encuentro que acabó en lágrimas en una cafetería de Ruzafa, hay entre ellos una extraña sensación de familiaridad. De como si aquellas lágrimas fueran de ayer, de que aún se conocen, de que sus caras siguen teniendo ese algo de cercanía y sus voces no son ajenas. Los resquicios de cinco de años de ser los dos juntos siendo ahora uno y uno, por separado.

—¿Encontraste dónde desayunar?

—Te robé un par de galletas.

—¿De avena?

Lucas asiente.

—No son mías, son de Carlota.

—Pues le pides disculpas de mi parte.

—Lo haré.

El camarero les sirve las dos copas y cada uno echa un trago sin mirar al otro.

—¿Qué haces aquí? —dice Borja por fin tajante.

—¿Aquí en este bar? Pues lo mismo que tú —suelta el otro irónico.

—En Madrid.

—Estoy haciendo un Máster en Dirección de Arte, es online, pero algunos findes hay talleres presenciales y me toca venir a tu territorio.

Borja pone los ojos en blanco ante esta pulla, Lucas responde con una risotada.

—Bueno, que, ¿cortamos ya este rollito pasivo-agresivo? —dice apoyándose en la barra.

—¿Era ese tu rol del otro día? ¿Pasivo-agresivo? —suelta incisivo ladeando la cabeza.

—Un buen polvo, ¿eh? —dice Lucas dándole un golpecito en el muslo.

—Siempre se nos dio bien follar, ¿no?

—Algo me dice que no te acuerdas de todos los pormenores.

Quiere negarlo porque quiere quedar bien. Pero no le sale, con Lucas no puede fingir. Hay cosas que no cambian, por muchos años pasen.

—Tengo *flashes*.

—Qué halagador… Pues estabas entregadísimo.

—Lo puedo intuir. ¿Me confirmas una cosa?

—Claro.

—¿Tú sabes si me lie con el DJ?

—Unos besitos tontos, poco más.

—Genial, soy prostituto.

—¿Lo dices por lo de los pases para el festival?

Borja asiente.

—Tranqui, los regalaba como si fueran gratis. La coca es muy mala y hace a la gente hacer tonterías. No sé yo qué rentabilidad va a tener el festival este.

—¿A ti también te dio?

—Hombre, ¿pases gratis a cambio de un besito a un buenorro? No podía dejar pasar esta oportunidad.

—Bueno, al menos ese reencuentro nos pilla con preaviso.

—Correcto, no tendrás que salir corriendo después.

Durante los siguientes minutos se hace el silencio entre ellos. Un silencio de cautela, de dudar, de temor. Un silencio de no saber qué decir, por mucho que una conversación banal, de esas de ponerse al día, pudiera ser lo óptimo. Pero claro, ¿quién empieza? ¿Quién da el primer paso?

—Vale, voy a ser yo el maduro de los dos. —Ha sido Lucas, claro—. ¿Cómo estás?

Borja vacila un poco antes de responder. ¿Cómo explicarle a un ex todo sin sentirse raro?

—Creo que hoy no es el día para que tú y yo hablemos de cómo estoy. Cuéntame tú, ¿cómo va todo?

—Todo va bastante bien, poca queja. —Bebe un trago de su copa melancólico—. Ha costado, pero puedo decir que estoy en un buen momento.

—Me alegro mucho —responde obviando el »ha costado».

—¿Puedo preguntar qué es lo que te pasa? —lanza curioso.

—Puedes, pero creo que no me siento cómodo hablando de… esto contigo.

—¡Por el amor de Dios, Bor! ¿A estas alturas? Lo nuestro ha prescrito ya, ¿no? ¿Es por un chico?

—Sí… —responde tímido.

—¿Y te gusta?

Borja asiente sonrojado mirando al suelo. En el fondo quiere hablar de ello, le apetece contárselo todo a este nuevo Lucas que no es su novio. A fin de cuentas, ¿quién mejor que un ex para dar consejo? Cinco años de relación fueron como una carrera universitaria, el uno para el otro. Aunque al final no aprobasen ni se sacasen el título, asistieron a todas las clases, talleres y optativas. Hicieron sus prácticas y las aprobaron con nota. Lo único que pasó fue que no lograron aprobar el examen final. Lucas conoce a Borja como la palma de su mano, algo podrá ayudar.

—Mucho, Luc, me gusta mucho.

Borja le cuenta la historia de cómo conoció a Miqui, aquella noche en Ponzano. De cómo se pasó las vacaciones de Navidad pensando en él y de cómo la Nochevieja en Londres fue una larga retahíla de conversaciones sobre »el cántabro», tan extensas que Andreu, Carlota y Fiona acabaron hartos. De la cita fallida en el Retiro y de aquella no tan fallida cuando una camarera de Juana la Loca les preguntó que cuánto tiempo llevaban saliendo. Le habla de que Miqui le da paz, de que pasaría horas con él. De sus pestañas y lo guapo que es, y de como lo es aún más por dentro. Le habla de Cantabria, aunque él nunca haya estado. Le cuenta todo ese principio que, así verbalizado, le parece aún más bonito de lo que le pareció en su momento. Pero son esas sensaciones lo que lo hacen especial, ese *je ne sais quoi* que siente al tener a Miqui cerca.

—Es el primero que me gusta desde… —Cuando se da cuenta de lo que está diciendo y a quién se lo está diciendo, se corta.

—¿Desde mí? —pregunta Lucas con una sonrisa pícara en su boca.

Borja asiente y le devuelve la sonrisa, como si con ella estuvieran firmando la tregua.

—¿Y por qué le dejaste de hablar?

—Por las jodidas mariposas. —Duda por un momento, pero la sonrisa cómplice de Lucas sigue ahí, aunque lo de las mariposas lo haya descuadrado un poco—: Bueno, mira, voy a soltarlo todo, ya de perdidos al río. Recuerdo cómo se sentía cuando tú me empezaste a gustar y cómo se sintió enamorarme de ti. Y sé cómo me sentía cuando estaba contigo y cómo me sentí cuando no lo estuve nunca más. Y sé cómo se siente el desamor. Lo sé todo. Y no quiero volver a pasar por ahí, no me apetece.

—¿Quieres un premio? —suelta Lucas divertido, haciendo que Borja ponga los ojos en blanco—. Pues claro que lo sabes, sabes cómo se sintió eso conmigo. Pero yo soy yo y él es él. Y si algún día te enamoras y después te desenamoras, también será distinto. No adelantemos acontecimientos, porque no sabes qué va a pasar.

—¿Cuando te convertiste en la voz de la razón?

—Cariño, siempre lo fui.

—Bueno, si tú lo dices. —Ambos ríen—. Lo nuestro fue tan espontáneo…

—Esa es la magia de las primeras veces. Bor, es normal que compares, que sientas que debes sentirte exactamente igual que lo hiciste hace ocho años. Pero hace ocho años tenías veintiún años y, aunque creías haber vivido mucho, no habías vivido nada. Hoy eres un Borja distinto de veintinueve.

—¿Quién eres? En serio, ¿quién es esta persona?

—Seguro que siempre has pensado que dejarte fue fácil, ¿verdad? Que esa gilipollez de ser »el dejado» es horrorosa y dura. Y lo es, pero dejar a quien has querido tanto como te quise a ti no fue fácil. Voy a una psicóloga monísima en la Calle del Museo de la Seda, ha oído hablar mucho de ti.

Las expresiones de ambos se tornan tristes, raras. Querer a alguien es precioso, desquererlo no lo es, por muy inevitable que sea a veces. Un primer amor no se olvida, aunque se pase. Es como la varicela, a veces deja marca, aunque sepas que no quieres que vuelva.

—Lo que necesito es que me expliques por qué no os habéis besado aún.

Borja se encoge de hombros y niega con la cabeza.

—También está todo el asunto de mi casero.

—¿Tu casero? ¿Pero qué edad tiene?

—En realidad es el hijo del casero. Y está tremendo.

—Vale… —Lucas se está esforzando mucho por atar todos los cabos de esta situación.

—Muy tremendo.

—¿Cómo de tremendo?

—A ver, no me gusta ni nada —dice mirándolo con cara de convencimiento—. Y el sexo es una barbaridad.

—¡Anda! —Suelta una carcajada que resuena en todo el bar—. A este sí que lo has besado… Entre otras cosas.

—Correcto.

—Pero no te gusta.

—Ni un poco.

—¿Tú te estás escuchando?

—A ver, ya… —Y, tapándose la cara, se apoya contra la barra, escondiéndose.

—Bor…

—¡Estoy hecho un lío! —exclama aún con la cara escondida.

—Voy a recapitular porque me estoy mareando y ya no sé si es el alcohol o que todo esto es un jaleo. —Borja sale de su escondite y lo mira ceñudo, con cara de compungido—. Me estás

diciendo que hay un chico, que es tu casero, al que te has follado muchas veces. Pero no te gusta. Y después está este otro chico que te encanta, pero eres incapaz de darle un beso.

—Sí, pero ayer nos dijimos que nos queríamos, o algo así.

La incredulidad en el rostro de Lucas es cómica, tanto que a Borja se le escapa una risita por debajo de la nariz que se tiene que esforzar mucho en controlar. Durante un rato, el ex se limita a negar con la cabeza y a abrir la boca para empezar a decir algo, aunque acaba cerrándola para pensárselo mejor.

—¿Me estás diciendo que le has dicho que le quieres antes de darle un beso o de habértelo follado? —Le ha costado, pero al final esto es lo que le ha salido.

—Es que la cultura gay esta de conocer antes a una polla que a una persona no va conmigo.

—Bor, gilipolleces a otro.

—Bueno, el caso es que esta noche se ha destapado todo el pastel del casero y de nuestro encuentrito de hace unas semanas.

—¿El nuestro? —pregunta señalando a ambos con el dedo. Borja asiente—. Y al cántabro no le habrá sentado nada bien, claro.

—Nada bien, exacto.

—Y tú has acabado en un bar cualquiera encontrándote conmigo.

—Así es.

—Escucha… tu vida es un desastre. Vives en un sótano, eres incapaz de besar al chico que te gusta y odias tu trabajo.

—¿Quién te ha dicho que odie mi trabajo?

—Tú, la otra noche. ¿Por qué crees que te conseguí esa entrevista?

—Estaba yo con la lengua suelta la otra noche.

—Te aseguro que sí…

Ambos se ríen con complicidad.

—Sin ánimo de nada, te he echado mucho de menos, Luc.

—Y yo a ti, Bor, mucho. Sin ánimo de nada.

Se pasan un buen rato más poniéndose al día, rememorando y riendo mucho. Cómplices, como lo fueron durante tanto tiempo, pero más maduros. Borja reconoce en ese adulto a aquel niño del que se enamoró y evoca durante un rato a su yo de antaño. Hay cosas que no están hechas para durar, pero sí para dejar una estampa infinita en nuestros corazones. Lucas fue su primer amor, ahora sabe que está preparado para dejar entrar al segundo, aunque no sepa si él va a querer hacerlo.

Salen del bar y se pierden por la ciudad como si fueran aquellos niños que un día se perdían por

Valencia sin ganas de encontrarse, solo a ellos mismos. Las risas por Malasaña contrastan con aquellos besos fortuitos en El Carmen. Ya no son esos niños y todo está bien.

—Bor, te conozco, tienes miedo. De todo. Y has decidido acampar en la mediocridad para no sufrir. Pero vas a sufrir en tu vida, mucho más de lo que sufriste por mí. Y yo puedo pedirte perdón, y podemos reencontrarnos y hablar. Pero habrá veces en las que sufrirás y no podrás tener un cierre que te guste. Quien no arriesga no gana y tú te mereces ganar. Lucha por este chico, lo que sea que vaya a pasar después no importa. Lucha por ti. Déjate de sótanos de mala muerte, de trabajos mediocres y de citas sin beso. ¿Sabes por qué aún no has dado ese beso?

—¿Por qué?

—Porque sabes lo que significa, eres consciente de que darlo implica iniciar algo que te asusta. Porque conoces las consecuencias de lanzarse al vacío a los brazos de otra persona. Lánzate, joder. Salta si hace falta, que venga lo que tenga que venir. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que tres años después os reencontréis en una ciudad cualquiera y paseéis a la luz de la Luna como dos desqueridos? ¿Sabes por qué has podido follar conmigo, o con el hijo del casero? Borja niega con la cabeza, tiene ganas de saberlo.

—Porque yo ya no importo, y el hijo del casero mucho menos. Damos igual, ninguno de los dos significa lo que significa el cántabro, por mucho que yo lo significase en su momento. Ahora ya soy uno más, el del norte representa algo que te da miedo, y tu cuerpo ha decidido ponerte todos los obstáculos posibles para evitarte un posible sufrimiento, pero de verdad que hay mariposas en tu barriga, de verdad que todo. No tienes la alexitimia esa, lo que tienes es un jaleo inmenso en la cabeza, y a un cántabro viviendo en tu corazón, en tu mente y en tus sueños.

Y así acaba la noche, como tantas otras en su pasado, pero sin besos. Borja tiene claro para quién quiere que sean sus besos, solo le falta saber cómo lograrlo. Está amaneciendo, es un nuevo día y la reaparición de Lucas en su vida cobra todo el sentido, su ángel de la guarda inesperado.

27
El coño mágico del amor

Cuando te has pasado la vida entera echando a hombres de tu cama antes de amanecer y huyendo de cualquier intimidad que supere lo físico, despertarte con un hombre al lado se te hace raro, aunque no sea la primera vez que hacéis el amor. Para una persona como Carlota, compartir sábanas y madrugones en su propia cama es una cosa marciana, ella que siempre ha sido más de escabullirse en mitad de la noche o de echar a quien sea a altas horas de la madrugada cuando ya se ha hecho lo que se tenía que hacer. Así que es normal que el corazón le esté yendo como le está yendo: muy rápido. No es por el susto, es plenamente consciente de que es Jaime el que está ahí, más bien es porque le da un miedo enorme saber que le gusta que esté ahí.

Ay, Carlota, lo que has hecho. Con todo tu papo has dejado a un hombre dormir en tu cama. Y en tu corazón.

No sabe cómo actuar, obvio. ¿Qué hace la gente en casos como este? ¿Se levantan y se van a desayunar como si nada? ¿Hacen algún ruidito sutil para despertar a su acompañante? Ella ha oído que mucha gente los despierta con una mamada, pero eso le parece una guarrada. También puede esperar a que él se despierte por sí mismo y fingir entonces que se acaba de despertar.

Jaime se mueve. Ella se queda tiesa. Él emite un gruñidito. Ella se destensa un poco. Él le da un besito en el hombro. Ella contesta con otro en… la… ¿frente? Parece que él sonríe un poco, aún con los ojos cerrados. Bien hecho, Carlota.

—Buenos días, preciosa —dice hundiendo la cara en su pecho y besándola entre las tetas.

—¿Has dormido bien? —acierta a decir ella antes de que él la corte con un beso mañanero bastante decente.

No hay respuesta a esa pregunta porque ese beso se convierte en una comida de coño que la deja extasiada y mareada.

¡BUENOS DÍAS, MUNDO! Cuando te lo comen a ti, no te parece tanta guarrada. ¿Eh, pillina?

Por alguna razón que a Carlota no le supone problema alguno, Jaime solo necesita

devorarle el chocho para encenderse. Como si ese chocho fuera una película porno. Con cada lametón gime más, con cada pulsación en el clítoris se enciende más y, si Carlota emite algún gemido, la velocidad de la paja que él se está haciendo aumenta. Tanto que cuando ella se va a correr, él estalla como un aspersor. Carlota se siente automáticamente muy orgullosa de su coño, el coño mágico del amor.

—Vas a tener que cambiar las sábanas —dice él exhausto tirándose sobre el colchón.

Ella no sabe qué responder, está genuinamente impactada por todo. Y se siente rara, como menos ella, como más de él. Como si actuar normal fuera a suponer un esfuerzo inmenso. Así que hace lo que mejor sabe hacer. Huir hacia delante. Lo necesita fuera de casa para asimilar todo lo que ha dejado que pase y para recuperarse del mejor cunnilingus de su vida. ¿Puede Jaime dejar de ser el mejor en todo?

Sale de la habitación como si acabara de escapar de un secuestro de estos que han durado muchos años, sintiéndose Natascha Kampusch, pero con las piernas temblorosas porque su cuerpo quizá nunca se recupere de ese despertar tan intenso. Abre la puerta del baño con cuidado, tocando el pomo como si ardiera y detrás hubiera algo peligroso. Lo que se encuentra es a Andreu lavándose la cara. Él grita. Ella entra, cierra la puerta con precisión y le tapa la boca. Se quedan así un rato hasta que ella se da cuenta de que está desnuda porque él no deja de hacer unos esfuerzos titánicos por no mirar hacia lo que le apetece mirar.

Si tu supieras, Andreu, que el vergel del amor de Carlota acaba de ser mancillado por tu enemigo mortal.

Ella le quita la mano de la boca y se tapa con una toalla. Después, se sienta en la taza del váter y apoya su cabeza en ambas manos.

—Menuda liada, Andy.

Él, que tiene cara de haber muerto y resucitado diez veces durante la noche y que no ha conseguido quitarse el sabor a vómito de su boca ni con todos los enjuagues que lleva desde que ha despertado, intenta actuar con normalidad. Así que se sienta en el suelo para ganar equilibrio.

—¿Qué pasa?

—Que me gusta mucho, joder.

Entonces, Andreu desea morir una vez más. Ansía que vengan los angelitos del cielo y se lo lleven con ellos a vivir en las nubes, a tocar el arpa y a hacer pipí sobre la tierra cuando las nubes se condensan.

—Qué bien, ¿no? —es lo único que consigue decir antes de arrastrarse hasta la bañera

para vomitar, logrando para ambos una vía de escape perfecta. A él de la conversación y a ella de tener que mantener a Jaime en casa un segundo más.

—¿De verdad no necesitas que os traiga nada? —pregunta Jaime cuando Carlota lo ha arrastrado hasta la puerta.

—Qué va. Fiona está llegando cargadita de provisiones —miente.

«A todo esto, ¿dónde está Fiona? ¿Y dónde está Borja?»

El beso de despedida es demasiado bonito como para que a Carlota no se le enrede más el nudo de su estómago, que se ha vuelto más fuerte que nunca. Lo peor viene después, cuando se queda como una tonta mirando desde la puerta cómo él desaparece escaleras arriba. ¿Qué clase de heroína romántica ha invadido a la reina del desamor?

La sonrisa de Jaime es casi lo único que ve Borja cuando llega al portal, una sonrisa de satisfacción que hace a Borja sonreír con complicidad.

—¡Gracias! —le dice cuando llega mientras el otro le mantiene la puerta abierta.

—¿Bien la noche? ¿Objetivo cumplido? —le pregunta Jaime, dejándose llevar por la complicidad.

—No del todo, pero he dado un paseo por el pasado muy interesante.

—Pues ya somos dos. —Y la cara se le ilumina más si cabe.

Ninguno se despide, Jaime se limita a darle un toque amistoso a Borja en el hombro y, mientras uno se pierde calle arriba, el otro lo hace escaleras abajo.

La estampa cuando Borja entra en casa es desoladora. Carlota lo mira con la cara desencajada y el cadáver de Andreu tirado en el sofá es estremecedor. El salón da asco y miedo a partes iguales, todo lleno de botellas, de los dichosos vasitos de chupito. El suelo pringoso por el alcohol, el sofá descolocado, las butacas desordenadas y la cocina casi insalvable parecen un campo de batalla después de una cruentísima contienda.

—¿Lo encontraste? —es lo único que acierta a decir Carlota ante tanta penosidad.

Borja niega con la cabeza mientras pasea por el lugar como si fuera un campo de minas. Al llegar al sofá, se agacha para asegurarse de que Andreu tiene pulso. Lo tiene, qué maravilla. Un cadáver ya es lo que les habría faltado.

—¿Y qué has estado haciendo toda la noche?

—Pasear por Madrid… Con Lucas, el fantasma de los romances pasados.

—¿Estás de coña?

—Ayuso mentía. Los exes en Madrid están por todas partes.

Tardan un buen rato en conseguir que el salón vuelva a parecer un lugar habitable y se centran tanto en apañar la cocina que Borja se da cuenta de que nunca la había visto así de limpia. Andreu no repunta y asegura estar viviendo la peor resaca desde que tiene memoria.

—Son los treinta, Andy, que están a la vuelta de la esquina —le suelta Carlota, mocho en mano, en una de esas.

Pero Andreu no está para hablar ni para responder, ni para comentar ni para nada que requiera de un esfuerzo, aunque sea mínimo. Carlota no habla de Jaime y Borja le da su espacio, consciente de lo que este cambio de paradigma estará suponiendo en la cabeza de su amiga. Ella sí que pregunta por su noche con Lucas y él se limita a asegurarle que no ha tenido ningún parecido con la otra noche con él. Y que está decidido a recuperar a un cántabro que quizá nunca fue suyo del todo.

Cuando por fin Fiona hace acto de presencia, el silencio está reinando en la casa porque Andreu se ha dormido por enésima vez.

—Qué noche… —dice como saludo, más fresca que una lechuga, tirándose en el sofá al lado de Andreu. Él no se inmuta ni un poquito.

Les cuenta su noche en el Barceló con todos los pelos y señales que le apetece contar. Lo de que ha »dormido» en casa de un cubano se lo guarda, por muy bien que lo haya pasado, por muy precioso que sea el ático en el que ha follado y por muy complacida que haya acabado. Les cuenta que Fran y Manu se han liado, que Carmen es la caña, que se ha cruzado con algún que otro *influencer* y con un par de actores de *Élite*. Habla como si volviera a tener diecisiete otra vez, personificando a Zac Efron en aquella película en la que Chandler de *Friends* se convertía en Troy Bolton y volvía a su adolescencia así como si nada. Ella no lo dice, pero está cambiada y ellos lo notan. Carlota, que sabe cosas, la observa confiada y feliz por ella. Y Borja, que no tiene ni idea de nada, percibe lo que todo apunta, que Fiona ya nunca volverá a ser la fue: sin imposiciones ni nada de todo ese coñazo. Por muy loca que se esté volviendo en todo este guirigay vital en el que anda metida.

Andreu consigue volver a ser persona a media tarde, cuando todos se han echado ya una siesta de campeonato. Así que se arreglan y salen del sótano al mundo exterior para cenar. Van a Kitchen 154 porque, como todo el mundo sabe, lo mejor para la resaca es una buena taberna asiática con su buena dosis de comida picante. Andreu pasa de tener el cerebro extasiado a no sentir la lengua. Sin duda un fin de semana perfecto el suyo. Allí, entre el jolgorio, los chiles y el

abarrotamiento natural de cualquier restaurante de Conde Duque un sábado noche, se recuerdan lo mucho que les gusta ser ellos, por muy disfuncional que sea su amistad. Pese a todas las mentiras, los secretos y las torpezas. Pese a que estén tan cerca de llegar a los treinta y tengan las cosas tan poco claras, solo seguros de que cuando entren en la nueva década, sus caritas seguirán allí.

—Comentamos poco de la bruja —dice Borja sirviéndose un buen vaso de agua para calmar el picor que le ha dado el trozo de coliflor que se acaba de meter en la boca.

—¿Qué hay que comentar? —pregunta Carlota escéptica.

—Amor, fue bastante revelador.

—Me vas a decir ahora que estás embarazada —responde con una ceja levantada tocándole la barriguita a Fiona.

—Yo creo que eso era una cosa más bien metafórica, ¿no, Fiona? —dice Andreu, que no sabe ni qué pensar, claro. Porque a juzgar por lo que lleva viendo, escuchando y sabiendo de ella últimamente, bien podría estarlo.

Ella se limita a asentir y seguir la conversación, porque cómo decirles que ha decidido que le apetece tener un bebé al tiempo que ha decidido que quiere cambiar de vida, irse de casa y, muy seguramente, dejar a su novio. Cómo explicar que se le ha despertado el instinto maternal en el momento más inoportuno. Y que está asumiendo unos riesgos muy locos en este afán tan inesperado.

—A ti te acertó lo de la J.

—Eso es porque se lo dijiste tú.

—Yo no le dije nada de nada. Si Adelaida es la mejor bruja de Madrid, se le respeta.

—¿Pretendes que me crea que no le dijiste nada antes de ir? —Coge después una alita, mirándola con cariño, y le mete un buen mordisco—. ¡Joder, qué buena!

«Tendré que traer a Jaime», piensa. ¿Qué cosas eh? Quiere traer a Jaime. «O quizá no», piensa después. Oponer resistencia es su pasión, su *hobby*, su ilusión, pese a que todo apunte a que su fortaleza haya caído, a que Jaime haya conquistado el castillo y a la princesa. Una princesa dura de pelar, totalmente desquiciada, por muy pillada que esté.

—Entonces, ¿te podemos llamar «Andreu el Hechizado»? —bromea Borja cuando es el turno de Andreu.

—¿Como a Carlos II? —añade Fiona.

—Pero sin testículos negros ni endogamia, ¿vale? —responde vacilón.

—¿Quién es la que te tiene hechizado, Andy?

¡Tú, Carlota! ¡Eres tú! ¡Tú, tú, tú, tú, tú! Que anoche te dijo que te quería, tía. Que no te enteras. ¿Cuándo pretendes sacarlo de la *friendzone*?

O espera un momentito.

A ver si el que no se está enterando es él. A ver si va a resultar que ella no tiene nada de lo que enterarse porque ya está bastante enterada de todo. A ver si resulta que aquel beso no fue tan importante para ella. A ver si ella lo tiene metidito en la *friendzone* porque es su *friend* y nada más. A ver si la cosa no es tan profunda.

—Me gustó que nos hablara Julito, lo echaba de menos. ¿Cómo le irá por donde sea que esté?

—Pues como aquí, Borjita, mal —contesta Andreu provocando las carcajadas de los otros tres.

Y esta noche no beben ni una gota de alcohol. Fiona sueña con su bebé inoportuno, y Borja con Miqui. Andreu no sueña, demasiado lo hace despierto. Y Carlota, en un inesperado giro de los acontecimiento, se vuelve loca y no sueña en casa, se escabulle a la de Jaime. Y sueña en su cama, abrazada a él. Embriagada con su olor, extasiada por el chico del que huyó. Ha asimilado ya que lo quiere cerca, muy cerca.

28
¿De verdad de la buena?

Andreu y Fiona no hablan en el tren de vuelta porque son bendecidos con la presencia de Ángela y Marta, y con sus vocecillas sonando sin parar como si fueran una banda sonora cansina y estridente. El nivel de parloteo durante el viaje los deja tan tocados y hundidos que tampoco hablan al llegar a casa porque lo único que quieren hacer es dormir. Y más vale cabeza en almohada que conversación incómoda.

El lunes los pilla de lunes, claro. Mucho trabajo, mucho lío, mucha historia. Poco de querer coger el toro por los cuernos y tener la conversación que llevan posponiendo desde hace ya demasiadas semanas. Cada vez que se cruzan, hay un jeje, un jiji o un jaja, pero nada más.

Cuando llega el martes, se respira algo en el ambiente, una especie de sensación de agonía que lleva viajando perenne por su convivencia ya demasiado tiempo, se percibe que la cosa va a pasar. Y pasa, obviamente, cuando Fiona llega de trabajar y Andreu la intercepta desde el sofá nada más abrir la puerta.

—¿Crees que deberíamos hablar? —De cabeza a la piscina y sin anestesia.

—Es posible que sí.

Deja el bolso tirado en el suelo, saca dos botellines de cerveza de la nevera, uno para Andreu, otro para ella, y se sienta sobre la alfombra con cara de »vamos allá».

—Lo siento, de verdad —es lo primero que dice Andreu antes de meterle un trago a su cerveza, primera gota de alcohol desde la debacle del fin de semana.

—Qué rápido —suelta ella complacida.

—¿Para qué voy a enredarlo más?

—También es verdad.

Pero todo lo abierto que quiere ser él choca de frente con lo hermética que se está empeñando en ser ella. Para él esta es una conversación distinta de lo que lo es para ella, de ahí la contraposición. Él solo busca disculparse y encontrar algún tipo de explicación a todo este embrollo en el que llevan metidos desde que ella le confesó haber dormido »muy bien» la noche en la que se pasó las horas gimiendo como una hiena con el trajeado aquel. Ella no sabe qué es lo que quiere sacar de hablar con él ni sabe qué decirle ni hasta dónde decirle. Quizás una pequeñita

parte de ella quiera abrirse en canal y permitirle a su amigo hacer de doctor con su corazón. Que sea su neurólogo de andar por casa y navegue por su cerebro, a ver si consigue hacer las conexiones adecuadas para aclarar el lío que tiene. Querría hablar de Mario, de todo el sexo. Del bebé que se ha empeñado en tener, de lo jodidamente cansada que está de su vida. Una conversación ligerita para un martes por la tarde.

—Estoy haciendo un estudio de penes.

Es lo primero que le sale decir y se queda bien contenta con su respuesta. La cara de Andreu no dice lo mismo, pero ella siente que es una aproximación bastante fidedigna a la realidad, ¿no? No es una mentira del todo, claro. Cada pene que ha conocido ha sido importante en este proceso vital en el que se ha metido. Lleva meses estudiando penes, diferentes y variados. Algunos más grandes, otros más pequeños, algunos más gruesos, algunos más finitos. Penes torcidos, penes seta, penes con capucha y penes sin capucha. Penes, penes y penes, adheridos a hombres, hombres y hombres. ¿Es la Doctora Fiona Pérez, de la Universidad de sus Santos Ovarios?

—¿Perdona? —responde Andreu absolutamente estupefacto.

Cuanto más lo piensa, más convencida está de haber dado la respuesta más acertada, de que a partir de ahí puede expresarse con sinceridad sin decir las palabras que ni sabe cómo ordenar, ni sabe cómo decir.

—Está siendo muy instructivo —empieza a decir— la diversificación en cualquier materia. Cuando uno está pasando por un periodo de bloqueo personal, es muy recomendable.

—Claro… —Andreu se esfuerza en encontrar el mensaje encriptado en todo esto.

—Estoy descubriendo muchas cosas que desconocía, no solo sobre el cuerpo humano, también sobre la mente humana —sentencia poniendo su mejor cara de doctora profesional.

—No me digas, sobre la mente humana también… —Las alarmas han saltado en su cabeza, es posible que lo haya entendido ya.

—Sí, he estado algo perdida en este y otros campos, así que, bueno, está siendo una cosa fantástica. Creo que me va a venir bien para todo en general.

Andreu alcanza por fin el *quid* de la cuestión, la clave de todo esto.

—Y Mario qué opina…

Mario es como la ranita de los experimentos de ciencia en los *Highschools* americanos,

un sujeto pasivo, clave en la investigación, pero casi como un objeto. Lleva en cautividad, en su vitrinita de cristal, años. Está ahí, de vez en cuando alguien se acuerda, ella la primera. Pero hace ya mucho tiempo que fue asesinado y disecado, y ahora espera paciente a que la doctora, con su bisturí, lo abra en canal, lo vacíe órgano a órgano y lo lance a la papelera de su vida sentimental.

—Te pediría un poco de discreción hasta que saque algo en claro, ¿vale? Su pene es importante también para este estudio, como comprenderás.

Andreu asiente con lentitud cuando acaba de atar todos los cabos sueltos de esta historieta metafórica que le acaba de soltar su colega, la Doctora Fiona. Concluye que lo que le pasa a Fiona es que está más perdida que Adán en el día de la madre, que está reorganizando su cabeza, que aún necesita tiempo para organizar todo lo que lleva meses desorganizando más aún. Y también asume que el de los berridos y el del portal de la otra tarde son dos sujetos más en una larga lista de hombres. Y penes.

—Si necesitas cualquier cosa en tu estudio… estoy aquí, ¿vale? —sentencia él intentando establecer un contacto visual directo con ella para enfatizar el mensaje.

—¿Me estás ofreciendo tu pene, Andreu? —responde jocosa.

Andreu pone los ojos en blanco y se acaba la cerveza de un trago, dando por zanjada esa parte de la conversación.

—¿Cómo va el hechizo de Adelaida? —se nota que Fiona intenta sonar todo lo casual posible.

Andreu se ha levantado del sofá y tiene la cabeza metida en la nevera.

—Pues yo me siento igual —responde mientras abre un botecito de *hummus* y lo huele.

—A ver si ya te has desenamorado.

—Es posible —dice él en automático sin prestar mucha atención a la conversación.

—Yo tengo la teoría de que, en realidad, nunca lo has estado.

Este último comentario lo pilla desprevenido y saca la cabeza de la nevera, donde tampoco es que hubiera mucho que ver, y se gira lentamente como si lo hubieran pillado robando el carrito de los helados.

—Amor, que no soy tonta —dice para asombro de él—. Pero sí que he estado enamorada, aunque a día de hoy te pueda sorprender. ¿Tú crees de verdad que estás enamorado? ¿De verdad de la buena?

Pero, qué dice esta ahora. Cómo que si está enamorado de verdad de la buena. Pues claro que lo está. ¿Cómo no va a estarlo? Lleva diez años queriendo vivir con Carlota ese romance épico que siempre ha soñado. Y la quiere, joder, claro que la quiere. Le gusta pasar tiempo con

ella, hay una conexión especial, Fiona, que pareces nueva. ¿Cómo se atreve a decirle semejante cosa que podría desmontar por completo sus esquemas vitales? ¿Cómo se atreve a poner en duda esto? ¿Cómo se atreve a hacerle dudar de que todos estos años de romances tirados a la basura no han tenido sentido?

Le gusta Carlota, le gusta pasar tiempo con ella, se lo pasan bien, se entienden. ¡Deja que lo llame Andy! Eso es amor… ¿verdad? ¡¿VERDAD?!

Esa noche Fiona cena con las amigas de siempre y le tiembla el párpado. Le hablan de Mario y le tiembla el estómago. Que si los padres de ella no querrían que lo dejara, que si el salchicha que van a adoptar, que si la casita a las afueras. Que si, ya que ha llegado hasta aquí, tiene que dejarse de tonterías y llegar hasta el final. Supondremos que ese final sea un altar con su cura y sus alianzas.

Y comen tortilla trufada, que está riquísima.

Y los bebés. Los bebés que van a tener juntos, que van a ser monísimos, adorables y rubios. Porque Mario tiene el pelo clarito, y ella de pequeña también.

Y el tartar de salmón es una pasada.

Y Fiona se nota el estómago raro, incómodo, diferente. Mientras las otras hablan de sus mierdas, de sus vidas, de todo lo que quieren que Fiona no quiere, ella fantasea con su bebé. El suyo, el de ella y de nadie más. Un bebé que podría llegar en el momento que no toca, claro. Y eso le pirra. Todo desordenado, como siempre tendría que haber sido. Todo convertido en una sucesión no sucesiva, en un sinsentido delicioso en el que ella huele distinto, viste distinto y tiene un bebé, así de repente. ¡Qué loca estás, Fiona! ¡La más loquita de todas, la más transgresora!

Y qué barbaridad las torrijas, qué buenas están.

29
Más edulcorado de lo normal

¿Sabes cuando en la típica película *indie* de amor se entremezclan imágenes de dos tortolitos enroscados bajo sábanas blancas? Las graban muy de cerca, o quizá se acerquen con zoom en posproducción, pero se convierten en una retahíla de fotogramas desordenados mostrando la intensidad de la pasión. Hay besos, muchos besos, de todo tipo y en todas partes. Hay caricias, que se intuyen suaves e íntimas. Hay risas, muchas, blancas y perfectas. Hay algún que otro gemido velado, alguna cara de placer y una mano agarrando con fuerza una sábana, o un muslo, según se de. Hay de todo y más, porque cuando sacan la cámara de la cama, la llevan a recorrer la ciudad, los bares más encantadores y los restaurantes más cucos. Las calles se convierten en el escenario perfecto, un escenario en el que los focos son la luz del sol y el cartón piedra no existe, porque lo que se enseña es la vida misma, la cruda, y preciosa, realidad.

Esa lleva siendo Carlota estas semanas, una chica cruda y metida en esta realidad tan romántica, y tan preciosa. La protagonista de la peli de amor *indie* más empalagosa de todos los tiempos, con una vida de idilio continuo con un Jaime que no se cree que esto que está pasando esté pasando. De la mano han recorrido Madrid, de norte a sur, de este a oeste. Aprovechando los ratitos de sol para tomarse unas cervezas en cualquier terraza y besarse en cualquier esquina

Va y resulta que el chico no vivía muy lejos de Olavide, a un paseito de diez minutos, en el 88 de Viriato. Una caminata breve que Carlota ya se ha aprendido de memoria, porque ha echado allí horas y horas con él. Porque ha hecho y deshecho el camino sola y con él de la mano. Porque el destino se empeñó y ella ha acabado haciéndole caso, aunque le haya costado. A veces le dan las neuras, pero entre que su negocio de venta de bolsos está yendo como un tiro, que Borja la ha necesitado mucho, y que el resto del tiempo lo ha dedicado a Jaime, Jaime y Jaime, no tiene tiempo para dejar que las neuras la invadan y acaben con ella otra vez.

Jaime vive en un piso patera, de esos en los que todo son habitaciones y no hay zonas comunes, más allá de una cocina bastante amplia y los dos baños de rigor. Se respira una sensación de abarrotamiento continuo sin que haya mucha socialización, porque los siete inquilinos van y vienen sin hacer mucho caso a quien viva en el cuarto de al lado. Y, para sorpresa de todos, el barullo es mínimo. Hay paz, trastocada en la habitación de Jaime por la

locura amorosa que está siendo la vida de estos dos últimamente.

—¿Te apetece hamburguesa? —le pregunta Jaime desde la cama, con una aplicación de pedidos a domicilio cualquiera en el móvil, mientras ella se pone una de sus camisetas a modo de pijama frente al espejo.

—Perfecto.

Jaime, que ya sabía la respuesta, porque, extrañamente, Carlota lleva diciendo a casi todo que sí las últimas semanas, completa el pedido. En cuarenta minutos tendrán su cena por allí. Se arrastra hasta los pies de la cama y sale de ella para colocarse detrás de Carlota con cuidado. El solo lleva un bóxer anchito, lo mejor para el estado permanente de su entrepierna.

—Eres preciosa —dice antes de plantarle un beso en el cuello.

—Jaime… —responde ella con un tono de advertencia que no suena a advertencia para nada.

—¿Qué pasa? — pregunta mientras recorre con su lengua ese cuello tan delicado de la rubia.

—Que me estás volviendo loca.

—¿Qué hay de malo en eso?

Ella no responde y él consigue darle la vuelta con maestría, para acabar con sus lenguas entrelazadas y la camiseta que se ha puesto Carlota otra vez en el suelo. Y el bóxer que llevaba el, también.

Carlota viviría para siempre en ese idilio. Se mudaría a esos brazos y adoptaría su pecho como almohada y sus ojos como espejo. Elegiría la sonrisa de Jaime como el cuadro que decora su salón, su espalda como el muro en el que apoyarse cuando sienta que algo no va bien y sus preciosas nalgas como el lugar más cómodo del lugar. Y su polla, su polla tendría un lugar de honor entre todo y entre tanto.

«Qué bien la maneja, joder. Qué bien lo hace»

La hamburguesa llega cuando ya se han recuperado del enésimo orgasmo. Jaime trae dos bandejas de la cocina y cenan encima de la cama como si fueran dos estudiantes de primero de carrera viviendo en una ciudad ajena. La complicidad se palpa hasta fuera de la habitación. Si a Jaime se le cae algo de ketchup por la comisura, ella lo recoge con soltura con el dedo y se lo lleva a la boca. Si la hamburguesa es demasiado grande y ella no va a poder más, él se la acaba, porque es muy alto y eso hay que llenarlo bien. ¿Quién diría que hace nada estaban en Fuenlabrada de cita clandestina? El jaleo que ha armado la rubia para acabar ahí con el, a la luz

tenue de dos lamparitas, embobada perdida, oliendo a Jaime como modo de vida.

Acaban la velada entrelazados y comiendo el helado más dulce que hay, porque con todo lo empalagoso de sus vidas, cualquier manjar sabe más edulcorado de lo normal. Ven *Match Point* porque Carlota se empeña en que Jaime tiene que verla y cada dos minutos la tienen que parar para que, o bien ella le explique algo o señale "alguna calle de Londres por la que pasé", o el inserte una chascarrillo que haga que ella no pueda contener alguna que otra risotada. O porque se tienen que besar, claro, no vaya a ser que estén más de cinco minutos sin tener los labios del uno contra los labios de la otra, y viceversa.

—Por cierto —le dice Jaime antes de dormir, cuando ya están abrazados y con las luces apagadas. —Estaré en Valencia la semana del festival, ¿nos vemos antes de que te vayas?

¡ALARMA! ¡ALARMA! ¡ALARMA!

En Valencia, ¿Jaime? ¿Estás seguro de esto? Bueno, claro, él sí que lo está. Pero al escuchar el nombre de su ciudad en voz alta y de la boca de él, ella se pone en modo alerta. ¿Está preparada para volver allí con él? ¿Para ser la Carlota que fue, con el Jaime al que mató? ¿Es capaz? Podría transitar la ciudad de sus amores con la misma facilidad que lo hace en Madrid, su París en España, pero planteárselo hace que se le atasque algo en el nudo de su estómago. La traslada a la chica que siempre ha sido, la campeona del no-amor, la reina del no al compromiso.

No le responde claro, como hace ella con todo, y no acuerdan nada porque no hay nada que acordar si ella no quiere acordarlo. En Madrid todo genial, ya veremos que pasa y si ella puede trasladar este idilio a Valencia aunque sea por un ratito pequeño. Volver a la escena del crimen no le va a resultar tan sencillo.

Duermen como dos angelitos, y se despiertan a la mañana siguiente con el cutis más suave y las arrugas de la risa más profundas. Se asean juntos, haciendo las mil y una tonterías, desayunan rápido y cada uno a lo suyo, no sin antes darse el morreo de rigor de despedida. Son tan monos que quién diría que el camino hasta aquí ha sido el que ha sido.

Salen de casa y Carlota recorre los diez minutos de vuelta a Palafox sin prisa, dejándose llevar por este nuevo yo en el que no hay espacio para ser la persona que reniega del amor que siempre ha sido., por mucho miedo que siga sintiendo. En la banda sonora de su cabeza, suena

Lover de Taylor Swift, el disco más rosa de la otra rubia, caratula y todo. También suena Michael Bublé, y Pablo Alborán, y Marvin Gaye. Y todo son canciones de amor, ¿quién es esta chica?.

En la disyuntiva de si verse, o no, con Jaime, no puede pensar, porque tiene el cerebro infestado de purpurina y destellos de luz, porque tiene tiempo para tomar una decisión, ya lo hará luego, cuando no tenga el regusto de Jaime en la boca y olor de Jaime en la nariz.

Pero te verás con él en Valencia, ¿verdad, Carlota?

¿Verdad?

No la líes otra vez, tía, ¡no la líes!

30
Carita de cordero degollado

Atardece en Madrid mientras Borja sale del metro. Ya ha convertido esto en su rutina diaria, al salir de trabajar. En vez de coger la línea 4 en Serrano de vuelta a casa, se da un paseíto hasta Retiro, allí coge la 2, para en Ópera, y luego directo con la 5 hasta Puerta de Toledo. Algún día ha cogido el autobús, pero se aclara menos y prefiere ir sobre seguro.

Es en esta época del año cuando Madrid vive su mejor momento. Hace calorcete, pero no mucho, y la luz del sol baña la ciudad en una especie de filtro dorado que es mágico. La ropa de invierno ya se guarda para el invierno siguiente y las terrazas se abarrotan todavía más. La gente está de buen humor, la primavera se nota en los parques y en las calles, y te crees eso de que de Madrid al cielo. Mayo debe ser el mes tipo en el que todos aquellos enamorados de la capital aceptan el idilio y se entregan sin rechistar a la pasión de sus calles, de sus noches cada vez más cortas y de sus días interminables.

Pero para Borja la cosa no está yendo tan bien.

Miqui lleva dieciocho largos días sin dar señales de vida. Dieciocho días de llamadas sin responder, de mensajes sin contestar y de viajes hasta Puerta de Toledo. Bueno, eso no es verdad del todo, las visitas empezaron el cuarto día y sus viajes a Boadilla le han impedido acercarse un par de veces, pero el resto, fiel a su paseo siempre.

No ha visto a Miqui y eso que le ha echado horas. Ni rastro de él en su portal, ni rastro de él en la calle, ni rastro de él en el barrio. Incluso un día se sentó solo en 100 Montaditos, en un arranque de romanticismo burdo influido por los consejos de Andreu, con la esperanza de que el cántabro apareciese y tuvieran su segunda primera cita, reconciliándose después de todo.

Pero Miqui no aparece. A Miqui se lo debe de haber tragado la tierra. Mayo se acaba y mañana por la mañana, bien prontito, Borja cogerá el metro hasta Chamartín rumbo a Valencia para primero entrevistarse con Luisa Puerto de Font y Montaner Arquitectos, y después irse al festival para el que consiguió pases después de unos besitos tontos con aquel cantante convertido en DJ, antes de la debacle que fue su reencuentro con Lucas. DJ al que por cierto los organizadores han borrado por completo del cartel. Todo apunta a que se han enterado del episodio del despilfarro de pases que supuso su noche de besito en El Sol.

La entrevista lo asusta, pero le genera un cosquilleo en el estómago. Del bueno. La perspectiva de volver a Valencia, a casa, se le hace marciana. Plantearse dejar Madrid, su sótano, su vida, su todo, le descuadra la mente. ¿Quién sería él ahora en Valencia? ¿Un viejo amigo que vuelve a irrumpir en tu vida? ¿Un desertor pidiendo clemencia? ¿Quién es Borja sino un valenciano viviendo en Madrid? Aun así, algo en su interior le dice que quizá sea el momento, que es posible que haya estirado ya lo suficiente su mamarracha vida en Madrid y que, por muy apasionante que haya sido, el final ha llegado.

Qué cosas tiene la vida, cuando tiene que aparecer tu ex para que te des cuenta de todo. Qué fascinante que haya sido Lucas el que haya reordenado su cabeza en un alarde de *coach* vital que no se esperaba. Qué bonito en realidad, ¿no? Reconciliarse con su ex para reconciliarse con la vida, aunque la vida se siga empeñando en ponerle trabas.

Estos días ha soñado tanto con Miqui que alguna mañana ha despertado creyendo de verdad que se han visto y la perspectiva de no volver a verlo hace que las mariposas de su estómago se rebelen violentamente contra él, como si no fueran ellas las culpables de todo esto. Como si su apatía inicial no los hubiera traído hasta aquí.

Jodidas mariposas de mierda, ya os vale.

Al llegar a casa de Miqui, y ya van trescientas en los últimos días, sabe que podría acabar con todo esto de un plumazo tocando el botón correcto en el interfono. Podría tocar, fingir que es el cartero y subir. Podría llamar al timbre, podría verlo. Podría soltar todo lo que siente. Podría hacerlo, pero se acobarda. Un encuentro artificialmente fortuito lejos de su propio barrio suena más apetecible que un abordaje sin anestesia. En algún paseo, a modo de recuerdo, ha llegado hasta su nariz un olor familiar, ese olor enloquecedor de Miqui. El corazón se le ha acelerado, las manos le han temblado, pero cuando se ha girado para encontrarlo, nada. Miguel Díaz de Castro está *missing* del todo.

O quizá no.

Como viene siendo habitual, Borja acaba su paseo frente al edificio en el que vive Miqui. Después de pasar por delante unas diez veces en su rutita, siempre acaba allí, en la acera de enfrente, como un fan loco que espera que su estrella favorita haga acto de presencia. Nunca pasa nada, ni siquiera ve movimiento en los balconcitos, aunque siempre espera a que algo pase. Lleva puestos los *earpods* con la lista de canciones más melancólica, romántica y cursi que

existe. Una amalgama de voces desgarradas, nasales y tiernas, una sucesión de notas en piano, de rasgueos de guitarra, de poca percusión. Lo mejor para animarse; sí, señor.

Pero hoy, treinta y uno de mayo, hay algo raro en el ambiente, el aire se mueve extraño, la vida se siente distinta. Y también hay una furgoneta aparcada en la puerta del edificio. Y un señor, con unas pestañas rizadas, muy densas para su edad, cargando cosas. Y las puertas de los balcones están abiertas, aunque no se alcance a ver nada de lo que está pasando allí dentro. A Borja el corazón le da un vuelco, se le pone del revés con brusquedad y las mariposas se vuelven locas, desquiciadas, trastornadas. Zahara canta en sus oídos y Borja se muere de pensar en la posibilidad de quedarse con las ganas de decirle a Miqui, aunque sea, que lo va a echar de menos.

Entonces, Miqui sale del edificio sin preaviso. A Borja el corazón le palpita tan fuerte que cree que se le va a salir del pecho. Dieciocho días después, lo tiene delante, a unos poquitos metros. A la decimoctava va la vencida.

Quiere gritar, pero no le sale la voz. Miqui, ataviado con su enésima camiseta de *Ralph Lauren*, ajeno a su presencia, acaba de meter trastos, cajas y maletas en el maletero de la furgoneta con la ayuda del señor de la pestañas. La raíz genética de las suyas, claro, el señor Díaz de Castro en persona. Cuando acaban, cierran el maletero con un golpe seco y el padre se sube a la furgoneta, en el asiento del conductor. Miqui da una vueltecita al coche hasta llegar a la puerta del copiloto y es ahí cuando, ante la sensación de tener unos ojos fijos en él, se gira.

Y lo ve. Y se miran. Y el mundo se para. Nada se mueve a su alrededor, Madrid se detiene a la espera de que los amantes más incongruentes que han recorrido sus calles hagan algo.
Borja pone su mejor cara de congoja, sus mejores ojos de tristeza y lucha consigo mismo por no salir corriendo y besarlo contra la furgoneta, delante de su padre. Miqui solo lo mira, con una expresión lineal, con ojos apagados y boca temblorosa, porque ahí hay un puchero y contra eso lucha él.

Y entonces lo hace, mueve los labios. Y ahí, en el día número dieciocho, Borja ve su moraleja. »Adiós», dice Miqui sin alzar la voz. »Adiós», lee Borja en sus labios. Antes de que el puchero se convierta en una llantina imparable, se gira, abre la puerta y sube al coche. Dejando a Borja en la que ya no será su calle. Dejándolo en la que ya no será su ciudad. De vuelta al norte, un cántabro volviendo a Santander.

Y en Madrid, un valenciano roto en una ciudad a la que ya no cree pertenecer.

—Si te soy sincera, me parece excesivo esto. ¿Me estás diciendo que se pira a Santander porque ha descubierto que has tenido la picha suelta?
Carlota, siempre la mejor persona a la que recurrir en momentos como este.

—Que entiendo que le pueda haber dolido, eh, no minimizo nada. Pero se pueden hablar las cosas. No sé, digo yo.

Borja lleva mudo desde que la ha llamado cuando ha visto la furgoneta desaparecer en el horizonte. Como un fantasma ha vuelto al metro, ha dejado que Zahara y Vetusta suenen en sus oídos, ha transitado los subterráneos de la ciudad, ha vuelto al exterior y se ha sentado solo en una mesa del Amor Hermoso hasta que ha llegado Carlota. Cuando ha llegado, la ha abrazado y ha dejado que le pida una cerveza. Que le podría haber pedido lo que fuera porque a él le da igual, un zumito, un vasito de agua, una copa de cianuro disuelto en vino. Lo que sea.

—Y sé lo que me vas a decir. Yo me piré a Londres y blablablá. ¡Sí, hui, lo reconozco! Y por eso sé que esto no está bien ni es sano. —Carlota lleva un buen rato llevando la voz cantante en la conversación, casi como si estuviera dando un concierto en solitario—. ¿Me dijiste que venía al festival este finde o lo he soñado?
Borja asiente con pesar.

—Visto lo visto, no descarto que no vaya a venir… —son las primeras palabras que dice en mucho rato.

—La esperanza es lo último que se pierde, cariño —responde intentando poner su mejor voz de animadora, intentando sonar a otra que no es ella.

—¿Jaime va al festival? —le pregunta Borja, aún con carita de cordero degollado.

—Qué va, debe de ser de la poca gente de Valencia que no vaya.
Aunque sí que va a estar allí, en Valencia, como ya sabes. Se podrían ver antes o después del festival. Podrían, claro. Pero para eso, él debería no creer que ella va directa desde Madrid el mismo viernes por la tarde. Debería no creer que ella no va a pasar por Valencia. Debería contactar con la bruja Adelaida y pedirle que le revele una realidad de la que él mismo no está dudando.

Sí, Carlota se ha decidido y le ha contado una trola inmensa en forma de »iremos directos desde aquí porque Borja curra el viernes por la mañana» cuando la realidad es que Borja no curra

el viernes por la mañana ni el jueves. Y que llegarán allí en unas horas y estarán allí muchas más.

¿Que por qué le miente?

Porque no sería Carlota sin hacerlo. Por muy a gusto, por muy bien, por muy todo. Un reencuentro formal en Valencia, su punto de huida, sería lanzarse a los leones sin armadura. Y ella suicida no es. Así que miente porque es de la teoría del »poco a poco». ¿No te has dado cuenta ya? Un poco a poco insufrible, pero que ella necesita, al parecer, para avanzar.

Jaime que la bese en Madrid, que le rompa los esquemas en Madrid. Ella puede dejar que el virus del amor la atrape allí, en una ciudad ajena. Pero ya lo de hacerlo en Valencia, mejor que no. Volver a la escena del delito con su colega del amor, casi que si eso luego.

Y eso que se sigue muriendo por él, pero prefiere hacerlo en Madrid, su ciudad ajena. El miedo allí es menos de verdad. Cómo le gusta tensar la cuerda.

31
¿Por un muchacho?

Últimamente, cada vez que Borja vuelve a Valencia, lo hace triste. Y siempre es por una muerte, ya sea por la de un colega absurdo o por la de una relación que nunca lo fue. Así que a Carlota vuelve a tocarle viajar casi sola, con un ente a su lado que respira y poco más, y la angustia en su estómago de no saber cómo va a reaccionar su cuerpo en esta nueva visita a la ciudad de su amor, aunque ahora ese amor haya invadido también Madrid.

El reencuentro con Valencia es menos traumático esta vez, quizá porque ya no le pilla de nuevas, quizá porque en esa invasión a Madrid, Valencia haya quedado algo liberada. Pero cuando se despide de Borja y encamina sus pasos a casa de la abuela Juana, algo en su cabeza empieza a golpear.

«Toc, toc, toc. ¿Me abres? Soy tu sentido común, hazme caso y déjate de gilipolleces. Avisa a Jaime de que estás en Valencia y, si te apetece, queda con él, pero déjate de mamandurrias. No es necesario que recorras tu ciudad como si fueras una espía, no hace falta. Como diría un valenciano, *no cal*».

Pero, al parecer, *sí cal* y *cal molt*. Así que por la calle casi corre hasta llegar a su escondrijo, a la guarida perfecta.

Cuando abre la puerta, se espera como poco un «¿quién anda ahí?». Pero nada. Si no fuera porque en la entrada, reposando encima de una mesita, están colocadas las gafas y el bolso de la abuela, habría deducido que no estaba en casa. Pero no, tiene que estar, todo apunta a que sí.
No escucha el agua de la ducha correr, ni la radio a todo volumen, ni una conversación por teléfono entre berridos. ¿Dónde está la abuela?

Pues, a ver, antes de que cunda el pánico, está donde le gusta estar a la buena mujer a estas horas del día. En el salón, sentadita en su butaca, cara al sol, metiéndose una buena siesta del borrego entre pecho y espalda. Le cae hasta la babilla a la pobre. Carlota se acerca sigilosa, la abuela tiene muy mal despertar y es mejor hacerlo con cuidado. Así que, de puntillas, casi

elevándose sobre el suelo, se aproxima con la máxima delicadeza.

—Abuela… —susurra muy bajito cuando está junto a ella.

Juana debe estar en su vigésimo sueño REM, porque no da la impresión de haber oído nada. Que también es verdad que la señora hace años que pierde oído a la carrera, todo suma.

—Abuela… —Esta vez lo acompaña de un suave zarandeo en su hombro.

Nada, de no ser porque está roncando un pelín, se podría volver a barajar que la abuela Juana está ya en el otro mundo. Bien mirado, si tiene que ser así el cómo se va, bienvenido sea. Siempre ha sido su deseo morir en la siesta. Esta vez todo apunta a que la parca no ha venido a por ella.

—¡Abuela! —sube el tono y la intensidad del meneíto que le da en el hombro.

Y, como si fuera el mismísimo Jesucristo resucitado de entre los muertos, abre los ojos de par en par. Enfoca achinando los ojos, mirando fijamente a Carlota, después frunce un poquito el ceño.

—Benditos los ojos. Mucho has tardado en volver.

—Te envío un *selfie* todas las semanas, como te prometí.

La abuela asiente a regañadientes.

—¿Me vas a dar un abrazo o voy a tener que hacerlo yo?

Y Carlota se lanza a sus brazos como tantas veces en su vida. A esos brazos que son casa, a ese pecho mullido que siempre ha estado allí para ella, a ese olor a perfume y a esos besitos en la frente que la abuela siempre le da cuando la tiene aplastada contra ella.

—Tú sabes que yo me puedo morir en cualquier momento, ¿verdad?

Carlota asiente sin querer despegarse de ella.

—Pues más te vale volver más a menudo. Que las *selfies* me gustan, pero no son lo mismo.

La abuela la coge por el brazo y la lleva hasta la cocina, la sienta en una silla, le sirve un zumito de naranja y se pone a parlotear. Que si no sé qué de la tía Mari, que si el otro día en misa un señor bien guapo intentó ligar con ella, pero ella se negó, claro está. Que si el médico le ha dicho que salga a dar paseos y que si se ha puesto eso del «Amazón Prime», pronunciado tal cual, y que está encantada porque hay de todo. El «BÓ», que es como ella llama a HBO porque interpreta que la hache es muda, le gusta, pero se ha acabado la de las cuatro ninfómanas en Nueva York y le apetece algo menos frívolo. Carlota escucha todo con atención y con una sonrisa de oreja a oreja mientras se bebe su zumito y la abuela menea lo que sea que tiene metido en una olla.

—¿Y a ti qué te pasa?

La pregunta, que es muy abrupta, pilla a Carlota por sorpresa.

—¿Qué me pasa de qué?

—No empieces, que me has tenido toda tu vida con estas repreguntas que me ponen enferma.

Con ella no puede fingir porque su abuela es muy aguda, más aguda que nadie.

—Ay, abuela. Estoy hecha un lío.

—¿Por un muchacho?

Carlota asiente y la abuela, que está bajando el fuego porque lo de dentro ya ha hecho *chup chup*, se sienta a su lado. No dice nada, la mira esperando a que sea ella la que hable.

—Es que me gusta, abuela.

—Hombre, ya era hora. Años has tardado en hablarme de algún muchacho. Todos tus años mozos trayendo a chicos al portal a darles cuatros besitos. Yo ahí, asomada a la ventana esperando a ver si me presentabas a alguno algún día, y nada. Que yo nunca te he dicho nada, por no molestar más que nada, que la gente es muy indiscreta y yo no lo soy. Así que por fin. ¿Y quién es él?

—¿Me espiabas?

—No, hija. Espiar no, ya sabes que yo me preocupo y los hombres son muy malos.

—Gracias, abuela.

—¿Quién es el muchacho que te tiene así?

—Se llama Jaime, abuela.

—¿Es un buen chico?

—Demasiado.

—¿Y tú le gustas?

—Mucho, abuela.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

El problema, señora Juana, es que cuando estás acostumbrada a huir de tus sentimientos, cuando son tan fuertes y te tienen tan atrapada, vayas a donde vayas, te persiguen y no te dejan ir. Ese es el problema.

Abuela y nieta salen a la calle cogidas del brazo para dar un paseo por el barrio como antaño.

—Mira, Carlota. La vida es la que es. A mí estas tonterías que hacéis los jóvenes de ahora de complicarlo todo me ponen nerviosa perdida. Si te gusta el muchacho, pues a por él.

—Pero a mí me va muy bien estar sin nadie que me moleste. ¿Y si no funciona?

—Pues si la cosa no funciona, no ha funcionado. Ya está. El mes pasado el doctor Linares me recetó unas pastillas que no iban bien. Pues fui, me las cambió y ya está. No hay que hacer tanto drama.

La sabiduría de la edad es un tesoro, el aplomo vital de haber experimentado casi todo, de haber recorrido la vida, de haber admirado las vistas, de haber absorbido momentos. ¿Será algún día ella capaz de verlo todo así? Con lo que le gusta a Carlota complicarse por complicarse, aunque siempre vea a lo lejos la meta, pudiendo escoger el camino recto y fácil.

—Pues es que las cuatro ninfómanas de Nueva York son muy pesadas, pero enganchan. Y la rubia que fuma dice unas cosas que a una la hacen reflexionar, ¿eh? —comenta cuando están de vuelta en el sofá, delante de la televisión.
La abuela Juana, fan de Carrie Bradshaw, lo que le faltaba, Sexo en Nueva York y estofado. Qué combinación más rara.

—¿Quién sería cuál de tu pandilla? —pregunta curiosa—. Que sé que está de moda hacer comparaciones de esas.

«Lo estaba, abuela, en 2004 si acaso. ¿Nos vamos a Starbucks a tener esta conversación?»

—Con las últimas actualizaciones, al parecer Fiona sería Samantha —responde rápido.

—¿La ninfómana mayor?

—Esa.

—Hija, no le hacía yo pinta de estar todo el día ahí dale que te pego.

—Ni yo… —Traga saliva y prosigue—: Andreu sería Charlotte.

—¿La remilgada?

—Esa misma, es que el pobre es un romántico como ella.

—Ya veo. ¿Y quién sería la tonta que fuma?

—Borja, obvio. Le gusta sacarse dramas de la manga, como a ella.

—Entonces, ¿tú eres la siesta pelirroja?

—Pues sí.

—Fíjate que va a ser verdad, esa muchacha también es muy cabezona. El de las gafas con el que tiene al hijo es muy paciente y siempre está ahí esperándola, pese a todos los feos que le hace la muy tonta.

«Ay, abuela, qué ojo tienes.»

¿Cómo es posible que se sienta un marciano en su propia ciudad cuando ha venido de visita un montón de veces desde que se fue a Madrid? Es más, Borja, por favor, has vivido en Valencia veintiséis de tus veintinueve años de vida, casi el noventa por ciento, basta ya.

Pero no se ubica, por primera vez en su vida no lo hace. Y el *mood* en el que está desde el episodio de la furgoneta tampoco ayuda. Sus padres llevan, desde que lo recogieron en Joaquín Sorolla, mirándolo raro, con esa expresión tan paternal de »aquí pasa algo, pero no sabemos el qué», y Borja se limita a poner su mejor sonrisa cuando ve que lo observan, aunque no cuele. A ellos tampoco les cuenta lo de la entrevista, no quiere presiones añadidas. Lo saben él, Miqui y Lucas, un triángulo divertidísimo.

La entrevista ha ido bien, claro. Ha sacado a su yo majo a pasear, a su yo profesional, a su yo inteligente, a su yo espabilado. Todos sus mejores yoes reunidos con Luisa Puerto. A ella le ha encantado, claro. Porque Borja sabe venderse y sabe de lo que habla. Quiere que lo cojan, aunque haya mucha gente en la contienda. Pero si lo cogieran, ¿diría que sí? Su cerebro está a un poquito de estallar, aunque la respuesta sea de lo más sencillo. Mejor trabajo, mejor sueldo, vuelta a casa. ¿Qué hay que pensar? Miqui parece que ya no está y siempre supo que Madrid sería una cosa temporal. ¿No será esto morriña?

Cuando llega la hora de ducharse, lo hace tarde, así que se viste tarde y todo tarde. Se despide de sus padres tarde y sale de casa tarde. Han quedado a cenar en la otra punta de Valencia, así que no le queda más remedio que coger un taxi, para no llegar más tarde aún. De Jaume Roig a Abastos, un viajecito de veinte minutos por su ciudad. Una ciudad que de noche es más oscura que Madrid, pero de día brilla sin pretenderlo. Apoya la cabecita en el cristal porque le gusta una buena *performance* observando su ciudad, ¿su futuro? Valencia es la misma que hace tres años, el aire se respira igual y la humedad se siente igual. Cuando se fue, dejó atrás una ciudad que sigue estando ahí, con más gente quizá, pero con los mismos recuerdos, la misma cotidianidad. El que ha cambiado ha sido él, claro. Quizás es lo que le esté costando asumir, que la ciudad es la misma, él es quien no lo es.

Llega a Cassalla veinte minutos tarde y, cuando lo hace, ya hay en la mesa un plato de croquetas, cuatro gildas y cuatro copas de vino blanco.

—¿No has aprendido nada de la última vez? —pregunta a modo de saludo cuando llega y ve a Andreu con el codo en alto.

Cenan a gusto y hablan del fin de semana que les espera, de las previsiones

meteorológicas, de lo absurdo de un festival en medio de la nada con *glamping* incluido y obligado. Y de Miqui, claro. Hablan de Miqui porque a Borja le cuesta hablar de otra cosa que no sea de Miqui.

—Yo creo que mañana estará allí. —Es la predicción de Andreu, claro.

—La pena es que no le hayas visto la polla, eso luego deja una curiosidad permanente horrible. —La Doctora Fiona, claro, preocupada por lo importante.

—Vendrán otros, cariño. —Carlota no puede dejar de ser Carlota—. Y si no, siempre puedes llamar a Lucas.

Borja le pega un manotazo y ella se ríe para después plantarle un beso en la mejilla.

Salen de allí con las panzas y el corazón llenitos. Borja siente que esa es una Valencia a la que le apetecería volver, a aquella que dejó cuando se marchó, quizás ahí esté la clave. Que solo la tendrá en pequeñas dosis porque la vida no es la misma, ni la suya ni la de nadie. Porque, a punto de cumplir treinta, a veces toca asumir que lo que consideramos apasionante y divertido un día, al día siguiente puede no serlo, pero otras cosas lo serán. Quizá volver a Valencia signifique aceptar que debe ser un adulto funcional, que la vida no es una *sitcom*, y sabe Dios que a él le encanta eso. Quizás eso le dé miedo, no saber cómo vivir una vida apasionante en un escenario que se conoce tan bien.

Pasean y Borja siente que quizá lo pueda hacer, empezar de cero y vivir de vuelta en una ciudad en la que siempre se sintió cómodo, volver a hacerlo no debería ser tan complejo. Por el camino empieza a entender que la vida son etapas y que quizás esté preparado para la próxima. Que, cerca o lejos, ellos estarán con él en esta nueva etapa, intensa y apasionante.

Cuando tenían veinte años, después de una cena, siempre venían unas copas, y más siendo jueves. Pero ahora hay debate, entre seguir esa ruta o irse cada uno a dormir, conscientes de que el fin de semana va a ser ya de por sí bastante intenso como para empezar un día antes. En sus mentes, los cuatro se trasladan a diez años atrás, a los que eran cuando no había que preocuparse casi nada, en los que eran cuando las resacas se pasaban mejor y los dramas se asumían distinto. Cuando una cena en el restaurante más *random* de la ciudad podía acabar con unos bailes hasta el amanecer en el puerto, unos chupitos vomitivos en cualquier bar de Cánovas o unos besos tontos con cualquier Erasmus en El Carmen.

La balanza parece ya inclinada hacia el lado de la responsabilidad adulta, pero aún pasan un ratito debatiendo por el simple hecho de debatir, porque a esta gente, otra cosa no, pero marear la perdiz les gusta bastante.

—¿Carlota?

Y vuelta al pasado otra vez. ¿Te acuerdas de cómo era esa sensación cuando tus padres te

cazaban? Ya sea intentando esconder que habías suspendido, que te habías pasado con las cervezas la noche anterior o que lo que llevas en el cuello era o no un chupetón, ese tipo de cosas. Pues así se siente Carlota cuando escucha la voz de Jaime a su espalda y cierra los ojos como si estuviera a punto de recibir una regañina totalmente merecida.

Andreu, Borja y Fiona se giran antes, y ella lo hace después intentando disimular en su expresión la cara de »la he cagado» que se le ha puesto. Los otros tres saludan rápidos, conscientes por el ceño fruncido de él y el mutismo de ella de que el debate ha acabado ya y toca marcharse.

Pasa un ratito hasta que, después de la lucha de miradas, alguien habla.

—Mira, Carlota… —La cara de »eres lo peor» que está poniendo es para fotografiar.

—Lo siento… —responde intentando sonar como una adulta y no como la niña pequeña que se siente.

—Si yo sé que lo sientes, lo sé. De verdad que lo sé, aunque a veces me cueste creerlo, lo sé.

—Y de verdad que no quiero marearte.

Una chica previsora que se adelanta a lo que le van a decir. A ver si va a resultar que no lo sientes y que sí que quieres marearlo, guapa.

—Pues a veces siento que voy a tener que tomar una Biodramina al día si vamos a seguir viéndonos.

El comentario hace que Carlota se ría, pero él no cambia la expresión.

—Mira, Carlota, vamos a ir al grano. ¿Tú quieres quedar conmigo como una persona normal? Sin estos ataques que te entran… Si no quieres, en serio, yo me hago a un lado y cada uno por su lado. Yo quiero estar contigo, pero…

Carlota no le deja acabar el discurso y se abalanza sobre él, sobre sus brazos y sobre su boca, neutralizando la conversación y sus ganas de besarlo, que nunca cesan. Y, como dos adolescentes, se apoyan en un coche y a la luz de una farola se besan hasta que se hace tarde. En Valencia, sí, allí. Y él vuelve andando a casa porque, fallo de ella, vive a dos calles. ¿Cómo no iba a pillarte, Carlota?

—¿Tú crees que son novios? —pregunta Andreu cuando están entrando de vuelta a Ruzafa.

—¿Carlota y Jaime?

Andreu asiente.

—Creo que es lo más cerca que ha estado Carlota de tener novio desde el imbécil ese

con el que salió un par de semanas cuando tenía dieciséis, y aun así no tengo claro que lo sea. —Se calla un segundito y vuelve—. Eso sí, lo que está claro es que le encanta

Y el resto del camino, él calla. Fiona lo deja callar. Al llegar a casa, se cepillan los dientes, se acicalan para dormir, hacen pipí y se acuestan. A Andreu no le cuesta coger el sueño, pero a Fiona, extrañamente, sí. Algo no está yendo bien. Está mareada. Angustiada. Se acaba levantando y corre al baño donde, como sus amigos en los últimos tiempos, echa toda la pota en el más absoluto silencio, porque ella es discreta hasta para eso. ¿Qué pasa aquí? Si no ha habido chupitos ni *Jäger* de por medio. Si ha cenado bien y solo ha tomado una copita de vino. ¿Le habrá sentado mal la cena o…?

32
Guapos, modernos y estúpidos

En la edad adulta lo más similar a una excursión escolar es un festival de música en un pueblo perdido en medio de la nada más nada de todas. Cuando a un iluminado se le ocurre llevar la música *indie* más puntera del momento a un secarral perdido de la mano de dios y del hombre, y te lo pinta como la cosa más guay del año. Un nuevo festival. Otro más. Si además te convencen de que la experiencia de dormir allí, en un camping con mucho más *glamour* que el del *Arenal Sound*, va a transformarte para siempre, tú ya te acabas de enamorar del concepto y te preparas para pasar las noches que sean durmiendo en un colchoncito en el suelo, dentro de una tienda de campaña preciosa, rodeado de otros tantos esnobs como tú que creen que por irse de camping estás luchando contra el capitalismo más radical. Y contra el cambio climático ya de paso.

Pues en fin. Que no hay vacas para ordeñar, ni van a hacer un taller de pan ni una ruta en bicicleta por el monte. En estas excursiones de gente más mayor se ordeñan otras cosas, se juega con otro tipo de harina y las rutas son de la barra al escenario y del escenario a la barra.

A las seis en punto están listos, con las bolsas preparadas y el coche cargado. Todos menos Carlota, que ha vuelto a pasar el día con la abuela Juana y las horas han parecido minutos, que es lo que pasa cuando uno está a gusto. Es como pasar tiempo con Jaime, pero sin los líos de después. Además, ha tenido que responder algunos mensajitos de clientas pesadas de su negocio de Gucci ilegal, y eso requiere su tiempo.

—Tenemos más de una hora de viaje y yo no quiero que nos quiten la tienda de campaña.

—Borja, amor, tenemos una tienda asignada, no pueden quitárnosla —le responde ella con pasividad mientras lanza todo tipo de trapos festivaleros dentro de su bolso de Longchamp.

Él pasea de un lado al otro del salón de Andreu, con las palmas de las manos sudorosas y las mejillas encendidas. Que lo de que Carlota se esté retrasando es secundario, vaya. A él lo que le preocupa es lo que le preocupa: saber si Miqui va a estar allí. En el mismo camping, a unas cuantas tiendas de campaña de distancia. Con sus pestañas rizadas, su sonrisa adorable y su colección de camisetas de Ralph Lauren. Todo él, fuera de Madrid. No en Santander, sino en la Terreta. Y lo ha decidido: si se lo encuentra, se lanzará al vacío sin miedos ni mierdas y, si después cae de bruces contra el suelo, ya lo recogerán.

Con cuarenta minutos de retraso, se suben los cuatro al coche rumbo al festival este, con la música en el coche ejerciendo de previa, cantando como si estuvieran en un autobús escolar, con el sol de junio deslumbrándolos desde arriba y el aire acondicionado a tope, que hace calor.

—Recordadme quién actúa —dice Andreu en el asiento del copiloto.
—Vetusta, Rigoberta, La Bien Querida, La La Love You y La Casa Azul —responde Carlota, justo detrás de él.

—¿Los sospechosos habituales?

—Correcto, Andy. —Pasa la mano por encima del reposacabezas del asiento y lo despeina.

«Esto es amor, ¿no?», se pregunta él.

—¿Hacemos la promesa de que ninguno acabe inconsciente? —suelta Borja cuando aún están recorriendo la autovía, sentado en el asiento de detrás del conductor.

—Yo no prometo nada —responde Fiona con las manos en el volante.
Se ha despertado con mal cuerpo, pero nada que su nuevo maquillaje y su nueva ropa no hayan podido solucionar. La angustia sigue ahí, el malestar no se ha ido, pero ella no puede dejar de avanzar en esta andadura, así que sonrisa y a seguir, ya se verá qué pasa, si es que pasa algo.

—Con que ninguno acabe como aquel verano en el *FIB*, suficiente —sentencia Andreu.

—Buaaa… —suelta Carlota entre risas.
Y así se empiezan a entrelazar las anécdotas, las risas, las historietas. Tantos años de amistad dan para mucho, claro, toda su veintena.

En cierto punto del camino, el trayecto se complica porque abandonan la autovía y se meten de lleno en el terreno pantanoso que son las carreteras sin asfaltar, los caminos de campo a través y la falta de indicaciones. Andreu hace de GPS humano casi a la perfección, pero su trabajo acaba cuando empiezan a ver cada vez más coches y acaban metidos en una cola infinita. Asumen, claro, que ese es el camino, por el que va todo el mundo como si »todo el mundo» fuera una ruta de senderismo automovilístico.

—¿Tenemos agua? —pregunta Borja cuando llevan ya un rato sin moverse apenas.

—En el maletero —le dice Carlota, que se pinta las uñas aprovechando el parón.

—¿Creéis que puedo salir a coger?

—No tiene pinta de que vayamos a movernos pronto, así que sí —le responde Fiona.

—También hay una bolsa de chuches, ¿la coges? —insta Andreu cuando ya ha abierto la puerta.

Borja sale del coche y da una vueltecita hasta el maletero, lo abre y rebusca. Encuentra la botella y le mete un buen trago. Después, busca las chuches también. Cuando lo tiene todo, cierra el maletero con las manos cargadas y se gira. El caminito de tierra es interminable y la fila de coches, tanto hacia delante como hacia detrás, es larguísima. Achina los ojos, ¿estará Miqui en alguno de esos coches? Se fija bien en aquellos hasta los que le alcanza la vista. También ve que no es el único que ha salido del coche, a por agua o a estirar las piernas. Ninguno es Miqui, pero que no cunda el pánico, hay mucho coche y dos días. Si está allí, se verán. Sería imposible no encontrarlo, ¿no? Por mucha gente que haya, aparecerá. Borja está convencido, pasará. Así que, con el convencimiento en el corazón, abre la puerta para volver al coche.

—¡Borja!

Escucha casi cuando va a entrar. Tira las cosas en su asiento y saca la cabeza del coche, expectante. Es Lucas, cómo no, haciendo acto de presencia en cada sitio. Lo ve acercarse desde lejos y él aprovecha para recorrer la distancia que los separa. Cuando llegan al medio de cada uno de sus caminos, abracito de rigor y saludos.

—Fíjate que hasta me hace ilusión verte —le dice Borja.

—Lo mismo digo, Bor —responde él entre risas mirando hacia el coche—. ¿Vas con la pandillita?

Borja asiente y se gira para ver cómo sus amigos están cada uno asomado a una ventana del coche, con los ojos achinados, intentando ver qué pasa.

—¿Creen que soy el cántabro? —pregunta divertido.

—Sospecho que sí —contesta Borja levantando el brazo para saludar a sus amigos desde lejos.

—¡Soy el antiguo, chicos! —grita entre risas, levantando el brazo él también, agitándolo con ganas—. ¿Sabemos si ha venido?

—No sabemos nada.

—Seguro que aparece, Bor. Y si no, me buscas, que más vale malo conocido que bueno por conocer.

—No tengo yo otra cosa mejor que hacer…

—Seguro que no. —Y guiñándole el ojo divertido sale corriendo de vuelta a su coche, la cola parece que se mueve algo.

Aún tardan más de una hora en entrar en el recinto y aparcar. Recorren, cargados, el enésimo camino de tierra hasta su tienda de campaña, totalmente extasiados por un ambiente que, superado el *shock* inicial, los traslada a Ibiza en medio de un secarral de la provincia de

Castellón. El esmero que se ha puesto en convertir aquello en una suerte de *glamping* ibicenco dentro de la Península es fascinante. La decoración boho, las guirnaldas, las palmeras y los cactus. El ratán, el mimbre y el yute. Las cortinas de lino, los caminitos de grava, los bancos de piedra blanca. Hay hamacas atadas a los árboles, hay tumbonas y pequeñas zonas para encender hogueras. Sin duda, una granja escuela para adultos, aún mejor de lo esperado. No faltan los neones, claro, ambientando con frases de canciones, ya abarrotados de festivaleros vestidos de blanco peleando por una foto con el escenario más típico. Pero no importa, este fin de semana solo quieren una cosa: desconexión, música y alcohol.

Cuando llegan a la zona de las tiendas de campaña, una sucesión de tiendas tipi ocupa de forma ordenada toda una explanada rodeada de árboles, tan grande que uno pierde el sentido si intenta alcanzar a verlas todas.

—¡Me encanta! —exclama Fiona cuando entran.

Por dentro, la tienda es como uno espera al verla por fuera. Una estancia espaciosa con sus alfombras de yute, sus camitas con sábanas de lino, unas lamparitas blancas preciosas y una ambiente tan acogedor como artificial. Carlota se lanza sobre la primera cama que pilla y empiezan el desempaque de bolsas, la selección de outfits y la desconexión. Todo mientras el ambiente exterior, las voces, las risas y la música los hace entrar de lleno en un *mood* distinto, así que poco a poco se van convirtiendo en los más festivaleros. Las blusitas cortas, los shorts vaqueros, las camisas de lino, las pegatinas con brillitos en la cara. Todos son como el cartel que podría anunciar un festival: guapos, modernos y estúpidos. Todo junto y más.

—Hay que activar las pulseritas antes de *La La Love You* —dice Borja cuando ya están listos.

Y salen de su tienda preparados, algo se nota en el ambiente. El aire se reviste de moderneo y ellos sienten la llamada sin que nadie los llame. Borja no es ajeno a que quizá Miqui pueda estar detrás o en cada grupo, oculto por algún arbolito, tumbado en una hamaca. Carlota se debate sobre si escribirle a Jaime o no, y Fiona sobre si debe o no beber alcohol, aunque ya se siente recuperada. Andreu solo sabe que no sabe nada.

Cuando activan sus pulseras, corren a la barra a pedir sus primeras copas. Y de allí corriendo al primer concierto, al fin del mundo.

33
Filtro beige-retro

Entre el *chunda chunda*, el *unch-unch-unch*, los gritos y las voces, los gorgoritos, el sudor por la masificación y todo el alcohol que ya tienen en el cuerpo, la vida parece un jardín precioso. Todo son flores de colores, destellos de luz y melodías melodiosas. Borja consigue evadirse durante un ratito de sus problemas territoriales mientras escucha, baila y canta con los brazos en alto y la sonrisa en la cara, aunque cada vez que se acuerda hace un repasito rápido del perímetro en busca del cántabro que le ha trastornado el corazón. Fiona no se acuerda ya de sus náuseas y se une a gritar a todo pulmón los cánticos. Cuanto más alto, mejor. La afonía de mañana será de mañana. Y Carlota está decidida a olvidarse por completo de todo y cantar. Música, música y música en su cabeza, y si el Jaime que vive ahí quiere cantar, adelante. Les da igual que el de al lado les tire la copa, que a dos pasos se estén liando a empujones o que alguien los pise, ellos están a lo que están. *Que nada nos pare, que salga de ti lo mejor y todos lo bailen*, dice la canción y ellos lo dicen también claro, y lo bailan.

—¡Voy a por otra cerveza! —grita Andreu, pero solo le oye Carlota, que le hace un gesto con la cabeza y lidera la marcha hacia la barra.

Tienen un buen trecho para llegar y hay mucha gente. Carlota se abre paso a codazo limpio agarrando a Andreu de la mano para no separarse de él. Cada vez se hace más difícil porque llega un punto en que la gente que abarrota el espacio para escuchar a *La La Love You* se junta con la gente que hace cola para pedir una bebida. La mano entera se convierte en tres dedos, que luego son uno y acaba siendo ninguno. Carlota se gira para buscar a Andreu, pero en ese momento le vibra el móvil y tiene que mirar, porque algo le dice que lo haga. Y ella hace caso de ese algo y mira el móvil y, cuando ve su nombre escrito en la pantalla, desaparece el mundo. Jaime le ha escrito y a ella el corazón le ha dado un vuelco, porque es tonta y está enamorada.

Cómo va?

Tampoco es un poeta el chico. Pero ahí está: dos palabras, una tilde, una uve y un signo de interrogación. Él siempre primero, porque no debe tener miedo. Porque se lo ha dicho claro, quiere estar con ella. Y ella estudia el mensaje como si fuera a cambiar, como si de mirarlo se fuera a responder solo. Ya responderá luego, aunque luego sea muy tarde, aunque luego sea

mañana, aunque luego sea una mierda. Sin cerveza, vuelve a donde están los otros dos dando brincos y pegando berridos y se une. Y canta muy alto, como si la canción la hubiera escrito ella:

—¡Que solo intento explicar si no lo has entendido, que me muero por ti desde que te he conocido! ¡Y no te puedo engañar, ya no tiene remedio! ¡No me gustas, que noooooooo! ¡Que no me encantas, te quiero!

Lo siente de verdad y querría enviarle un audio a Jaime cantando esa canción. No quiere seguir huyendo, no quiere seguir escapando. Tiene que decírselo, tiene que decirle todo, tiene que confirmárselo. La cuestión es el "cuándo", claro.

Andreu asume que la ha perdido y sigue directo hasta la barra. Le cuesta llegar y se arrepiente de haberse puesto unas zapatillas seminuevas después del sexto pisotón. Por fin, está en la barra, meta alcanzada.

—Una cerveza, por favor —grita sin fijar su vista en ningún camarero en particular, mirando cómo una pareja se da el lote muy a saco contra la barra, haciéndola retumbar como si estuviera produciéndose un terremoto, la escala Richter está cerquita de hacer acto de presencia.

—La peña es *heavy*, ¿eh?

Una voz dentro de la barra lo hace salir de su ensoñación. La voz tiene dueña y Andreu se sorprende al verla. Morena y con una coleta alta un poco deshecha, que lo mira divertida, clavando sus ojos grises y felinos en él. Se muerde el labio, no con intención de flirtear, lo hace porque sí.

—Bastante —dice él después de haberla estudiado lo suficiente.

—¿Querías algo? —pregunta ella ladeando la cabeza.

—Sí, he pedido una cerveza.

—¿Se puede saber a quién?

—A nadie en particular, la verdad…

—Entonces, no la has pedido —zanja ella risueña antes de perderse entre el resto de camareros que abarrotan el interior de la barra.

Vuelve al rato sin cerveza y con la misma expresión divertida en la cara con la que se ha ido. Lo mira esbozando una media sonrisa que lo descuadra.

—¿Vas a ponerme una cerveza o tienes intención de reírte de mí mucho más tiempo? —inquiere él con el ceño fruncido.

—Vaya, vaya. Discúlpeme, señor. ¿Qué cerveza quiere?

—¿He sido muy brusco?

—Los hay peores, no sufras —dice aun sonriendo—. Te perdono porque eres bastante mono.

No tiene costumbre de dar con chicas tan directas, tan claras, tan desdobladas. Y eso le gusta,

aunque lo desconcierta a partes iguales. ¿Quién es esta chica?

—Va, ¿qué cerveza te sirvo?

—Una Turia, por ejemplo.

—Míralo, eligiendo producto local. ¡Muy bien!

Qué mona, ¿no, Andreu? Qué raro todo. Qué química, ¿cómo es esto? ¿Qué pega tendrá?

Él la sigue con la mirada mientras ella prepara su cerveza. La ve seleccionar bien el vaso de plástico que le va a dar, se fija en que de manera consciente coge uno de los buenos, de esos de plástico duro que no derraman la cerveza a la primera de cambio. Ve cómo se esmera en servir la cerveza bien tirada y, cuando a la primera no le sale bien, mira a su alrededor para asegurarse de que nadie la ha visto hacer lo que ha hecho y le sirve una segunda que le queda perfecta, espuma y todo. Cuando vuelve, cerveza en mano, le escanea el código de la pulserita y se la da.

—Gracias —dice—. Tú también eres bastante mona… —acaba, sonando como un niño de primaria.

A ella se le escapa una carcajada y él se fija en que tiene un pendiente en la lengua que lo hipnotiza mientras ella ríe. ¿Qué es lo que le está pasando? Será el alcohol o será que esta chica, que es bastante mona, tiene algo que le gusta.

—También tengo uno en el ombligo —suelta ella sacándolo de su hipnosis de forma abrupta—, pero supongo que no da para tanta fantasía.

Ese comentario lo pilla por sorpresa y se pone coloradísimo, ella se esfuerza por no soltar otra carcajada. De verlo tan avergonzado, se apiada.

—Creo que me he vuelto a pasar.

Por alguna razón, Andreu ha enmudecido y no puede hacer nada más que mirarla. Con su coleta, su camiseta ceñida de uniforme del festival, sus ojos grandes y luminosos, su pendiente en la lengua.

—Soy Patricia, por cierto. —Y le estira la mano, dándosela en señal de paz.

Él no puede más que asentir abochornado y le estira la mano también, sintiendo que se le electrifica cuando sus dedos entran en contacto con los de ella.

—Yo soy Andreu. —Cuando su apretón de manos acaba, que ha durado más de lo que podría considerarse como normal, coge su vaso de cerveza y le pega un buen trago.

La cosa se ha puesto un poco tensa, así que ella saca un trapo de debajo de la barra y la limpia a conciencia mientras él bebe observándola, sin quitarle los ojos de encima. Ella, adrede, no le devuelve la mirada y frota la barra como si la quisiera pulir.

—No tengo filtro, lo siento —apunta al final, tan bajito que su voz se camufla debajo de

las voces que gritan desde el concierto.

—No sufras, en serio.

Entonces, ella vuelve a subir la mirada y es su turno de estudiarlo con todo el detenimiento posible. De arriba abajo, de izquierda a derecha. Hasta en diagonal. Su mirada tiene rayos X e intenta encontrar algo que no logra saber qué es.

—¿Trabajas todo el festival? —pregunta él.

—Así es, me lo voy a pasar casi tan bien como tú.

—Eh, morena. Dos *gin-tonics* —grita un chico, que acaba de llegar hasta la barra a empujones.

Ella pone los ojos en blanco mirando a Andreu y se gira a prepararlos.

En la vorágine de preparar los dos *gin-tonics*, llega una chica que le pide tres cervezas con un pito de voz horroroso. Después, llega más y más gente, el primer concierto ha acabado y se nota. La multitud empieza a impacientarse. Patricia intenta llegar a todo, pero es difícil, sobre todo cuando derrama uno de los *gin-tonics* y tiene que volver a hacerlo desde cero.

—Va, tía. Que ya va Rigoberta. ¿Eres nueva?

Trabajar de cara al público no siempre es un suplicio, pero muchas veces lo es. Tener que lidiar con gente impertinente debería suponer una subida de sueldo acorde con la gilipollez del que uno tiene delante. Andreu siente la tentación de entrar y ponerse a servir copas como si se le fuera la vida en ello. Pero no debe, aunque él crea que sí. Lucha consigo mismo por no hacerlo mientras se devana los sesos para encontrar una forma de ayudar a Patricia, con su pendiente en la lengua y su falta de filtro. Mientras, la gente se agolpa cada vez más sobre la barra y ella se agobia más y más. Ella suda y no es por estar rodeada de gente. Entonces, Andreu lo hace. Salta sobre la barra y se sienta encima. Todos los borrachos de turno se quedan en silencio y lo miran pasmados. Ella derrama el *gin-tonic* por segunda vez.

—Perdón —dice él entre dientes.

—¿Otra vez? —farfulla el del *gin-tonic* con tono de irritación.

—Vale, vamos a calmarnos —empieza a decir Andreu—. Tu *gin-tonic* va a estar ya. Solo te falta eso, ¿no?

El chico asiente de mala gana mientras Patricia vuelve a la barra con ambos *gin-tonics* en las manos, por fin.

—Aquí lo tienes, disculpa —dice con tono tenue.

—Sí, sí… —responde el chico antes de girarse murmurando algo ininteligible.

—¡Eh, vamos a darle las gracias a la señorita, que se va a pasar el fin de semana entero aquí metida asegurándose de que nos ponemos bien ciegos! ¡Se merece un »gracias»!

El chico se gira tenso ante la atenta mirada de toda la gente.

—Esto, gracias…

—¿Ves qué fácil? ¡El siguiente!. ¿La de las cervezas ya está?

Nadie contesta.

—Deducimos que sí. ¿Quién va ahora?

—¡Yo quiero dos roncola! —grita una voz que Andreu no logra ubicar.

—Perfecto, ya te los ponen. El resto, id pasando por aquí y así aligeramos un poquito. Y si alguno se atreve a no dar las gracias, me da su copa. ¿Está claro?

Y así se pasa el rato mientras los acordes de Rigoberta Bandini empiezan a sonar, mientras la gente corea *Perra*. Andreu se ha convertido en una especie de *host* que toma las comandas para ayudar a una chica con un pendiente en la lengua. A una chica que, según todo apunta, le ha gustado bastante. Su cuerpo ha sido poseído por los protagonistas de todas esas películas de amor que le tienen comido el coco. Hoy Hugh Grant ha salido de paseo, o mejor Matthew McConaughey, que pega más con el aire festivalero.

Entre el gentío, a los otros tres les da igual lo que pase, tanto que ninguno es consciente de que Andreu lleva un buen rato desaparecido. Ellos solo se entregan a la música como si se les fuera la vida en ello. Miqui no aparece, no parece estar. Pero Borja se deja dominar por la música, por el buen rollito, por el ambiente.

—¡Os quiero tanto, chicos! —grita Fiona en una de esas.

Y los dos la abrazan, da igual que Miqui no aparezca, da igual que Jaime esté esperando un mensaje que tardará en llegar. Pase lo que pase, se tienen. Y eso es suficiente, lo demás irá y vendrá, pero con sus cositas, con sus historias, ellos están ahí. Que su amistad es imperfecta está claro, pero no importa.

—¡Mamá, mamá, mamá, paremos la ciudad! —gritan al unísono con el resto del público.

Fiona no puede evitarlo y se levanta el top dejando sus pechos fuera en el momento en el que el lugar se viene abajo gritando ese «¡Sacando un pecho fuera al puro estilo Delacroix». Qué impropio de ella, qué rara, qué vulgar. ¿Quién es esta chica? Carlota la imita y ambas se sienten ellas, sean las que sean sus imperfecciones: ellas.

Cuando el final de Rigoberta Bandini está cerca y la barra está bastante vacía, Andreu sigue sentado encima, pletórico.

—Me merezco un porcentaje de lo que cobres, ¿no? —dice engreído.

—No tienes contrato, sería ilegal —responde ella guiñándole el ojo mientras vuelve a limpiar la barra.

—Ya veo… —contesta él dando un saltito para bajarse cuando ella llega con el trapo hasta su culo.

—Lo que sí que puedes hacer es llevarme a que escuche el final del concierto.

—¿Eso se puede?

—Por aquí no hay nadie.

Sin pensárselo dos veces, da un salto por encima de la barra y se planta a su lado, lo agarra fuerte de la mano y tira de él metiéndolo en todo el meollo.

«¿De dónde has salido, Patricia?», es lo único que puede pensar.

—¡Ya no existe más nada, no hay nada importante! —canta él.

—¡Sin ti, aquí! —responde ella.

Y, como si no fueran dos perfectos desconocidos que se acaban de conocer gracias a una cerveza, lo dan todo con ese fin de fiesta apoteósico que tiene a todos locos. Como si se conocieran, como si hubieran compartido más que un ratito en la barra de un festival. La exaltación de lo que sea que haya pasado en este momento se hace con ellos y los dos están encantados. Un filtro *retro-beige* se ha superpuesto sobre sus vidas nublando sus mentes, atontándolos sin tregua.

Cuando la música acaba y a todos les entran las prisas por volver, ellos dos se quedan allí, inmóviles, mientras el mundo se mueve a su alrededor, conscientes de que la noche ha acabado. No dicen nada, pero se miran, y cuando el descampado vuelve a ser descampado, la realidad les da un buen guantazo y cae en ella. Él ve a lo lejos a sus amigos buscándolo; ella, en la otra dirección, ve en la barra a su jefe haciendo lo mismo. La despedida es rápida, casi fugaz, dos sonrisas y el deseo de que mañana sea más y mejor.

Andreu corre hasta donde están sus amigos con la mirada distinta y la sonrisa en la boca.

—¿Dónde has estado toda la noche? —pregunta Fiona con la voz muy tomada cuando ya están los cuatro reunidos.

—En la barra, que había mucha cola…

—¡Está siendo brutal! —le corta Borja.

—Totalmente, Borjita —añade Andreu aún con Patricia en la cabeza. Después, coge a su amigo por el hombro—. ¿Sabemos algo del cántabro?

Borja niega con la cabeza.

—¿Por qué no le preguntas si está aquí? —lo insta, dominado por la intensidad de la noche.

Borja ladea la cabeza y tarda medio segundo en tomar la decisión.

¿Estás aquí? Necesito verte.

No recibe respuesta, claro. Y Jaime tampoco.

34
Patricia

Lo único que hay en la cabeza de Andreu cuando se despierta es el piercing de Patricia y su risa. Y sus ojos, su boca y su coleta, su todo. Al levantarse, la cosa no cambia y, cuando sale de la tienda para tomar el aire, Patricia ha invadido toda su mente como si fuera Napoleón. Ella está ahí y a él no parece molestarle. Borja, Carlota y Fiona duermen la mona, no los quiere despertar, así que se lanza a dar una vuelta él solito.

El ambiente está muchísimo más calmado que ayer, como es lógico. Se siguen respirando los restos de la primera fiesta, pero se nota que la gente está recargando pilas y que tiene contratado un servicio de limpieza increíble. Las chispas de alegría siguen allí, como si estar allí fuera una pausa en sus vidas, un momento utópico en el que son más que lo que son en sus casas.

Pero él solo piensa en Patricia.

¿Qué está pasando? Que está claro que le ha gustado, que han conectado y ha habido un no sé qué que qué sé yo maravilloso. Sabe que lo de anoche, la extraña conexión, fue por una mezcla de ingredientes en su cóctel emocional. El ambiente, la situación y el piercing en la lengua que, aunque esté pasado de moda, es como una serie de los 90, desfasado pero te apetece verlo. O probarlo. O sentirlo. Lo que no está pasado de moda es la mirada de Patricia ni la risa de Patricia, ni la suavidad de la piel de Patricia cuando lo cogió de la mano y lo arrastró hasta el centro del meollo para bailar, cantar y gritar como si ya lo hubieran hecho millones de veces. Patricia con su falta de filtro, con su lengua rápida. Patricia con la que ha pasado dos horas de un día. Dos horas de un año. Dos horas de una vida. Y ahí está, con toda su mente romántica recordando cada detalle de su cuerpo, cada detalle de su encuentro.

¿Qué estará haciendo ella?

Cuando se quiere dar cuenta, está de vuelta en la barra de anoche. La barra de Patricia, de la que ella es dueña y señora. Está cerrada, claro, los camareros tienen que descansar. Aunque ojalá saliera ella otra vez, ella a servirle una cerveza, o lo que quiera.

Por la noche volverá porque Patricia es mucha Patricia y aún no tiene su pega. La acabará

teniendo, por supuesto, pero de momento es solo Patricia, la del piercing en la lengua.

A la hora de la comida, aparecen unos *foodtrucks* de la nada y aquello se convierte en un mercado ambulante dentro del festival. Las hamburguesas casi vuelan por los aires, los trozos de pizza parece que se sortean y las croquetas se comen a pares. Parece ya una secta, una comuna de *millennials* entregados a una vida alejada de oficinas, de polución y de melodramas urbanitas con el único propósito de pasarlo bien en el mejor ambiente. Borja podría no pensar en Miqui porque quizá ya vaya siendo hora, pero con un pinchito de tortilla en la mano, sentadito en una tumbona blanca, asume que la cosa no será tan fácil ni tan rápida. Que quizás un día Miqui vuelva, o quizá no. Y si no lo hace, él se tomará su tiempo como hizo con Lucas. Un Lucas que ha triunfado ya en el festival, y a lo lejos, apoyado en una palmera, tontea con el chico de turno entre beso y beso. Y a él se le encoge el corazón, pero no de pena. No le da reparo tener a su ex allí, besándose con otro que no es él, y jamás creyó que se sentiría así si tuviera que verlo. Hoy Lucas es el pasado y Miqui no sabe qué es. Un ayer que nunca fue, un amor que no existió, un »te quiero» extraño, un beso perdido. Un »casi», quizá.

Cuando Carlota y Fiona vuelven, cada una con dos mojitos, los chicos están ensoñados, distraídos, cada uno en su tumbona con las camisas de lino a medio abrochar y las mentes a medio cocer. Uno con una desconocida que le ha robado la concentración y el otro con un muy conocido que le ha robado el corazón.

Cada uno coge su mojito, pajita para dentro, y a absorber ron, lima, soda, azúcar y hierbabuena.

—Acercaos —ordena Carlota levantando el móvil y poniendo la cámara en modo *selfie* —. Poned caras guapas, que es para mi abuela.

Sonrisas, cabezas apretadas para caber bien en la pantalla, mojitos escondidos y, *tic*, foto echada y enviada.

—¿Salimos guapos? —inquiere Borja.

Carlota responde enviándola por *airdrop*. Borja la estudia, asiente contento, entra en Instagram y la sube a sus *stories* con una canción de Rigoberta de fondo.

—¿Cómo reaccionarían los nosotros de hace diez años si nos vieran ahora? —pregunta Andreu sin venir a cuento mirando al cielo.

—Llorando —responde Carlota tajante—. Al menos, la Carlotita de diecinueve lloraría fijo.

¿Quién es Carlota Merino en este mundo? Una traficante de bolsos de lujo con el corazón lleno y la boca cerrada. Una valenciana en Madrid, con Londres en el retrovisor, con quien sabe qué

frente a ella. Una mujer perdida, desorientada, aturdida. A dos meses de cumplir treinta sin un ápice de saber quién será en su nueva década. Convencida, que es lo que le queda, de que todo se acabará ordenando, aunque no sepa ni cómo, ni cuándo, ni dónde… Ni con quién.

Y Andreu mira a Carlota, la observa mientras piensa. ¿Se creería el Andreu de hace diez años que las cosas estarían así? ¿Le recomendaría tirar la toalla en su empeño por vivir esa peli de amor con Carlota? O le haría ver que quizá, y solo quizá, los años le hayan hecho romantizar una historia que nunca iba a ser, un amor que nunca fue más que una amistad verdadera. Con una amiga que solo ha sido eso, una amiga. Sería ese joven de diecimuchos capaz de entender que en diez años no solo no habría vivido ese instante de amor con Carlota, tampoco con nadie más, por cabezota, por soñador.

—Borjita no sabría qué pensar… —dice Borja con la frente arrugada—. Pero si solo le enseñara la superficie…

—¡Eso no vale! —grita Carlota risueña—. Borjita merece saber todo.

Borjita, que era aún más dramático que Borja, entraría en colapso máximo y después pediría saber todo sobre cada historia, cada chico, cada trabajo, cada viaje… Y le prohibiría vivir en un sótano, claro. Y discutirían, seguramente, porque Borja le explicaría que la vida cambia a las personas y Borjita le diría que eso no es excusa. Luego, acabarían llorando y abrazados, sería para hacer un *reality* el asunto. Eso sí, la colleja por haberla liado tanto con el cántabro le caería, eso seguro. «¡Con lo mono que es!», diría Borjita.

Fiona está muda, claro, y se limita a asentir, sonreír y beber mojito. Escucha a sus amigos y mira cómo las nubes en el cielo se mueven con calma, con lentitud, con ganas, pero temerosas, como ella. Hasta que las miradas se posan en ella, claro, ahí debe decir algo.

—Estaría encantada, ¿no? Novio, trabajo, piso… ¡Todo, lo tengo todo! Daría palmas, Fionita —suelta con tono histérico.

Andreu, Borja y Carlota la miran con el ceño fruncido, con cara de no estar seguros de que acaban de escuchar lo que acaban de escuchar, con ese tono y ese todo.

Pero, es verdad, estaría encantada, por mucho que la Fiona de hoy no lo esté y esté dando unos tumbos muy raros para salir del agujero negro que es su vida. Ella se ha esforzado mucho por tener ese agujero negro, un agujero deseadísimo por todos. ¡El agujero negro de los sueños! Y ahora lo que quiere es pirarse de Ruzafa, no ser la novia de Mario, oler a otra que no sea ella y tener un bebé. Desordenando todo para ordenarlo a su manera. Bebé antes que novio, por mucho que aún tenga novio; piso fuera de donde se supone que debe querer tenerlo, aunque se haya mudado a casa de Andreu en la misma zona; y colonia con aroma cítrico y fresco, que va más

con ella que la dulce y amaderada que usaba antes.

La conversación se zanja y los cuatro se reclinan en las tumbonas jugando a no pensar en sus vidas. Fiona sigue mirando las nubes, Andreu cierra los ojos, a ver si con suerte cae una siestecita y sueña con Patricia; Carlota observa a su alrededor, jugando a inventar historias en su cabeza; y Borja saca el móvil e instintivamente entra en Instagram. Abre su *story* y sin intención mira quién la ha visto. Y el corazón se le para porque Miqui la ha visto. Se levanta de un salto de la tumbona, despertando a Andreu, que había conseguido dormirse. Le llega una notificación y el cielo se tiñe de color de rosa.

Sí, acabo de llegar.

Miqui está allí.

35
Cuatro cabecitas entre la inmensidad

Cuando el primer cañonazo de luz ilumina a público y escenario, los vítores se multiplican; cuando los primeros acordes de La Casa Azul empiezan a sonar, la masa enloquece; cuando Guille Milkyway empieza a cantar, el lugar se viene abajo. Un día entero de coger carrerilla para la noche final, de mojitos, cervecitas y todo lo otro. El sudor vuelve y la purpurina en las caras, y los codazos y los empujones. Y la felicidad, qué fácil es encontrar la felicidad cuando se sabe dónde buscar.

Andreu va y viene de la barra cada dos canciones. Cargado en cada paseo, con las manos llenas de vasos de cerveza y el cerebro lleno de Patricia. Pero ella no está en su barra ni en el primer viaje, ni en el segundo, ni en el tercero. Y ya en el cuarto, la cosa empieza a no gustarle.

—Cuando curraste en Les Arts —empieza a decirle a Carlota al sonar las primeras notas de *Superguay*—, ¿os cambiaban de barra cada noche?

—Me suena que sí, pero me puse muy ciega, no te tomes al pie de la letra nada de lo que cuente de aquellos días.

La respuesta sirve para lo mismo que la última cerveza que ha cargado, porque Carlota la tira sin querer de un manotazo. No se tienen que lamentar tragedias en forma de zapatillas empapadas o algún otro festivalero enfadado, por suerte. Carlota se ríe y la conversación se zanja ahí porque, agarrándolo fuerte de la mano, lo vuelve a meter en el meollo, donde los otros dos lo están dando todo en el subidón de la canción.

—¡TAN OCURRENTE, TAN SINGULAR! —canta Carlota cuando, de un salto, se cuela entre Borja y Fiona, que no paran de bailar.

—¡TAN, ÉL TAN SEGURO, TAN CASUAL! —la sigue Borja, como si fuera corista de La Casa Azul, señalando con los dedos al aire.

—¡TAN SORPRENDENTE, TAN SUPERGUAY! —grita Fiona con los brazos en alto, entregada por completo a la causa.

—¡TAN GUAY QUE A SU LADO RESULTAS FRANCAMENTEEEEE SUBSTANCIAL! —acaba Andreu para después coger a Borja por el hombro y saltar con él.

Saltan juntos durante un ratito mientras las miradas de cada uno de los dos se fijan en todas partes menos en el escenario, la de Andreu buscando el resto de barras, intentando encontrar a la morena que lo ha enloquecido. La de Borja en localizar la razón de la angustia que lleva unas

horas sintiendo, bailando entre el público, mucho más cerca de lo que parece.

—Aparecerá, Borjita —le dice Andreu despeinándolo con la mano derecha y robándole su vaso de cerveza con la izquierda para meterle un buen trago—. Si está aquí de verdad, aparecerá, disfruta de la música.

En su cabeza espera que sea verdad, para ambos. Borja necesita ver a Miqui y besarlo, él necesita volver a ver a Patricia y descifrar este enigma que la morena ha creado en su cabeza.

Con cada grito, un punto más de afonía; tras cada canción, un pálpito más al corazón de Borja; en cada estribillo, un *selfie* nuevo para la abuela Juana; en cada trago, Fiona se siente más y más cerca de la libertad que ansía; con cada salto, Andreu intenta subir por encima de toda la gente, con cada impulso quiere llegar hasta el cielo, para verla a ella. A Patricia.

Y Jaime sigue sin respuesta, con su mensaje como el último de la conversación. Y Carlota, que tiene el corazón lleno, piensa en él como lo ha hecho siempre, como la conclusión final que siempre fue. Entre cántico y cántico, lo decide: de esta noche no pasa, lo va a hacer. Va a lanzarse al vacío, con o sin paracaídas, porque ni su pecho ni su estómago quieren seguir ejerciendo de caja de Pandora, eso se ha acabado ya.

El subidón final está a punto de llegar, aunque Guille Milkyway cante que *Nunca nadie pudo volar*, todos allí vuelan. El cielo está abierto, la música amansa a las fieras, pero a veces también las vuelve locas. Aquello parece una convención de dementes, la perturbación está allí para quedarse, miles de personas saltan al unísono, ellos cuatro son cuatro cabecitas entre la inmensidad que siguen el ritmo sin parar. Pero la cosa se va de madre cuando suenan las primeras notas de *La revolución Sexual*. La traca final está ahí. Y las palabras que salen de la boca de Guille van directas a la cabeza de Fiona como balas en un campo de tiro. Impactando una a una, hiriendo de gravedad su maltrecha sensatez.

Tú que decidiste que tu amor ya no servía.
Que preferiste maquillar tu identidad.
Hoy te preparas para el golpe más fantástico.
Porque hoy empieza la revolución sexual.

Fiona baila hacia todos lados, con la mente en todas partes, excepto allí. Sus brazos parecen de papel, su cabeza la de María Valverde en *A tres metros sobre el cielo,* su cuerpo no es de ella. Cuando se quiere dar cuenta, ni Andreu, ni Borja, ni Carlota bailan con ella porque todo lo que ve a su alrededor es nuevo, y raro, y extraño… y maravilloso. Y así va a ser todo de ahora

en adelante, impredecible, inesperado… y raro, y extraño y maravilloso.
Como si estuviera invadida por el espíritu de la canción, coge al primero que tiene cerca y baila con él. Y después lo besa. Y le da igual quién sea porque eso nunca importó. Porque por una vez lo que ha importado ha sido ella. Nada de convenciones sociales, nada de sueños de otro.

Cuando acaba el concierto, no hay casi tiempo de prepararse para el siguiente, pero la marea humana se mueve de un lado a otro, de arriba abajo. Sin orden, en un berenjenal desordenado de cuerpos, como pelotitas de goma dando saltitos en una habitación. Fiona ya ha desaparecido, pero los otros tres aún se mantienen unidos, aunque el fuego interno de Borja está muy cerca de encenderse. Andreu y Carlota van a lo suyo, pero hay una chispa empezando en el estómago del otro. Una chispa que estalla cuando La Bien Querida empieza a cantar. Una chispa que lo convierte en un coche de carreras y se lanza a buscar a su cántabro. Porque está allí y no puede pasar ni un minuto más sin verlo.

Andreu y Carlota se quedan solos mientras la sinuosa música suena, mientras desde el escenario una voz canta que está llorando por alguien, por cosas de ayer.

Sin querer me pierdo entre un montón de sueños.
Sin principio y sin final.
Sin querer deseo tus caricias, sí.

—¡Carlota! —grita Andreu, pero ella está demasiado metida en la canción—. ¡CARLOTA!

Entonces, ella se gira casi a cámara lenta. Y se miran. Y ella sonríe como lo ha hecho siempre, sabiendo que él es casa, un hogar fraternal. El viento le menea la melenita, el fulgor de los cañones de luz apuntan intermitentemente a su cara, iluminando sus pequitas y sus ojos. Ella lo ha mirado así siempre y lo mirará así para siempre. Y sus manos quieren cogerla por la cara, y sus labios besarla de nuevo y su lengua entrelazarse con la de ella.
Pero no lo va a hacer. Porque su cabeza le dice que no.

Y es ahí cuando él lo entiende. Le mintieron haciéndole creer que las chicas y los chicos no podían ser amigos, le engañaron. Porque ahí delante tiene a su amiga, esa es Carlota. Su amiga. Cada beso que ha dado a otras, cada rechazo a tantas y tantas chicas en su nombre ha sido la niñería de una mente atormentada por las películas, las series y los libros. Su *friends to lovers*

no será con ella.
Sus brazos quieren abrazarla y su cuerpo cuidarla. Y su cabeza quiere que ella lo cuide a él. Y se funden en un abrazo infinito.

—Carlota, te quiero muchísimo.

—Qué cariñoso estás últimamente, Andy —dice a su oído—. Te voy a querer siempre.

Cuando se separan, él lo ve claro, tiene que encontrar a Patricia. No sabe ni para qué ni por qué. Pero tiene que buscarla, encontrarla y ver qué le dice su cabeza cuando sus ojos grises se claven en los de él.

Y Borja rastrea el lugar como un perro que busca un hueso enterrado en la tierra. La adrenalina y él son ahora uno mientras busca sin parar, entre cada grupo, detrás de cada hombro, más allá de cada beso. Donde sea. Miqui tiene que estar allí. No importan las copas derramadas, los golpes que se dé con quien sea que se los dé, lo quiere encontrar, lo tiene que encontrar.

Entonces, un cañón de luz ilumina un punto. Una maraña ordenada de rizos en una cabeza. Unos hombros firmes. Una nuca definida y tersa. Alguien toca sobre esos hombros avisando de lo que tiene detrás. Y Miqui se gira. Miqui con sus pestañas rizadas, con sus ojos oscuros, con su hoyuelo. Con su camiseta de Ralph Lauren. Miqui está ahí y Borja se alivia. Miqui sonríe levemente y asiente después. Y de ambos ojos saltan chispas, algo va a implosionar.

La Bien Querida empieza a cantar *Dinamita* y por fin entre estos dos va a dinamitar todo, sin peros, sin nada. Borja recorta la distancia que los separa y se planta delante de él. Jadeando, sudando, pero feliz. Ya no hay nadie más, para él solo están ellos dos: Borja y Miqui.

36
Sin miedos, ni fobias, ni traumitas

Se le hace raro estar frente a él en otro escenario que no es Madrid, bajo otros focos que no son farolas y lejos del olor a asfalto y rueda de la ciudad. Permanecen inmóviles durante un buen rato, recuperando el aliento y sin dejar de mirarse. Se le antoja que quiere verlo en todos los escenarios posibles, sea donde sea, pase lo que pase. Las mariposas de su estómago como locas, como inquilinas de su cuerpo no son nada buenas, habría que subirles el alquiler, pero su aleteo al ver a Miqui es real, tan real como la vida. Y eso es lo que quiere con él, una vida, larga o corta, pero vivir una vida a su lado. Lo quiere todo, sin miedos, ni fobias, ni traumitas.

El sonido de un cañón de confeti explotando lo devuelve a la realidad.

—Lo siento.

El otro traga saliva y permanece mudo mientras trocitos de papel dorados caen sobre ellos, mientras los destellos de los focos los ciegan, mientras la gente canta emocionada a su alrededor. Entonces, Borja lo hace. Dispara el cañón que son sus palabras.

—Puedes no perdonarme, puedes guardarme rencor toda tu vida, incluso puedes odiarme. Te dejaría hacer cualquier cosa. Pero lo que no puedo hacer es dejarte ir sin abrirme todo lo que debí haberme abierto hace meses.

La cosa esta intensa. Miqui respira con ansiedad, y lo mira fijo y serio, conteniendo las ganas de llorar.

—Me encantas, Miqui. Me encantas tanto que tengo miedo. He tenido miedo desde que te conocí, porque sentirme así me asusta, me da pánico, me trastoca. Ambos sabemos que ya estoy bastante trastocado de normal… Y soy consciente de que la he cagado. Me jode pensar que esto vaya a morir antes de empezar. La he jodido, la he jodido mucho. Sé que piensas que soy un capullo y lo puedo entender.

—No pienso que seas un capullo, Borja. —Escuchar su nombre en los labios del otro hace que las mariposas se vuelvan locas del todo—. Hacía años que no me cruzaba con alguien que me gustara tanto, ¿quién coño iba a seguir quedando con alguien con el que después de cinco meses no se ha dado ni un mísero beso? Pero me daba igual, suponía que algún día pasaría, que tendrías algo dentro de ti que necesitabas reparar…

—Y así era…

Miqui tiene los ojos vidriosos y los brazos cruzados.

—Llevo dos semanas esperando este momento y muchos meses deseando besarte, lo he deseado cada día.

—¿Crees que yo no? —responde Miqui un poco a la defensiva.

—Sé que tú también.

—Borja… Sé que todo es una tontería, que no estábamos juntos, que probablemente aquello no significaba nada. Pero me dio rabia pensar que me habías estado mintiendo mientras yo me moría por ti.

Borja se tiene que contener las ganas de abalanzarse sobre él y plantarle el beso con el que lleva tanto tiempo soñando. Quiere soltar a sus mariposas, libres de la jaula en la que llevan encerradas desde el diciembre pasado. Sin embargo, esta conversación no ha acabado.

—He muerto un poco cada día que no he sabido de ti, Miqui. Esto puede sonar a palabrería, yo mismo respondería escéptico a este arranque de romanticismo después de todo. —Traga saliva, porque lo necesita—. Pero eres tú, Miqui, sé que eres tú.

Otro cañón de confeti se dispara y la gente grita cada vez más alto. Y la letra de la canción resuena en sus cabezas como la banda sonora perfecta de todo esto:

Y es que siento como si toda mi vida
me hubiera estado conduciendo a este preciso momento.

—Cuando te veo, me siento en casa. Cuando me miras, me quiero morir. Y sé que si te beso, no habrá vuelta atrás porque todo cobrará sentido. Todos tenemos traumas, todos tenemos historias en la cabeza que nos hacen hacer gilipolleces. Todos cometemos errores, todos nos autosaboteamos, es el mal mayor de nuestra generación. Podría dejarte ir, podría pedirte perdón y asumir que no me vas a perdonar, podría irme sin más, pero no quiero. Porque lo que quiero está delante de mí. Lo ha estado todo este tiempo. He tenido miedo de volver a querer, de volver a ser vulnerable, de dejar todo mi corazón en tus manos. Pero lo quiero ahí, pase lo que pase. Hagas lo que hagas con él.

Se ha quedado tan a gusto que empieza a llorar de la emoción, con una sonrisa en la boca, mientras la canción sigue sonando y sigue cantando a este momento:

Y estoy constantemente
a punto de intentar besarte.
Estoy constantemente
a punto de intentarlo.

Y con los confetis aún cayendo, con los gritos de lo que parece el mundo entero ensordeciéndolos, con el peso del momento y más papelitos dorados cayendo sobre ellos, Miqui recorta la distancia que hay entre los dos, coge a Borja por la cara y lo besa. Sus lenguas se entrelazan como si fueran dos amantes que por fin se han probado, sus labios se aprisionan suave y fuerte en un alarde de pasión. El mundo se ha parado para ambos, todo se ha puesto en su lugar. Borja respira fuerte, su nariz solo huele a Miqui, su boca solo sabe a Miqui, sus manos solo sienten a Miqui. Y todos los sentimientos del mundo entran en su cuerpo, le da igual el miedo, le da igual lo que pase mañana, le da igual si sí o si no. Se siente donde se quiere sentir y se siente increíble. Siente que quiere estar en este momento todos los días de su vida.

—Te prometo que lo voy a cuidar todo lo que pueda —dice casi jadeando Miqui haciendo una pausa de ese beso, poniendo la mano sobre su pecho, a la altura de su corazón.

—Te prometo hacer lo mismo con el tuyo.

Aunque el mundo haya desaparecido para ambos durante un momento, a su alrededor la gente estalla en aplausos, en vítores y hurras, en cánticos. Cuando dejan de besarse, cogidos de la mano se meten entre el gentío. El grupo de Miqui baila allí con Andreu y Carlota, a los que los dos colegas de la fiesta en casa han descubierto bailando solos y han adoptado. Carlota lo ha visto todo, no se ha perdido ni un segundo del momento mágico de su amigo.

—¿Ahora sí que es tu novio? —le susurra al oído en un momento de despiste, cuando llegan hasta ellos.

Él no contesta, solo sonríe, porque después del discurso que acaba de soltar es lo único que le sale, eso y besar a Miqui. Y se vuelven a besar y, cuando quieren darse cuenta, está cada uno subido a los hombros de alguien. Borja sobre los de Andreu, Miqui sobre los de un colega. La música sigue y el público no para de entregarse. Desde las alturas se vuelven a besar. Ya no hay vértigo, solo ganas, solo besos. Solo Borja y Miqui, Miqui y Borja. Esto acaba de empezar.

Carlota baila. Andreu también. Pero no por mucho tiempo, porque entonces la urgencia lo invade a él y, cuando baja a Borja de sus hombros, se excusa diciendo que va a por una cerveza y

sale corriendo de allí. El romanticismo ha hecho explosionar una bomba en sus cabezas, no hay marcha atrás.

37
Sueño de una noche de festival

Cuando lleva quince minutos dando vueltas, cuando cree que ha pasado diez veces por la misma barra, cuando se empieza a hacer pis, se para en seco. ¿Qué cojones está haciendo? Está buscando como un loco a una chica que no conoce de nada, a una chica que es bastante posible que ya se haya olvidado de él.

Andreu, campeón, para un poco.

Que sí, que la conexión fue brutal, que sí, que el piercing de la lengua, que sí. Muy bonito todo, pero qué sabe de ella. Se llama Patricia y es camarera. Nada más. Absolutamente nada. Así que quizá lo mejor sea dejarlo estar, ir a echar una meadita y volver con sus amigos. Así que pone rumbo directo a los baños portátiles con el crujido de la hierba bajo sus pies, con el botellín de cerveza medio vacío en su mano y con la camisa abierta al viento.

Free the nipples, Andreu. Sí señor.

La cola es larga como todas en aquel lugar, y cuando consigue entrar en el recinto de hacer pis, su vejiga está ya en estado crítico, así que descargar todo le sienta como una bendición mariana. Ha conseguido poner el botellín haciendo equilibrios encima de váter y está evacuando con sumo cuidado para evitar que se caiga.

Patricia, Patricia, Patricia.

Intenta concentrarse en su chorro de pis, en la fuerza de la presión, en el color blanquecino producido por la alta ingesta de líquido. Al acabar, se sacude bien y tira de la cadena. Se gira lentamente y abre la puerta. Sí, por un momento se ha olvidado de la cerveza, pero se acuerda, se gira y la coge. Cuando se vuelve a girar, medio mareado, ve a Fiona a lo lejos. Le hace un gesto con la mano, pero ella no lo ve. Grita su nombre, pero ella no lo oye. Y, cuando quiere darse cuenta, está entrando ella también en un baño portátil. Pero no va sola.

Sale de allí corriendo y pone el turbo a encontrar a Borja y Carlota.

Sin embargo, cuando estás borracho, cuando tienes la mente nublada y no piensas con claridad, una vuelta sin sentido por ese lugar lo convierte en un peón más dentro de un laberinto sin salida. Cree saber dónde están sus amigos, cree ver a Carlota, pero no es ella. Grita el nombre de Borja, incluso grita la palabra »cántabro» pensando que así será más fácil. Se acaba la cerveza y la lanza al aire, tiene suerte y no cae encima de nadie. Recorre todo el recinto sin suerte. Hasta que la suerte se le planta delante y tiene nombre de mujer.

—¡Patricia!

Y el filtro *beige-retro* se vuelve a activar mientras corre hacia ella. ¿Es eso que ve en la cara de ella mientras se acerca una sonrisa? ¿Es real esa expresión, mitad sorpresa, mitad alegría que ve en su cara? ¿Es posible que esté todavía más guapa que ayer?

Llega hasta la barra fatigado y jadeando y se para delante de ella como quien llega a una meta y espera que alguien lo felicite.

—Ye, ye, ye. ¡Pecho lobo!

—Vas a tener que ponerme una cerveza, la mía me la he acabado hace un buen rato —logra decir mientras recobra la respiración.

—Lo que quiera el caballero. —Le guiña un ojo y se pone manos a la obra.

Cuando vuelve con la cerveza, Andreu adopta la que cree él, es su pose más seductora. Pechito al aire, mirada intensa, media sonrisa y mano en el pelo.

—¿Estás bien? —le pregunta ella cuando vuelve con la cerveza en la mano.

Vale, no ha funcionado.

—Solo un poco borracho. —Ambos ríen—. Te veo distinta hoy.

—Es el alcohol. Eso y que ayer me diste envidia con tus brillos en la cara y me he copiado un poco.

Efectivamente, tiene la cara llena de pegatinas brillantes muy bien posicionadas, dando forma alrededor de sus ojos. Los labios resplandecen por el uso de lo que debe ser una barra de labios con brillo, que es lo que también pasa en su piel. Patricia resplandece y Andreu se congratula porque puede confirmar que Patricia ha estado pensando en él. Así que con esa certeza absoluta se envalentona del todo y suelta lo que quiere soltar.

—Había pensado que podrías no trabajar esta noche y venirte conmigo a perdernos por ahí.

Ella frunce el ceño, esboza una mueca difícil de definir y se apoya en la barra.

—¿Eso habías pensado?

Andreu sonríe orgulloso para después pegarle un buen trago a su cerveza sin dejar de mirarla. La barra está tranquila, La Bien Querida sigue tocando. Patricia no responde, pero se la ve dudar. Mira hacia atrás buscando la aprobación de alguien. Entonces, desaparece. Andreu se queda pasmado bebiendo su cerveza con paciencia, se plantea abrocharse la camisa porque empieza a hacer un poco de rasca, pero se siente sexy y necesita sentirse sexy porque cuando se siente sexy, se siente poderoso.

Un par de minutos después, tiene a Patricia al lado. No parece una camarera, parece una festivalera más.

—Vámonos rápido, que no quiero que me pillen. —Le enseña una riñonera muy mona y al abrirla ve que está llena de botellitas de alcohol—. He cogido provisiones.

Entonces, ella lo coge de la mano y corriendo se alejan de la barra. Él se deja llevar por ella, por su maestría absoluta colándose entre el gentío como si lo hiciera todos los días. En un abrir y cerrar de ojos están casi a pie de escenario, dando saltos y compartiendo una botellita de ginebra. La música lo ensordece todo, pero se les agudiza la vista. Se miran como si nunca hubieran visto antes y cuando quieren darse cuenta, están enroscados, con sus lenguas metidas hasta la campanilla, absolutamente entregados a sus bocas. La química se ha convertido en física y ya no hay rasca que valga porque hace tanto calor que quema. Cuando los besos son tan fuertes que les empiezan a doler lengua y labios, Patri vuelve a tomar las riendas de la situación y, agarrando a Andreu otra vez por la mano, lo saca de allí en dirección a la nada. Corren como si alguien los persiguiera, como guepardos en la jungla, excepto cuando paran para besarse, que es cada minuto porque al parecer esos besos son como oxígeno. La camisa de Andreu se queda abandonada en algún momento del camino.

—Dime que llevas condones —dice ella en medio de uno de los besos.

—Llevo uno.

—Suficiente.

Al final, llegan a una especie de claro de un bosque. A lo lejos aún se escucha la música y deben estar lo suficientemente cerca de la carretera porque la luz de las farolas los baña en una atractiva penumbra.

Andreu quiere grabar este momento en su cabeza. La besa con mucha más consciencia de la que debería tener una persona con la cantidad de alcohol que él lleva en su organismo y, cuando la desnuda, lo hace con delicadeza como si la fuera a romper. Cualquiera que los hubiera visto hace un rato en el concierto comerse la boca como animales, fliparía con esta sensibilidad. Cuando le desabrocha el sujetador, besa sus pechos como si fueran el bien más preciado y, al acariciar sus pezones se vuelve loco escuchándola gemir. Él lleva empalmado desde hace un buen rato, así

que cuando ella empieza a juguetear con su pene, cuando las manos de Patri entran en contacto con su polla, está perdido. Y ella también. Follan como animales y, mientras lo hacen, siguen besándose como si el mundo se fuera a acabar. Él la abraza mientras ella cabalga en su regazo con un ritmo intenso y lineal.

Cuando llegan al clímax, el sonido de la música del concierto ha desaparecido para ellos, sus gemidos se han convertido casi en gritos. Braman a la vez y estallan a la vez. Después, exhaustos, caen al suelo. La estampa es bonita.

Les cuesta recuperarse, les cuesta volver a hablar y saben que les va a costar volver a andar. Pero todo eso da igual, no les importa ni un poco.

—¿Quién eres, Andreu?

Se abrazan como si quisieran fundir sus cuerpos en uno solo, como si pensaran que ya nunca más se fuera a repetir.

—¿Quién eres tú, Patricia?

Y otra vez los besos, otra vez las caricias, otra vez la pasión. Entonces, se dan cuenta porque no lo habían hecho antes. Está lloviendo y parece que cada vez con más intensidad. Se avecina una buena.

En el concierto tardan en percatarse de la lluvia mientras La Bien Querida canta que muere de amor y seguro que Cupido se regocija en alguna nube. Porque Borja y Miqui son incapaces de separarse, caiga el agua que caiga; Andreu sigue comiéndose a Patricia con los ojos y ella hace lo propio; Fiona, dentro de un baño portátil, se besa con el de turno mientras el toc, toc, toc de las gotas de lluvia cae sobre el techo; y Carlota saca el móvil y busca el número de Jaime. Ha llegado el momento de hacerlo, de confesarse.

Y muero de amor.
Cada vez que me miras muero de amor.
Y hasta cuando me esquivas yo muero de amor.
Y de tanto sentir ya ni siento el corazón.

Así acaba el segundo concierto de la noche mientras los conciertos de los latidos de sus corazones resuenan más y más fuertes en lo que parece el sueño de una noche de festival. Y Cupido está emocionado, y desde las nubes llora de felicidad.

38
Pollos sin cabeza

Lo que ha empezado siendo unas pocas gotitas, se acaba convirtiendo en un chaparrón antológico, un diluvio universal sin arca, sin Noé y sin animales en parejitas. La gente corre despavorida buscando resguardarse. Las siete plagas están a puntito de caer sobre la tierra y sobre la multitud de pecadores que hay allí. El agua les moja la cara, la ropa y moja el suelo, creando charcos que parecen lagos, formando barro que parece arena movediza y convirtiendo los papelitos dorados que los cañones disparaban hacía un rato en lo que parecen algas psicodélicas casi tan molestas como las algas comunes.

Un fin de fiesta ideal.

Andreu y Patricia han conseguido volver al recinto y corren a resguardarse como si no acabaran de echar el polvo de sus vidas.

Fiona, que ha salido del baño portátil hace un buen rato, deambula borracha y, contagiada por las prisas del resto de la gente, se pone un poco nerviosa. Pero la lluvia está despertándola poco a poco de la borrachera y su cabeza está muy cerca de volver a estar en sus cabales. O bueno, depende de lo que cada uno entienda por estar en sus cabales. Ella corre porque lo que quiere es no mojarse, hasta que corre porque lo que quiere es llegar al coche. Algo en su cabeza ha hecho *click* y necesita salir de allí como sea.

Borja ni siente ni padece, porque lleva a Miqui de la mano y se para cada dos segundos para besarlo. ¿Cómo había podido vivir sin esos labios durante tanto tiempo? Cuando está llegando a las tiendas de campaña, ve a Fiona correr en sentido contrario y, claro.

—¡Fiona!

Entre la lluvia y los gritos de la gente ella no oye nada, así que a él no le queda más remedio que despedirse de su cántabro, con un beso quizá demasiado largo para lo urgente de la situación, y salir detrás de su amiga que avanza veloz, dando zancadas, saltando por encima de charcos y esquivando personas. Qué rápido se ha bajado ese pedo, bendita lluvia.

Y Carlota… El nudo de su estómago se ha hecho inmenso, gigante, descomunal. Y aprieta tan fuerte como lo hacía cuando llegó a Londres aquel día de marzo del año pasado. Aprieta tanto

como cuando llegó a Stansted, como cuando llegó a la Estación Victoria, como cuando se plantó en aquel hostal barato lleno de turistas y como cuando lloró en los baños del Starbucks de Tottenham Court Road. Sabe que se le podría pasar esa inmensidad, que podría reducirlo a un poquito o un menos gigante, pero es que ya no quiere. Porque ya está harta. Al llegar a la tienda de campaña, ha visto a Borja besándose con Miqui en la puerta, pero ella quiere soledad, así que sin que la hayan visto ha salido corriendo hacia el lado contrario, que a su vez es también el contrario hacia el que ha salido Fiona. Como pollos sin cabeza dentro de una ya de por sí gran bandada de pollos descabezados que cacarean y corretean por el lugar. Ella tiene claro a dónde ir.

Mientras corre con Patricia, Andreu ve a Carlota correr. Sabe que no corre hacia la tienda de campaña porque, como ya hemos dicho, va hacia otra dirección.

—¡Carlota! —grita. Ella tampoco lo oye.

—¿Quién es Carlota? —pregunta Patricia.

Andreu la mira y después hacia donde corre Carlota, vuelve a mirar a Patricia y lo vuelve a hacer hacia la otra. Y toma una decisión.

—Ahora nos vemos. Por favor, no podemos irnos sin volver a vernos.

Sin darle tiempo a responder, la besa y pone el turbo dirección a Carlota. Como siempre, eligiendo la dirección equivocada. Aunque sabiendo que lo hace por última vez.

—¡Carlota!

Pero no oye.

—¡Carlota!

Sigue sin oír y corre tan rápido que, cuando llega al pórtico de las duchas, Andreu aún está rezagado. Ha llevado el móvil tapado con la camiseta como su bien más preciado y, aunque está húmedo, sigue funcionando. Entre el agua, el frío y los nervios le cuesta manejarlo, pero toca la pantalla nerviosa y el nombre de Jaime aparece en grande.

—¿Carlota? Son las tres de la mañana.

—Lo sé y lo siento. Pero necesito hablar contigo.

—¿Qué pasa?

Pues pasa mucho, Jaime, mucho muchísimo. Esta noche no duermes.

39
No sé qué hacer conmigo misma

Carlota se ha quedado muda, con lo bien que iba. No suelta prenda, no hay sonidos saliendo por su boca. Nada de nada. Y quiere, porque todos los que están agolpados en su garganta esperan a la apertura de compuertas para lanzarse al exterior como paracaidistas un día de buen tiempo.

—¿Carlota? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí. Estoy aquí. —Traga saliva—. Solo te voy a pedir que no digas nada hasta que haya acabado, ¿vale?

—Vale —responde él detrás de lo que parece un bostezo.

Carlota cuenta hasta tres y, con el sonido de la lluvia, el viento y los gritos más lejanos que antes, se lanza al vacío.

—Estoy loca y absolutamente enamorada de ti. Así, sin anestesia ni nada porque no puedo seguir anestesiando nada de lo que siento. He sido una tonta y estoy enamorada, ¿yo? —Hace una pausa esperando una carcajada al otro lado del teléfono, pero solo hay silencio. Jaime se está tomando muy en serio su promesa de no decir nada hasta que ella haya acabado—. Y te juro que he intentado no estarlo, joder, me fui a puto Londres para huir de todo. Pero todo eras tú. Porque no quería, porque no podía, porque algo me decía que no debía. En fin, todo me obliga a rendirme y aceptar que la realidad es esa. Que te quiero, que eres la cosa más mágica que me ha pasado nunca y que, aunque mi yo más escéptico siempre vaya a salir a intentar joderlo todo, a día de hoy eres tú y nadie más. Te quiero, Jaime. Llevo queriéndote más de un año y, aunque haya odiado hacerlo, es mi verdad. Te quiero tanto que no sé qué hacer conmigo misma, te quiero tanto que me doy asco. Pero te quiero, y no lo puedo evitar.

Cada palabra la sorprende hasta a ella, pero nota cómo se le desinfla el cuerpo, cómo se le relajan los músculos. Ser sincera nunca le había sentado tan bien. Ha sido como un chocolatito caliente una tarde de invierno o un día de lluvia desde la cama, o un abrazo reparador de la abuela Juana. Confesarse no se sentía tan bien desde que lo hizo con ocho años para poder tomar la Comunión. Le da igual haberlo hecho empapada de arriba abajo, con el pelo pegado en la cara, el rímel corrido y la purpurina difuminada por todas partes. Lo ha hecho, y eso es todo.

—Y ahora ya, si quieres decir algo, soy toda oídos.

Escucha cómo, al otro lado del teléfono, Jaime respira hondo. Su respiración durante el discurso de Carlota ha ido cambiando de intensidad, ella lo ha notado, pero esa bocanada de aire que toma significa lo que significa.

—No sé por dónde empezar…

Entonces, escucha algo detrás de ella. Cuando se gira, ve a una pareja salir corriendo de allí. De manera instintiva, cuelga el teléfono del susto y de la vergüenza. Lo cuelga. Fin de la conversación casi antes de que haya empezado lo importante.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Y un poco más allá, ve a Andreu, que ha estado escuchando cada palabra que ha dicho. Se miran, ella avergonzada, él confundido. Carlota está paralizada por el momento, por todo lo que ha dicho, por haber colgado.

—¿Estás bien? —acierta a decir Andreu.

—No lo sé, no sé cómo estoy. —A Carlota le sale un hilito de voz.

—¿Quieres un abrazo?

Carlota no responde, pero él sabe que sí. Y, empapado, la abraza. Como la hermana que siempre ha sido, como su compañera de aventuras, de risas, de vida. Como esa amiga que vio en él eso mismo, una amistad real que a él tanto tiempo le ha costado comprender. Estando allí, escuchándola decirle todo aquello a Jaime, no ha sentido más que lástima porque quizá si hubiera estado más alerta, quizá Carlota habría sido capaz de ser todo lo Carlota que debería haber sido. Ahora necesita su abrazo y él la aprieta fuerte contra él.

—¿Por qué no llevas la camisa? —le pregunta mientras abraza su pecho desnudo.

—Es una historia muy larga.

El móvil de Carlota vibra en ese momento. Andreu se aparta rápido y se aleja, pensando que es Jaime. Los primeros segundos ella solo escucha.

—¿Dónde estáis?

Andreu frunce el ceño y Carlota lo avisa moviendo los labios de que con quien habla es Borja.

—Vale, vale. Vamos para allá. —Cuelga el teléfono—. Mira, yo ya no puedo más con nosotros. Ahora no sé qué dice Fiona de que necesita encontrar una farmacia de guardia.

—¿Perdona?

—Están en el coche.

Salen de allí y caminan por lo que parece el mundo después del Apocalipsis. La lluvia ha dado una tregua y no llueve con la misma intensidad que antes. Poca gente queda en el exterior, la mayoría están bien resguardados en sus tiendas de campaña.

—Así que enamorada, ¿eh?

Carlota se pone colorada y le da un codazo.

—No hay nada de lo que avergonzarse, es una cosa muy bonita.

—Y es una cosa rarísima. No te lo recomiendo.

Andreu la coge entonces por el hombro y siguen caminando, él con el convencimiento total de que enamorarse tiene que ser una cosa chulísima. Y de que Carlota será su amiga pase lo que pase.

40
Los jóvenes de ahora sois de lo peorcito

La realidad es que ya es noche cerrada y los organizadores, que todo apunta a que no revisaron el parte meteorológico en su momento, no contaban con que esta catástrofe destruyera por completo este festival tan chupi. Pero lo ha hecho, vaya que sí lo ha hecho. En el ambiente se respira, aparte del olor a tierra mojada, una desolación estremecedora. Esto es lo más cerca que estos *pijipis* van a estar nunca de una guerra, de una catástrofe natural, de una amenaza a sus idílicas vidas: una tormenta primaveral. Se pasarán años contando cómo sobrevivieron, escondidos bajo hamacas de lino, cubriéndose con palmeras de plástico y resguardándose en sus tipis de lujo.

Andreu y Carlota caminan rumbo al *parking* sorteando alfombras de yute embarradas, vasos de plástico llenos de hielos de neón de colores y guirnaldas que no han aguantado los bandazos del viento ni el agua que ha caído. Se ve poco, porque se ha ido la luz, así que caminan a tientas, siguiendo lo que, según creen ellos, es el camino hasta el coche.

—¿Estás segura de que es por aquí?

—Sí, Andy, segura.

A lo lejos escuchan voces. Dos para ser exactos, bastante familiares de hecho. ¿Es eso una riña? ¿Una discusión?

—¡Dame las llaves! —se oye.

—¡No te las voy a dar, no puedes conducir!

—¡Estoy bien, la lluvia me ha despejado!

Cuando llegan por fin, la escena es interesante. Borja hace malabares con las llaves como si estuviera jugando con una niña pequeña, pasándolas de una mano a otra con destreza, evitando que caigan al suelo y, por supuesto, evitando que Fiona se haga con ellas. Todo apunta a que lleva un buen rato así, y continúan completamente ajenos a la presencia de Andreu y Carlota, que los observan desde la penumbra. El primero en verlos es Borja, que rápidamente se guarda las llaves en el bolsillo y se queda tieso. Fiona frunce el ceño contrariada y se gira, descubriéndolos también.

—Andreu, dile que me dé las llaves del coche —ordena con tono autoritario.

—Andreu, dile que no se las voy a dar hasta que me explique qué es esta urgencia que le ha entrado por coger el coche borracha en medio de esta tromba de agua.

Andreu, digiriendo como puede este momento de presión, mira a Carlota, que oculta una sonrisilla debajo de la nariz.

—¿Nos puedes explicar qué pasa? —le pregunta Borja a Fiona, ante el silencio de Andreu.

—No pasa nada, solo necesito ir a una farmacia —dice, intentando mantener la calma, sin hacer contacto visual con ninguno—. ¿Tú por qué vas desnudo?

—Esa no es la cuestión —responde Andreu tapándose el pecho con los brazos cruzados, la desnudez lo empieza a avergonzar.

—Fiona, amor, ¿estás bien? —la voz de Carlota suena apaciguadora, como si la conversación que acaba de tener con Jaime la hubiera transformado.

«¿Qué pasa? A veces soy así también, cuando la ocasión lo merece», piensa ella al ver que los otros tres se sorprenden por su comentario.

—No lo sé —dice finalmente.

Algunas gotitas despistadas siguen cayendo sobre ellos mientras el silencio se apodera del lugar. Andreu mira a Fiona expectante, dándose calor en los pezones que estaban poniéndose duritos por el fresco mientras Borja se cruza de brazos esperando a que desembuche de una vez por todas y Carlota se abstrae llevando su mente hasta Jaime, al que ha colgado después de confesarle su amor. Una de cal y otra de arena. Él ya debería estar acostumbrado.

—Borja, por favor —suelta Fiona de repente para sorpresa de todos, con un tono de voz pesaroso que hace saltar todas las alarmas—. Necesito encontrar una farmacia.

Ese tono los descuadra por completo, por lo inesperado, por lo extraño, por lo poco propio de Fiona. Suena grave y profundo, pero también débil y vulnerable. Como si se hubiera rendido, como si no pudiera más.

—Vale, pero yo conduzco —responde sacando las llaves del bolsillo mientras se da la vuelta poniendo rumbo al coche.

Fiona no pone objeción alguna y lo sigue también, obligando a los otros dos a imitarla.

En menos de un minuto están los cuatro de vuelta en el coche, Borja con las manos en el volante, Fiona en el copiloto y los otros dos detrás, callados como putas, respirando la intensidad del ambiente.

—¿Hay farmacias por aquí cerca? —pregunta Borja sin arrancar.

—Amor, si necesitas un Paracetamol o algo, tengo en el tipi —interviene Carlota.

—No es eso lo que necesito —dice mientras saca el móvil en busca de una farmacia de

guardia.

—Fiona, en serio. Me estás asustando. Puedes, por favor, decirnos qué te pasa.

Los de atrás observan hacia delante como si fueran los hijos de un matrimonio en crisis, en absoluto silencio, sin soltar prenda de ningún tipo y con la congoja en las gargantas.

—Creo que estoy embarazada.

La densidad de lo tenso del momento se hace tan *heavy* que Carlota baja su ventanilla porque necesita aire. Ninguno sabe qué decir, cómo responder ante eso, con Fiona sentadita en su asiento, con las manos sobre las piernas en posición de acusado en un juicio esperando el veredicto del jurado, con paciencia, con tranquilidad, como ella es. Por dentro, haya bebé o no, todo está patas arriba, desordenado como el armario de un adolescente después de días y días de meterlo todo ahí, aprisionado, en un intento por tapar lo que no quiere que se vea para que nadie sepa lo que hay. Meses y meses de cambios en silencio, de palos de ciego a solas, de dudas, de inquietud, de párpados palpitantes y secretos, más o menos, ocultos. Años de insatisfacción camuflados por sonrisas falsas, de una vida que nunca fue la suya, de morir por dentro día a día.

—¡Aaahhh!

Ese grito lleva a cuestas todo lo que no ha verbalizado en los últimos años, todas las mentiras, todos los agobios, el puto párpado palpitante. Con ese grito se deshace de la sonrisa con la que lleva tanto tiempo jugando a esconder lo que hay detrás, esa máscara falsa que tan bien le ha venido para esconder que por dentro está ida, que no sabe qué hacer, más allá de querer no hacer lo que siempre ha hecho. Ese grito habla más que muchas de las cosas que ha dicho últimamente. Ese grito la libera, pero a los otros tres, el susto que les mete es antológico, porque lo que ellos ven es a Fiona allí sentadita, angustiada por la noticia que acaba de soltar, aunque calmada. Ese grito ha salido solo, sin avisarla ni a ella para alertar al mundo, por fin, de que algo pasa. Borja extiende su mano y la pone sobre la de Fiona y ella la agarra tan fuerte que hasta le hace un poquito de año.

—¡Odio todo! ¡Todo! —brama apretando con fuerza la mano de Borja—. Odio mi puto piso en Ruzafa, qué coño, odio vivir en Ruzafa. Odio mi vida de mierda, porque es una vida de mierda. ¡No me quiero casar con Mario! ¡No quiero irme a vivir a un chalecito! ¡No quiero un puto perro salchicha! ¡No quiero nada de todo eso! ¡NO QUIERO! Estoy aburrida, estoy cansada, estoy harta de esto, muy harta.

Lo que se está viviendo en ese coche no lo habrían presagiado ni Nostradamus ni el pulpo

Paul. A decir verdad, casi nada de lo que lleva pasando toda la noche: Carlota confesando su amor como un juglar del siglo XXI, Andreu cautivado por una desconocida y Fiona en modo *hater* de su vida, chillando bien alto lo hasta el coño que está de su vida.

—No quiero esta mierda ordenada de vida preprogramada que tengo. ¡No quiero, no quiero, no quiero! Es que, joder, soy un puto cliché. ¡SOY UN CLICHÉ! —Cada vez que sube la voz, sube también la presión sobre la mano de Borja. Él asume que acabará perdiéndola, pero no se atreve a cortar a Fiona—. ¡ARRANCA, POR FAVOR!

Borja acata sin rechistar, mete la llave en el contacto y arranca mientras Fiona le da las indicaciones necesarias para salir de allí, para llegar a la autovía, para encontrar el camino, mientras el gato que debe haberse colado ahí dentro degusta tranquilo las lenguas que se ha comido, que son tres, porque ni Andreu, ni Borja, ni Carlota sueltan prenda.

El cartelito del pueblito en el que están entrando los saluda: Torre d'en Doménec. Un lugar minúsculo con sus callecitas desiertas, sumido en el más absoluto silencio solo roto por un coche cargado con cuatro traumados, una de ellas en plena crisis de identidad. Borja aparca donde puede, no tiene pinta de que nadie vaya a salir a decirles nada. Fiona sale del coche en cuanto se para y corre hasta la farmacia, que no tiene pérdida porque aquello no es muy grande. Un pueblo con encanto, en medio de la nada más absoluta, con sus casitas, su placita, su ayuntamiento y su farmacia. El bar está cerrado, una pena.

El farmacéutico de guardia tarda en responder al sonido del timbre, claro, es la hora que es y el señor seguro que no esperaba que ninguno de los escasos habitantes que tendrá el pueblito tenga una urgencia a estas horas. Cuando se asoma por la ventanita, en su cara se refleja una mezcla de sueño e irritación, al fin y al cabo, ¿quién es esa chica con la cara llena de purpurina, empapada de arriba abajo y con semblante de angustia?

—Buenas noches, señorita —saluda con tono cauto.

—Buenas noches —su tono vuelve a la dulzura y calma habitual—. Necesitaría un test de embarazo.

El sueño y la irritación se transforman rápidamente en sorpresa absoluta por esa petición tan extraña a esas horas de la mañana, pero utilizando el tono más profesional que le puede salir a esas horas, continúa con las preguntas:

—¿Cuál quiere?

—El que sea. El más barato, no sé.

Con una mueca de fastidio se da media vuelta y se pierde dentro de la farmacia. Fiona aprovecha

para sacar el móvil del bolsillo, pero está apagado. «¡Mierda!», piensa. Los otros tres han salido sigilosos del coche y esperan en silencio a poco metros de ella. Fiona se gira, los mira, hace de tripas corazón, y va hasta ellos.

—Necesito un móvil, no tengo batería y no puedo pagar.

Borja saca el suyo del bolsillo y se lo entrega sin rechistar. Cualquiera diría que es una secuestradora y ellos sus rehenes. Se gira y vuelve a la farmacia, donde el farmacéutico la espera impaciente.

—Le he traído este, tiene instrucciones.

—Genial, genial. —Y levanta el brazo con el móvil en la mano, avisando de que quiere pagar ya.

Frunciendo el ceño, el señor saca el datáfono por la ventanita. Carlota presiona dos veces el botón derecho del móvil, pero claro, no es su móvil y no le reconoce la cara para pagar.

—¡Borja! —grita sin girarse.

Él, sintiéndose como un prisionero al que van a ejecutar, va hasta allí con el corazón en un puño y cara de agobio.

—Esto no va —dice agitando el móvil cuando el chico llega.

Borja coge el móvil, se lo planta delante de la cara y, cuando se ha desbloqueado, doble presión al botón y pagado: test de embarazo adquirido.

Fiona lo coge rápido y sale corriendo de allí.

—¿Es tu novia? —pregunta el farmacéutico, que aún mantiene la mueca de disgusto.

—Para nada —responde Borja casi ofendido—. Es mi amiga.

—Pues dile a tu amiga que esas no son formas.

—Le pido perdón de su parte, pero es que está en crisis, no rige bien. —De verdad que los jóvenes de ahora sois de lo peorcito.

Borja responde a eso con una sonrisa tensa, hace un gesto educado con la cabeza, da media vuelta y sale detrás de Andreu y Carlota, que corren detrás de Fiona.

Como en un pillapilla adulto, recorren el pueblito unos detrás de los otros sin rumbo seguro, sin saber dónde es que Fiona quiere llegar. A oscuras, claro, y a tientas. Hasta que da con un callejón estrecho y oscuro y entra sin pensárselo dos veces. Cuando llegan los otros tres, ya está acuclillada, con las bragas por los tobillos, meando encima del predictor a conciencia.

Sin duda, el fin de fiesta más inesperado.

Cuando ha soltado todo lo que tenía que soltar, se vuelve a subir las bragas, se coloca bien el vestidito de flores que lleva puesto, o todo lo bien que puede, teniendo en cuenta que aún está algo húmedo y abre la cajita para leer las instrucciones.

—Vaya, dice que no se recomienda la alta ingesta de líquidos antes de hacer el test —dice distraída. —Pues a ver qué sale de aquí.

—¿Quieres sentarte? —le pregunta Andreu, rompiendo el silencio que lo lleva atormentando ya un rato.

Ella le sonríe ladeando la cabeza y se sienta en el bordillo más cercano, los otros tres la imitan como llevan haciendo toda la noche y se sientan también.

—Perdón —empieza a decir Fiona—. Se me ha ido la pinza.

—Todo apunta a que ya lleva un tiempo ida —le dice Andreu cogiéndola por el hombro, atrayéndola hacia sí y animándola a que apoye la cabeza sobre su hombro.

—No sé qué me ha pasado —añade.

—Yo creo que está bastante claro, cielo —interviene Carlota en voz bajita.

—Es posible. —Se queda pensativa un momentito—. El martes cumplo treinta.

A los cuatro les entra un retortijón extraño al escuchar esa afirmación. Treinta años, ya están ahí. Una vez Fiona los cumpla, el resto irá cayendo uno tras otro: Carlota en agosto, Andreu en noviembre y Borja en diciembre.

—Tan mal no estamos —dice Andreu como intentando autoconvencerse, provocando risas en los otros tres.

—Borja por fin ha besado al cántabro, eso no está mal —dice Carlota.

—Y tú le has dicho a Jaime que lo quieres —añade Andreu.

—¿Perdón? —suelta Borja absolutamente sorprendido—. ¿Has hecho qué?

—Le quiero, ¿qué pasa?

—No pasa nada, querer a alguien está muy bien —interviene Fiona.

—Y no quererlo también —dice Borja, verbalizando directamente a ella.

—Lo sé, cielo…

—Fiona, puedo imaginar lo que tienes en la cabeza ahora mismo. El jaleo que debe de haber ahí dentro. Pero ya has dado el primer paso… —continúa Borja con tono conciliador.

—¿Cuál? ¿Follarme a media Valencia?

—Por ejemplo —suelta Andreu.

—¿Soy lo peor?

—¿Cómo persona? No. Gestionar crisis bien no se te ha dado, lo has hecho un poco de aquella manera. Pero eres buena gente.

—¿Y ahora qué hago?

—Tirar para adelante, cielo. Quizá no sepas lo que quieres aún, pero lo que tienes muy claro es lo que no quieres —Carlota suena demasiado centrada para ser verdad.

—Yo creo que ya has entendido que nadie te obliga a nada —añade Andreu.

—Pero ¿y si no se me da bien esta nueva vida tan aleatoria?

—Pues nos coges de ejemplo, que mal del todo no nos va —dice Borja mirando al cielo y levantando las cejas.

—Bueno, esa es tu opinión —suelta Carlota.

—Vale, pero somos felices —dice Andreu estirando los brazos y agarrando a los otros tres para pegarse lo máximo posible.

—¿Nos puedes explicar ya por qué vas medio desnudo? —pregunta Fiona dejándose abrazar por Andreu, mientras nota que tiene frío.

—He conocido a una chica y hemos follado en medio de la nada.

Carlota y Fiona aplauden, y después le dan unos buenos golpes en la espalda en señal de felicitación por este hito tan maravilloso.

—Si el que me dio hubiera sabido como iba a acabar esto…

—¿Qué dice el test? —pregunta Andreu mirando a Fiona.

—Ostras, me había olvidado. —Lo mira rápido—. Solo hay una rayita, es negativo.

El grito que ha metido en el coche ha acabado de un plumazo con esta idea extraña de ser madre, que no descarta, pero sabe que ahora el momento no es. Aun así, sabe que tocará hacerse otro en un momento en el que su cuerpo esté en mejores condiciones, y un test de ETSs también, que todos los polvos sin condón han sido un riesgo que no debería haber tomado, fruto de su enajenación mental transitoria.

—¿Prometemos intentar no volver al desquicie cuando se nos presente la próxima crisis? —suelta Andreu de camino al coche.

—Lo prometo. —responde Borja rápido.

—Vale, sí, yo también lo prometo. —esa es Carlota, obvio.

—Por supuesto. —sentencia Fiona lanzándole una mirada cómplice que el responde con una sonrisa igual.

De vuelta en el camping, sienten que son otros nuevos, cada uno con su peso quitado de encima, cada uno distinto a cuando llegaron.

Miqui espera a Borja en la puerta de su tipi, al verlos llegar coge a su valenciano de la mano y juntos se tumban en una de las hamacas supervivientes, porque estaba bajo techo, y se besan hasta dormir. Con los labios pegados, recuperando el tiempo perdido.

Carlota y Fiona se acuestan en sus colchones, cogidas de la manos, no se sabe cuál se duerme antes, solo que ambas duermen tranquilas por primera vez en mucho tiempo.
Y Andreu sale a pasear por la desolación, por los restos de dos noches inolvidables. Vuelve al sitio del delito, vuelve a donde Patricia lo hipnotizó por completo. ¿Es esta su nueva obsesión? ¿Lo ha deshechizado la bruja Adelaida para que llegue una morena y lo hechice otra vez? Patricia no está allí porque el lugar está desierto. Pero ha vivido su película, ¿no? O al menos estas dos noches se sienten como tal, una película fascinante.

Y no ha sonado Vetusta, porque la lluvia no les ha dejado.

41
No son cuernos

Podría mentir y decir que está nerviosa, pero no quiere más mentiras. No lo está porque sabe que es lo correcto y que es lo que toca. No le palpita el corazón al llegar a Valencia ni le sudan las manos cuando deja a Andreu en casa y ella sigue su camino, ni le tiembla el pulso cuando abre la puerta de la que ha sido su casa, ni le entra morriña al ver a Mario. Porque ni es gallega ni cree que lo que va a hacer esté mal, de hecho, está muy bien.
Él la saluda como siempre, como si ella aún viviese allí, nada le sorprende, quizá por costumbre o quizá porque él es así. Se sientan en el sofá y él habla, le cuenta no sé qué cosa de no sé qué otra y ella pone el piloto automático en su cerebro, asintiendo cuando debe, negando cuando toca y dejando escapar alguna risita tonta cuando es oportuno.

Fiona aprovecha para estudiar bien su cara una última vez. No es el mismo que cuando lo conoció ni ella tampoco, claro. Pero sigue siendo igual de mono, se le siguen sonrojando las mejillas al hablar como antaño, algo que a ella le hizo mucha gracia al principio, y sigue esforzándose por pronunciar bien las eses para no cecear. Lo mira a los ojos buscando todos esos matices que tanto le gustaba buscar al principio, esas motitas marrones en ese ojo eminentemente verde, esos puntitos grises rodeando sus pupilas. Mario mueve mucho las manos al hablar, lo ha hecho siempre, tiene unas uñas duras porque nunca se las ha mordido y tiene unos nudillos que sobresalen más de lo normal, pero queda bien. Son unas manos bien proporcionadas que avisan, aunque la teoría sea raramente real, lo que después te encuentras en su entrepierna.

Es un buen chico. Pero no es su chico. No es el chico. Ni ella su chica, aunque él no lo sepa aún.

Mario deja de hablar por un momento y aprovecha para preguntarle a ella cómo ha ido el fin de semana. Ella cuenta poco y resume mucho. Al fin y al cabo, le da igual si le cuenta más o menos, le da igual si le cuenta los detalles, que si toda la lluvia, que si Carlota está, o se supone, con alguien o que si Borja por fin se ha besado con »el primero que le gusta de verdad desde Lucas». Qué más le va a dar a Mario todo eso si ella va a romper con él.

—Por cierto —dice ella, de la forma más casual—, creo que lo deberíamos dejar.

Por primera vez en todo el ratito que llevan juntos él se queda parado. Inmóvil, como cuando de pequeños jugábamos a las estatuas de sal. Parece un bicho disecado de museo.

—Perdona, ¿qué? —dice moviendo solo la boca.

—Mario, cielo, ambos sabemos que esto no funciona desde hace mucho tiempo.

—Bueno, eso lo sabrás tú. Yo creo que funciona muy bien.

—¿Sí? Cielo, me he ido de casa.

—Ya, pero porque tenías que encontrarte a ti misma. ¿Lo has hecho?

—Sí, la verdad es que sí.

—Perfecto, ¿cuándo vuelves?

—Cariño, no voy a volver porque estamos dejándolo.

—Dos no lo dejan si uno no quiere.

—Creo que esto no funciona así.

Se quedan en silencio durante un momentito que Fiona aprovecha para analizarlo todo. ¿Tiene que ser más brusca? ¿Más directa? ¿Más sincera? Sí, eso es, tiene que ser más sincera.

—Te he puesto los cuernos.

—¿En el festival?

—No, en el festival no. Aquí.

—¿En casa?

—En casa no, fuera.

—Mejor.

—¿Cómo que mejor?

—Fiona, yo creo que de esto nos podemos recuperar.

—¿Pero tú has escuchado lo que te he dicho?

—Sí, sí —dice mientras se levanta y se pierde pasillo arriba.

Fiona se queda *shockeada* sentada en el sofá. ¿Ha ido a hacer pis? ¿A esconderse para que no lo vea llorar? ¿A ponerse el pijama?

Unos minutos después, Mario vuelve con una cajita en las manos, inca rodilla y abre la cajita como si del momento más romántico se tratase.

—No podemos dejarlo porque nos vamos a casar. Pensaba dártelo el día de tu cumpleaños, pero claro…

La peor pedida de mano de la historia. Estamos de acuerdo, ¿no?

El anillo es mono, eh. Como con colorines, cada piedrita es de un color diferente y todas son del mismo tamaño. Se ven piedras buenas, debe de haberle costado una fortuna.

—Mario, por el amor de Dios.

Fiona se está exasperando, así que se pone de pie y camina por el salón.

—¿Junio del año que viene sería genial? O, bueno, si quieres antes, también. Noviembre es buen mes porque es barato y, al ser Valencia, no hace frío. Bueno, eso si quieres que sea aquí, me he estado informando y en Formentera no nos saldría excesivamente caro, solo tendríamos que reducir la lista de invitados…

Él continúa con su discurso sobre esa boda que no va a suceder, dando detalles sobre menús, que si quiere una barra de cervezas del mundo, otra de sushi y una tercera de algo francés, porque eso es muy de ellos. Que si *fondues* o *macarons* o lo que sea, ella desconecta rápido, al fin y al cabo, para qué escuchar.

—¿Has acabado ya? —le pregunta cuando se hace el silencio por un instante.

—Bueno, hay infinidad de opciones, todo es ir y ver.

—Mario, te he dicho que tenemos que dejarlo y te he confesado que te he sido infiel.

—Unos besitos tontos no son cuernos. No te tortures, tonta.

—No han sido unos besitos tontos, cielo.

—Yo tengo la teoría de que sin penetración no hay cuernos. —Él sigue a lo suyo.

—Mario, escúchame. Me he follado a muchos tíos, no me enorgullezco de ello ni pretendía ser tan explícita, pero lo he hecho. Nuestra vida hace tiempo que dejó de ser nuestra para ser otra cosa que no es. ¿Te parece si dejamos de engañarnos y nos dedicamos a ser felices? Aunque sea cada uno por su lado. Te voy a querer siempre, créeme, pero desde lejos.

Mario se queda pensativo. Si Fiona no lo conociera, pensaría que está analizando la situación, buscando la mejor manera de rendirse y claudicar.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? El tiempo pasa. Bueno, ha pasado. Y tú quieres ser madre, íbamos a tener un bebé.

—Por eso, mejor dejarlo ya y no dejar que pase más. No te preocupes, puedo ser madre sin ti.

—Es que creo que no lo entiendes. Tú y yo tenemos que casarnos, tener hijos y mudarnos a La Cañada a un chaletito. Y adoptar a ese perrito que tantas ganas tienes de adoptar.

—Mario, eso no lo vas a hacer conmigo. Ya no hay un tú y yo.

Y, con todo el arte que ella tiene, se levanta del sofá y se va.

—Vendré en unos días a por lo que queda de mis cosas.

—¿Y qué hago con el anillo?

—Puedes venderlo o guardarlo para la que vaya a ser tu chica de verdad.

—Buena idea.

Lo interesante sería saber cuál de las dos ideas es la que le ha parecido la buena.

—Te veo pronto, Mario. Lo siento mucho, no he sabido hacerlo mejor.

Y cierra esa puerta de su vida dejando a su pasado maquinando cómo salir de esta, cómo encauzar su vida después de este inesperado traspiés. Ella respira tranquila, confiada, segura de que venga lo que venga, mejor o peor, lo podrá capear.

Al salir a la calle, respira hondo. Bienvenida a tu nueva vida, Fiona. ¿Qué te apetece?

Andreu la está esperando abajo, con los brazos abiertos y la sonrisa puesta en la cara. Caminan mucho, hablan otro mucho y ríen mucho más. Salen de Ruzafa, Fiona respira. Su vida acaba de empezar.

42
Los ojos de una enamorada

Ser una enamorada confesa es todavía más intenso de lo que ella había imaginado, por muy bien que esté eso de tener el nudo del estómago destensado. Porque, claro, ahora los quebraderos de cabeza y corazón, son otros, y está mareada perdida. Porque estar enamorada es una cosa, pero decirlo a viva voz es otra, dejar que el mundo lo sepa la convierte en alguien que pasado mañana podría estar celebrando San Valentín.

«¡Qué asco!», piensa.

Se siente extraña en su propio cuerpo, no mal, pero sí extraña. Como si haber verbalizado todo a Jaime la hubiera transformado por completo y ahora llevara un cartel pegado a la frente con la palabra «ENAMORADA» escrita con purpurina roja, como si cada persona con la que se cruza pudiera saber que su corazón hace *boom-boom-boom* por otro ser humano.

Jaime ya ha escuchado lo que, por otro lado, seguramente ya sabría. Porque tonto no es. Y ella sabe, porque él se lo dijo ya en su momento, que él siente lo mismo. Un romance a destiempo, convulso y diferente. Como ella misma. Y, por primera vez en su vida, se siente lista para iniciar una relación sentimental. Así, sin anestesia, ni drogas, ni nada. Ella, Carlota Merino, está preparada para tener novio. Un novio. Su novio.

Es que poco se habla de lo fuerte que es eso, eh. ¡QUE CARLOTA VA A TENER NOVIO!

Y no solo lo va a tener, que ya es bastante, es que va a dejar que la gente lo sepa. Porque, chica, las alegrías compartidas son más alegrías.
Jaime ha estado fuera por trabajo desde el lunes, muy ocupado con unos proyectos en La Coruña, así que no se han visto y han hablado poco. Si acaso, algún mensajito por aquí y otro por allá. Nada de comentar la jugada de la otra noche, porque ya tendrán tiempo de sobra para hacerlo. Entre beso y beso, si acaso.

Carlota camina decidida por la calle, con la brisita golpeándole en la cara y haciendo que

su melenita se mueva al viento. Creyéndose juzgada por estar enamorada, pero feliz de estarlo.

«Hola, soy Carlota Merino y estoy enamorada».

Jaime sale de trabajar en diez minutos y han quedado allí cerca, por la calle de la Pasa, para por fin verse después de todos estos días desde que ella hizo la declaración definitiva. El camino se lo sabe de memoria, pero de todas formas seguro que valdría con el imán que hay en su pecho para llegar hasta donde sea que esté Jaime.

Por el camino, como si fuera rumbo a la muerte de la Carlota del pasado, los *flashes* de su vida con Jaime se pasean como domingueros en un parque. Vivos, bonitos y fugaces, convenciéndola de que este renacer le encanta, de que aunque vaya a morir, morirá a gusto. ¿Quién sabe con qué Carlota se encontrará al otro lado? Una nueva y renovada Carlota, más valiente, más entregada, más sincera. La misma, pero distinta. Resplandeciendo por el amor, pero sin olvidarse de quién es ella. Madrid ha sido, sin duda alguna, su ciudad del amor. ¿Qué París ni qué niño muerto?

Ay, Carlota, quién te iba a decir a ti que las huidas, las tonterías, los líos y todas las historias te iban a traer hasta aquí. Que tu año de *detox* del amor rodeada de ingleses acabaría y volverías a España para convertirte en la novia del hombre que te hizo huir. Ay, Carlota, ¿qué vas a hacer ahora que ya no vas a huir más? ¿Te apuntarás a una maratón para quitarte el mono? Con lo *runner* que tú eres, seguro que te viene hasta bien.

Llega a la calle de la Pasa con el sol cegándola por completo. Se pondría las gafas, que las lleva en el bolso, pero como los ojos no mienten, quiere que Jaime al mirarla vea lo que hay ahí: los ojos de una enamorada. Él todavía no ha salido, así que ella se apoya contra la fachada del edificio de delante de su oficina como la protagonista de comedia romántica que siempre ha creído ser, aunque en público las desprecie. Parece el cliché más absoluto, con las mejillas ruborizadas por el maquillaje, las uñas color melocotón, el vestidito de flores, las *Converse* y el bolsito. La sonrisa y el brillo en los ojos, y su corazón que no para de hacer ese *boom-boom-boom* del bueno.

Pasan quince minutos hasta que Jaime aparece. Sale por la puerta a cámara lenta, mira a ambos lados mientras, él sí, se pone las gafas de sol. Cuando mira al frente y la ve, le hace un gesto con la cabeza y va hacia ella con decisión, cubriendo los pocos metros que los separan, cubriendo el ancho completo de la calle de la Pasa. Y se besan, claro. Ese beso a Carlota le sabe

a gloria bendita. Ese primer beso después de la confesión de amor, el primero que da con todas sus cartas sobre la mesa. Jaime la besa con urgencia, ella lo hace con un sentimiento distinto mientras el latir de su corazón la ensordece y los labios de Jaime la enmudecen. Quiere vivir en ese beso, quiere no dejar de besarlo nunca.

Cuando se han besado durante más tiempo del que dos adultos como ellos deberían en plena calle, recorren los pocos pasitos que los separan de la Plaza del Conde Barajas. En silencio absoluto, los nervios, claro. Ellos, que nunca habían llegado hasta este punto, ahí están. Jaime camina firme, mirando hacia delante, con el flequillo sobre las cejas, el tronco recto y la boca seria.

—Bueno… —empieza a decir ella por fin, rompiendo el silencio autoimpuesto en el que llevan metidos desde que se han visto.

Él la corta volviendo a besarla, empujándola con cuidado contra una fachada, con un beso tenso y apasionado, un beso dulce y duro. Un beso raro, pero delicioso.

—Jaime, te quiero —dice ella en un susurro con los labios de él aún rozando los de ella —. Te quiero, te quiero, te quiero.

—Carlota… —empieza a decir él sin alejarse ni un centímetro—. Lo siento, pero no puedo.

El peso de mil mundos cae sobre ella con más fuerza que la del aguacero del otro día en el Festival. Se aleja lentamente de él como si el imán de su corazón la estuviera atrayendo hacia detrás, pero ella estuviera imponiendo cierta resistencia. Los rayos del sol siguen iluminando sus pecas y la brisa sigue moviéndole la melenita. Su expresión se ha helado, en sus oídos empieza a escucharse solo un zumbido y la vista se le nubla.

—Lo siento —vuelve a decir él, trayendo de vuelta a este mundo a una Carlota que no puede ni moverse—, pero esto no es lo que merezco y tú tampoco. Estoy enamorado de ti hasta las trancas, qué cojones, lo he estado desde hace mucho. Pero esto no funciona así, no puede funcionar así. No debería ser tan difícil ni tan exasperante. Soy consciente de cómo eres, Carlota. —Por debajo de su gafa cae una lágrima, pero no le tiembla la voz—. También tengo que saber cómo soy yo y hasta dónde puedo llegar. La llamada del otro día fue inesperada, pero… Me dijiste que odias quererme. Me dijiste que habías luchado, como si yo no lo supiera, por no quererme. Me dijiste que te rindes, porque ya no te queda otra. Esa no es la declaración de amor que crees que es.

Ella sigue muda, con la sensación en su garganta de que, si abre la boca, lo único que saldrá de ahí será un llanto insoportable y ya le ha dado demasiado a Jaime, un llanto como el

que saldría no quiere.

—Carlota, sé que esto llega tarde, casi tanto como tu confesión, pero no puedo seguir. No puedo estar esperando continuamente a que te aclares, sobre todo si ambos sabemos que ya lo estabas desde el principio. No puedo vivir esperando a la siguiente neura, a la siguiente desaparición, al siguiente ninguneo. Sobre todo, porque, y ambos lo sabemos, no he hecho nada malo. A no ser que enamorarte lo sea.

Ella lo mira estoica, como una estatua griega, sin mover ni un pelo, por mucho que su interior esté enloqueciendo, por mucho que su ropa empiece a pesarle, por mucho que ya no sienta su corazón bajo su pecho. Con los ojos desnudos, mostrando a Jaime toda su verdad, un verdad dolorosa e insoportable.

—No debería ser tan difícil, Carlota. El amor no debería ser así de complicado.

Y con eso, ella lo mira una última vez. Él, con la cara empapada; él, con los hombros derrotados; él, tan guapo. Él, que le reanimó el corazón para después destrozarlo. Jaime, su primer amor, su primera confesión, su primera decepción.

—Adiós, Jaime. Yo también lo siento.

Esta vez se despide, porque cuando se gira y echa a andar en el sentido contrario a donde está él, con su sabor aún en los labios, no lo hace huyendo. Solo se marcha porque debe hacerlo. Abre el bolso y se pone las gafas de sol. Y con delicadeza las lágrimas empiezan a rebosar de sus ojos. Ha pasado de tener el corazón lleno a tenerlo roto, y joder, qué mal se siente.

Cuando llega a casa suelta ese llanto que ha contenido nada más cerrar la puerta. Y se sienta en el suelo llorando sin parar. Por el pasillo aparecen Borja y Miqui, contrariados, impactados. El primero le hace un gesto al segundo para que vuelva a la habitación, este obedece sin rechistar. Él va directo hasta su amiga, se arrodilla y la abraza dejando que ella se aferre a él con toda la fuerza que tiene. Dejando que suelte todas las lágrimas que tiene dentro, dejándola sufrir sin frenarla. No hace preguntas, solo la abraza y le besa en la cabeza.

—Estarás bien, Carlota, te prometo que estarás bien.

42
El chaval romántico

Es otoño en Valencia, o eso se supone. Sigue haciendo calor, sigue brillando el sol y el *outfit* de Andreu son unas bermudas y un polito ancho. Cualquiera diría que está paseando por el Paseo Marítimo de cualquier pueblo de la costa valenciana. Fiona por fin encontró casa y se mudó hace unas semanas, así que su ya ex compañero de piso se está recorriendo la ciudad en busca de algún detalle original y personal, que aporte algo de su esencia al nuevo hogar de su amiga. Él sigue en Ruzafa porque le gusta, porque le pilla cerca del trabajo y porque a él sí que le hace feliz vivir en todo el meollo. Ruzafa, con sus colores, sus bares, su vida. Ruzafa, tan ecléctico, tan mágico, tan valenciano. Andreu es un residente de conciencia y corazón, y allí se quiere quedar.

Le cuesta dar con el artilugio adecuado, el objeto ideal. No quiere que sea muy básico ni muy extravagante, ni muy manido. Quiere que cuando Fiona lo vea, piense en él, pero no quiere que la espante tampoco.

Pasear le pone contento porque pasear le ayuda a liberar la mente completa y absolutamente. La libera de la chica que perdió antes de poder conocerla, antes de ponerle una pega para poder desconocerla.

Patricia.

No se ha olvidado de ella, no. Tampoco está obsesionado, pero muy a menudo se descubre a sí mismo volando sobre sus sueños, volviendo a aquel Festival, a aquella barra, a aquel concierto, a aquella multitud. A aquel escenario, real y metafórico, que desactivó el interruptor de Carlota y activó otro, no el de Patricia *per se*, sino el de unos ojos que mirar, que atender, que buscar. Unos labios que disfrutar, un cuerpo que tembló, unas manos que tocaron algo que nunca más pudieron volver a tocar.

Hace meses asumió que Patricia había actuado de musa, de aparición estelar en su vida para convencerlo de que el abanico es mucho más amplio que Carlota, su amiga de siempre y para siempre con la que se besó una única vez hace ya demasiado tiempo. Quizá Patricia no

vuelva nunca, la ha perdido en un abrir y cerrar de ojos, pero «Ay que ver, Patricia, qué fuerte fue aquello».

No le vale un jarrón original ni una alfombra acogedora, ni un par de láminas divertidas, y la frustración poco a poco va haciendo mella en un Andreu que últimamente se ha vuelto menos paciente de lo que era. Esperar se espera por algo que tiene sentido, él se esperó a sí mismo durante mucho tiempo y está a un mes escaso de cumplir los treinta, sabiendo que de tanto esperar se prohibió a sí mismo enamorarse. Una veintena sin amor romántico para el chaval romántico que hicieron que fuera. El de las pelis, el de las historias de amor, el de la ferviente creencia en que todos tenemos a alguien, en algún momento, que nos trastocará los planes, la mente y el corazón.

A Carlota le había pasado, a Borja un par de veces también y Fiona había vivido de rentas de una historia de amor que tuvo principio y un final en diferido muy estrafalario.

Sin embargo, ahí había estado él, viviendo de las rentas de todas y cada una de las mujeres a las que había embelesado con sus artes de héroe romántico, sin darse cuenta de que con cada empujón que daba a esa ristra de chicas hacia fuera, también empujaba sus oportunidades de amar. No le había dado ninguna oportunidad a ninguna de ellas de ser más que la avanzadilla de un final esperado. Cada pega, justificada o injustificada, había sido su obstáculo personal para entender bien qué es enamorarse.

Nunca es tarde, ¿no? Una vez liberados mente y corazón, toca que, como dijo Ali aquella noche en el Westin, deje que le rompan el corazón a él también. No como un objetivo vital, pero sí como una posibilidad real.

Desde que Fiona rompió de forma definitiva con Mario, el bueno de Andreu se ha abierto a tener citas de mente abierta con chicas a las que ha visto, visto de verdad, por quienes son, no por la chica de turno con la que toca quedar para mostrar cuán hombre es y ocultar que la chica con la que quería estar no estaba. Un par le gustaron, a un par no les gustó él. Con algunas quedó más de una vez, con otras una y no más. Ninguna era Carlota, menos mal, pero tampoco ninguna fue Patricia, la misteriosa chica de la que se prendó sin conocerla de nada.

Y pensando en sus citas es cuando se le ilumina la bombilla y da en el clavo de cuál es el regalo perfecto para hacerle a Fiona.
Antes de encaminarse a la tienda, donde comprará su detalle para el nuevo pisito de soltera de su

buena amiga, entra en una cafetería pequeñita de Cirilo Amorós a coger un café para llevar. El local es nuevo, sigue la senda de cafeterías diminutas que llevan años poblando las ciudades del norte de Europa, y Barcelona también. Un concepto de alquiler barato, o más barato que otros locales del centro de la ciudad por sus dimensiones, con apenas dos sillitas y un mostrador.

Mientras hace cola, recuerda que debe llamar a Carlota, hace días que no hablan y ya va siendo hora de su llamadita semanal en la que se ponen al día de sus vidas en ciudades separadas. Saca el móvil y busca entre sus contactos el de ella, prepara el dedo para presionar sobre el número y llamar, pero…

—¿Andreu?

Levanta la mira con lentitud, sorprendido por esa voz que tan familiar le resulta, perplejo porque en qué mundo acaba de entrar para estar delante de quien está.

—¡Patricia!

Desde el otro lado del mostrador de la diminuta cafetería, Patricia en carne y hueso lo mira tan sorprendida como él a ella, con una mueca sonriente añadida que a él también lo hace sonreír.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con demasiada emoción en su voz.

—Trabajo aquí, las barras son lo mío, ya sabes.

Ambos ríen y él la observa más detenidamente. La coleta bien estirada hacia detrás, los ojos más fascinantes que ha visto nunca, la mueca de felicidad. Su amor de festival frente a él de la forma más burda e inesperada.

—Perdona, es que estoy en *shock* —dice haciendo que ella tenga que apartar la mirada de él sonrojada—. Creí que no te volvería a ver nunca más.

—Yo creí lo mismo, te busqué por todo el recinto, pero no te encontré…

—Me fui brevemente, es una larga historia. Cuando volví, te busqué yo a ti, pero nada.

—Me despidieron *ipso facto* —suelta entre risas—. Al parecer, ausentarte de tu puesto de trabajo antes, durante y después de una tormenta como aquella no es aceptable.

Ambos ríen y en la mente de Andreu se suceden los *flashes* de aquel tremendo polvo en mitad de la nada con esa misma chica que tiene ahora delante.

—Pido perdón por la parte que me toca —dice él agachando la cabeza.

—No me lo pidas, ha sido mi despido favorito. Las causas estaban más que justificadas, mereció la pena. —Y le guiña un ojo con complicidad.

Andreu saltaría la barra y le plantaría el beso que lleva meses queriendo repetir, pero tiene que primar la profesionalidad, la decencia y… ¡Qué cojones, si no hay nadie! La barra es una de esas que se levanta para que entren los trabajadores. Él, asegurándose de que no hay nadie más, abre la compuerta y se cuela ante la atenta mirada de una Patricia que no opone resistencia

alguna. Ambos se cogen como si llevaran años separados y se besan como si se les fuera la vida en ello, da igual si entra alguien, si los ve alguien, si esto que están haciendo es indecoroso. La espera y la desazón al pensar que nunca volverían a hacerlo están por encima de cualquier cosa.
El beso dura más de lo que debería, pero menos de lo que ellos querrían. Y cuando lo cortan, se quedan un buen rato mirándose como queriendo recoger cada centímetro de sus cuerpos en sus mentes para no olvidarse jamás.

—¿Quién eres, Andreu?

—¿Quién eres, Patricia?

Entonces, él ve a su lado un montón de *post-its* rosas, coge uno con soltura y escribe su número de teléfono.

—Esta vez no voy a dejar que desaparezcas tan fácilmente.

—No desaparecería ni queriendo.

Se vuelven a besar dentro de ese cubículo tan pequeño, pero con la epicidad del momento gritando en la mente de Andreu. Su romance de película, ahí lo tiene, existiendo fuera de su mente, plantado en mitad de Valencia como el escenario real de una historia que empieza fuerte.

Quince minutos después, ha conseguido obligarse a despegarse de Patricia y sale de allí sin café, pero con los labios sonrojados y la mente en otra galaxia.

Patricia ha aparecido, Patricia va a seguir apareciendo.

Y ahora toca, de verdad, ir a comprar el regalito de Fiona. Gira por Hernán Cortés y va directo a El Corte Inglés. ¿Cómo no lo había pensado desde el principio? Lo que Fiona necesita, ahora que es una mujer soltera y feliz, es un proyector. Y cuando lo está eligiendo piensa en las ganas que tiene de ponerle a Patricia una peli en casa, la que ella elija, su favorita. Porque la favorita de él es esta que van a empezar a vivir, esperemos que el señor que escribe el guion de su vida se porte bien, él promete que lo va a hacer.

43
Ella y nadie más

La intervención dura quince minutos, quince minutos indoloros de total relajación por saber que está en buenas manos. Al final lleva conociendo a su doctor, un veterano de más de sesenta, desde hace ya varias semanas. Antes de salir de la clínica, la enfermera de turno le da las indicaciones convenientes y conciertan una nueva cita para dentro de un par de días.

Fiona sale de allí contenta, ha hecho lo que tenía que hacer, por si acaso no pasa lo que tiene que pasar, o pasa justo lo que le tiene que pasar, que una nunca sabe y el tiempo no se detiene por nadie.
Es invierno en Valencia y, por mucho que las temperaturas hayan bajado por fin, hace un sol de justicia, así que se pone las gafas y echa a andar avenida abajo. Se ha cogido el día en el trabajo para la intervención, así que tiene todo el tiempo del mundo del que no suele disponer para dedicarlo a ella. El doctor le ha recomendado pasar una tarde tranquilita, así que quizá se compre un libro y pase la tarde leyendo, o viendo una peli con el proyector que le regaló Andreu por su mudanza. Sea como sea, quiere disfrutar de su soledad, que desde que se mudó es mucho más grande que nunca y eso le encanta.

Eligió el pisito en el que ahora vive por el precio y lo mono que es, obviando por completo el barrio, y así acabó en Benimaclet, el barrio alternativo y universitario por excelencia. Ella, que hace años que dejó la universidad, pero vive cómoda en su alternativismo ya perenne. Le gusta el ambiente, a veces familiar, a veces basto de su nuevo barrio. Quizá no esté tan cuidado como Ruzafa, quizá tenga un encanto diferente, el de otro pueblo convertido en barrio, que vive de su pasado con encanto, en un nuevo día de vida heterogénea. Ella es feliz allí, sintiéndose una más en un barrio de tanto reciclaje humano.

Mientras camina, suena su móvil. Lo saca del bolso y mira sonriente la pantalla. Descuelga sin pensarlo.

—¡Mario!

—¿Cómo ha ido? —pregunta el ex preocupado.

—Nada de lo que preocuparse, todo ha sido coser y cantar. Estoy llegando a casa, voy a darme un baño, a ponerme el pijama y a no hacer mucho más.

—Me quedo más tranquilo. —En su voz se percibe que hay algo más que quiere decir, pero por el momento siguen centrados en ella.

Fiona y Mario no son amigos, o quizá sí. Lo que está claro es que amantes no son, son ex amantes y ex todo. No hablan todos los días ni se ven todas las semanas, ni se buscan. Pero han logrado establecer un vínculo, sano y extraño, entre dos personas que lo fueron todo el uno para el otro y que, a día de hoy, se guarda todo el respeto que se merece. Se quieren, vaya, de la forma menos romántica posible. Él no volvió a mencionar lo de los cuernos, pero sí que le lloró un poquito cuando ella le acabó de esquilmar la casa el día que sacó todo lo que le quedaba allí.

Mario, un consejo, déjate ya de esta sosez de vida en la que haces lo que la otra hace y vives lo que la otra vive, que luego te quedas sin sábanas, ni trapos, ni televisión y te lamentas.

—Fiona, tengo que decirte una cosa —suelta de forma abrupta, cortándole mientras ella le habla de un cliente pesadísimo al que le enseñó un piso hace unas semanas en Pérez Galdós.

—Dispara —responde poniendo los ojos en blanco mientras saca las llaves del bolso.

—Creo que me voy a casar —dice de carrerilla.

A ella aquello la pilla totalmente desprevenida, pero nada sorprendida. Mario lleva saliendo con su sustituta desde julio, poco tardó en encontrarse a la chiqui de turno, que es profesora de *spinning* y nació en Guadalest. No la conoce ni falta que le hace, pero él parece feliz, de vuelta en una vida rutinaria y en compañía de alguien. Ahora es ella la que ha llenado los armarios de la que fuera su casa de sábanas, la que ha traído un nuevo robot de cocina y, al parecer, la que va a lucir el anillo que, en su momento, él quiso que fuera para ella.

—Pues me alegro mucho, Mario, cariño —dice con genuina honestidad—. ¿Cuándo se lo vas a pedir?

—Creo que el día de Reyes, cuando hacemos seis meses.

Seis meses le han bastado al espabilado de Mario para encontrar a la chica con la que, según espera él, pasará el resto de sus días. Va a ser que la desesperación atrae más de lo que ella se había pensado.

La llamada no dura mucho más, pero ella le da sus bendiciones, que es lo que parece que buscaba él, para que le pida matrimonio a la mujer que ahora ocupa su cama y el hueco que Fiona dejó en su corazón.

Ella se da una ducha con la temperatura del agua en la horquilla adecuada, los potingues ideales

y el cuerpo en paz y calma. El SPA que es ahora su aleatoria vida la relaja casi más que una ducha, pero ahí bajo el agua se siente feliz y tranquila, y ella.

Cuando Marta se enteró que lo había dejado definitivamente con Mario, se armó de valor para romper con el hombre que vivía para ponerle los cuernos y lanzarse de verdad a un mundo de soltería en el no acaba de encajar. La boda de Sandra fue la cosa más apoteósica que jamás haya existido, haciendo que los celos invadieran a una pobre María José que vio como la suya propia era eclipsada sin derecho a réplica. Eso sí, lleva dos meses embarazada, cumpliendo la profecía de las amigas de toda la vida. Paquito, que ha mejorado un poquito, por fin tendrá un amiguito o amiguita con el que jugar, y Ali la excusa para dejar a su bebé con María José mientras ella se va a por ahí de parranda, que es lo que le gusta.
Paquito no se parece a ninguno de los dos, ni padre, ni madre, pero de momento nadie sospecha que el progenitor de la criatura no sea quien se supone que es y Ali jamás soltará prenda de su marrana fechoría.
Ángela conoció a Klaus en agosto, en un viaje familiar en Berlín. Y desde entonces, vive un romance germano que la mantiene alejada de Valencia la mayor parte del tiempo. Pero nadie la culpa, al parecer Klaus tiene mucho dinero en el banco, un piso precioso y una buena salchicha alemana entre las piernas. Lo bueno se hizo esperar para ella.

Y Fiona se deja llevar, fluye por la vida como una carpa en una charca, diciendo que sí cuando le apetece y que no cuando no le apetece. Su vida sexual hace tiempo que dejó de ser todo lo intensa que lo fue, pero ya dejó ese *hobby*, claro, y ahora vive sus días sin distracciones innecesarias, porque ya no necesita bloquear la mente, ahora solo necesita cosas básicas: ducharse, encender velitas aromáticas y tumbarse en su sofá.

Que sí, que el sofá lo estrenó con un profesor de filología hace unas semanas. Y no solo lo estrenó, lo disfrutó mucho, que eso también le apetece, sin urgencia ya, eso sí.

Se viste cómoda y sale de su habitación directamente a tumbarse en el sofá a pasar una tarde de contemplación y relajación, por el camino pasa por la habitación de invitados. La cama está hecha y preparada para Carlota, que el fin de semana lo pasará allí.

Por fin se tumba en el sofá, se tapa con una manta y se enfrasca en la apasionante actividad de elegir una película para ver con el proyector. Qué peñazo, como cuando su padre la llevaba al Videoclub de Gran Vía y la hacía elegir a toda prisa entre las estanterías y expositores.

Mientras rebusca en los catálogos de todas y cada una de las plataformas, recibe un mensaje de Borja:

Dime que todo ha ido bien, dime que estás bien.

Ella pone los ojos en blanco y suelta una risita leve antes de contestarle.

Borja, amor. Solo me he congelado los óvulos, tranquilo, todo ha ido genial.

Y después *selfie* de ella, con los ojos cerrados y cara de paz, desde su nuevo sofá en Benimaclet. Él no tarda en responder de nuevo.

Me quedo más tranquilo, esta tarde nos acercamos Andreu y yo. Te llevamos una cajita de bombones, que te irán genial.
P.D.: Congelarte los óvulos te sienta bien, estás bella.

Fiona sonríe a medias, va a tener que elegir rápido la película, su tarde de descanso post congelación de óvulos va a ser más breve de lo esperado.

Elige *Promising Young Woman* y la ve por quinta vez desde que la estrenaron en 2020. Disfruta de esa familiaridad y de la de su nuevo hogar. Y de que ella decide sobre su vida, sobre el orden de los factores. El párpado hace ya meses que no le ha vuelto a temblar. Quizá no solo esté bella porque se haya congelado los óvulos, quizá lo esté porque ahora, por primera vez, es ella, ella y nadie más.

45
Un ventanal

Borja volvió a Valencia en septiembre, a dar comienzo al año nuevo urbanita por todo lo alto estrenando despacho al ladito del Mercado de Colón.
Madrid dejó de ser su casa adoptiva para convertirse en el recuerdo de una vida pasada. Una ciudad que lo convirtió en quien es, unas calles por las que transitó a ciegas, pero que pronto hizo suyas con la destreza de un mago. Madrid será siempre su baúl de los recuerdos, cada esquina una anécdota, cada cerveza una reminiscencia borrosa, cada momento en su corazón.
Sus amigos de Madrid siguen siendo sus amigos de Madrid, aunque estén algo lejos durarán lo que tengan y quieran durar, pero de momento ya ha habido visitas de ida y vuelta. A ver si te piensas que iba a abandonar Madrid para no verla más.

Los besos con Miqui no han cesado, siempre que han estado cerca, claro. Y el esfuerzo por hacer triunfar una relación a distancia ha sido su trabajo más valioso, mucho más que los proyectos apasionantes de los que ahora se encarga en Font y Montaner. A veces recuerda todo lo que pasó hasta que por fin rozó sus labios con los de su cántabro aquella noche de Festival y eso le sirve para cogerlos con más fuerza cuando los tiene delante, porque el tiempo perdido se recupera así, a besos. Miqui es su presente, a veces a distancia, otras cerca. Ya no sueña con tenerlo porque lo tiene. La alexitimia se curó y las mariposas vuelan libres.

En su vuelta a casa vivió con sus padres un par de meses hasta que la crisis de los treinta lo golpeó del todo y se mudó a casa de Fiona una temporadita. Temporadita que tampoco fue muy extensa porque Benimaclet no acababa de encajar con él, así que obligó a Andreu a pausar por un momento su vida independiente y ocupó la habitación que antes de ser suya fue de Fiona. Haciendo pleno, convirtiéndose en el único de los cuatro que puede decir orgulloso que ha vivido con los otros tres, durante más o menos tiempo.

Todo esto nos lleva hasta hoy, trece de marzo. Valencia está muy cerca de empezar la semana grande de las Fallas y el ambiente ya se nota inquieto y vivaracho. Desde el día uno, a las dos de la tarde, los estruendos de la mascletá resuenan en toda la ciudad, algunas calles llevan semanas cortadas y los trajes regionales y blusones empiezan poco a poco a sustituir la ropa de

diario en el armario de muchos valencianos.
Borja ha pensado que este es un día perfecto para mudarse porque, ¿para qué esperar a después del diecinueve cuando puedes hacerlo ya? A lo loco a quebrarse más la cabeza y lanzarse de lleno a una mudanza fallera a la que está sobreviviendo porque está feliz, por nada más.

Lo primero que hace al entrar en su nuevo hogar es colocar el ramo de girasoles que lleva bajo el brazo en un jarrón de cristal junto al ventanal que se enmarca en el salón.
Sí, sí. Tiene un ventanal. Bueno, dos para ser exactos, por los que entra toda la luz del sol que tanto él como los girasoles necesitan. Su nuevo hogar en la Plaza Manises mira hacia arriba, qué cosa más curiosa. Se queda embobado viendo el mundo a través de su ventanal, los destellos del sol, el azul del cielo, el mover de las nubes. Está tan embobado que no escucha cuando la puerta se abre y cuando unos pasos sigilosos llegan hasta él. Solo sale de su ensoñación cuando el dueño de esos pasos lo envuelve por detrás y le da un beso dulce en el cuello.

—¿Disfrutando de las vistas desde la superficie? —le dice Miqui tierno antes de que se gire y le conteste con un beso.
Entre beso y beso, sonríe al sentir cómo las pestañas de Miqui chocan con las suyas. Besa su hoyuelo y le quita la camiseta de Ralph Lauren al tiempo que Miqui le quita a él la camisa que lleva puesta. Botón a botón, para después, sin prisa alguna, desabrocharse el pantalón, el uno al otro. Y en un abrir y cerrar de ojos, están desnudos con los labios enroscados, pegados los dos en su salón. El salón que va a ser su casa. Una casa en Valencia con aroma a Cantabria.

Hacen el amor en el sofá con la pasión de unos conquistadores que quieren marcar ese territorio como suyo, con la intención de asentar unas bases estrictas en su nueva vida en pareja: en nuestra casa las cosas se hacen cuando y como se sienten. Y qué bien se sienten, cuerpo con cuerpo, labio con labio. Qué bien se siente cuando quien ocupa tu mente, y tu corazón, y tus sueños, también ocupa tu vida, y el otro lado de tu cama y tus mañanas, tus tardes y tus noches. Follan como animales sobre su sofá nuevo de IKEA, fundiéndose en uno, gimiendo sus nombres, besándose como siempre quisieron hacer. Como desde hace muchos meses hacen.
Y al acabar, se quedan allí, abrazados, casi pegados en su sofá. Jadeantes, sonrientes. Besándose en los labios, las mejillas, las frentes, las sienes… Los pechos, los hombros, los vientres, los cuellos. Besando todo, que en eso cogieron práctica en sus meses de sequía.

—Te quiero, Miqui. Te quiero, te quiero, te quiero.
—Te quiero, Borja. Te quiero, te quiero, te quiero.

Ojalá dure para siempre. Ojalá les dure todos los días. Ojalá siempre sepan cómo amarse,

ojalá sean felices, juntos, en esta nueva vida al este del país. Ojalá se sobrepongan a los baches, ojalá hablen siempre y ojalá discutan cuando tengan que discutir. Ojalá los besos no paren nunca, las caricias se sientan siempre y el amor perdure en sus corazones como el olor de Miqui en la nariz de Borja.

Ojalá todo eso y más. Y, si algún día la cosa se tuerce, Borja sabe que estará bien, que de amor uno no muere, aunque a veces parezca que sí.

Cuando ya están vestidos y listos para salir a cenar, Borja saca el móvil del bolsillo y trae a Miqui hasta él, que se arregla el pelo frente al espejo.

—Vamos a mandarle un *selfie* a Carlota, que le encantan.

Y, *click*, una estampa preciosa de dos hombres enamorados. Miqui besa a Borja en la mejilla mientras la cara de felicidad de este traspasa la pantalla.

Bajan a la calle cogidos de las manos y pasean por las laberínticas calles del Carmen, entre petardos y jolgorio, con las sonrisas como carta de presentación a su nuevo mundo, como los novios que ahora sí son. Organizan lo que queda de mudanza mientras ríen, y su semana fallera, la primera de Miqui, mientras cenan. Y que sean felices y coman perdices, y se besen muchas veces más. El amor, que cosa más maravillosa.

46
De Malasaña a Hackney

«Qué fuerte fue aquello, Jaime. Y cuánto te quise. Siempre serás mi mayor error, mi mayor tropiezo, pero te quedarás en mi mente como mi mayor lección. Te quise mucho, te quise raro. Te quise mal. Pero te quise, raro y a destiempo, pero lo hice. Podríamos haberlo sido todo, podríamos haber sido un para siempre de esos que hay por ahí. Podríamos haber sido tú y yo. Pero no lo fuimos. Hoy estoy bien, hoy soy yo, otra yo diferente, pero la misma yo de la que te enamoraste tú también. No sé qué harás, ni dónde estarás, no sé si me habrás olvidado, si me habrás llorado tanto como te lloré yo. Espero que seas feliz, que lo nuestro se convierta en una anécdota. Pero, sobre todo, espero que sepas que te quise mucho, aunque lo hiciese mal»

Carlota vendió el último bolso de Gucci a finales de julio, y agosto lo dedicó al *dolce far niente*. En septiembre, Borja volvió a Valencia y en octubre su habitación la ocupó una nueva inquilina. En noviembre ella tomó su decisión, en diciembre la procesó y en enero la llevó a cabo.

En febrero cumplió su segundo primer mes allí y en marzo tuvo su primera cita post rotura de corazón. En abril encontró trabajo y en mayo se cambió al piso definitivo, el tercero desde su vuelta.

Y ya es junio y ha pasado un año entero desde el Festival, desde la confesión, desde que sus esquemas se vinieran abajo y su corazón se rompiera.

No volvió a saber de él, por mucho que durante meses él siguiera siendo una presencia permanente en sus pensamientos. Y se lamentó por haberlo dejado entrar en su corazón, haberle puesto sábanas de seda y preparado para cenar el mejor bogavante de todos. Porque se enamoró queriendo, lo quiso de verdad, lo amó con toda ella. Lo hizo todo tarde, dando palos de ciego con la vista en perfecto estado, y nunca lo culpó por tomar la decisión que tomó, por mucho que la rompiera en mil pedazos.

Soñó con él en más de una ocasión. Con sus manos cálidas, con sus labios suaves, con su cuerpo esbelto y alto, con sus chistes malos. Con lo guapo que estaba cada día, lo guapo que ella

lo veía. Soñó mucho y lloró en sueños porque en esta historia trágica hay de todo un poco, lágrimas mientras duermes también.

Hasta que llegó el día en el que su cuerpo no pudo más y le mandó la señal inequívoca de tregua. No se olvidó de él, pero poco a poco fue pensándolo menos, y soñándolo menos, y mentándolo menos.

Y él se fue como llegó, sin avisar, quedándose en su memoria como el recuerdo de un amor que fue tan real que casi la mató, como la moraleja de un cuento que trae lección, aparte de princesas, hadas y brujas. Carlota Merino fue vulnerable y sobrevivió. Se enamoró y sobrevivió. Lo confesó y sobrevivió. Por mucho que lo hiciera tarde y aquella historia muriese, ella sobrevivió.

Al volver a Londres, lo hizo sin huir de nada, simplemente por el mero deseo de disfrutar de una ciudad en la que fue de todo menos libre, porque por fin se siente libre de verdad.

De Malasaña a Hackney. Uno siempre vuelve a los lugares donde fue feliz.

Ha vivido reencuentros que llenan el corazón, noches que vacían el bolsillo y días de eterna nostalgia, de eterna felicidad, de recuerdos eternos. Ha lucido orgullosa su cicatriz de mujer enamorada y ha dibujado un mundo a su alrededor, su mundo.

Sale del metro y saca el abanico del bolso, la ola de calor que lleva asolando el país desde hace una semana va a acabar con ella. ¿Dónde está la lluvia londinense? ¿Y la niebla londinense? ¿Y las nubes londinenses?

Mira el reloj, consciente de que llega tarde, pero es que hay cosas que no cambian, aunque otras lo hayan hecho y mucho. Acelera el paso, haciendo que la poca brisa que corre le eche la melena hacia atrás. Sí, melena, porque el corte guiri que tanto le gustaba a la abuela Juana creció para convertirse en una melena rubia y tupida. Andar tan deprisa es difícil con las preciosas sandalias de Zara que está estrenando, pero cada vez que mira al suelo ve sus uñas de los pies pintadas de naranja y se siente vigorizada.

Cuando llega, los ve a lo lejos, de espaldas a ella, cada uno con su maletita, y las

comisuras se le activan solas, formando una sonrisa de absoluta felicidad. Borja habla por teléfono mientras Andreu y Fiona buscan entre la multitud a ver si la ven aparecer.

—¡Estáis mirando hacia el lado equivocado! —grita ella a sus espaldas.

Los tres se giran y sus comisuras dibujan también muecas de absoluta felicidad.

—¡Ves, te había dicho que vendría por ahí! —reprende Fiona a Andreu antes de salir corriendo y abrazar a su amiga como si no la hubiera visto en meses, que es la realidad.

Él se encoge de hombros y hace cola hasta que termina ese abrazo tan intenso, y es su turno de hacer lo propio.

—Te quiero, hablamos luego —dice Borja al teléfono antes de colgar.

Y, cuando le toca, abraza a Carlota tan fuerte como lo hizo las semanas posteriores a que el corazón se le pusiera patas arriba del todo, de una manera casi fraternal. Ese abrazo la devuelve a casa, aunque esté a kilómetros de ella.

—¿A qué viene este calor? —pregunta Andreu contrariado.

—El mundo, Andy, que se debe de haber vuelto loco.

Esa noche cenan alitas de pollo, y beben cerveza, y ríen.

—Pues parece ser que hemos sobrevivido a los treinta —suelta entre risas Borja antes de meterse un buen trago entre pecho y espalda.

—Sorprendentemente, hubo un tiempo en el que parecía que no íbamos a llegar —añade Fiona honesta.

—Prometedme que la crisis de los cuarenta la afrontaremos mejor —suelta Andreu, provocando una carcajada en los otros tres.

En ese momento, se ilumina el móvil de Carlota y ella lo coge apresuradamente, y sonríe como una boba mirando la pantalla para después escribir un mensaje y enviarlo a la velocidad del rayo. Cuando levanta la mirada, tiene seis ojos acusadores clavados en ella.

—Se llama Joao y es brasileño. Y besa muy bien.

—Una jota, curioso, ¿no? —dice Borja jocoso.

Carlota le da un empujón mientras se ríe nerviosa. Y Borja la abraza, y Andreu y Fiona aplauden hasta sonrojarla.

Y Andreu sigue creyendo en el amor.

Y Fiona sigue siendo ella misma.

Y Borja sigue besando los labios que tanto tardó en besar.

Y Carlota ya no huye.

Y sus errores del pasado se quedan allí, como recuerdos, como vivencias, como traumitas. Como muescas en las historias de sus vidas, como sus más fascinantes jaleos.

Gracias

Cuando empecé a escribir este libro, allá por el Pleistoceno, ni siquiera era este libro, era otra cosa, o quizá el que era otro era yo también. Lo que sí que sé, es que en el camino hasta llegar a este momento, no he estado solo, sería una sinvergonzonería decir lo contrario.
Quizá para empezar a dar las gracias deba remontarme a mucho antes de todo, claro, a cuando mis padres me inculcaron la pasión por los libros, gracias **mamá y papá** por haberme convertido en un gran lector, sin eso hoy no podría decir que soy escritor (que fuerte es esto). **Gemma** lleva creyendo en mi desde el día en el que nací, y eso que ella solo tenía cuatro añitos y un ramito de flores aprisionado entre las manos, sin su confianza no habría tenido el valor de lanzarme a esta aventura, gracias por creer que soy mucho mejor de lo que soy en realidad.

A **Paula** la encontré por la vida, y crecí con ella, y no sé muy bien quién sería yo hoy de no haberla encontrado. Alguien peor seguro. Gracias por ser un ejemplo en tantas cosas. Con **Claudia** viví, al más puro estilo fiesta de pijamas, en un ático-trastero la mar de cuco, y allí nació y creció esta historia. Gracias por soñar conmigo.

Héctor tuvo una paciencia infinita, gracias por haber querido estar presente en este viaje, y gracias por una portada tan preciosa como la que hiciste. **Nía** apareció de la nada para convertir una maraña de erratas en una absoluta fantasía. De verdad de la buena, gracias. Y **Shere** me ayudó sin saberlo desde aquella videollamada inspiradora en el confinamiento, sin ella esto que tienes en tus manos no sería un libro, agradecido eternamente por todo.

Eva llegó en el momento en el que todo parecía que no, y convirtió el jaleo inmenso que es mi cabeza en un espacio transitable. Gracias.

Escribir este libro ha sido una aventura larguísima, tan larga que cada vez que **Ampa**, **Naza** o **Paula** me preguntaban por él, sentía que acabarlo estaba más y más lejos. Gracias a ellas, y a todos los demás, por no perder la fe que muchas veces creí haber perdido. Gracias a **Hermes** por escucharme en los meses previos a publicar, por las sesiones de trabajo en casa y por las preguntas trascendentales. Gracias a las **decenas de personas** (nombraros a todos sería interminable) con las que me he cruzado en mis seis años de *manager* en Hollister, por aguantar las continuas charlas sobre mi libro. Este no es el que iba a ser, pero, si algún día lo leéis, espero que os guste.

Gracias a **mis amigos**, a los de siempre y a los de ahora, por las conversaciones eternas, la

inspiración más divertida y el apoyo más incondicional. Por esperar pacientemente, por creer que sí. Gracias a todos los que han impactado mi vida, de una forma o de otra, a los que estuvieron en mi corazón y se fueron, a los que entraron y se quedaron, a todos, ¡lo he conseguido! Gracias por la vida, por los sueños y por todo lo grande. ¡Gracias!

Y **gracias a ti**, por leerme. Espero que te guste, aunque todo sea un jaleo.

Este libro se publicó en diciembre de 2023.